



# FLORES PARA ALGERNON

## Daniel Keyes

Titulo Original: Flowers for Algernon  
Traducción: Domingo Santos  
© 1966 by Daniel Keyes  
© 1986 Hyspamérica Ediciones S.A.  
Corrientes 1437 - Buenos Aires  
ISBN: 84-7634-280-2  
Edición digital: Questor  
R6 09/02

*Para mi madre  
Y en memoria de mi padre*

Cualquier persona con sentido común, recordará que la visión puede ser turbada de dos modos y por dos causas distintas, que son cuando uno pasa de la luz a la oscuridad o en el caso contrario cuando uno pasa de la oscuridad a la luz; y, si recordamos que esto ocurre igualmente con el alma, cuando veamos a una de ellas sumida en este tipo de turbación, incapaz de distinguir cualquier objeto, no nos echaremos a reír neciamente, antes al contrario nos preguntaremos si tal vez, falta de costumbre, no se hallará cegada debido a que llega de un lugar más luminoso o, por el contrario, surgiendo de una opaca ignorancia hacia la luz del conocimiento, puede que se encuentre cegada por una luminosidad inesperada para ella. En éste último caso, nos regocijaremos por su forma de vivir y de sentir; en el otro, lo lamentaremos con ella, y si se nos ocurre reír será mas bien con una cierta indulgencia hacia aquella alma que ha descendido del dominio de la luz.

Platón - La República

informe de pogramos 1 marzo 3

El doctor Strauss dise que debo escrebir lo que yo pienso y todas las cosas que a mi me pasan desde aora. No se porque pero el dise que es mui inportante para que ellos puedan ber si ellos pueden usarme a mi. Espero que ellos puedan usarme a mi pues miss Kinnian dise que ellos quisa pueden aserme listo. Yo qiero ser listo.

Me yamo Charlie Gordon y tabajo en la panaderia Donner. El señor Donner me da 11 dolares por semana y pan y pasteliyos si qiero. Tengo 32 años y mi cumpleaños es el mes prosimo. Le e dicho al doctor Strauss y al profesor Nemur que no se bien escrebir pero dise que no inporta que debo escrebir igual que ablo y como escrebo las conposiciones en la clase de miss Kinnian en la clase de adultos retasados del colegio bikman donde boi 3 bezes por semana en mis oras libres. El doctor Strauss dise que escreba mucho todo lo que yo pienso y todo lo que me pasa pero yo no puedo pensar mas porque no tengo nada mas para escrebir y asi termino por oi... su afetisimo Charlie Gordon.

informe de pogramos 2 - 4 marzo

Oy e pasado un test. Pienso que e fayado y pienso que ellos ya no me usaran a mi. Lo que a pasado es que e ido al despacho del profesor Nemur a la ora de mi desaiuno y su secretaria me a llebado a un lugar escrito departamento psico sobre la puerta de un corredor largo y muchas peqeñas abitaciones con solo una mesa y siyas. Y un señor mui amable estaba en una de estas abitaciones y tenía unas cartas blancas con tinta echada enzima. Me a dicho sientate Charlie y ponte comodo y relajate. Llebaba una bata blanca como un doctor pero pienso que no es un doctor porque no me a dicho abre la boca y di a. Solo tenía esas cartas blancas. Se llama Burt. E olvidado su apeyido porque mi memoria no es mui buena.

Yo no sabia lo que iba a azer conmigo y me agare a la siya como cuando boi alguna bez al dentista solo que Burt no era tanpoco dentista y continuo a decirme que me relajara y e tenido miedo porque eso quiere desir siempre que ban a azerme daño.

Bueno a dicho Burt que bes tu en esa carta. Yo beia tinta y e tenido miedo aunque llebaba mi pata de conejo en mi bolsiyo porque cuando era peqeño me eqibocaba en todos los tests de la escuela y tambien derrame tinta.

Le dige a Burt veo tinta derramada sobre una carta blanca. Burt digo si y sonrio y eso me tranqiliso. El continuo bolbiendo mas cartas y yo le dige que algien abia derramado tinta negra y tinta roga sobre todas las cartas. Pense que era un test fasil pero cuando me lebante para irme Burt me detubo y me digo sientante Charlie aun no emos terminado. Tenemos que azer aun otra cosa con esas cartas. Yo no comprendia nada pero recorde que el doctor Strauss me digo as todo lo que tus examinadores te pidan aunque parezca que no tiene sentido pues asi son los tests.

No recuerdo bien lo que Burt me digo pero recuerdo que queria que yo le diga que se be en la tinta. Yo no beia nada en la tinta pero Burt dezia que habia imagenes ayi. Yo no beia imagenes. Quise de berdad ber imagenes. Mire las cartas primero mui de zerca y luego mui de legos. Despues dige que si tubiera unas gafas seguramente podria ber mejor. Nunca llebo mis gafas mas que para ir al sine o para ber la television pero dige que qisas me ayudarian a ber las imagenes en la tinta. Me las puse y dije deme la carta que pienso que aora si bere la imagen.

Lo intente todo lo que pude pero tanpoco encuentre las imagenes solo beia tinta. Le dige a Burt que qisas necesite nuebas gafas. El escribio algo en un papel y tengo miedo de aber fayado el test. Entonses le dige que era una bonita imagen de tinta con bonitos puntitos alrededor de todo el borde pero sacudio la cabeza y me digo no es eso tampoco. Entonses le pregunte si otros ben imagenes en las manchas de tinta. El me digo que la tinta en la carta se yama una mancha de tinta.

Burt es mui amable y abla lentamente como aze miss Kinnian en su clase para adultos retasados donde boi a aprender a leer. El me a esplicado que eso era un test de ro chac. Dise que ai gente que be cosas en la tinta. Le pedi que me mostara donde. No me lo mosto pero me digo piensa imagina que ai algo en la carta. Yo le dige yo pienso en una mancha de tinta y el sacudio la cabeza y digo dime en que te ase pensar esa mancha. Imagina que bes algo. Piensa que podria ser. Yo serre los ojos un buen rato para imaginar y dige imagino una boteya de tinta derramada sobre una carta blanca. En aquel momento la punta de su lapis se ronpio y nos lebantamos y salimos.

Pienso que no e pasado el test de ro chac.

3er informe de pogresos.

5 de marzo. El doctor Strauss y el profesor Nemur disen que lo de la tinta en las cartas no tiene importancia. Les e dicho que no abia sido yo quien abia derramado la tinta en las cartas y que no abia podido ber nada en la tinta. An dicho que de todos modos qisas me utilicen. Le e dicho al doctor Strauss que miss Kinnian nunca me abia echo pasar tests

como aquel solamente leer y escribir. El a dicho que miss Kinnian le abia dicho que yo era su mejor alumno en la clase de adultos retasados de la escuela Bikman y que yo era el que mas me esforsaba porque tenía realmente deseos de aprender y sentia envidia de la gente que era mas lista que yo.

El doctor Strauss me a preguntado como a sido Charlie que fuiste tu solo a la escuela Bikman, como la conosiste. Yo le e dicho no me acuerdo.

El profesor Nemur a dicho pero antes dinos porque sientes deseos de aprender a leer y a escrebir. Le e dicho porque toda mi vida e sentido deseos de ser listo en vez de tonto y que mi mama me abia dicho sienpre que debia aprender y tambien me lo dise miss Kinnian pero es muy difisil ser listo y aunqe aprendo algunas cosas en el curso de miss Kinnian en la escuela olvido muchas otras.

El doctor Strauss a escrito algo en un papel y el profesor Nemur me a ablado mui seriamente. A dicho escucha Charlie nosotros no sabemos como ira ese esperimento en una persona porqe asta aora solo lo emos ensaiado en animales. Yo e dicho eso es lo que me digo miss Kinnian pero me es igual si la cosa no marcha o algo asi porqe soi fuerte y tabagare duro.

Quiero ser listo si ellos pueden aiudarme. Me an dicho que necesitan el permiso de mi familia pero mi tio Herman que se ocupaba de mi esta muerto y no me acuerdo mui bien de mi familia. Ace mucho mucho mucho tiempo que no e bisto a mi madre ni a mi padre ni a mi ermana pequena Norma. Qisas ellos tambien esten muertos. El doctor Strauss me a preguntado donde bibian. Pienso que era en Brooklyn. El a dicho que mirarian a ver si podian encontrarlos.

Espero que no tendre que escrebir muchos mas de esos enformes de pogresos porque eso toma mucho tiempo y me acuesto mui tarde y al dia sigiente estoi mui cansado para tabagar. Gimpy me a chillado porqe e dejado caer una bandeja con paneciyos que llebaba al orno. Se an ensuciado y e tenido que linpiarlos bien antes que el pudiera meterlos a cocer. Gimpy me grita sienpre cuando ago algo mal pero en realidad me quiere porqe es mi amigo. Si me vuelbo listo se sorprendera.

#### Enforme de pogresos 4

6 de marso. E tenido que pasar oy otros tests tontos por si me ban a utilizar. En el mismo lugar pero en otra abitasion pequena. La amable señora que me a echo pasar me a dicho el nonbre y le e pedido como se escribe para que pueda ponerlo en mi informe de pogresos: Test temático de apercepción. No conozco las ultimas palabras pero si se lo que quiere desir test. Tengo que aserlo bien o tendre malas notas.

El test parecia fasil porque yo podia ver las imagenes. Pero esta bes ella no qeria que yo le diga lo que beo en las imagenes. Eso me aturuyo. Le dige aier Burt desia que tenía que ber cosas en la tinta. Ella me digo eso no tiene inportancia porqe era otra cosa. Aora debes contarme una istoria sobre la gente que ai en las imagenes.

Le dige que como podia contar istorias sobre gente que no conosia. Ella me digo que las inbentara y entonses yo le dige que eso serian mentiras. Yo no cuento nunca mentiras porqe cuando era pequeno y desia mentiras me pegaban sienpre. Tengo en mi cartera una foto de yo y de Norma con el tio Herman que me consigio mi empleo en la panaderia Donner antes de morir.

Le dige que podia contarle istorias sobre eyos porqe e bibido mucho tiempo con el tio Herman pero la señora no qiso escucharme. Ella me digo que ese test y el otro del ro chac son tests de personalida. Esto me iso reir. Le dige como puede usted saber lo que dise con cartas en las que algien a echado tinta y fotos de gente que ni uste conose. Ella a paresido enfadarse y a recogido las fotos. No me importa.

Supongo que e fayado tambien ese test.

Después de dibujado cosas para ella pero no se dibujar bien. Poco después a llegado el otro examinador Burt con una bata blanca. Se llama Burt Seldon y me a llevado a otro lugar en el mismo 4° piso de la Universidad Bikman escrito Laboratorio de Psicología en la puerta. Burt dice que Laboratorio quiere decir un lugar donde hacen experimentos y Psicología quiere decir que se refiere a la mente. Pienso que los experimentos deben ser juegos porque eso es lo que hemos hecho.

No juego muy bien con los puzzles porque estaban todos en trocitos y los trocitos no entraban en los agujeros. Otro juego era una oja de papel con raias en todos sentidos y un montón de casillas. En un lado estaba escrito Salida y en otro Llegada. Me a dicho que ese juego era un laberinto y que uno debía ir con un lápiz desde la Salida hasta la Llegada sin pasar por ninguna de las raias.

No entendido lo de ese laberinto y hemos usado muchas ojas de papel. Entonces Burt a dicho escucha boy a mostrarte algo. Vamos al laboratorio de experimentación y quizás tu captas la idea. Subimos al 5° piso en otra sala con montones de cajas y de animales. Hay monos y algunas ratas. Todo huele extraño un poco como un viejo cubo de basura. Y había otra gente con batas blancas que jugaba con los animales y pensé que era una tienda que vendían animales pero no había ningún cliente. Burt sacó un ratón blanco de la caja y me lo mostro. Burt dijo este es Algernon y puede atravesar fácilmente ese laberinto. Yo le dije muéstreme como lo hace él.

Bueno puso a Algernon en una caja grande como una mesa con un montón de corredores que giraban y giraban entre paredes y una Salida y una Llegada como en la oja de papel. Solo que había un riego por encima del laberinto. Y Burt sacó su reloj y levanto una puerta corredera y digo vamos Algernon y el ratón resopló 2 o 3 veces y echó a correr. Primero siguió un corredor largo y luego cuando vio que no podía ir más lejos dio media vuelta y volvió donde había salido y se quedó allí un minuto removiéndole sus bigotes. Después se giró en otra dirección y echó a correr.

Era exactamente como si hiciera lo mismo que Burt quería que hiciera yo con el lápiz entre las raias del papel. Yo reía porque pensaba que eso iba a ser difícil de hacer para un ratón. Pero Algernon continuó hasta el final a través de aquel laberinto tomando todos los corredores buenos hasta salir allí donde estaba señalado Llegada y entonces hizo silencio. Burt digo que eso quería decir que estaba contento porque había conseguido atravesar el laberinto.

Bueno digo eso es un ratoncito listo. Burt digo quieres hacer una carrera con Algernon. Yo digo claro y él me digo que había otro tipo de laberinto hecho de madera con rieles dentro y un bastoncito eléctrico parecido a un lápiz. Y que él podía arreglar el laberinto de Algernon para que fuera igual al mío y así hacer ambos lo mismo.

Quitó todas las paredes de la caja de Algernon que se desmontaban y las coloqué de otra manera. Y entonces puso otra vez la riega encima para que Algernon no pueda saltar los corredores para llegar a la Llegada. Después me a dado el bastón eléctrico y me a dicho como ponerlo en los rieles y no tengo que levantarlo sino solo seguir los rieles hasta que el lápiz ya no pueda avanzar más o yo resiba un pequeño choque.

Saco su reloj intentando ocultarlo. Yo no quería mirarlo pero eso me ponía muy nervioso.

Cuando a dicho adelante yo quería salir pero no sabía donde ir. No sabía que riel seguir. Y he oído a Algernon dando chiyidos en su caja y sus patas rascando como si ya corriese. He salido pero he tomado el riel malo y no he avanzado y he recibido un pequeño choque en los dedos y he vuelto hacia atrás a la Salida pero cada vez que salía por otro riel quedaba bloqueado y resibía un pequeño choque. No me hacía daño ni nada sino que me sobresaltaba un poco y Burt me digo es para mostrarte que has tomado el camino malo. Yo estaba a la mitad del laberinto cuando oí a Algernon hacer silencio como si volviera a estar contenta de haberlo logrado y eso quería decir que había ganado la carrera.

Y las otras diez veces que hemos vuelto a empezar Algernon a ganar siempre porque yo no encontraba los rieles buenos para ir hasta la Llegada. Esto no me a molestado porque

e mirado a Algernon y e aprendido a ir asta el final del la berinto por mui lejos que me paresca estar.

No sabia que los ratones fueran tan listos.

Informe de pogresos 5 marso 6

An encontrado a mi ermana Norma que bibe con mi madre en Brooklyn y a dado su permiso para la operacion. Asi que ban a usarme. Estoi tan ecsitado que a penas puedo escrebir. Sin embargo el profesor Nemur y el doctor Strauss an tenido primero una discusion sobre esto. Yo estaba sentado en el despacho del profesor Nemur cuando el doctor Strauss y Burt Seldon an entrado. El profesor Nemur bacilaba de utilizarme pero el doctor Strauss le a dicho que yo era el megor de todos los que abian ecsaminado asta entonces. Burt le a dicho que miss Kinnian me recomendaba como el megor de todos los alumnos que abia tenido en la clase de adultos retasados donde boi.

El doctor Strauss a dicho que yo tenía algo que era mui bueno. A dicho que yo tenía una buena motor-bacion. Nunca abia sabido que yo tubiera eso. Me e puesto mui contento cuando a dicho que no todos los que tienen un ce-l. de 68 poseen tanto de esa cosa como yo. No se lo que es ni donde lo tengo pero me a dicho que Algernon tambien lo tiene. La motor-bacion de Algernon es el queso que ponen en la caja. Pero no puede ser solo eso porque yo no e comido queso en toda la semana.

El profesor Nemur se preocupaba de que mi ce-l. suba demasiado alto por encima del de aora que es mui bajo y que esto me ponga enfermo. Y el doctor Strauss a dicho al profesor Nemur algo que no e comprendido y mientras ablaban e anotado algunas de las palabras en mi libreta donde apunto mis enformes de pogresos.

A dicho Harold este es el nombre del profesor Nemur ya se que Charlie no es lo que usted tenía en mente para ser el primero de su nueva raza de superombres intelec\*\* no e cogido la palabra\*\*\* pero la maior parte de gente con su poca men\*\* son host\*\* y no coop\*\* son generalmente lentos y apat\*\* y dificiles de interesar. Charlie tiene una buena naturalesa y esta interesado y no pide mas que complazer.

Entonces el profesor Nemur dijo no olvides que sera el pimer ser humano que poseera una in teligentsia acrezentada por la cirugia. El doctor Strauss digo eso es esactamente lo que qiero decir. Donde encontraremos otro adulto retasado con esa formidable motor-bacion para aprender. Mira lo bien que a aprendido a leer y escrebir para su corta edad mental. Es una trem\*\*\* consec\*\*\*.

No e cogido todas las palabras, ablaban demasiado aprisa pero parece que el doctor Strauss y Burt estaban de mi lado y que el profesor Nemur no lo estaba.

Burt repetia miss Kinnian piensa que el tiene un deseo irres\*\* de aprender. Literalmente a inplorado que lo utilizemos. Y eso es berdad porque qiero ser listo. El doctor Strauss se a lebandado y a enpezado a andar arriba y abajo y a dicho creo que debemos utilizar a Charlie. Y Burt a aprobado con la cabeza. El profesor Nemur se a rascado la cabeza y se a frotado la nariz con su dedo gordo y a dicho qiza tengan razon. Utilisaremos a Charlie. Pero debemos acerle comprender que muchas cosas pueden ir mal en el experimento.

Cuando a dicho esto yo estaba tan contento y tan ecsitado que di un salto y le e apretado las manos para darle las gracias por ser tan gentil conmigo. Creo que se a asustado cuando e echo esto. Me a dicho Charlie emos trabajado en esto desde ace mucho pero solamente con animales como Algernon. Estamos seguros de que no ai peligro fisico para ti pero ai muchas otras cosas de las que no puedo desir nada antes de aber ensaiado. Qisiera que comprendieras que puede ocurrir algo o que simplemente no ocurra apsolutamente nada. O tambien puede ser un esito temporamente y despues quedar en peor posicion que aora. Qiero que compendas lo que todo eso sinifica. Si ocurre eso tendremos que enbiarte al asilo Warren.

Le e dicho que es igual lo que pase que no tengo miedo de nada. Soi mui fuerte y siempre e echo lo megor que e podido en todo y ademas tengo mi pata de conejo de la suerte y nunca en mi vida e roto un espejo. Una vez se me caieron unos platos pero eso no cuenta porque fue cosa de mala suerte.

Entonces el doctor Strauss ha dicho Charlie incluso si eso no funciona abras aportado una gran contribucion a la siencia. Este experimento a tenido esito en muchos animales pero nunca a sido intentada en un ser umano. Tu seras el primero.

Le e dicho gracias doctor no tendran que lamentar nada por aberme dado una segunda oportunidad como dice miss Kinnian. Y lo pensaba esactamente igual que lo desia. Despues de la operasion me esforsare en ser listo. Con todas mis fuersas.

Enforme de pogresos 6° 8 de marso.

Tengo miedo. Mucha gente que tabaja aqui y todos los de la escuela de medisina an benido a desearme buena suerte. Burt me a traido flores. Dise que las enbia la gente del departamento psico. Me a deseado buena suerte. Espero que tendre suerte. Tengo mi pata de conejo y mi moneda de la suerte y mi erradura. El doctor Strauss a dicho no seas superticioso Charlie. Esto es siencia. Yo no se lo que es la siencia pero todos me repiten lo mismo. Qisas sea algo que le aiude a uno a tener suerte. De todos modos guardare mi pata de conejo en una mano y mi moneda de la suerte en la otra con un agujero enmedio. En la moneda quiero desir. Quisiera yebarme tambien mi erradura pero es pesada asi que la dejare en mi ropa.

Joe Carp me a traido un pastel de chocolate de parte del señor Donner y de todo el mundo de la panaderia y esperan que pronto este bien de nuebo. En la panaderia creen que estoy enfermo porque esto es lo que me digo que debia desirles el profesor Nemur. Nada de la operasion para hazerme listo. Es un secreto por el momento para el caso de que la cosa no marchara o fuera mal.

Después miss Kinnian a benido a verme y me a traido rebistas para leer y tenía un aire mas bien nerbioso y inquieto. A arreglado las flores en mi mesa y lo a puesto todo en buen orden y no en desorden como ago yo. Me a puesto una almoadada bajo la cabeza. Me aprecia mucho porque yo me esfuerzo mucho en aprenderlo todo y no como otros de la clase de adultos que no les interesa de berdad nada.

Ella quiere que me vuelba listo lo se. Despues el profesor Nemur a dicho que ya no podia resibir mas bisitas porque tengo que descansar. Le e preguntado al profesor Nemur si podre ganar a Algernon en la carrera en el la berinto despues de la operasion y me a dicho que seguramente si. Si la operasion sale bien le enseñare a esa rata de Algernon que puedo ser tan listo como el y mas. Y podre leer megor y no aser faltas escribiendo y aprender un monton de cosas y ser como los demas alumnos de las escuelas. Muchacho como se va a sorprender la gente entonces. Si la operasion sale bien y me vuelbo mas listo quisas pueda ir a ber a mama y papa y a mi ermana pequeña y azerselo ber. Muchacho que sospresa se ban a llebar cuando me bean tan listo como ellos y como mi ermana pequeña.

El profesor Nemur dice que si todo ba bien y es permanente podran azer tambien lista a otra gente como yo. Qisas gente del mundo entero. Y a dicho que eso significa que boi a azer algo mui grande por la siencia y que sere celebre y que mi nombre quedara en los libros. Yo no quiero ser celebre. Yo qiero solo acerme listo como los otros de modo que pueda tener muchos amigos que me qieran.

Oy no me an dado nada para comer. No se que el no comer pueda azer listo a uno y tengo ambre. El profesor Nemur se a llebado mi pastel de chocolate. Ese profesor Nemur es un biejo gruñon. El doctor Strauss me a dicho que me lo debilberan despues de la operasion. No se puede comer antes de una operasion. Ni siquiera queso.

## INFORME DE PROGRESOS 7. 11 DE MARZO

La operacion no me a echo daño. El doctor Strauss la a echo mientras yo estaba dormido. No se como porque no lo e bisto pero e tenido los ojos y la cabeza bendados durante 3 dias y no e podido escrebir ningun Informe de Progresos asta oy. La enfermera delgada que me miraba escrebir a dicho que azia faltas y me a dicho como se escribe Informe con una i en lugar de la e y también Progresos y Marzo. Tengo que recordarlo. Tengo una mala memoria para la ortogafria. De todos modos oy an quitado las bendas de mis ojos y puedo escrebir un Informe de Progresos. Pero todabia tengo bendages en mi cabeza.

Me asuste mucho cuando entraron y me digeron que abia llegado el momento de la operacion. Me izieron pasar de una cama a otra con ruedas y la empujaron fuera de la abitasion y a lo largo del corredor asta la puerta que esta escrita cirugia. Muchacho que sospresa era una enorme sala con paredes verdes y un monton de doctores sentados arriba alrrededor de toda la sala para mirar la operacion. Yo no sabia que eso fuera a ser como un espetaculo.

Un ombre se acerco a la mesa todo el de blanco con un trapo blanco en la cara como se be en los pogramas de la tele y guantes de caucho y digo tranquilizate Charlie soi yo el doctor Strauss. Yo dige buenos dias doctor tengo miedo. Y el digo no Charlie no tengas miedo bamos simplemente a dormirte. Yo dige es de eso de lo que tengo miedo. Me acaricio la cabeza y despues 2 ombres que llebaban tambien trapos blancos en la cara binieron y me ataron los brazos y las piernas y ya no podia moberlos y eso me dio mucho miedo tenía el estómago retorcido como si fuera a arrojar pero no ice mas que mojar un poco la cama e iba a ponerme a llorar pero me pusieron una cosa de caucho sobre la cara para que respirara dentro de ella y olia de un modo raro. Durante todo aquel tiempo oia al doctor Strauss que ablaba muy alto de la operacion y que dezia a todo el mundo lo que iba a aser. Pero yo no comprendia nada de todo aquello y me dezia que qisas despues de la operacion seria listo y entenderia todo lo que dezia. Respire profundamente y despues supongo que debia estar muy cansado porque me dormi.

Cuando me desperte estaba de nuebo en mi cama y estaba muy oscuro. No podia ber nada pero oi hablar. Era la enfermera y Burt y pregunte que pasa porque no dan la luz y cuando me han operado. Se rieron y Burt dijo Charlie ya a acabado todo, y esta oscuro porque tienes los ojos bendados.

Es estraño. Me an operado mientras dormia.

Burt biene a berme todos los dias para anotar toda clase de cosas como mi temperatura mi tension sanguinea y otras. Dise que es a causa del metodo sientifico. Debe anotar todo lo que pasa de modo que puedan reacer la operacion cuando qieran. No en mi sino en otra gente como yo que tampoco son listos.

Es por es que debo escribir esos Enf... Informes de Progresos. Burt dise que eso forma parte del esperimento y que aran fotocopias de estos Enfor... Informes para estudiarlos y saber lo que pasa por mi mente. Yo no se como sabran lo que pasa por mi mente leyendo esos Informes. Los leo y los vuelbo a leer un monton de bezes para ber lo que e escrito y no se lo que pasa por mi mente asi que me pregunto como lo sabran ellos.

Pero de todos modos esto es siencia, y boi a esforzarme en ser listo como los demas alumnos. Y despues cuando ya sea listo me ablaran y podre ablar con ellos y escucharlos como azen Joe Carp y Frank y Gimpy cuando ablan y discuten de cosas inpotantes como Dios o todo ese dinero que malgasta el gobierno o los republicanos y los democratras. Y esto les ecsíta de tal modo que el señor Donner tiene que benir a decirles que se pongan a ornear o los echara de patas a la calle con sindicato o sin sindicato. Yo quiero ablar de

cosas así. Si uno es listo puede tener montones de amigos para hablar y así uno no está solo todo el tiempo.

El profesor Nemur dice que está muy bien eso de decir todo lo que se me ocurra en los Informes de Progresos pero dice que debería decir más cosas sobre lo que siento y lo que pienso y lo que recuerdo del pasado. Le he dicho que no sé cómo pensar ni recordar y me ha dicho intentalo.

Durante todo el tiempo que tube los ojos vendados intenté pensar y recordar pero no ocurrió nada. No sé qué pensar ni de qué recordarme. Quizás si se lo pido me diga cómo puedo pensar ahora que voy a volverme listo. En qué piensa la gente lista o de qué se acuerdan. Cosas sorprendentes supongo. Quisiera conocer algunas cosas sorprendentes.

12 de marzo. No necesito escribir todos los días Informe de Progresos cuando comienzo una nueva oja después que el profesor Nemur se ha llevado las otras. Solo tengo que poner la fecha. Esto ahorra tiempo. Es una buena idea. Puedo sentarme en mi cama y mirar la hierba y los árboles por la ventana. La enfermera delgada se llama Hilda y es muy buena conmigo. Me trae cosas para comer y arregla mi cama y dice que soy un hombre muy valiente al haberles dejado hacerme cosas dentro de la cabeza. Dice que ella no les hubiera dejado jamás hacerle cosas en el cerebro ni por todo el oro del mundo. Le he dicho que no era por todo el oro del mundo, sino para hacerme listo. Ella ha dicho que quizás ellos no tenían derecho de hacerme listo porque si Dios hubiera querido que yo sea listo me hubiera hecho nacer listo. Y no hay que olvidar a Adán y Eva y el pecado con el árbol de la ciencia y el comerse la manzana y la caída. Y quizás el profesor Nemur y el doctor Strauss estaban tocando cosas que no tenían derecho a tocar.

Ella es muy delgada y cuando habla su cara se pone toda roja. Dice que quizás yo debería mejor rogarle al buen Dios para pedirle perdón por lo que me han hecho. Yo no he comido ninguna manzana así que no es pecado. Pero ahora tengo miedo. Quizás nunca tendría que haberme dejado operar el cerebro como dice ella si va en contra de la voluntad de Dios. No quiero que Dios se enfada conmigo.

13 de marzo. Oye han cambiado mi enfermera. Es muy bonita. Se llama Lucile, me ha mostrado cómo se escribe para mi Informe de Progresos y tiene cabellos rubios y ojos azules. Le he preguntado dónde estaba Hilda y me ha dicho que Hilda ya no trabajaba en aquella parte del hospital sino en la maternidad con los bebés donde no tiene importancia aunque es demasiado.

Cuando le he preguntado que era una maternidad ha dicho que allí era donde se tenían los bebés y cuando le he preguntado cómo se hacía para tenerlos su cara se ha puesto roja como la de Hilda y ha dicho que tenía que ir a tomar la temperatura a alguien. Nadie me ha explicado nunca nada sobre los bebés. Puede que si las cosas van bien y me vuelvo listo lo sepa.

Miss Kinnian ha venido hoy a verme y ha dicho Charlie tienes un aspecto estupendo. Yo le he dicho que me siento muy bien pero que aún no me noto listo. Pensaba que una vez hecha la operación y quitadas las vendas de mis ojos ya sería listo y sabría un montón de cosas y podría leer y hablar sobre cosas importantes como todo el mundo.

Ella ha dicho no es así como ocurre esto Charlie. Viene lentamente y tendrás que trabajar muy duro para volverme listo.

Yo no sabía esto. Si debo trabajar muy duro entonces para que esta operación. Ella ha dicho que no estaba segura pero que la operación estaba destinada a hacer que cuando yo trabajara duro para volverme listo esto me quedaría y no como antes que no me quedaba nada.

Bueno le digo esto me molesta un poco porque yo pensaba que iba a volverme listo en seguida y que podría ir a la panadería para hacerles ver a los chicos lo listo que era y hablar

con ellos de cosas y quisas conbertirme en ayudante de panadero. Y en seguida hubiera intentado encontrarme de nuevo con mama y papa. Se sentirian sosprendidos de ber lo listo que me abria buelto porque mama abia querido siempre que yo fuera listo. Qisas aora se quedarian de nuevo conmigo al ber lo listo que era. Le e dicho a Miss Kinnian que se esforsase tanto como pueda para bolberme listo con todas mis fuerzas. Ella me a acariciado la cabeza y a dicho ya lo se Charlie tengo confianza en ti.

## INFORME DE PROGRESOS 8

15 de marzo. E salido del ospital pero aun no e buelto al tabajo. No pasa nada. E echo montañas de test y varias carreras con Algernon. Odio a esa rata. Siempre me gana. El profesor Nemur dice que debo hacer esos guegos y pasar esos tests una y otra y otra bez.

Esos laberintos son idiotas. Y esas imagenes también son idiotas. Me gusta dibujar un ombre y una mujer pero no quiero contar mentiras sobre la gente.

Y no salgo con bien de los puzles.

Me duele la cabeza de tanto querer pensar y recordar. El doctor Strauss dijo que iba a ayudarme pero no lo a echo. Ni siquiera me dice en que debo pensar ni cuando sere listo. Sinplemente me ace echarme y ablar.

Miss Kinnian viene también a verme al colegio. Le e dicho que no pasaba nada. Cuando sere listo. A dicho debes tener paciencia Charlie se necesita tiempo. Vendra tan lentamente que ni te daras cuenta de que viene. Dijo que Burt le abia dicho que me desenbolbia muy bien.

De todos modos pienso que esas carreras y esos tests son idiotas. Pienso que escribir esos Informes de Progresos es tambien idiota.

16 de marzo. Hoy e almorzado con Burt en el restaurante del colegio. Tienen muchas cosas buenas y no e tenido que pagar. Me gusta sentarme y mirar a los chicos y chicas del colegio. Algunas beces alborotan juntos pero la mayor parte del tiempo discuten de toda clase de cosas como acen los panaderos en la panaderia de Donner. Burt dice que ablan de arte y de politica y de religion. Yo no se a que se refieren esas cosas salbo que la religion es Dios. Mama me hablaba mucho de el y de las cosas que a hecho para crear el mundo. Decia que yo sienpre debia amar y rezarle al buen Dios. Ya no me recuerdo como hay que rezarle pero me recuerdo que mama me lo hacia acer a menudo cuando era pequeño porque debia curarme porque yo estaba enfermo. No recuerdo de que estaba enfermo. Pienso que era porque yo no era listo.

De todos modos Burt dice que si el experimento tiene exito sere capaz de comprender todas las cosas de que discuten los estudiantes y yo le he dicho cree usted que sere tan listo como ellos y se ha reido y a dicho esos chicos no son tan listos como eso y tu los superaras de tal modo que te parecieran tontos.

Me a presentado a muchos de los estudiantes y algunos me an mirado de un modo raro como si mi lugar no estuviera en el colegio. E estado a punto de decirles que muy pronto iba a ser tan listo como ellos pero Burt me a interrumpido y les a dicho que era el encargado de la conserbacion del laboratorio del departamento psico. Despues me a explicado que no conbenia la publicidad. Eso quiere decir que se trata de un secreto.

No comprendo realmente porque debo guardar eso en secreto. Burt dice que es por si acaso resultara un fracas. El profesor Nemur no quiere que todo el mundo se ria de el especialmente la gente de la Fundacion. Yo e dicho que me es igual que la gente se ria de mi. Mucha gente se rie de mi y son mis amigos y nos dibertimos juntos. Burt me a pasado el brazo por los ombros y a dicho no es por ti por lo que se preocupa el profesor Nemur. Es por el. No quiere que la gente se ria de el.

Yo no pensaba que la gente se reiría del profesor Nemur puesto que él es un sabio en un gran colegio pero Burt a dicho ningún sabio es un gran hombre ni para sus colegas ni para sus alumnos. Burt es un estudiante que se ha graduado y que se especializa en psicología como está escrito en la puerta del laboratorio. Yo no sabía que había grados en el colegio. Creía que esto era solamente en el ejército.

De todos modos espero que muy pronto me bolvere listo porque quiero aprender todo lo que hay en el mundo. Todo lo que saben esos estudiantes del colegio. Todo sobre el arte y la política y Dios.

17 de marzo. Apenas me he despertado esta mañana y he pensado de pronto que iba a encontrarme listo pero todavía no lo soy. Todas las mañanas pienso que voy a despertarme listo pero no pasa nada. Quizás el experimento no ha ido bien. Quizás no me bolvere listo y tendré que regresar al asilo Warren. Odio los tests y odio los laberintos y odio a Algernon.

Nunca antes me había dado cuenta de que era más tonto que un ratón. No tengo ganas de escribir Informes de Progresos. Olvido las cosas y incluso cuando las escribo en mi libreta de notas a veces no puedo leer después lo que he escrito antes y es muy duro. Miss Kinnian dice que tenga paciencia pero ya estoy cansado y fatigado. Y a cada momento tengo dolores de cabeza. Quiero volver a trabajar en la panadería y no escribir más Enfor... Informes de Progresos.

20 de marzo. He vuelto a trabajar a la panadería. El doctor Strauss me ha dicho al profesor Nemur que es mejor que vuelva a trabajar. Pero aún no puedo decirle a nadie porque me han operado, y tengo que ir al laboratorio dos horas todas las tardes después de mi trabajo para mis tests y para escribir informes idiotas. Van a pagarme todas las semanas como si fuera un trabajo suplementario porque esto forma parte del contrato cuando recibieron el dinero de la Fundación Welberg. No sé exactamente que es ese asunto Welberg. Miss Kinnian me lo ha explicado pero no acabo de comprenderlo. Si no me vuelvo listo porque van a pagarme para escribir tonterías. Si me pagan lo haré. Pero es muy difícil escribir.

Estoy contento de volver a trabajar porque notaba que faltaba mi trabajo en la panadería y también todos mis amigos y todas nuestras bromas.

El doctor Strauss dice que tengo que llevar un cuaderno de notas en mi bolsillo para escribir las cosas que debo recordar. Y que no tengo necesidad de hacer un Informe de Progresos todos los días sino solamente cuando piense en algo o cuando me ocurra algo especial. Le he dicho que nunca me ocurre nada especial y que me parece que tan poco después de este experimento especial me va a ocurrir nada. Él me ha dicho que no te descorazonen Charlie porque esto toma mucho tiempo y va viniendo lentamente y no puedes notarlo en seguida. Me ha explicado como Algernon necesito mucho tiempo antes de que se bolviera 3 veces más listo de lo que había sido antes.

Es por eso por lo que Algernon me gana siempre en esa carrera del laberinto porque a él también le han hecho esta operación. Es un ratón especial el primer animal que sigue listo tanto tiempo después de la operación. No sabía que fuera un ratón especial. Esto cambia las cosas. Seguramente yo podría atravesar ese laberinto más aprisa que un ratón ordinario. Quizás un día gane a Algernon. Bueno eso ya será algo. El doctor Strauss dice que hasta ahora parece que Algernon podrá seguir siendo listo indefinidamente y dice que esto será una buena cosa porque ambos hemos sufrido la misma operación.

21 de marzo. Hoy nos hemos divertido mucho en la panadería. Carp me ha dicho que mira donde le han hecho a Charlie su operación. Que es lo que te han hecho Charlie te han puesto un poco de seso. He estado a punto de decirles que iba a bolverme listo pero me he acordado de que el profesor Nemur dijo no. Después Frank Reilly me ha dicho que es lo que

as hecho Charlie as abierto una puerta con la cabeza por delante. Esto me a hecho reir. Son mis amigos y me quieren.

Ay mucho trabajo atrasado. No tomaron a nadie para limpiar porque esta era mi tarea pero tomaron un nuevo chico Ernie para acer los recados que siempre abia hecho yo. El señor Donner a dicho que abía decidido no despedirlo enseguida para darme ocasion de descansar y no tabajar tanto. Le e dicho que me encontraba muy bien y que podia acer los recados y limpiar como abia hecho siempre pero el señor Donner a dicho que conservara al chico.

Entonces e dicho que que iba a acer yo. Y el señor Donner me a palmeado en la espalda y me a dicho Charlie que edad tienes. Yo le e dicho 32 años muy pronto 33 desde mi prosimo cumpleaños. Y desde cuanto tiempo ace que estas aqui a dicho. Le e dicho que no lo sabia. El a dicho llegaste aqui ace 17 años. Tu tio Herman a quien Dios tenga en su gloria era mi mejor amigo. Te trajo aqui y me pidio que te dejara tabajar con nosotros y me ocupara de ti lo mejor que pudiera. Y cuando murio 2 años despues y tu madre te hizo meter en el asilo Warren conseguí que te confiaran a mi y te dejaran tabajar en el exterior. Hace 17 años de esto Charlie y quiero que sepas que el oficio de panadero no es quizas tan estupendo pero como digo siempre tu tienes aqui un tabajo hasta el fin de tus días. Así que no te preocupes si tomo a alguien en tu lugar. Nunca volveras al asilo Warren.

Yo no estoy preocupado pero para que tiene necesidad de Ernie para hacer los recados y tabajar aqui cuando yo e entregado sienpre bien los paquetes. El dice este chico necesita ganarse la vida Charlie así que voy a conservarlo como aprendiz para enseñarle el oficio de panadero. Tu puedes ayudarle y echarle alguna mano en los recados cuando lo necesite.

Yo nunca antes abia sido ayudante. Ernie es muy listo pero no les cae demasiado bien a los demás en la panaderia. Todos son amigos mios y siempre nos reimos y acemos bromas.

A veces alguien dice ey escucha Frank o Joe o incluso Gimpy. Esta bez si e hecho el Charlie Gordon. No se porque dicen esto pero siempre se rien y yo tambien me rio. Esta mañana Gimpy es el jefe panadero y estaba de mal humor y a utilizado mi nombre abroncando a Ernie porque Ernie abia perdido un pastel de aniversario. Ha dicho Ernie por los cielos deja de parecerte a Charlie. No se porque ha dicho esto. Yo nunca e perdido un paquete.

Le e preguntado al señor Donner si podia intentar ser aprendiz de panadero como Ernie. Le e dicho que podia aprender si se me daba una oportunidad.

El señor Donner me a mirado de una forma rara durante un buen momento supongo que porque yo no hablo durante la mayor parte del tiempo. Y Frank me a oido y se a reido y reido hasta que el señor Donner le a dicho que se calle y se ocupe de su orno. Despues el señor Donner me a dicho tienes mucho tiempo para eso Charlie. El oficio de panadero es muy importante y muy complicado y no tendrias que preocuparte por este tipo de cosas.

Quisiera poder decirle a él y a todos los demas la berdad de mi operasion. Quisiera que tuviera exito realmente y pronto para poder ser listo como todo el mundo.

24 de marzo. El profesor Nemur y el doctor Strauss han benido esta noche a mi habitacion para ber porque no boy al laboratorio como deberia hacer. Les e dicho que no quiero acer mas carreras con Algernon. El profesor Nemur a dicho que no tendre que hacerlas durante un tiempo pero que tendria que ir igualmente. Me a traído un regalo pero no me lo da solo me lo presta. Me a dicho que es una maquina de enseñar que funciona como la tele. Habla y muestra imagenes y yo no tengo que acer mas que ponerla en marcha en el momento de irme a dormir. Yo le e dicho esta bromeando. Para que boy a acer funcionar una tele precisamente en el momento de irme a dormir. El profesor Nemur

a dicho que si quiero bolverme listo debo acer lo que dice. Entonces le e dicho que de todos modos no pienso que baya a bolverme listo.

Entonces el doctor Strauss se a acercado y me a puesto su mano en mi ombro y a dicho Charlie tu no te das cuenta aun pero cada día eres mas y mas listo. No lo notaras durante un cierto tiempo al igual que no ves moverse la aguja de tu reloj. Pero asi es como suceden los cambios que se van operando en ti. Se producen tan lentamente que no los ves. Pero nosotros podemos seguirlos por los tests y la manera como actuas y hablas y lo que dices en tus Informes de Progresos. A dicho Charlie debes tener confianza en nosotros y en ti mismo. Nosotros no podemos estar seguros de que sea definitivo pero estamos persuadidos de que muy pronto seras un joven muy inteligente.

E dicho bueno y el profesor Nemur me a mostrado como poner en marcha esa tele que en realidad no es una tele. Le e preguntado que es lo que ace. Al principio se a mostrado disgustado porque yo le pedia que me esplicara y luego me a dicho que iciera simplemente lo que el me decia. Pero el doctor Strauss a dicho que debia esplicarmelo ya que yo empezaba a contestar la autoridad. No se lo que quiere decir esto. El profesor Nemur a parecido a punto de morderse los labios. Despues me a esplicado muy lentamente que la maquina aria un monton de cosas en mi mente. Cosas que aria precisamente antes de que yo me durmiera, como por ejemplo enseñarme cosas mientras yo me dormia e incluso despues cuando ya estaria dormido continuaria oyendo hablar incluso aunque no viera las imagenes. Todavia aria otras cosas durante la noche como acerme soñar y recordar cosas que habian pasado hacia mucho tiempo cuando yo era pequeño.

Esto me asusta.

A lo olvidaba. Le e preguntado al profesor Nemur cuando podre bolver a la clase de adultos de miss Kmnia y a dicho que muy pronto miss Kinnian vendra al departamento de tests del colegio para darme clases especiales. Estoy muy contento por esto. No la e visto mucho desde la operasion pero es que es tan encantadora.

25 de marzo. Esa loca tele me a impedido dormir toda la noche. Como puede uno dormir can una cosa que te grita cosas tontas en las orejas. Y esas imagenes mas tontas tadavia. Uau. Si no comprendo lo que dice cuando estoy despierto me pregunto como voy a comprenderla mientras duerma. Se lo e preguntado a Burt y dice que la cosa marcha. Dice que mi cerebro registra todo antes de que me duerma y que esto me ayudará cuando miss Kinnian comience a darme lecciones en el departamento de tests. El departamento de tests no es un ospital para animales como creia antes. Es un laboratorio para la siencia. No se la que es esactamente la siencia salvo que la estoy ayudando con este experimento.

De todos modas no comprendo nada de esta tele. Creo que esta loca. Si uno puede bolverse listo yendose a dormir entonces porque la gente va a la escuela. No creo que la cosa funcione. Siempre e tenido la costumbre de mirar la tele antes de irme a dormir y esto no me ha echo nunca listo. Quizas solo algunas peliculas puedan acerle a uno listo. Quizas algunos concursos.

26 de marzo. Como voy a arreglarmelas para trabajar por el dia si esa cosa continua no dejandome dormir por la noche. En medio mismo de la noche me e despertado y no e podido bolver a dormirme porque la cosa repetia recuerda... recuerda... recuerda... Y creo que e recordado algo. No se exactamente lo que es pero se trataba de miss Kinnian y del curso donde aprendi a leer. Y de como fui alli.

Ace mucho tiempo le pedi a Joe Carp como habia aprendido el a leer y si yo podria aprender tambien. Se rio como lo hace sienpre que digo algo dibertido y dijo Charlie para que perder tu tiempo. No pueden meterte en el seso algo que no hay. Pero Fanny Birden

me oyo y se lo pregunto a su prima que estudia en el colegio Beekman y me hablo del centro para adultos retrasados del colegio Beekman.

Escribio el nombre en un papel y Frank se rio y dijo vas a bolverte tan listo que ya no querras hablar con tus viejos amigos. Yo le dije no te preocupes conservare siempre mis viejos amigos aunque sepa leer y escribir. El se reia y Joe Carp se reia pero luego Gimpy y les dijo que bolvieran a sus panecillos. Son muy buenos amigos mios.

Despues del tabajo fui a pie las seis manzanas hasta la escuela y estaba asustado. Pero estaba tan contento con la idea de que iba a aprender a leer que compre un periodico para llebarmelo a casa y leerlo cuando hubiera aprendido.

Cuando llegue habia un gran vestibulo con mucha gente. Tube miedo de decir algo de lo que no se debe decir a alguien y quise volver a casa. Pero no se porque di media buelta y entre de nuevo.

Espere hasta que casi todo el mundo se hubo ido menos algunas personas que iban a un gran reloj como el que tenemos en la panaderia y pregunte a la señorita si yo podria aprender a leer y a escribir porque queria leer todo lo que hay en el periodico y se lo mostre. Ella era miss Kinnian pero entonces no lo sabia. Me dijo si vuelve usted mañana y se inscribe ya comenzare a enseñarle a leer. Pero debe comprender que esto llebara mucho tiempo incluso años si quiere aprender a leer y escribir. Ya le dije que no sabia que esto llebara tanto tiempo pero que de todos modos queria aprender porque muchas beces hacia como si supiera. Quiero decir acer creer a la gente que sabia leer pera no era cierto y queria aprender.

Ella me estrecho la mano y me dijo encantada señor Gordon yo sere su profesor. Me llamo miss Kinnian. Asi que alli es donde fui a aprender y asi conoci a miss Kinnian.

Es dificil pensar y recordar y ahora no duermo muy bien. Esa tele hace demasiado ruido.

27 de marzo. Ahora que comienzo a tener sueños y a recordar el profesor Nemur a dicho que tengo que ir a las sesiones de psicoterapia con el doctor Strauss. Dice que esas sesiones de psicoterapia es como cuando uno siente penas y habla de ellas para alibiarse. Yo le e dicho no tengo penas y hablo mucho toda el dia entonces para que debo ir a esas sesiones de psicoterapia pero el se a enfadado y a dicho que de todos modos ay que ir y que debo ir.

Esa terapia consiste en que debo acostarme y el doctor Strauss se sienta a mi lado y le hablo de toda lo que me viene a la cabeza. Durante mucho rato no he dicho nada porque no queria pensar en nada que tubiera que decir. Despues le e hablado de la panaderia y de lo que hago alli. Pero es tonto por mi parte ir a su oficina y acostarme para hablar pues de todos modos hago mis Informes de Progresos y el puede leerlos. Asi que hoy le e llevado mi Informe de Progresos y le e dicho que quizas el podria leerlo y yo podria hacerle un resumen. Estaba muy cansado porque esa tele no me habia dejado dormir en toda la noche pero el ha dicho no esto no funciona asi. Debo hablarle. Y le e hablado pero me e quedado dormido a la mitad misma de la sesion.

28 de marzo. Me duele la cabeza. Pera esta vez no es a causa de la tele. El doctor Strauss me a enseñado como poner la tele muy baja y ahora puedo dormir. Ya no oigo nada. Y ni siquiera comprendo lo que dice. Algunas veces hago que repita por la mañana para ver lo que e aprendido antes de dormirme y mientras dormia y ni siquiera entiendo las palabras. Quizas sea otra lengua o algo asi. De todos modos la mayor parte del tiempo suena como americano. Pero habla demasiado aprisa.

Le e preguntado al doctor Strauss que interes tiene el bolverse listo cuando uno duerme cuando lo que yo quiero es ser listo cuando estoy despierto. Ha dicha que es la misma cosa y que yo tengo dos mentes. Hay el SUBCONSCIENTE y el CONSCIENTE (asi es como se escribe) y uno no le dice al otro lo que hace. Ni siquiera se hablan el uno

al otro. Por eso sueño. Y muchacho vaya locos sueños. Uau. Siempre desde que funciona esa tele de noche. Vaya locos locos locos locos locos sueños.

E olvidado preguntarle al doctor Strauss si solo soy yo quien tiene dos mentes como estas.

(Acabo de mirar la palabra en el diccionario que me ha dado el doctor Strauss. SUBCONSCIENTE. Adj. Dicese de los procesos psicológicos que escapan a la consciencia; por ejemplo, un conflicto subconsciente de deseos.) Hay mas cosas pero no se lo que quieren decir. No es un buen diccionario para gente tonta como yo.

De todos modas el dolor de cabeza viene de la velada en el bar de Halloran. Joe Carp y Frank Reilly me inbitaron a ir con ellos despues del trabajo para tomar unos vasos. No me gusta beber whisky pero dijeron que nos divertiriamos mucho. Me lo pase muy bien. Jugamos a muchas cosas y baile sobre la barra con una pantalla de lanpara sobre la cabeza y todo el mundo se reia.

Despues Joe Carp dijo que tenía que mostrar a las chicas como linpio los retretes de la panaderia y me dio una escoba. Se lo mostre y todo el mundo se rio cuando dije que el señor Donner decia que para la impieza y los recados era el mejor obrero que habia tenido porque me gusta mi trabajo y lo hago bien y porque nunca e llegado tarde ni e faltado excepto para mi operacion.

Dije que miss Kinnian sienpre me dice Charlie debes sentirte orgulloso de tu trabajo porque lo haces bien. Todo el mundo se rio y Frank dijo esa miss Kinnian debe estar un poco chalada si le cae bien Charlie y Joe dijo ey Charlie que es lo que le das. Yo e dicho que no sabia lo que queria decir con todo esto. Me hicieron beber un monton de tragos y Joe dijo Charlie es sensacional cuando esta lleno. Pienso que esto quiere decir que me quieren mucha. Pasamos buenos momentos juntos pero estoy impaciente por ser listo como mis mejores amigos Joe Carp y Frank Reilly.

No recuerdo como termino la velada pero me dijeron que fuera a la esquina a ver si llobia y cuando volvi ya no habia nadie. Quizas habian ido a buscarme. Les busque por todas partes durante toda la noche. Pero me perdi y estaba enfadado conmigo por haberme perdido y pienso que Algernon podria ir y venir cien veces por todas esas calles sin perderse como yo.

Y despues ya no me acuerdo demasiado bien pero la señora Flynn dice que un agente de policia muy amable me trajo a casa.

Aquella misma noche soñe con mi madre y mi padre solo que no podia ver la cara de mi madre todo estaba blanco y borroso. Yo lloraba porque estabamos en unos grandes almacenes y me habia perdido y no podia encontrarles y corria por todas los pasillos entre los grandes mostradores del almacen. Despues vino un señor y me llevo a una gran abitacion donde habia bancos y me dio un caramelo y me dijo que un chico grande como yo no debia llorar ya que mi madre y mi padre vendrian a buscarme.

Asi que este fue mi sueño y ahora tengo un terrible dolor de cabeza y un chichon en la cabeza y morados por todas partes. Joe Carp dice que debi caerme o que el agente de policia me pego. No creo que los agentes de policia hagan esas cosas. Pero pienso que no voy a beber mas whisky.

29 de marzo. He ganado a Algernon. Ni siquiera sabia que lo habia ganado hasta que me lo dijo Burt. Despues la segunda vez perdi porque estaba demasiado excitado. Pero despues de esto le gane ocho beces seguidas. Debo comenzar a bolverme listo para ganar a un ratón tan listo como Algernon. Pero no me siento aun tan listo como eso.

Quería seguir haciendo mas carreras pero Burt me ha dicho que ya era bastante por esta vez. Me a dejado tener a Algernon en la mano durante un minuto. Algernon es una ratita encantadora. Suave como el algodón. Parpadea cuando abre sus ojos negros con rosa en los bordes.

Le pregunte si podia darle de comer porque me da pena haberle ganado y quiero ser gentil con el y hacernos amigos. Burt a dicho no Algernon es un ratón muy especial que a sufrido una operacion como la mia. Es el primero de todos los animales que siga siendo listo tanto tiempo. Burt dice que Algernon es tan listo que resuelve un problema de cerradura que cambia cada vez que va a buscar su comida de modo que cada vez que quiere comer a de aprender algo nuevo. Esto me a puesto triste porque si no pudiera aprender cosas nuevas no tendria nada que comer y pasaria hambre.

No pienso que sea justo el hacerle pasar a uno un test para comer. ¿Acaso a Burt le gustaria tener que pasar un test cada vez que quisiera comer? Pienso que yo y Algernon seremos amigos.

Esto me hace recordar que el doctor Strauss a dicho que debia escribir todos mis sueños y todo lo que pienso de modo que pueda hablarle de ello cada vez que voy a su oficina. Le e dicho que aun no se como debo pensar pero el dice que cosas como la que e escrito sobre mi mami y mi papi y como fui a la escuela de miss Kinnian o todo lo que me ocurrio antes de la operacion y que esto es pensar y yo lo e escrito en mis Informes de Progresos.

Yo no sabía que pensaba y recordaba. Quizas esto signifique que algo me ocurre. No me siento diferente pero estoy tan exitado que no puedo dormir.

El doctor Strauss me a dado algunas pildoras rosas para que duerma bien. Dice que necesito dormir mucho porque es entonces cuando se producen la mayor parte de cambios en mi cerebro. Debe ser cierto porque cuando mi tio Herman estaba sin trabajo tenía la costumbre de dormir en nuestra casa en el viejo sofa de la sala de estar. Era gordo y le costaba encontrar trabajo porque era pintor de brocha gorda a domicilio y le costaba mucho subir y bajar las escaleras.

Cuando le dije a mami que queria ser pintor como el tio Herman mi hermana Norma dijo oh si Charlie va a ser el artista de la familia. Y papi le dio una bofetada y le dijo buen Dios no debes ser mala con tu hermano No se que es un artista y si Norma recibio una bofetada por decirlo supongo que no debe ser nada bueno. Me daba pena siempre que Norma recibia una bofetada porque no habia sido buena conmigo. Cuando sea listo ire a hacerle una visita.

30 de marzo. Esta noche despues del trabajo miss Kinnian a venido a la clase junto al laboratorio. Estaba muy contenta de verme pero nerviosa. Me a parecido mas joven de lo que recordaba. Le e dicho que estaba trabajando mucho para volverme listo. Ella dijo tengo confianza en ti Charlie desde que vi como te esforzabas en leer y escribir mejor que todos los demas. Se que puedes conseguirlo. Sea como sea tendras todo esto durante un tiempo y estas haciendo algo por todos los demas alumnos retrasados.

Hemos comenzado a leer un libro muy dificil. Nunca e leido un libro tan dificil. Se llama Robinson Crusoe y habla de un hombre abandonado en una isla desierta.

Es listo y inventa todo tipo de medios para tener una casa y comer y es un buen nadador. Pero me da lastima porque esta solo y no tiene amigos. Pero creo que debe haber alguien mas en la isla porque hay un dibujo que lo muestra con su divertido paraguas mirando unas huellas de pasos. Espero que tendra un amigo y ya no estara mas tan solo.

31 de marzo. Miss Kinnian me enseña a hacer menos faltas. Dice mira una palabra y cierra los ojos y repitela hasta que la recuerdes. Hay montones de palabras que se pronuncian igual y se escriben diferente y no hay que confundir a de ir a con ha de haber ni el empleo de la b y la v y la h y tantas otras cosas. Y hay que recordar que no todo se escribe como se pronuncia y que hay palabras que son dificiles y que hay que deletrearlas para saber como se escriben. Todo esto me hace pensar que no llegare nunca a ser listo

pero miss Kinnian dice no te preocupes Charlie la ortografía no es en si misma un signo de inteligencia.

## INFORME DE PROGRESOS 9

1 de abril. Todo el mundo en la panadería ha venido hoy a verme cuando he comenzado mi nuevo trabajo en la amasadora mecánica. Ha ocurrido así. Oliver que trabajaba en la amasadora se fue ayer. Yo tenía la costumbre de ayudarlo trayéndole los sacos de harina para echarlos en la amasadora. Sin embargo no creía que supiera hacerla funcionar. Es muy difícil y Oliver fue a la escuela de panaderos durante un año antes de poder aprender a ser ayudante de panadero.

Pero Joe Carp es mi amigo y dijo Charlie porque no tomas el lugar de Oliver. Todo el mundo se aprosi... aproximó y se echaron a reír y Frank Reilly dijo sí Charlie tu estas aquí desde hace mucho tiempo... tiempo. Adelante. Gimpy no esta aquí y no sabrá que lo has intentado. Yo no estaba muy tranquilo porque Gimpy es el jefe panadero y me ha dicho que no me acerque nunca a la amasadora porque puede ocurrir un accidente. Todo el mundo dijo adelante salvo Fannie Birden que dijo deteneos por que no dejas a ese pobre chico tranquilo.

Frank Reilly dijo cállate ya Fanny es el primero de abril (1) y si Charlie hace funcionar la amasadora la arreglará tan bien que tendremos todo un día de fiesta. Yo dije que no podía arreglar la maquina pero que podía hacerla funcionar porque siempre me había fijado en como lo hacia Oliver desde que había vuelto.

Puse en marcha la amasadora mecánica y todo el mundo se sorprendió especialmente Frank Reilly. Fanny Birden estaba muy es... excitada porque decía que Oliver había necesitado dos años para aprender a amasar bien la pasta y había ido a la escuela de panaderos. Bernie Bate que ayuda en la maquina dijo que yo lo hacia mas aprisa que Oliver y mejor. Nadie se rio. Cuando volvió Gimpy y Fanny se lo conto, se enfado conmigo por haber trabajado en la amasadora.

Pero ella le dijo mire y vea como hace el trabajo. Los otros querian gastarle una broma por el primero de abril y es el quien los ha ridiculizado. Gimpy miro y yo sabia que estaba enojado conmigo porque le gusta que la gente haga solamente lo que el les ha mandado como el profesor Nemur. Pero vio como hacia funcionar la amasadora y se rasco la cabeza y dijo lo veo pero no acabo de creerlo. Después llamo al señor Donner y me dijo que volviera a poner en marcha la amasadora para que lo viera el señor Donner.

Yo no estaba seguro de si se iba a enfadar y encima me iria a gritar de modo que despues de terminar le dije si podía volver a mi trabajo. Tenía que barrer el almacén y detras del mostrador. El señor Donner me miró de una forma rara durante un buen rato. Despues dijo esto es una broma de primero de abril que me estais gastando todos vosotros. Me habeis engañado.

Gimpy dijo yo tambien he pensado que era una trampa. Dio una vuelta a la maquina inspeccionándola y dijo al señor Donner yo tampoco lo comprendo pero Charlie sabe hacerla funcionar y debo reconocer que trabaja mejor que Oliver.

Todo el mundo se había apretado alrededor de nosotros y discutía y me asusté porque todos me miraban de un modo raro y estaban excitados. Frank dijo ya os dije que pasaba algo raro con Charlie esos últimos tiempos. Y Joe Carp dijo sí entiendo lo que quieres decir. El señor Donner envió a todo el mundo a su trabajo y me llevó consigo al almacén.

Dijo Charlie no se como te lo has hecho pero me atreveria a decir que por fin has aprendido algo. Te pido que prestes mucha atencion y lo hagas todo lo mejor que puedas. Tienes un nuevo empleo y un aumento de 5 dolares.

Yo dije no quiero otro empleo porque me gusta limpiar y barrer y hacer los recados y hacer todas esas cositas por mis amigos pero el señor Donner dijo no te preocupes de tus amigos te necesito para hacer este trabajo. Creo que a cualquiera le va bien un ascenso.

Le dije que que queria decir ascenso. Se rascó la cabeza y me miró por encima de sus gafas. No te preocupes por eso Charlie. A partir de ahora trabajarás en la amasadora. Eso es un ascenso.

Así que ahora en lugar de ir a llevar paquetes y limpiar los lavabos y ocuparme de las basuras soy el nuevo amasador. Eso es un ascenso. Mañana se lo diré a miss Kinnian. Creo que ella estará contenta pero no sé por qué Frank y Joe están enfadados conmigo. Se lo pregunté a Fanny y ella me dijo no te preocupes por esos idiotas. Hoy es el primero de abril y su broma les ha quemado las narices y son ellos quienes han quedado como tontos y no tú.

Le pregunté a Joe que broma les había quemado las narices y me dijo que me comprara un lago y me ahogara en él. Supongo que están enfadados conmigo porque he hecho funcionar la amasadora y así no han tenido el día de fiesta como creían. Eso tal vez signifique que me estoy volviendo listo.

3 de abril. He terminado Robinson Crusoe. Quería saber lo que le ocurrió después pero miss Kinnian dice que todo termina con el libro. Por qué.

4 de abril. Miss Kinnian dice que aprendo aprisa. Ha leído algunos de mis Informes de Progresos y me ha mirado de una forma extraña. Dice que soy un chico excelente y que voy a demostrarles que valgo más que ellos. Le he preguntado por qué. Ha dicho que esto no tenía importancia pero que no debía preocuparme cuando descubriera que no todo el mundo ha sido tan gentil conmigo como yo creo. Dice que por cada persona a quien Dios ha dado tan poco como a mí hay montones de gente que tienen un cerebro del que no hacen nunca el menor uso. Yo he dicho todos mis amigos son gente inteligente y buena. Me quieren y nunca han hecho nada que no haya sido amable. En aquel momento a ella se le ha metido algo en un ojo y ha tenido que ir corriendo a los lavabos de señoras.

Mientras la esperaba sentado en la clase me preguntaba como Miss Kinnian podía ser tan gentil como había sido mi madre. Pienso en mi madre diciéndome que tenía que ser un buen chico y ser siempre amable con los demás. Pero ella añadía ve siempre con cuidado ya que algunos no comprenden y pueden creer que buscas crearles problemas.

Esto me hace recordar cuando mami tuvo que irse y me llevaron a casa de la señora Leroy que vivía en la puerta de al lado. Mami iba al hospital. Papi dijo que no estaba enferma ni nada de eso pero que iba al hospital a buscar una hermanita o un hermanito (aun no sé como se hace esto). Les dije quiero un hermanito para jugar con él y no sé por qué me trajeron una hermanita en su lugar pero era bonita como una muñeca. Solo que lloraba siempre.

Nunca le hice daño ni nada.

La metieron en una cuna en su habitación y una vez oí a papi decir no te preocupes Charlie no le hará daño.

Era como un paquetito rosa todo el y algunas veces no podía dormir de lo mucho que lloraba. Y cuando me dormía ella me despertaba en plena noche. Una vez que ellos estaban en la cocina y yo estaba en la cama se puso a llorar. Me levanté para ir a tomarla en mis brazos y calmarla como hacía mami. Pero mami llegó gritando y me la quitó y me dio una bofetada tan fuerte que caí sobre la cama.

Después se puso a gritar. No la toques nunca. Le harás daño. Es un bebé. No tienes que tocarla. Yo no lo sabía entonces pero ahora creo que pensaba que iba a hacerle daño al bebé porque yo era demasiado tonto como para saber lo que hacía. Ahora esto me entristece porque yo nunca le hubiera hecho daño a mi hermanita.

Cuando vaya a ver al doctor Strauss debo hablarle de esto.

6 de abril. Hoy, he aprendido, la coma, es, una, coma (,) un punto, con, una cola, miss Kinnian, dijo que es, importante, porque, permite escribir, mejor, y dice que, cualquiera, podría perder, mucho, dinero, si una coma, no está, en su lugar, correcto, yo tengo, algo, de dinero, que he, ahorrado, del salario, que, me paga, la Fundación, pero no, mucho, y no, comprendo, como, una coma, puede, hacermelo, perder.

Pero, dice ella, todo el mundo, utiliza comas, así que, yo, también, las usaré...

7 de abril. He utilizado mal la coma. Es puntuación. Como el acento. Miss Kinnian me ha dicho que debo buscar las palabras complicadas en el diccionario para aprender bien su ortografía. Yo he dicho que qué importancia tiene si también pueden leerse. Ella ha dicho esto forma parte de lo que debes aprender, así que a partir de ahora buscaré todas las palabras cuya ortografía no esté seguro de saber. Lleva mucho tiempo el escribir así pero pienso que cada vez me acordaré más y más.

Es por eso por lo que escribo bien la palabra puntuación. Así está escrita en el diccionario. Miss Kinnian dice que un punto es también una puntuación, y hay un montón de signos más que debo aprender. Le he dicho que creía que había querido decir que todos los puntos debían tener una cola y ser llamados comas. Pero ha dicho no.

Ha dicho; Es preciso, que sepas? mezclarlos! todos:

Me ha? mostrado" como emplearlos! y mezclarlos; aquí, y ahora! Ahora. puedo (mezclar? todo tipo) de signos ¡de puntuación- en mis escritos! Hay montañas" de reglas; que hay que aprender: pero. las meteré en mi cabeza:

Una cosa? que me gusta: Ante todo, Querida Miss Kinnian: (así es como se empieza; en una carta de negocios (si alguna vez ¡entro, en los negocios) es esto: ella siempre me da; una razón" cuando le pregunto— algo. ¡Es un" genio! Quisiera poder ser— tan listo como ella.

La puntuación, es? divertida!

8 de abril. ¡Qué tonto he sido! Ni siquiera comprendí de qué me estaba hablando ella. Ayer noche leí mi libro de gramática y allí está todo explicado. Entonces vi que era exactamente como miss Kinnian intentaba decírmelo, pero no había comprendido nada. Me levanté a media noche y todo estaba claro en mi mente.

Miss Kinnian dice que la tele, funcionando justo antes de que me duerma y durante la noche, me ha ayudado. Dice que he alcanzado una meseta. Como la cima plana de una colina. Después que he comprendido como funciona la puntuación, he releído todos mis Informes de Progresos desde el principio. ¡Muchacho, cuantas faltas de ortografía y de puntuación! Le he dicho a Miss Kinnian que tengo que tomar esas páginas y corregir todas las faltas, pero ella me ha dicho: "No, Charlie, el profesor Nemur quiere que queden como están. Es por eso por lo que te las devuelve para que las guardes después de haberlas fotocopiado: para que veas tus propios progresos. Avanzas aprisa, Charlie".

10 de abril. Me siento mal. No enfermo como para ir al médico, pero me siento malo por dentro, como si hubiera recibido un golpe y al mismo tiempo sintiera mi corazón apretado por un puño.

No quería hablar de ello pero creo que debo hacerlo porque es importante. Hoy es la primera vez que voluntariamente no he ido al trabajo.

Ayer por la noche Joe Carp y Frank me invitaron a una fiesta. Había un montón de chicas y Gimpy estaba allá y Ernie también. Me acordaba de lo malo que me puse la última vez que bebí demasiado y le dije a Joe que no quería beber nada. Me dio una simple coca cola.

Tenía un gusto raro pero pensé que era porque yo tenía mal sabor de boca.

Nos lo pasamos muy bien durante un tiempo.

—Baila con Ellen —dijo Joe—. Te enseñaré los pasos. —Y le hizo un guiño como si tuviera algo en el ojo.

Ella dijo:

—¿Por qué no lo dejas tranquilo?

El me palmeó la espalda.

—Charlie Gordon es mi amigo, mi camarada. No es un chico vulgar, ha tenido un ascenso y lo han encargado de la amasadora mecánica. Todo lo que te pido es que bailes con él y lo diviertas. ¿Qué mal hay en ello?

Me empujó hacia ella. Y bailó conmigo. Me caí tres veces, y no podía comprender por qué ya que nadie más bailaba aparte de Ellen y yo. Y cada vez que me caía era porque siempre tropezaba con el pie de alguien.

Todos hacían corro alrededor nuestro y se reían de la forma en que bailábamos. Reían más fuerte cada vez que me caía, y yo me reía también porque la cosa era divertida. Pero la última vez no me reí. Quise levantarme y Joe me hizo caer de nuevo.

Entonces vi la expresión que había en la cara de Joe y aquello me dio una extraña sensación en el estómago.

—Es un patoso —dijo una de las chicas. Todo el mundo reía.

—Oh, tenían razón, Frank —se rió Ellen—, es todo un espectáculo. —Después dijo—: Toma, Charlie, come una fruta. —Me lanzó una manzana pero, cuando la mordí, vi que era artificial.

Entonces Frank se echó a reír y dijo:

—Ya os había dicho que se la comería. ¿Habráis imaginado nunca a alguien tan tonto como para comerse una manzana de cera?

—Nunca me había reído tanto —dijo Joe— desde que lo enviamos a la esquina de la calle a ver si llovía, la noche que lo emborrachamos en el bar de Halloran.

Y me vino una imagen a la mente, al recordar cuando yo era pequeño y los chicos del vecindario me dejaban jugar con ellos al escondite y llegaba mi turno. Después de haber contado y vuelto a contar con los dedos hasta diez, me ponía a buscar a los demás. Y continuaba buscándolos hasta que era de noche y hacía frío y debía volver a casa.

Y nunca los encontraba, y nunca sabía por qué.

Lo que estaba diciendo Frank me lo hizo recordar. y había pasado lo mismo en el bar de Halloran. Y era lo que estaban haciendo ahora Joe y los demás. Burlarse de mí. Como se habían burlado de mí y me gastaban bromas los chicos que jugaban conmigo al escondite.

La gente de la fiesta no eran más que un racimo de rostros confusos que me miraban tendido en el suelo y se burlaban de mí.

—Miradle. Está rojo como un tomate.

—Enrojece. Mirad, Charlie enrojece.

—Hey, Ellen, ¿qué le has hecho a Charlie? Nunca lo había visto así.

—Muchacho, seguro que Ellen lo ha excitado.

No sabía qué hacer ni hacia donde volverme. Rozándose conmigo, ella me había causado una extraña sensación. Todos reían, y bruscamente tuve la sensación de estar completamente desnudo. Hubiera querido ocultarme para que no me vieran. Me precipité fuera del apartamento. Era un gran edificio con montones de pasillos y no encontraba la escalera. Había olvidado el ascensor. Finalmente encontré la escalera y salí corriendo a la calle. Anduve durante mucho tiempo antes de entrar en mi habitación. Nunca antes había comprendido que a Joe y a Frank y a los otros les gustaba tenerme con ellos simplemente para divertirse a mi costa.

Ahora comprendo lo que quieren decir cuando dicen:

"Eres un Charlie Gordon".

Siento vergüenza.

Y otra cosa. He soñado con esa chica, Ellen, que bailaba y me rozaba. Cuando me he despertado, las sábanas estaban manchadas y mojadas.

13 de abril. Hoy tampoco he ido a la panadería. He dicho a la señora Flynn, mi casera, que telefonara al señor Donner y le dijera que estoy enfermo. La señora Flynn me mira desde hace un tiempo como si tuviera miedo de mí.

Pienso que es una buena cosa el que haya descubierto como todo el mundo se burla de mí. He pensado mucho en ello. Todo se debe a lo tonto que soy y a que ni siquiera sé cuando hago alguna tontería. La gente piensa que es divertido cuando alguien que no es inteligente no puede hacer las cosas como pueden hacerlas ellos.

De todos modos, ahora sé que soy un poco más listo cada día. Conozco la puntuación y también la ortografía. Me gusta buscar las palabras difíciles en el diccionario, y luego las recuerdo. E intento escribir cuidadosamente estos Informes de Progresos, pero es difícil. Ahora leo mucho, y miss Kinnian dice que leo muy aprisa. Y comprendo también muchas de las cosas que leo y se me quedan dentro de la cabeza. Hay veces que puedo cerrar los ojos y pensar en una página, y viene entera, como una imagen.

Pero hay otras cosas que vienen a mi cabeza. A veces cierro los ojos y veo una imagen muy nítida. Como esta mañana, inmediatamente después de despertarme. Estaba echado en la cama, con los ojos abiertos. Era como si un enorme agujero se hubiera abierto en la pared de mi mente y yo pudiera pasar a través de él. Creo que es muy lejos... hace mucho tiempo, cuando comencé a trabajar en la panadería Donner. Veo la calle donde está la panadería. Borrosa primero, luego apareciendo como unas manchas, precisándose, cosas tan reales que parece que se hallen ahora aquí, delante mío, mientras otras siguen borrosas, no estoy seguro...

El viejecillo con un cochecito de niño transformado en carretilla, con un hornillo de carbón de leña y el olor de las castañas asadas y la nieve en el suelo. Un muchacho delgado con enormes ojos y un aire atemorizado en el rostro que mira el letrero del almacén. ¿Qué es lo que hay pintado? Unas letras desordenadas de tal modo que no tienen ningún sentido. Ahora sé que el letrero señala PANADERÍA DONNER, pero mirándolo en mi memoria no puedo leerlo con sus ojos. Ninguno de los carteles tiene sentido. Creo que ese chico de rostro atemorizado soy yo.

Hay brillantes luces de neón. Árboles de navidad y vendedores ambulantes en la acera. Gentes arrebujadas en abrigo con el cuello levantado y bufandas alrededor del cuello. Pero el chico no tiene guantes. Tiene las manos frías y deja en el suelo un gran paquete de sacos de papel marrón. Se detiene para mirar los juguetitos mecánicos a los que da cuerda el vendedor: el oso que hace piruetas, el perro que salta, la foca que hace girar el balón en la punta de su nariz. Y que hacen piruetas y que saltan y que hacen girar su balón. Si tuviera todos esos juguetes sería el chico más feliz del mundo.

Siente deseos de pedirle al vendedor de rostro colorado, de dedos que asoman a través de sus guantes de algodón marrón, que le deje un minuto el oso que hace piruetas, pero no se atreve. Recoge el paquete de sacos de papel y se lo echa a la espalda. Es delgado pero los largos años de trabajo duro lo han hecho fuerte.

—¡Charliel ¡Charlie!... ¡Cabeza de serrín!

Los chicos giran a su alrededor riendo y empujándole como si fueran perritos intentando morderle los talones. Charlie les sonrío. Querría dejar su paquete y jugar con ellos, pero cuando lo piensa se estremece recordando cómo los mayores le tiran cosas.

Camino a la panadería ve a algunos de los chicos en la puerta de un corredor oscuro.

—¡Hey, mirad, ahí está Charlie!

—¡Hey, Charlie, ¿qué llevas ahí? ¿Quieres hacer una partida a los dados?

—Vamos, ven, no te haremos daño.

Pero la puerta, el corredor oscuro y las risas tienen algo que le hace estremecerse de nuevo. Intenta saber el porqué pero de lo único que se acuerda es de la suciedad de sus ropas manchadas. Y los gritos de tío Herman cuando ha vuelto a casa todo cubierto de porquerías y cómo se ha precipitado afuera con un martillo en la mano en busca de los chicos que le habían hecho aquello. Charlie retrocede ante los chicos que se ríen en el corredor y deja caer el paquete. Lo recoge y echa a correr todo el resto del camino hasta la panadería.

—¿Por qué has tardado tanto, Charlie? —grita Gimpy desde el fondo del almacén.

Charlie pasa las puertas batientes de la trastienda y deja el paquete en una de las carretillas. Se apoya contra la pared hundiendo sus manos en los bolsillos. Le hubiera gustado tener su peonza.

Se siente feliz en el horno, donde el suelo está blanco de harina, más blanco que las paredes y el techo ennegrecido de hollín. Las gruesas suelas de sus chanclos están encostradas de blanco, y hay blanco en las costuras y en los ojetes de los cordones y en sus uñas y en la piel agrietada de sus manos.

Se siente bien así, acurrucado contra el muro, pegado de tal manera a él que su gorra cae hacia adelante sobre sus ojos. Le gusta el olor de la harina, de la masa húmeda, mezclados con el del pan y los pasteles y los panecillos que se cuecen. El calor del horno lo adormece.

Bienestar... calor... dormir...

De pronto cae, intenta sujetarse y su cabeza golpea contra la pared. Alguien le ha hecho la zancadilla.

Esto es todo lo que puedo recordar. Puedo verlo todo muy claramente, pero no se por qué ha llegado hasta mí. Es como cuando iba al cine. La primera vez nunca comprendía nada porque todo ocurría demasiado aprisa, pero después de haber visto el film tres o cuatro veces terminaba por comprender lo que se decía. Debo preguntarle al doctor Strauss sobre eso.

14 de abril. El doctor Strauss dice que lo más importante son los recuerdos como el que me vino ayer y el que los escriba. Después, cuando vaya a su oficina, podremos hablar de ellos.

El doctor es psiquiatra y neurólogo. No lo sabía. Pensaba que no era más que un simple médico pero, cuando fui a verle esta mañana, me explicó lo importante que era para mí el aprender a conocerme de modo que comprendiera mis problemas. Le dije que no tenía problemas.

Se rió, después se levantó de su silla y se dirigió a la ventana:

—Cuanto más inteligente te vuelvas, más problemas tendrás, Charlie. Tu crecimiento mental va a superar tu crecimiento emocional. Y creo que, a medida que avances, descubrirás muchas cosas de las que querrás hablarme. Quiero simplemente que recuerdes que es aquí donde tienes que venir cuando necesites ayuda.

No sé aún lo que significa todo esto, pero me dijo que, aunque no comprenda mis sueños o mis recuerdos, o el porqué acuden a mí, más tarde, en algún determinado momento, todo se pondrá en orden y entonces sabré mucho más sobre mí mismo. Dijo lo importante que es hallar lo que dice la gente en mis recuerdos. Siempre se refieren a mí cuando era niño, y debo recordar lo que ocurrió.

Antes yo no sabía nada de esto. Es como si, al llegar a un cierto grado de inteligencia, vaya a comprender todas las palabras que tengo en la cabeza y lo sepa todo sobre los chicos en el corredor y sobre mi tío Herman y mis padres. Pero lo que él quiere decir es que esto va a apenarme y mi cerebro puede ponerse enfermo.

Por eso ahora debo ir a verle dos días por semana para hablar de lo que me atormenta. Simplemente nos sentamos, yo hablo y el doctor Strauss escucha. A esto se le llama terapia, y esto significa hablar de cosas para que después me sienta mejor. Le he dicho

que una de las cosas que me atormentan se refiere a las mujeres. Como cuando bailé con aquella chica, Ellen, que me excitó tanto. Hablamos pues de ello, y mientras hablaba sentí una extraña sensación, como un sudor frío, y un zumbido en la cabeza, y creí que iba a vomitar. Quizá porque siempre he pensado que era algo sucio de lo que no se debía hablar. Pero el doctor Strauss dijo que lo que me ocurrió después, en la cama, es algo natural que les ocurre a todos los chicos.

Así pues, aunque me vuelva inteligente y aprenda un montón de cosas nuevas, cree que todavía soy un chiquillo con relación a las mujeres. Es desconcertante, pero voy a dedicarme a descubrirlo todo con respecto a mi vida.

15 de abril. Ahora leo mucho, y casi todo queda en mi cabeza. Además de historia y geografía y aritmética, miss Kinnian dice que debería comenzar a aprender lenguas extranjeras. El profesor Nemur me ha dado otras cintas para que las pase mientras duermo. Aún no sé como funcionan la mente consciente e inconsciente, pero el doctor Strauss dice que no me preocupe todavía por ello. Me ha hecho prometer, cuando llegue al nivel de estudios universitarios, dentro de algunas semanas, que no leeré libros de psicología hasta que él me dé permiso. Dice que eso me desorientaría y me haría pensar en función de teorías psicológicas en lugar de seguir mis propias ideas y sentimientos. Pero puedo leer novelas. Esta semana he leído El gran Gatsby, Una tragedia americana, y Mira hacia casa, Angel. Jamás hubiera creído que los hombres y las mujeres actuaran así.

16 de abril. Hoy me siento mucho mejor, pero todavía me irrito ante el pensamiento de que la gente se ha reído siempre de mi y se han burlado de mí. Cuando me haya vuelto tan inteligente como dice el profesor Nemur, con un C.I. que será más del doble del C.I. de 70 que es el mío, quizá entonces la gente me quiera y sean amigos míos.

No sé exactamente lo que es un C.I. El profesor Nemur dice que es algo que mide la inteligencia que tiene uno... algo así como la báscula de una tienda mide cuanto pesa una cosa en kilos. Pero el doctor Strauss tuvo una enorme discusión con él y dijo que un C.I. no pesa en absoluto la inteligencia. Dice que un C.I. indica hasta donde puede llegar la inteligencia de uno como las cifras de un vaso medidor. Uno tiene que llenar el vaso con algo para poder medirlo.

Cuando interrogué a Burt Seldon, que me hizo pasar mis tests de inteligencia y que trabaja con Algernon, dijo que hay personas que dirían que tanto Nemur como Strauss están equivocados, y que, por lo que ha leído al respecto, el C.I. mide un montón de cosas distintas, incluidas algunas de las cosas que uno ya ha aprendido, y que no es en absoluto una buena medida de la inteligencia.

Así que aún no sé lo que es un C.I., y todo el mundo me da una versión distinta. El mío es ahora de alrededor de 100, y muy pronto va a superar 150, pero aún es necesario que me llenen con algo, como el vaso medidor. No he querido decir nada pero no acabo de ver, si ellos no saben qué es ni dónde está, cómo pueden saber cuánto tiene uno.

El profesor Nemur dice que pasado mañana debo pasar un test de Rorschach. Me pregunto qué será.

17 de abril. Esta noche tuve una pesadilla y esta mañana, al despertarme, usé el método de asociación libre de ideas que me pidió que empleara el doctor Strauss cuando recordara mis sueños. Pienso en mi sueño, y sencillamente dejo que mi mente vague con entera libertad hasta que acuden a mi otros pensamientos. Continúo haciendo esto hasta que tengo la cabeza completamente vacía. El doctor Strauss dice que esto significa que he alcanzado un punto en el que mi subconsciente intenta bloquear mi consciente para impedir que recuerde. Es como un muro entre el presente y el pasado. A veces el muro resiste, y a veces se desmorona y entonces puedo recordar lo que hay tras él.

Como esta mañana.

Había soñado a miss Kinnian leyendo mis Informes de Progresos. En mi sueño, yo me siento para escribir pero no puedo ni escribir ni leer. Lo he olvidado todo. Tengo miedo y le pido a Gimpy en la panadería que escriba por mí. Pero cuando miss Kinnian lee el Informe se enfada y rompe las páginas porque en ellas no hay más que obscenidades.

Cuando vuelvo a casa, el profesor Nemur y el doctor Strauss están esperándome allá y me aplican un correctivo por haber escrito obscenidades en mi Informe de Progresos. Cuando se van, recojo las páginas rasgadas pero se transforman en papel de seda como el de las cartas de San Valentín, lleno de sangre.

Fue un sueño horrible pero apenas me levanté lo escribí por entero y después practiqué la asociación libre de ideas.

Panadería... el pan cociéndose... la tetera... alguien que me da una patada... caigo... sangre por todas partes... escribo... un lápiz grueso y una carta roja de San Valentín... un corazoncito dorado... un medallón... una cadena... todo cubierto de sangre... y él riéndose de mí...

La cadena es la de un medallón... está girando... lanza destellos de sol a mis ojos. Lo contemplo girar... contemplo la cadena... liada y retorcida y girando... y una chica que me mira.

Se llama miss Kinn... quiero decir Harriet.

Harriet... Harriet... Todos estamos enamorados de Harriet.

Y después nada. Todo blanco de nuevo.

Miss Kinnian que lee mis Informes de Progresos por encima de mi hombro.

Y después estamos en la clase de adultos retrasados y ella lee por encima de mi hombro mientras yo escribo mis conpo... composiciones.

La clase se convierte en la escuela primaria número 13, tengo once años y miss Kinnian tiene también once años, pero ella ya no es miss Kinnian. Es una chiquilla con hoyuelos y largos rizos y se llama Harriet. Todos estamos enamorados de Harriet. Y es San Valentín.

Recuerdo...

Recuerdo lo que ocurrió en la escuela primaria número 13 y por qué tuvieron que cambiarme de escuela y enviarme a la escuela primaria número 222. A causa de Harriet.

Veo a Charlie: tiene once años. Lleva un medalloncito dorado que se encontró un día en la calle. El medallón no tiene cadena pero él le ha atado un hilo, y le gusta hacerlo girar para que retuerza el hilo, y contempla como gira al desenroscarse mientras le lanza destellos de sol a los ojos.

A veces, cuando los chicos juegan al balón, le dejan estar en medio e intenta coger la pelota antes de que alguno de ellos la atrape. Le gusta estar en el centro —aunque jamás atrape la pelota— y una vez a Hymie Roth se le escapó la pelota y él la cogió, pero los otros no le dejaron lanzarla y tuvo que volver al centro.

Cuando pasa Harriet, los chicos dejan de jugar y la miran. Todos están enamorados de Harriet. Cuando agita la cabeza, sus bucles parecen danzar, y además están sus hoyuelos. Charlie no sabe por qué arman tanto jaleo por una chica y por qué siempre quieren ir a hablar con ella (él prefiere jugar a la pelota, o al fútbol con una lata de conserva, o a cualquier otro juego, antes que hablar con una chica), pero todos los muchachos están enamorados de Harriet, así que él también está enamorado de Harriet.

Y él no lo oculta como los otros chicos, y hace cosas por ella. Anda por encima de los pupitres cuando la maestra no está. Tira los borradores por la ventana, escribe garabatos en la pizarra y en las paredes. Y Harriet lanza grititos y exclama:

—¡Oh, mirad, mirad a Charlie! ¿Oh, no es encantador? ¿Oh, no es divertido? ¡Qué tonto!

Ahora es San Valentín, y los chicos hablan de las hermosas cartas que le van a dar a Harriet, y Charlie dice:

—Yo también le voy a dar a Harriet una hermosa carta de San Valentín.

Todos se revuelcan de risa y Barry dice:

—¿Y de dónde vas a sacar tu carta de San Valentín?

—Encontraré una muy hermosa para ella. Ya lo veréis.

Pero no tiene dinero para comprar una carta de San Valentín, así que decide darle a Harriet su medallón, que tiene forma de corazón como las cartas de San Valentín que ha visto en los escaparates de los almacenes. Aquella noche toma una hoja de papel de seda del cajón de su madre, y necesita mucho tiempo para hacer un bonito paquete y atarlo con una cinta roja. Después, a la mañana siguiente, durante el almuerzo en el colegio, se lo enseña a Hymie Roth y le pide que le escriba algo en el papel.

Y le pide a Hymie que escriba:

«Querida Harriet. Creo que eres la más bonita chica del mundo. Te quiero mucho mucho, y querría que tu fueras mi Valentina. Tu amigo, Charlie Gordon.»

Hymie escribe cuidadosamente en grandes letras de imprenta en el papel, riéndose todo el tiempo, y después le dice a Charlie:

—Bueno, chico, esto va a hacerle saltar los ojos de la cara. Espera a que lo vea.

Charlie está nervioso, pero quiere darle el medallón a Harriet, así que la sigue al salir de la escuela y espera a que haya entrado en su casa. Después se desliza hasta el vestíbulo y deja el paquete pegado a la manija interna de la puerta. Llama dos veces y corre al otro lado de la calle para ocultarse tras un árbol.

Cuando Harriet va a abrir, mira afuera para ver quién ha llamado. Luego ve el paquete. Lo toma y vuelve a entrar. Charlie regresa a su casa y recibe una paliza porque ha cogido el papel de seda y la cinta del cajón de su madre sin pedir permiso. Pero no le importa. Mañana, Harriet llevará el medallón y dirá a todos los chicos que ha sido él quien se lo ha dado. Entonces verán.

A la mañana siguiente corre a la escuela, pero llega demasiado pronto. Harriet aún no ha llegado, y se siente excitado.

Pero cuando Harriet llega ni siquiera lo mira. No lleva el medallón. Y parece enfadada.

El hace todo tipo de tonterías mientras la señora Janson no vigila: Hace muecas cómicas. Ríe fuerte. Se sube a un banco y agita su trasero. Incluso tira un trozo de tiza a Harold. Pero Harriet no lo mira ni una sola vez. Quizá haya olvidado el medallón. Quizá lo lleve al día siguiente. Pasa cerca de él en el pasillo pero, cuando él se le acerca para preguntarle, se aparta sin decir una palabra.

Abajo, en el patio de la escuela, los dos hermanos mayores de ella lo están esperando.

Gus le empuja:

—Pequeño bastardo, ¿eres tú quien ha escrito todas esas suciedades a mi hermana?

Charlie responde que no ha escrito nada sucio.

—Solo la he felicitado por San Valentín.

Oscar, que formaba parte del equipo de fútbol antes de dejar la escuela secundaria, agarra a Charlie por la camisa haciéndole saltar dos botones.

—No te acerques más a mi hermana pequeña, sucio degenerado. Me pregunto cómo estás aún en esta escuela.

Empuja a Charlie hacia Gus, que lo sujeta por el cuello. A Charlie le entra miedo y empieza a gritar.

Entonces empiezan a pegarle. Oscar le lanza un puñetazo a la cara. Gus lo tira al suelo y le da una patada en las costillas, y después ambos empiezan a patearlo y algunos de los chicos del patio —los amigos de Charlie— llegan gritando y aplaudiendo:

¡Hey, venid a ver, venid a ver! ¡Le están dando una paliza a Charlie!

Sus ropas están rotas y sangra por la nariz y uno de sus dientes está partido y, después de que Gus y Oscar se han ido, se sienta en el suelo y llora. La sangre tiene gusto amargo. Los demás muchachos rien y gritan:

—¡Charlie se ha dejado dar una paliza! ¡Charlie se ha dejado dar una paliza!

Y el señor Wagner, uno de los empleados de la escuela, llega y los echa. Conduce a Charlie a los lavabos y le dice que se lave la sangre y la suciedad de sus manos y cara antes de volver a casa...

Creo que era lo suficientemente estúpido como para creer todo lo que me decía la gente. No tenía que haber confiado en Hymie ni en nadie.

No había vuelto a recordar esto hasta hoy, pero todo me vino a la memoria después que pensé en mi sueño. Sin duda todo esto tiene una relación con mis Kinnian leyendo mis Informes de Progresos y lo que siento con respecto a ello. De todos modos, estoy contento de no tener que pedir ya a nadie que escriba por mí. Ahora ya puedo hacerlo por mí mismo.

Pero acabo de darme cuenta de algo: Harriet nunca me devolvió mi medallón.

18 de abril. He descubierto lo que es un test de Rorschach. Es el test con las manchas de tinta. Aquel que pasé antes de la operación. Desde el momento en que vi lo que era tuve miedo. Sabía que Burt iba a pedirme que hallara imágenes en ellas, y sabía que no podría hallarlas. Pensaba: si tan solo hubiera un medio de saber qué tipo de imágenes están escondidas ahí. Quizá ni siquiera hubiera imágenes. Quizá todo no era más que un truco para ver si era lo bastante tonto como para buscar algo que no existía. Tan solo pensar en ello me hacía ponerme irritado.

—Vamos, Charlie —dijo Burt—, tu ya has visto estas cartas, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

Por la manera como lo dije adivinó que estaba irritado y me miró con sorpresa.

—¿Hay algo que no marcha bien, Charlie?

—No, nada. Esas manchas... me impresionan.

Sonrió agitando la cabeza:

—No hay motivo. Es uno de los tests clásicos de personalidad. Ahora querría que miraras esa carta. ¿Qué es lo que ves en ella? La gente ve todo tipo de cosas en esas manchas de tinta. Dime a qué se parecen para ti... en qué te hacen pensar.

Aquello me sorprendió. Miré la carta, luego lo miré a él. No era aquello lo que me esperaba.

—¿Quiere decir que no hay imágenes escondidas en esas manchas de tinta?

Burt frunció el ceño y se quitó las gafas.

—¿Qué?

—¡Imágenes! ¡Escondidas en las manchas de tinta! La otra vez me dijo que todo el mundo podía verlas, y que quería que yo también las descubriera.

—No, Charlie, yo no pude decirte eso.

—¿Pero qué pasa? —le pregunté gritando. El miedo que les tenía a las manchas de tinta me había hecho encolerizarme contra mí mismo y también contra Burt—. Eso fue lo que me dijo. El que usted sea tan listo como para poder ir al colegio no le da derecho a burlarse de mí. Estoy harto de ver como todo el mundo se burla de mí.

No recuerdo haberme encolerizado nunca tanto. No creo que fuera precisamente contra Burt, pero de pronto exploté. Arrojé las cartas del Rorschach sobre la mesa y salí. El profesor Nemur estaba en el pasillo y cuando me vio pasar corriendo muy cerca de él sin siquiera saludarlo comprendió que algo no iba bien. Me alcanzó con Burt en el momento en que iba a tomar el ascensor.

—Charlie —dijo Nemur, sujetándome del brazo—. Espera un minuto. ¿Qué es lo que pasa?

Solté mi brazo y señalé a Burt con la cabeza.

—Ya estoy harto de ver que la gente se ría siempre de mi. Eso es todo. Quizá antes no me diera cuenta de ello, pero ahora sí y no me gusta.

—Aquí nadie se burla de ti, Charlie —dijo Nemur.

—¿Y las manchas de tinta? La otra vez, Burt me dijo que había imágenes escondidas en la tinta, que todo el mundo podía verlas, y que yo...

—Mira, Charlie, ¿quieres escuchar las palabras exactas que te dijo Burt, y lo que tú le contestaste? Tenemos una cinta de esa sesión de test. Podemos hacértela pasar y oirás exactamente lo que él te dijo.

Volví con ellos al despacho de psico, con mis sentimientos embarullados. Estaba seguro de que se habían burlado de mí y me habían gastado una broma cuando yo era lo bastante ignorante como para no darme cuenta de ello. Mi cólera era una sensación embriagadora y no quería renunciar a ella. Estaba dispuesto a pelearme.

Mientras Nemur buscaba la cinta en el archivo, Burt explicó:

—La otra vez usé casi exactamente las mismas palabras que hoy. Una condición indispensable de estos tests es que el procedimiento sea el mismo cada vez que se utiliza.

—Lo creeré cuando lo oiga.

Cambiaron una mirada. Noté cómo la sangre subía de nuevo a mi rostro. Se burlaban de mí. Pero entonces me di cuenta de lo que acababa de decir y, escuchandome a mí mismo, comprendí la razón de aquella mirada. No se estaban burlando. Se daban cuenta de lo que estaba pasando en mí. Había franqueado un nuevo estadio, y la cólera y la suspicacia eran mis primeras reacciones al mundo que me rodeaba.

La voz de Burt sonó en el magnetofono:

—Quiero que mires esta carta, Charlie ¿Qué es lo que ves en ella? La gente ve montones de cosas en esas manchas de tinta. Dime en qué te hacen pensar...

Las mismas palabras, casi el mismo tono de voz que acababa de emplear hacia pocos minutos en el laboratorio. Y después oí mis respuestas... infantiles, increíbles. Y me hundí en el sillón, al lado de la mesa de despacho del profesor Nemur.

—¿Ese era realmente yo?

Volví al laboratorio con Burt y emprendimos de nuevo el Rorschach. Examinamos lentamente las cartas. Esta vez mis respuestas eran distintas. "Veía" cosas en las manchas de tinta. Un par de murciélagos que se agarraban mutuamente. Dos hombres que hacían esgrima. Imaginaba todo tipo de cosas. Pero, pese a todo, me di cuenta de que todavía no tenía plena confianza en Burt. Continuaba girando y dando vuelta a las cartas para mirar la parte de atrás y ver si había algo oculto allí.

Eché una ojeada a las notas que estaba escribiendo. Pero todas ellas estaban escritas en código, y se leían más o menos así:

WF + A DdF - Ad orig. WF - A SF + obj.

El test seguía sin tener sentido. Creo que cualquiera puede contar mentiras acerca de imágenes aunque no las haya visto realmente. ¿Cómo pueden saber que no me burlo de ellos diciéndoles cosas que ni siquiera he pensado?

Quizá lo comprenda cuando el doctor Strauss me deje leer libros de psicología. Cada vez se me hace más difícil escribir todos mis pensamientos y sentimientos debido a que sé que hay gente que los lee. Quizá sería mejor si pudiera guardar para mí, aunque solo fuera por un tiempo, algunos de mis Informes de Progresos. Tengo que preguntarle al doctor Strauss por qué de pronto eso comienza a preocuparme.

## INFORME DE PROGRESOS 10

21 de abril. He encontrado una nueva manera de poner las amasadoras mecánicas en la panadería para aumentar la producción. El señor Donner dice que esto le hará bajar los

gastos y aumentar los beneficios. Me ha dado una prima de 50 dólares y 10 dólares de aumento por semana.

Quería invitar a Joe Carp y a Frank Reilly a comer para celebrarlo, pero Joe tenía que hacer algunas compras para su mujer y Frank tenía que almorzar con su primo. Pienso que van a necesitar tiempo para acostumbrarse a los cambios que se están produciendo en mí.

Todo el mundo parece tenerme un poco de miedo. Cuando he ido a ver a Gimpy y le he palmeado la espalda para preguntarle algo, se ha sobresaltado y se ha echado encima toda su taza de café. Cuando cree que no le veo me mira con ojos extraños. Ya nadie en la panadería me habla ni bromea conmigo como antes. Esto hace que mi trabajo sea un poco solitario.

Pensando en ello he recordado el día en que me dormí de pie, y Frank me hizo la zancadilla. El suave y caliente olor, las paredes blancas, el ronquido del horno cuando Frank abre la puerta para cambiar de lugar los panes.

De pronto me caigo... busco un asidero... el suelo falla bajo mis pies y mi cabeza golpea contra la pared.

Soy yo, y sin embargo es como si fuera otro el que está en el suelo, otro Charlie. Está confuso... se frota la cabeza... mira fijamente a Frank, alto y delgado, después a Gimpy que está muy cerca, grueso, velludo, canoso Gimpy, de enormes cejas que ocultan casi sus ojos azules.

—Deja al chico tranquilo —dice Gimpy—. ¿Por que, Dios mío, te has de meter siempre con él, Frank?

—Esto no le hace ningún daño —dice Frank, riendo—. No se da cuenta de nada. ¿Verdad, Charlie?

Charlie se frota la cabeza y se encoje. No sabe lo que ha hecho para merecer este castigo, pero siempre corre el riesgo de que la cosa no termine ahí.

—Pero tu sí te das cuenta —dice Gimpy, acercándose cojeando con su bota ortopédica—. Entonces, ¿por qué diablos te metes siempre con él?

Se sientan ambos ante la larga mesa, el gran Frank y el pesado Gimpy, y moldean los panecillos que deben ser cocidos para la hornada de la noche.

Durante un momento trabajan en silencio, y luego Frank se detiene y echa hacia atrás su gorro blanco.

—Hey, Gimpy, ¿crees que Charlie podría aprender a hacer panecillos?

Gimpy apoya un codo en la mesa de trabajo.

—¿Por qué no lo dejas tranquilo de una vez?

—Oh, no, Gimp... estoy hablando en serio. Pienso que podría aprender a hacer algo tan sencillo como panecillos.

La idea parece gustar a Gimpy, que se vuelve para mirar a Charlie.

—Quizá sea una buena idea. Hey, Charlie, ven aquí un minuto.

Como hace siempre cuando hablan de él, Charlie ha bajado la cabeza y mira los cordones de sus zapatos. Sabe como anudárselos. Podría hacer panecillos. Podría aprender a batir, enrollar, retorcer y moldear la pasta para hacer panecillos.

Frank lo mira inseguro.

—No sé si debemos, Gimpy. Quizá no esté bien. Si un tonto es incapaz de aprender, tal vez no debiéramos intentarlo.

—Déjame a mí —dice Gimpy, que ha hecho suya la idea de Frank—. Pienso que de todos modos quizá pueda aprender. Escucha, Charlie. ¿Quieres aprender algo? ¿Quieres que te enseñe a hacer panecillos como los hacemos Frank y yo?

Charlie lo mira con ojos muy abiertos, la sonrisa se borra de su rostro. Comprende lo que quiere Gimpy y se siente atemorizado. Quiere complacer a Gimpy, pero hay algo en las palabras enseñar y aprender, algo que le hace recordar duros castigos, aunque no

recuerde lo que es... tan solo una mano blanca y huesuda, levantada. que lo golpea para hacerle aprender algo que él no puede comprender.

Charlie retrocede, pero Gimpy lo toma del brazo.

—Vamos, chico, no tengas miedo. No vamos a hacerte daño. Míralo como tiembla, como si fuera a caerse en pedazos. Mira, Charlie. Mira ese nuevo amuleto de la suerte para que juegues con él.

Abre la mano y le muestra una cadenita con una medalla redonda de brillante latón donde se lee la marca de un producto de limpieza. Le tiende la cadenita por un extremo, y la reluciente medalla de metal dorado gira lentamente, y refleja la luz de los tubos fluorescentes.

El brillo de la medalla le recuerda algo a Charlie, no sabe el qué.

No tiende la mano para tomarla. Sabe que está castigado el tender la mano para tomar las cosas de los demás. Si alguien te da algo en la mano eso está bien. Pero de otro modo está mal. Cuando ve que Gimpy le ofrece la medalla, baja la cabeza y sonríe de nuevo.

—Eso lo comprende —dice Frank riendo—. Cuando alguien le da algo que brilla y reluce. —Frank, que ha dejado a Gimpy llevar la experiencia, se inclina hacia adelante, excitado—. Quizá arda en deseos de tener esa chuchería, y si le dices que se la darás si aprende a hacer panecillos con la pasta... quizá la cosa funcione.

Mientras enseñan a Charlie como tiene que hacerlo, otros obreros se han reunido alrededor de la mesa. Frank les obliga a apartarse un poco y Gimpy separa un trozo de pasta para que Charlie practique. Entre los espectadores se cruzan apuestas sobre las posibilidades de que Charlie aprenda o no a hacer panecillos.

—Míranos —dice Gimpy, colocando la medalla a su lado, sobre la mesa, para que Charlie la vea bien—. Observa y haz lo que hacemos nosotros. Si aprendes a hacer panecillos, esa hermosa medalla de la suerte será tuya.

Charlie se sienta en su taburete, mirando atentamente cómo Gimpy toma el cuchillo y corta una tira de pasta. Sigue cada movimiento mientras Gimpy enrolla la pasta para hacer un largo tubo, la parte y la retuerce, deteniéndose de tanto en tanto para espolvorearla con harina.

—Mírame a mi ahora —dice Frank.

Y hace de nuevo lo que ha hecho Gimpy. Pero Charlie está confuso. Hay diferencias. Gimpy separa los codos como si fueran alas cuando enrolla la pasta, mientras que Frank mantiene los codos pegados a su cuerpo. Gimpy mantiene los pulgares unidos a los otros dedos cuando trabaja la pasta, pero Frank la trabaja con la parte plana de sus palmas, con los pulgares al aire, separados de los otros dedos.

La preocupación por estos detalles impide literalmente que Charlie se mueva cuando Gimpy le dice:

—Adelante, inténtalo.

Charlie sacude la cabeza.

—Escucha, Charlie, voy a hacerlo de nuevo muy poco a poco. Mira bien todo lo que hago y hazlo tú también al mismo tiempo que yo. ¿Has comprendido? Pero intenta recordarlo para poder hacerlo luego tú solo. Ahora sígueme... así.

Charlie frunce el ceño mientras observa a Gimpy separar un trozo de pasta y enrollarlo formando una bola. Vacila, luego toma el cuchillo, corta un trozo de pasta y lo coloca en medio de la mesa. Lentamente, manteniendo los codos separados como hace Gimpy, lo enrolla formando una bola.

Mira sus manos y las de Gimpy, procurando mantener sus dedos exactamente en la misma posición, los pulgares pegados a los demás dedos, haciendo un poco de cuenco. Ha de hacerlo bien, como Gimpy le pide que lo haga. Vagos ecos en su interior le dicen: hazlo bien y te querrán. Y desea que Frank y Gimpy le quieran.

Cuando Gimpy ha terminado de hacer una bola con su pasta, se endereza y Charlie hace lo mismo.

—Hey, eso es formidable. Mira, Frank, ha hecho una bola.

Frank inclina la cabeza y sonrío. Charlie suspira y todo su cuerpo tiembla en una creciente tensión. No está acostumbrado a esos raros momentos de éxito.

—Estupendo —dice Gimpy—. Ahora vamos a hacer un panecillo.

Torpe pero cuidadosamente, Charlie sigue todos los gestos de Gimpy. De tanto en tanto, una crispación de su mano o de su brazo estropea lo que ha hecho, pero al cabo de poco tiempo llega a ser capaz de separar un pedazo de la pasta y moldear un panecillo. Trabajando con Gimpy, hace seis panecillos, y después de haberlos espolvoreado con harina los coloca cuidadosamente junto a los de Gimpy en la gran plancha cubierta de harina.

—Muy bien, Charlie —dice Gimpy, muy serio—. Ahora déjanos ver cómo lo haces tú solo. Recuerda todo lo que has hecho desde el principio. Adelante.

Charlie contempla fijamente la gran masa de pasta y el cuchillo que Gimpy le ha puesto en la mano. Y de nuevo el pánico se apodera de él. ¿Qué es lo que hay que hacer primero? ¿Cómo hay que poner la mano? ¿Y sus dedos? ¿En qué sentido se enrolla la pasta?... Mil confusas ideas surgen en su mente al mismo tiempo, y se queda inmóvil, con una vaga sonrisa. Quiere hacerlo, para que Frank y Gimpy estén contentos y le quieran, y para que le den la hermosa medalla de la suerte que Gimpy le ha prometido. Da vueltas y más vueltas a la pesada masa de lisa pasta sobre la mesa, pero no puede decidirse a comenzar. No puede cortarla porque sabe que lo va a hacer mal y tiene miedo.

—Ya lo ha olvidado —dice Frank—. No le ha quedado nada en la cabeza.

El querría continuar. Frunce el ceño y se esfuerza en recordar. Primero se corta un pedazo de pasta. Luego se enrolla dándole la forma de una bola. ¿Pero cómo se hace un panecillo como aquellos que hay en la plancha? Eso ya es otra cosa. Si le dan un poco de tiempo lo recordará. Tan pronto como se aclare todo, recordará. Unos pocos segundos y ya lo tendrá ahí. Quiere agarrarse a lo que ha aprendido... tan solo un instante. Lo desea tanto.

—Está bien, Charlie —suspira Gimpy, quitándole el cuchillo de la mano—. No te preocupes. De todos modos, este no es tu trabajo.

Otro minuto y lo recordará. Si sólo no le empujaran tanto. ¿Por qué todo el mundo tiene tanta prisa?

—Anda, Charlie. Ve a sentarte y mira tus historietas. Hemos de ponernos a trabajar.

Charlie baja la cabeza y sonrío, y saca su tebeo del bolsillo trasero. Lo dobla y se lo mete en la cabeza, como un sombrero. Frank se rie y Gimpy, finalmente, sonrío también.

—Anda, bebé grande —gruñe Gimpy—. Ve a sentarte hasta que el señor Donner te necesite.

Charlie le sonrío y regresa junto a los sacos de harina en el rincón, junto a las amasadoras mecánicas. Le gusta apoyarse en ellos una vez sentado en el suelo y mirar los dibujos de su tebeo. Cuando empieza a girar las páginas siente deseos de llorar pero no sabe porqué. ¿Qué es lo que lo pone triste? La bruma pasa y se va. Ahora piensa en el placer de mirar las imágenes vivamente coloreadas del cuaderno, que ha mirado ya treinta, cincuenta veces. Conoce a todos los personajes de los tebeos... ha preguntado (y vuelto a preguntar) sus nombres a casi todo el mundo con quien se ha topado, y comprende que las formas extrañas de las letras y las palabras que se hallan en los balones blancos encima de los personajes indican que están diciendo algo. ¿Aprenderá algún día a leer lo que dicen los balones? Si le diesen el tiempo suficiente, si no le empujaran tanto... aprendería. Pero nadie tiene tiempo.

Charlie encoge las rodillas y abre el cuaderno en la página donde Batman y Robin trepan por una cuerda a lo largo de un enorme edificio. Un día, decide, sabrá leer. Y entonces podrá leer la historia. Siente una mano que se apoya en su hombro, y levanta

los ojos. Es Gimpy, que tiene la brillante medalla sujeta por la cadenita y la deja girar para que refleje la luz.

—Toma —dice roncamente, dejándola caer sobre las rodillas de Charlie. Y se va cojeando...

Nunca antes había pensado en ello, pero fue un bonito gesto por su parte. ¿Por qué lo hizo? De todos modos eso es lo que más recuerdo de aquella época, mucho más clara y completamente que todo lo que me haya pasado después. Como cuando uno mira por la ventana de la cocina muy de madrugada, cuando la luz del alba es aún gris. Luego he avanzado mucho, y se lo debo al doctor Strauss y al profesor Nemur y a todos los demás de Beekman. Pero ¿qué deben pensar Frank y Gimpy al ver cuánto he cambiado?

22 de abril. Las gentes de la panadería están cambiando. Ya no se contentan con ignorarme. Noto su hostilidad. El señor Donner está dando los pasos necesarios para que me admitan en el sindicato de panaderos y me ha aumentado de nuevo el sueldo. Pero ya no encuentro ningún placer en el trabajo porque los demás muestran resentimiento contra mí. En cierto modo, no puedo culparlos. No comprenden qué me ha pasado y yo no puedo decírselo. No se sienten orgullosos de mí como yo esperaba. En absoluto.

Pero necesito alguien con quien hablar. Voy a pedirle a miss Kinnian si quiere venir conmigo al cine mañana por la noche para celebrar mi aumento. Si consigo reunir el valor necesario.

24 de abril. El profesor Nemur ha estado por fin de acuerdo con el doctor Strauss y conmigo en que me será imposible decirlo todo si sé que es leído inmediatamente por la gente del laboratorio. He intentado ser enteramente franco en todo, sea cual sea el tema abordado, pero hay cosas que no puedo escribir excepto si sé que tengo derecho a guardármelas para mí... al menos durante un tiempo.

Ahora tengo permiso para conservar para mí algunos de mis Informes de Progresos más íntimos, pero antes de su informe final a la Fundación Welberg el profesor lo leerá absolutamente todo, a fin de elegir lo que debe incluirse.

Lo que ha sucedido hoy en el laboratorio me ha trastornado.

Esa tarde fui al despacho un poco más temprano para preguntarle al doctor Strauss o al profesor Nemur si no veían ningún inconveniente en que invitara a Alice Kinnian a ir al cine, pero antes de llamar les oí discutir entre sí. No debiera haberme quedado, pero me es difícil perder la costumbre de escuchar, ya que la gente siempre ha hablado y actuado como si yo no estuviera allí, como si no se preocuparan de lo que yo pudiera oír. Alguien golpeó muy fuerte sobre la mesa y después el profesor Nemur gritó:

—¡Ya he informado al Comité que presentaremos nuestro Informe en Chicago!

Luego oí la voz del doctor Strauss:

—Estás equivocado, Harold. Dentro de diez semanas aún será demasiado pronto. Todavía se encuentra en plena evolución.

Y entonces Nemur:

—Hasta aquí hemos anticipado correctamente el curso. Así que legítimamente podemos presentar un informe preliminar. Te aseguro, Jay, que no hay nada que temer. El éxito es absoluto. Todo es positivo. Ya nada puede ir mal.

Strauss:

—Es algo demasiado importante para nosotros como para hacerlo público de una manera prematura. La responsabilidad caerá sobre ti...

Nemur:

—Olvidas que yo poseo la dirección de este proyecto Strauss.

—Y tú olvidas que no eres el único cuya reputación está en juego. Si ahora nos adelantamos demasiado, toda nuestra hipótesis quedará expuesta a los ataques...

Nemur:

—Ahora ya no me preocupa una regresión. Lo he controlado y vuelto a controlar todo. Un informe preliminar no puede hacernos ningún daño. Estoy seguro de que ya nada puede ir mal.

La discusión siguió de este modo, con Strauss diciendo que Nemur codiciaba la Cátedra de Psicología en Hallston y Nemur replicando que Strauss no se preocupaba más que de sus investigaciones psicológicas. Después Strauss, dijo que el proyecto le debía tanto a sus técnicas de psicocirugía y a sus series de inyecciones de hormonas como a las teorías de Nemur, y que, un día, millares de psicocirujanos en todo el mundo utilizarían sus métodos, a lo que Nemur contestó recordándole que esas nuevas técnicas no hubieran visto nunca la luz del día sin su teoría original.

Se dijeron el uno al otro todo tipo de palabras —oportunista, cínico, pesimista— y entonces me asusté. De pronto fui consciente de que no tenía derecho a permanecer junto a la puerta del despacho y escuchar algo que no me concernía. Quizá me hubiera dado lo mismo cuando era demasiado débil de espíritu como para saber lo que pasaba a mi alrededor, pero ahora que podía comprender no iban a admitir el que les escuchara. Me fui sin esperar el final.

Era ya de noche. y anduve durante mucho rato intentando comprender por qué tenía tanto miedo. Los veía claramente por primera vez, ni dioses ni siquiera héroes, simplemente dos hombres inquietos por no poderle sacar ningún provecho a su trabajo. Sin embargo, si Nemur tenía razón y la experiencia era un éxito, ¿por qué preocuparse? Había tanto que hacer, tantos proyectos que poner en marcha.

Esperaré hasta mañana para preguntarle si puedo llevar a miss Kinnian al cine para celebrar mi aumento.

26 de abril. Sé que no debería vagabundear por el recinto del colegio cuando he terminado en el laboratorio, pero el ver a los chicos y chicas que van y vienen con sus libros y oírles hablar de lo que estudian en sus cursos me excita. Quisiera poder sentarme y hablar con ellos tomando un café en el snack del campus, cuando se reúnen para discutir de libros, de política y de ideas. Es apasionante oírles hablar de poesía, de ciencia y de filosofía... de Shakespeare y de Milton; de Newton y de Einstein y de Freud; de Platón y de Hegel y de Kant, y de tantos y tantos otros cuyos nombres resuenan en mi cabeza como las campanas de una iglesia.

Algunas veces escucho las conversaciones en las mesas próximas a la mía, y hago como si fuera otro estudiante más, aunque sea mucho mayor que todos ellos. Llevo también algunos libros al brazo y he empezado a fumar en pipa. Es estúpido pero, ya que pertenezco al laboratorio, tengo la impresión de formar parte de la universidad. Siento horror ante la idea de volver a mi casa y meterme en mi solitaria habitación.

27 de abril. He hecho algunos amigos entre los chicos, en el snack. Discutían de Shakespeare y de si había escrito o no las obras de Shakespeare. Uno de los chicos —sordo y de rostro sudoroso— decía que era Marlowe quien había escrito todas las obras de Shakespeare. Pero Lenny, pequeño y con gafas oscuras, no creía en esas historias respecto a Marlowe; afirmaba que todo el mundo sabe que fue sir Francis Bacon quien escribió las obras de teatro, puesto que Shakespeare nunca tuvo estudios y jamás poseyó la cultura que evidencian sus obras. Y entonces uno que llevaba un gorro de estudiante de primer año dijo que había oído a dos chicos en los lavabos que decían que las obras de Shakespeare habían sido escritas en realidad por una mujer.

Y entonces hablaron de política y de arte y de Dios. Nunca antes había oído a nadie decir que tal vez Dios no existiera. Me horroricé, pues por primera vez me puse a pensar en lo que significa la palabra Dios.

Ahora comprendo que una de las grandes razones de ir a la escuela e instruirse es aprender que las cosas en las cuales uno ha creído toda su vida no son realmente ciertas, y que nada es como parece ser.

Durante todo el tiempo que estuvieron hablando y discutiendo sentí como si una fiebre ardiera en mí. Eso es lo que siempre he querido hacer: ir a la escuela y oír a gente hablar de cosas importantes.

Ahora paso la mayor parte de mi tiempo libre en biblioteca, leyendo e impregnándome de todo lo que puedo descubrir en los libros. Aún no siento un interés particular hacia un tema determinado, y por el momento me contento con leer muchas novelas: Dostoyewski, Flaubert, Dickens, Hemingway, Faulkner... todo lo que cae en mis manos, para calmar un apetito insaciable.

28 de abril. La otra noche, en un sueño, oí a mami que gritaba contra papi y contra la profesora de la escuela elemental número 13 (mi primera escuela elemental antes de que me enviaran a la escuela elemental número 222)...

—¡Es normal! ¡Es normal! ¡Será un adulto como todos los demás, mejor que todos los demás! —Quería abofetear a la maestra, pero papi la retenía—. ¡Un día irá al colegio! ¡Será alguien! —Continuaba gritando y debatiéndose para que papi la soltara—. ¡Irá al colegio y será alguien!

Estábamos en el despacho del director, y había un montón de gente. Se les veía incómodos, pero el subdirector sonreía y giraba la cabeza para que no se le notara.

En mi sueño, el director llevaba una gran barba y daba vueltas a la habitación señalándome con el dedo.

—Debe ir a una escuela especial. Llévelo al Asilo-Escuela Warren del estado. Nosotros no podemos tenerlo aquí.

Papi arrastraba a mami fuera del despacho del director y ella gritaba y lloraba a la vez. Yo no podía ver su rostro, pero gruesas lágrimas teñidas de rojo caían sobre mí...

Esta mañana he podido recordar este sueño, pero ahora hay algo más... puedo recordarlo como entre brumas, puesto que yo tenía seis años cuando pasó. Justo antes de nacer Norma. Veo a mami, una mujer delgada de cabello oscuro que habla muy aprisa y agita demasiado sus manos. Como siempre, su rostro es borroso. Sus cabellos están enrollados en un moño y su mano se levanta para tocarlo, para alisarlo, como si tuviera que asegurarse a cada momento de que está allí. Recuerdo que siempre mariposeaba, como un gran pájaro blanco, alrededor de mi padre, y él era demasiado lento, estaba demasiado cansado para escapar a su tiranía.

Veo a Charlie, de pie en medio de la cocina, jugando con su juguete preferido, perlas y anillos de vivos colores engarzados en un hilo. Mantiene el hilo con una mano y hace girar los anillos, que se enrollan y se desenrollan en un torbellino de brillantes reflejos. Se pasa horas enteras mirando su juguete. No sé quién se lo hizo ni lo que fue de él, pero veo a Charlie, fascinado cuando el hilo se desenrolla y hace girar los anillos...

Su madre le grita... no, le grita a su padre:

—¡No quiero llevarlo! ¡No tiene nada anormal!

—Rose, no sirve de nada continuar pretendiendo que no tiene nada anormal. Tan solo míralo, Rose. Tiene seis años y... es un idiota.

—No. Es normal. Será como todo el mundo.

Mira tristemente a su hijo con su juguete, y Charlie sonrío y se lo muestra para hacerle ver lo bonito que es cuando da vueltas.

—¡Tira ese juguete! —grita mami, y bruscamente se lo arranca a Charlie de la mano y lo arroja al suelo de la cocina—. Ve a jugar con tus cubos alfabéticos.

El se queda allá, asustado por aquella repentina explosión. Se encoge, sin saber qué va a hacer ella. Su cuerpo empieza a temblar. Sus padres discuten, y sus voces que van y vienen provocan en él una dolorosa contracción de pánico.

—Charlie, ve al lavabo. No irás a hacértelo en el pantalón.

Quiere obedecer, pero sus piernas están demasiado flácidas para moverse. Sus brazos se levantan automáticamente para protegerlo de los golpes.

—Por el amor de Dios, Rose, déjalo tranquilo. Lo has aterrorizado. Siempre haces lo mismo, y el pobre chico..

—Entonces, ¿por qué no me ayudas? Siempre tengo que hacerlo yo todo. Todos los días intento hacer que aprenda, ayudarle a alcanzar a los demás. Es lento en reaccionar, eso es todo. Pero puede aprender como todo el mundo.

—Te estás haciendo ilusiones, Rose. Y no está bien ni para nosotros ni para él. Pretender que es normal. Querer educarle como si fuera un animal que puede aprender a dar piruetas. ¿Por qué no lo dejas tranquilo?

—Porque quiero que sea como todo el mundo.

Mientras discuten, la sensación que contrae el vientre de Charlie se hace más fuerte. Tiene la impresión de que sus intestinos van a estallar, y sabe que tiene que ir al lavabo como se lo dicen tan a menudo. Pero no puede andar. Siente deseos de agacharse allí mismo, en la cocina, pero esto está mal y ella le pegará.

Querría su juguete con las perlas y los anillos. Si lo tuviera y pudiera mirarlo girar y girar, podría controlarse y no hacérselo en sus pantalones. Pero su juguete está esparcido por todas partes, hay anillos debajo de la mesa, otros bajo el fregadero, el hilo está junto a la cocina.

Es extraño que pueda recordar claramente sus voces, mientras los rostros están siempre borrosos y no veo más que sus vagas siluetas. Papi grande y débil. Mami delgada y viva. Oyéndolos ahora, a través de los años discutir, siento deseos de gritarles: «¡Pero miradlo! ¡Ahí en el suelo! ¡Mirad a Charlie! ¿No véis que tiene que ir al lavabo?»

Charlie permanece allá, estrujando y tirando de su camisa a cuadros rojos, mientras ellos continúan discutiendo. Las palabras son como destellos de cólera que se cruzan entre ellos... una cólera y una culpabilidad que no puede discernir.

—El setiembre próximo volverá a la escuela elemental número 13 y terminará su curso.

—¿Por qué no quieres ver la verdad? La profesora dice que no es capaz de seguir una clase normal.

—¿Ese pajarraco de maestra? ¡Oh, podría encontrarle otros nombres más adecuados! Que vuelva a meterse conmigo y haré algo más que escribir simplemente al Ministerio de Educación. Le arrancaré los ojos a esa sucia puta. Charlie, ¿por qué te retuerces así? Ve al lavabo. Ve tu solo. Sabes donde es.

—¿No ves que quiere que lo lleves? Está aterrorizado.

—Tu no te metas en eso. Es perfectamente capaz de ir solo al lavabo. El libro dice que esto les da confianza y crea en ellos un sentimiento de éxito.

El terror que le acecha en aquella pequeña habitación fría y cuadrada lo invade. Tiene miedo de ir solo. Tiende la mano para tomar la suya y solloza:

—Tú... tu... —y, de un manotazo, ella rechaza su mano.

—No —dice severamente—. Ya eres un chico grande. Puedes ir tú solo. Ve directo al lavabo y baja tus pantalones como te he enseñado. Te prevengo que, si te lo haces en el pantalón, vas a recibir una paliza.

En ese momento casi puedo sentir sus intestinos retorciéndose y anudándose mientras sus padres se inclinan hacia él para ver lo que va a hacer. Ya no gime, llora suavemente, y cuando de pronto ya no puede controlarse solloza y esconde la cara entre las manos mientras se ensucia.

Y a esa sensación húmeda y caliente se mezclan el alivio y el temor. Ella va a limpiarlo y, como siempre, le dará una paliza. Se le acerca gritándole que es un chiquillo malvado, y Charlie corre hacia su padre para que le proteja.

De pronto, recuerdo que ella se llama Rose y él Matt.

Es estúpido haber olvidado los nombres de los padre de uno. ¿Y Norma? Es extraño que no haya pensado en ellos durante tanto tiempo. Ahora quisiera poder ver el rostro de Matt para saber lo que pensaba en aquel momento. Todo lo que recuerdo es que, mientras ella empezaba a pegarme, Matt Gordon dio media vuelta y salió del apartamento.

Quisiera poder ver más claramente sus rostros.

## INFORME DE PROGRESOS 11

1 de mayo. ¿Por qué nunca me he dado cuenta de lo bonita que es Alice Kinnian? Tiene unos ojos castaño muy bonitos y unos cabellos marrones que le caen en suaves rizos sobre los hombros. Cuando sonrío, sus carnosos labios parecen hacer un mohín.

Hemos ido al cine y después a cenar. No he visto gran cosa de la primera película porque estaba demasiado emocionado al saberla sentada a mi lado. Por dos veces su desnudo brazo ha tocado el mío en el apoyabrazos y las dos veces, me he apartado por miedo a molestarla. No podía pensar más que en su piel tan suave y tan cerca de mí. Después he visto, dos hileras más adelante de nosotros, a un joven con su brazo alrededor de la chica que estaba a su lado, y he sentido deseos de pasar mi brazo alrededor de miss Kinnian. Algo terrible. Pero si tal vez lo hiciera suavemente... colocándolo primero en el respaldo de su asiento... acercándolo después poco a poco... para que estuviera cerca de sus hombros y su nuca... como por casualidad...

No me he atrevido.

Lo máximo que he logrado ha sido poner mi brazo sobre el respaldo de su asiento, pero cuando lo he conseguido he tenido que retirarlo para limpiar el sudor de mi rostro y mi cuello.

Una vez, su pierna ha rozado casualmente la mía.

Todo esto me ha ocasionado un suplicio tan doloroso, que me he obligado a mí mismo a no pensar en ella. El primer film era una película de guerra y todo lo que he llegado a entender ha sido el final, cuando el chico vuelve a Europa para casarse con la mujer que le ha salvado la vida. El segundo film me interesó. Era una película psicológica respecto a un hombre y una mujer al parecer enamorados pero que, de hecho, se destruyen mutuamente. Todo sugiere que el hombre va a matar a la mujer, pero, en el último momento, las palabras que ella grita en una pesadilla le hacen recordar algo que le ocurrió en su infancia. Este repentino recuerdo le muestra que su odio va dirigido en realidad contra una institutriz depravada que lo aterrorizó contándole horribles historias y dejó así una falla en su personalidad. Agitado por ese descubrimiento, lanza un grito de alegría que despierta a su mujer. La toma entre sus brazos, y puede deducirse que todos sus problemas han quedado resueltos.

Todo era demasiado simple, demasiado banal, y supongo que dejé traslucir en mi rostro mi irritación pues Alice me preguntó qué era lo que no marchaba.

—Todo eso es falso —le dije, al salir del cine—. Las cosas nunca ocurren así.

—Por supuesto —respondió ella, riendo—. El cine es un mundo de ensueños.

—¡Oh, no! Eso no es una respuesta —repliqué—. Incluso en un mundo de ensueños ha de haber reglas. Los detalles deben ser coherentes y articularse entre sí. Ese tipo de films son un fraude. Las escenas se encadenan arbitrariamente porque el guionista, o el director, o no sé quién, ha querido introducir algo que no encaja con el resto. Y el conjunto no tiene sentido.

Ella me miró pensativamente cuando llegamos a las deslumbrantes luces de Times Square.

—Avanzas aprisa.

—Mi mente está confusa. No me doy cuenta de todo lo que sé.

—No te preocupes por ello —insistió—. Empiezas a ver y a comprender las cosas. — Hizo un gesto con la mano que abarcaba todos los rótulos de neón y el parpadeante mundo que nos rodeaba mientras llegábamos a la Séptima Avenida—. Empiezas a ver más allá de la superficie de las cosas. Lo que dices de los detalles que deben encajar entre sí evidencia ya mucha perspicacia.

—¡Oh, vamos! No me siento como si llegara a ningún lado. Ni siquiera me comprendo a mí mismo o a mi pasado. No sé cómo son mis padres ni a quién se parecen. ¿Sabe que cuando los veo en un destello de memoria o en un sueño sus rostros no son más que un mancha confusa? Quisiera ver su expresión. No puedo comprender lo que ocurre si no veo sus rostros.

—Charlie, cálmate —la gente se volvía a mirarnos. Ella deslizó su brazo bajo el mío y me atrajo hacia ella para apaciguarme—. Has de tener paciencia. No olvides que estás realizando en pocas semanas lo que a los demás nos toma toda una vida. Eres como una enorme esponja que absorbe conocimientos. Muy pronto comenzarás a relacionar las cosas entre sí y verás cómo se entrelazan los distintos universos del conocimiento. Todos esos estadios, Charlie, son como los peldaños de una gigantesca escalera. Y tú subirás arriba y arriba para descubrir cada vez más y más del mundo que está a tu alrededor.

Cuando entramos en la cafetería de la calle 45 y tomamos nuestras bandejas, añadió animadamente:

—La gente ordinaria no puede ver más que un poco de este mundo. No pueden cambiar nada ni elevarse más arriba de donde están, pero tú eres un genio. Tu continuarás subiendo y subiendo y viendo cada vez más y más. Y cada peldaño te revelará mundos cuya existencia jamás habrás supuesto.

La gente que hacía cola y la oían se volvían para mirarme, y solo bajó la voz cuando la empujé con el codo para que se callara.

—Lo único que hago —cuchicheó— es pedirle a Dios que no sufras por ello.

Durante un momento no supe qué decir. Tomamos nuestros platos del mostrador, los llevamos a nuestra mesa y comimos sin hablar. El silencio me ponía nervioso. Sabía de donde venía su temor y lo tomé a broma.

—¿Por qué tendría que sufrir? Nunca podré estar peor que antes. Incluso Algernon sigue siendo inteligente, ¿no? Mientras lo siga siendo, todo irá bien para mí.

Ella jugaba con su cuchillo, haciendo redondas en la mantequilla, y aquel movimiento me hipnotizaba.

—Además —le dije—, oí discutir al profesor Nemur y al doctor Strauss, y Nemur dijo que estaba absolutamente seguro de que nada podía ir mal.

—Así lo deseo —dijo ella—. No tienes idea de hasta qué punto tengo miedo de que algo pueda ir mal. En parte me siento responsable. —Me vio mirar el cuchillo y lo dejó cuidadosamente al lado de su servilleta.

—Nunca lo hubiera hecho de no haber sido por usted —dije.

Se rió, y eso me hizo estremecerme. Bajó rápidamente sus ojos al mantel y enrojeció.

—Gracias, Charlie —dijo, y me tomó la mano.

Era la primera vez que alguien hacía este gesto hacia mí, y eso me animó. Me incliné hacia ella, apretando su mano y las palabras surgieron por sí mismas:

—La aprecio mucho.

Después de pronunciarlas tuve miedo de que ella se riera, pero bajó la cabeza y sonrió.

—Yo también te aprecio mucho, Charlie.

—Pero para mí es algo más que simple aprecio. Lo que quiero decir es que... ¡oh, diablos! No sé lo que quiero decir.

Me daba cuenta de que enrojecía y no sabía hacia donde mirar ni qué hacer con mis manos. Se me cayó un tenedor y, al inclinarme para recogerlo, volqué un vaso de agua que cayó sobre su vestido. Bruscamente me había vuelto torpe y desmañado y, cuando intenté pedirle perdón, ni siquiera podía mover la lengua.

—No ha pasado nada, Charlie —dijo para tranquilizarme—. Sólo es agua. No tienes que preocuparte tanto por ello.

En el taxi, al llevarla a casa, permanecimos un largo rato silenciosos, y luego ella dejó a un lado su bolso, enderezó mi corbata y arregló el pañuelo de mi bolsillo.

—Estás incómodo esta noche, Charlie.

—Me siento ridículo.

—Te he trastornado porque te he hablado de ti. Esto te ha puesto nervioso.

—No es eso. Lo que me molesta es que no puedo expresar con palabras lo que siento.

—Lo que sientes es nuevo para ti. Pero todo no necesita... ser expresado con palabras.

Me acerqué a ella e intenté tomar de nuevo su mano pero ella se apartó.

—No, Charlie. No creo que fuera bueno para ti. Te he perturbado y eso podría tener un efecto negativo.

Cuando ella me rechazó, me sentí a la vez torpe y ridículo. Esto me irritó conmigo mismo. Me hundí en mi rincón y miré por la ventanilla. La odiaba como nunca antes había odiado a nadie... por sus respuestas tranquilas y sus cuidados maternos. Sentía deseos de abofetearla, de obligarla a arrastrarse, y al mismo tiempo de tomarla en mis brazos y besarla.

—Charlie, lamento haberte trastornado así.

—No hablemos más de ello.

—Pero debes comprender lo que ocurre.

—Lo comprendo —dije—, y prefiero no hablar de ello.

Cuando el taxi llegó a su casa, en la calle 77, me sentía horriblemente desgraciado.

—Escucha —dijo ella—, es culpa mía. No tenía que haber salido contigo esta noche.

—Sí, ahora me doy cuenta.

—Lo que quiero decir es que no tenemos derecho a situar nuestras relaciones en un plano personal... emocional. Tienes mucho que hacer. No tengo derecho a entrar en tu vida en este momento.

—Eso soy yo quien debe juzgarlo, ¿no?

—¿Lo crees realmente? No es solo asunto tuyo, Charlie. Ahora tienes obligaciones... no sólo hacia el profesor Nemur y el doctor Strauss, sino también hacia los millones de hombres que quizá sigan tus huellas.

Cuanto más hablaba así, más miserable me sentía. Estaba subrayando mi torpeza, mi ignorancia de las cosas adecuadas que hay que decir y hacer. Para sus ojos yo era un adolescente torpe, y ella intentaba hacérmelo comprender educadamente.

Ante la puerta de su apartamento, se volvió, me sonrió y, por un instante, creí que iba a invitarme a entrar, pero se limitó a decir muy bajo:

—Buenas noches, Charlie. Gracias por esa maravillosa velada.

¡Hubiera querido desearle buenas noches con un beso. Ya antes había sentido deseos de hacerlo. ¿Acaso una mujer no espera que uno la bese? En las novelas que he leído y en las películas que he visto es el hombre quien toma la iniciativa. Ayer noche había decidido que la besaría. Pero no dejaba de pensar: ¿y si me rechaza?

Me acerqué a ella y quise tomarla por los hombros Pero fue más rápida que yo. Me detuvo y tomó mi mano entre las suyas.

—Es mejor que nos digamos buenas noches de este modo, Charlie. No podemos convertir esto en algo personal. Aún no.

Y antes de que yo pudiera protestar o preguntar qué quería decir con aquel aún no, entró en su casa.

—Buenas noches, Charlie, y gracias otra vez por esa deliciosa... deliciosa velada —y cerró la puerta.

Estaba furioso contra ella, contra mí mismo, contra el mundo entero, pero mientras iba a casa me di cuenta de que tenía razón. Ahora no sé si ella siente algún afecto hacia mí o simplemente me manifiesta su amistad. ¿Qué es lo que puede ver en mí? Lo que lo hace

todo más difícil es que nunca me había ocurrido nada parecido. ¿Cómo aprende uno a actuar con relación a otra persona? ¿Como aprende un hombre a comportarse con una mujer?

Los libros no ayudan mucho.

Pero la próxima vez le daré un beso al desearle las buenas noches.

3 de mayo. Una de las cosas que más me confunde es no saber nunca, cuando alguna reminiscencia surge de mi pasado, si todo ocurrió realmente de ese modo, o es tan sólo la manera en que me pareció en aquel tiempo que ocurría, o si todo es una invención mía. Soy como un hombre que ha permanecido medio dormido toda su Vida y que, antes de despertarse, intenta descubrir cómo era antes. Todo aparece extrañamente confuso y como al ralenti.

La otra noche tuve una pesadilla y, cuando me desperté, conservaba aún el recuerdo.

Primero la pesadilla: corro a lo largo de un interminable corredor, medio cegado por torbellinos de polvo. A veces corro hacia adelante y de pronto me detengo vacilo, doy media vuelta y corro en el otro sentido, pero tengo miedo porque estoy ocultando algo en mi bolsillo No sé lo que es ni dónde lo he hallado, pero sé que quieren quitármelo y esto me aterroriza.

La pared se derrumba y, de pronto, aparece una chica pelirroja que me tiende los brazos, su rostro no es más que una máscara vacía. La tomo entre mis brazos, me besa y me acaricia; siento deseos de estrecharla contra mí pero tengo miedo. Cuanto más me abraza mas aterrorizado me siento, porque sé que no debo tocar ninguna chica. Después, a medida que su cuerpo roza y se aprieta contra el mío, siento un extraño hervor que asciende en mi. Pero cuando alzo los ojos veo tan solo un cuchillo ensangrentado entre mis manos.

Quiero gritar mientras corro, pero ningún sonido emerge de mi garganta y mis bolsillos están vacíos. Hurgo en ellos pero no sé lo que he perdido o por qué lo ocultaba. Sólo sé que ya no lo tengo y que mis manos están llenas de sangre.

Cuando desperté pensé en Alice, y sentí la misma sensación de pánico que en mi sueño. ¿De qué tengo miedo? Todo esto debe tener alguna relación con el cuchillo.

Me preparé una taza de café y fumé un cigarrillo Nunca antes había tenido un sueño así, y sabía que tenía relación con mi velada con Alice. Empecé a pensar en ella de otra manera.

La asociación libre de ideas sigue siendo difícil para mí, porque es difícil no controlar la dirección de los pensamientos de uno... mantener únicamente la mente abierta y dejar entrar todo lo que acude... ideas que ascienden hasta la superficie como las burbujas de un baño de espuma... una mujer que se está bañando... una mujer joven... Norma bañándose... yo mirando por el agujero de la cerradura... y cuando sale de la bañera para secarse veo que su cuerpo es distinto del mío. Le falta un pequeño detalle.

Corro a lo largo del corredor... alguien me persigue... no una persona... tan sólo un gran cuchillo de cocina reluciente... y tengo miedo y grito pero mi voz no surge porque mi cuello está cortado y escupe sangre...

—¡Mamá, Charlie me mira por el agujero de la cerradura...!

¿Por qué es diferente? ¿Qué le ha ocurrido? Sangre... sangre que brota... un armario oscuro...

Tres ratones ciegos... tres ratones ciegos.

¡Mirad cómo corren! ¡Mirad cómo corren!

Corren tras la mujer del granjero,

que les corta la cola con su gran cuchillo.

¿Habéis visto nunca algo así en vuestra vida?  
¿algo como tres... ratones... ciegos?

Charlie, solo en la cocina, muy temprano por la mañana. Todos los demás duermen, y él se divierte con su colgante y los anillos que giran. Uno de los botones de su camisa salta al agacharse y rueda por el complicado dibujo del linóleo de la cocina. Rueda hacia el baño y Charlie lo sigue, pero pronto lo pierde de vista. ¿Dónde está el botón? Entra en el baño para buscarlo. Hay un armario en el baño, donde se guarda el cesto de la ropa sucia, y a él le gusta sacar las cosas de allí y mirarlas. Esas de su padre y esas de su madre... y esas de Norma. Le gustaría probárselas y parecerse así a Norma. Pero un día que lo hizo su madre le dio una paliza para castigarlo. Allí, en el cesto de la ropa, encuentra una braguita de Norma manchada de sangre seca. ¿Quién le habrá hecho aquello? Se siente aterrorizado. Cualquiera que se lo haya hecho puede volver y hacerle lo mismo a él...

¿Por qué un recuerdo infantil como éste ha permanecido tan indeleble en mi y por qué todavía sigue aterrorizándome? ¿Es debido a lo que siento por Alice?

Pensando ahora en ello, puedo comprender por qué se me enseñó a permanecer alejado de las mujeres. Hubiera sido una equivocación de mi parte el expresarle mis sentimientos a Alice. No tengo derecho a pensar de este modo en una mujer... aún no.

Pero, mientras escribo estas palabras, una voz gritó en mí que esto va a continuar. Soy un ser humano. Lo era ya antes de pasar bajo el cuchillo del cirujano. Necesito amar a alguien.

8 de mayo. Incluso ahora que he descubierto lo que está ocurriendo a espaldas del señor Donner, me cuesta trabajo creerlo. El primer indicio fue un incidente ocurrido durante la hora de afluencia, hace dos días. Gimpy estaba tras el mostrador, envolviendo un pastel para uno de nuestros clientes habituales, un pastel que se vende a 3.95 dólares. Pero cuando Gimpy marcó la venta en la registradora, marcó solo 2.95. Iba a decirle que se había equivocado cuando, a través del espejo que hay tras el mostrador, vi un guiño y una sonrisa pasar del cliente a Gimpy y, en respuesta, una sonrisa en el rostro de Gimpy. Y cuando el hombre recogió su cambio vi brillar una moneda grande de plata en la mano de Gimpy antes de que sus dedos se cerraran sobre ella, y el rápido movimiento con el que deslizó el medio dólar en su bolsillo.

—Charlie —dijo una señora a mis espaldas—, ¿tenéis todavía pastelillos de crema?

—Voy a ver.

Estaba contento por esta interrupción, ya que me daba tiempo a reflexionar en lo que había visto. Ciertamente, Gimpy no había cometido ningún error. Le había cobrado deliberadamente menos al cliente, y estaban de mutuo acuerdo.

Me apoyé sin fuerzas contra la pared, sin saber qué hacer. Gimpy trabajaba para el señor Donner desde hacía más de quince años. Donner —que trataba siempre á sus empleados como amigos, como familia—, había invitado más de una vez a la familia de Gimpy a comer a su casa. A menudo dejaba a Gimpy a cargo del negocio cuando tenía que salir, y había oído decir que varias veces Donner le había dado dinero a Gimpy para pagar el hospital de su mujer.

Era increíble que alguien pudiera robar a un hombre así. Tenía que haber otra explicación. Simplemente Gimpy se había equivocado al marcar la venta, y el medio no era más que una propina. O tal vez el señor Donner le hacía un precio especial a aquel cliente que le compraba regularmente pasteles de crema. No importaba ninguna explicación antes de creer que Gimpy le estaba robando. Gimpy había sido siempre bueno conmigo.

No quería saberlo. Evitaba mirar la caja registradora cada vez que traía bandejas de pastelillos y sacaba a la tienda las galletas, los panecillos y los pasteles.

Pero cuando entró la mujercita pelirroja —aquella que siempre me daba un pellizco en la mejilla y bromeaba diciendo que iba a buscarme alguna amiguita —recordé que siempre venía cuando Donner había ido a comer y Gimpy se hacía cargo del mostrador. Gimpy me había enviado a menudo a llevarle encargos a su casa.

Involuntariamente, hice de memoria la cuenta de sus compras: 4.53 dólares. Pero me di la vuelta para no ver lo que marcaba Gimpy en la caja. Quería saber la verdad y, sin embargo, tenía miedo de lo que pudiera descubrir.

—Dos dólares cuarenta y cinco, señora Wheeler —dijo.

El timbre de la caja. El ruido del cambio. El click del cajón al cerrarse.

—Gracias, señora Wheeler. —Me volví justo a tiempo para ver cómo se metía la mano en el bolsillo, y oí el débil sonido de las monedas.

¿Cuántas veces me había usado como intermediario para llevarle paquetes, cobrándoselos por debajo de su precio a fin de poder partir con ella la diferencia? ¿Se había servido de mí durante todos aquellos años para que le ayudara a robar?

No pude dejar de mirar a Gimpy mientras renqueaba tras el mostrador, con el sudor resbalándole de su gorro de papel. Parecía alegre y de buen humor pero, al alzar la vista, vio mi mirada, frunció el ceño y se giró.

Sentía deseos de golpearle. Sentía deseos de ir tras el mostrador y pegarle en la cara. No recuerdo haber odiado nunca a nadie, antes. Pero aquella mañana odié a Gimpy con todas mis fuerzas.

Poner todo eso sobre el papel en la tranquilidad de mi habitación no ha solucionado nada. Cada vez que pienso en Gimpy robándole al señor Donner siento deseos de romper algo. No me creo capaz de usar la violencia. No creo que haya pegado nunca a nadie en mi vida.

Pero todavía tengo que decidir qué debo hacer. ¿Decirle al señor Donner que su fiel empleado le ha estado robando durante tantos años? Gimpy lo negará, y yo no podré probar nunca que es cierto. ¿Y qué le resolvería esto al señor Donner? No sé qué hacer.

9 de mayo. No puedo dormir. Eso me ha obsesionado. Le debo demasiado al señor Donner como para quedarme inmóvil viéndole dejarse robar de ese modo. Con mi silencio, sería tan culpable como Gimpy. Y sin embargo, ¿soy yo quien debe denunciarlo? Lo que más me irrita es que, cuando me enviaba a los recados, se servía de mí para ayudarme a robar al señor Donner. Mientras no lo sabía estaba fuera del asunto, no hay nada que decir Pero ahora que lo sé, mi silencio me hace tan culpable como él.

Sin embargo, Gimpy es un compañero de trabajo. Tiene tres niños. ¿Qué le va a pasar si Donner lo despide? Puede que no consiga ningún otro trabajo... especialmente con su bota ortopédica.

¿Es eso lo que me atormenta?

¿Qué debo hacer? Es irónico que toda mi inteligencia no me ayude a resolver un problema como este.

10 de mayo. Se lo he dicho al profesor Nemur, y el sostiene que soy un espectador inocente y que no existe para mí ninguna razón por la que me pueda sentir mezclado en lo que podría convertirse en una situación desagradable. El hecho de que haya sido usado como intermediario no parece preocuparle en absoluto. Si en aquel momento no comprendía lo que estaba ocurriendo, dice la cosa no tiene ninguna importancia. Soy tan culpable como el cuchillo en un asesinato o el coche en una colisión.

—Pero yo no soy un objeto inanimado —argüí—. Soy una persona.

Por un momento pareció azarado, y luego se rió.

—Claro que sí, Charlie. Pero no hablaba de ahora. Hablaba de antes de la operación.

Satisfecho de sí mismo, orgulloso... sentí deseos de golpearle.

—Era una persona antes de la operación, por si acaso lo ha olvidado...

—Oh, por supuesto, Charlie. Entiéndeme. Pero era distinto... —y entonces recordó que tenía que verificar unas fichas en el laboratorio.

El doctor Strauss no habla mucho durante nuestras sesiones de psicoterapia, pero hoy, cuando planteé la cuestión, me dijo que yo estaba obligado moralmente a decírselo al señor Donner. Pero, cuanto más pensaba en ello, menos sencillo me parecía. Necesitaba a alguien más para salir del dilema, y la única persona en quien podía pensar era Alice. Finalmente, a las diez y media de la noche, ya no pude resistir más. Empecé tres veces a marcar su número de teléfono y siempre me interrumpí a la mitad, pero a la cuarta vez mantuve mi ánimo hasta que oí su voz.

Al principio no supo si debía verme, pero le supliqué que nos encontráramos en la cafetería donde habíamos cenado juntos.

—Siento un profundo respeto hacia usted; siempre me ha dado buenos consejos. —Y, como aún vacilaba, insistí—: Tiene que ayudarme. Usted es en parte responsable. Usted misma lo dijo. Si no hubiera sido por usted, nunca me hubiera metido en esto. No puede librarse de mí simplemente encogiéndose de hombros.

Debió darse cuenta de hasta qué punto necesitaba su ayuda, pues aceptó que nos viéramos. Colgué y contemplé el teléfono. ¿Por qué era tan importante para mí saber lo que ella pensaba, conocer sus sentimientos? Durante más de un año, en la clase de adultos, lo único que contaba para mí era complacerla. ¿Era por eso por lo que había aceptado la operación?

Anduve arriba y abajo delante de la cafetería hasta que el agente de policía empezó a mirarme sospechosamente. Después entré, y tomé un café. Afortunadamente la mesa que habíamos ocupado la otra vez estaba libre. Seguramente imaginaría encontrarme en aquel rincón.

Me vio y me hizo un gesto, pero se detuvo en el mostrador para tomar un café antes de venir a la mesa. Sonrió y me di cuenta de que era porque yo había escogido la misma mesa. Un gesto romántico y un poco tonto.

—Ya sé que es tarde —dije para disculparme—, pero le juro que empezaba a volverme loco. Tenía que hablarle.

Bebió lentamente su café y me escuchó tranquilamente mientras le explicaba cómo había descubierto el robo de Gimpy, mi propia reacción y las contradictorias opiniones que había recibido en el laboratorio. Cuando hube terminado, se apoyó en el respaldo de su silla y sacudió la cabeza.

—Charlie, me sorprendes. En algunos aspectos haces unos progresos enormes, y sin embargo cuando se trata de tomar una decisión sigues siendo todavía un niño. No puedo decidir por ti, Charlie. La respuesta no puede encontrarse en los libros o pedirse a otras personas. A menos que quieras seguir siendo un niño toda tu vida. Debes encontrar la solución en ti mismo, sentir como debes actuar correctamente. Charlie, debes, aprender a tener confianza en ti mismo.

Al principio me sentí irritado por su sermón, pero después empecé a comprender.

—Quiere decir que debo decidir por mí mismo.

Inclinó la cabeza.

—De hecho —dije—, ahora que pienso en ello, creo que un poco ya he decidido. ¡Pienso que tanto Nemur como Strauss están en un error!

Me observaba desde muy cerca, emocionada.

—Algo está cambiando en ti, Charlie. Si pudieras ver tu rostro.

—¡Diablos, tiene usted razón, estoy cambiando! Tenía una nube de humo ante los ojos, y usted la ha eliminado de un soplo. Una idea muy simple. Tener confianza en mi mismo. Y nunca antes se me había ocurrido.

—Charlie, eres extraordinario.

Tomé su mano y la apreté.

—No, es usted. Usted ha tocado mis ojos y me ha hecho ver.

Enrojeció y retiró su mano.

—La otra vez, cuando estuvimos aquí —dije—, le dije que la apreciaba mucho. Si hubiera tenido confianza en mi mismo le hubiera dicho sencillamente: la quiero.

—No, Charlie, aún no.

—¿Aún no? —grité—. Ya me dijo eso la otra vez. ¿Por qué aún no?

—Chissst... Espera un poco, Charlie. Termina tus estudios. Espera a ver dónde te conducen. Estás cambiando demasiado aprisa.

—¿Y qué tiene que ver eso? Mis sentimientos hacia usted no cambiarán porque me vuelva más inteligente. Todavía la querré más.

—Pero estás cambiando también en el plano afectivo. De una forma un poco peculiar, soy la primera mujer de quien hayas tenido consciencia... en ese sentido. Hasta ahora yo era tu maestra, alguien a quien dirigirte para obtener consejos o ayuda. Te sientes casi obligado a creerte enamorado de mí. Observa a otras mujeres. Concédete antes un poco de tiempo.

—Quiere usted decir que todos los niños se enamoran siempre de sus maestras, y que en el plano afectivo soy todavía un niño.

—Estás deformando mi pensamiento. No, no pienso en ti como en un niño.

—Retardado emocionalmente, entonces.

—No.

—¿Qué, entonces?

—Charlie, no me empujes. No lo sé. Intelectualmente, ya estás por encima de mí. En algunos meses, o en algunas semanas, serás otra persona. Cuando hayas alcanzado tu madurez intelectual quizá ni siquiera podamos comunicarnos. Debo pensar también en mí, Charlie. Esperemos a ver lo que pasa. Seamos pacientes.

Tenía razón, pero yo no quería escucharla.

—La otra noche —dije con voz estrangulada—, no sabe usted lo que esperaba de aquella cita. Me volvía loco Preguntándome cómo comportarme, qué decir, quería dar la mejor impresión, y estaba aterrorizado ante la idea de decir algo que la molestase.

—No me molestaste en absoluto. Me sentí halagada.

—Entonces, ¿cuándo podemos volver a vernos?

—No tengo derecho a complicarte.

—¡Ya estoy complicado! —grité. Viendo que la gente que nos rodeaba se giraban, bajé la voz hasta que tembló con rabia—. Soy un ser humano... un hombre y no puedo vivir únicamente con libros y cintas y laberintos electrónicos. Usted me dirá: "sal con otras chicas" ¿Cómo puedo, si no conozco a otras chicas? Hay una llama que arde en mí, y todo lo que sé es que me hace pensar en usted. Estoy en mitad de una página y veo su rostro... no borroso como los de mi pasado sino definido y vivo. Toco la página y su rostro se borra, y entonces siento deseos de romper el libro y arrojar los pedazos por todas partes.

—Charlie, por favor...

—Déjeme volver a verla.

—Mañana, en el laboratorio.

—Usted sabe bien que no es eso lo que quiero decir. Fuera del laboratorio. Fuera de la universidad. Sola.

Me daba cuenta de que quería decir sí. Estaba sorprendida por mi insistencia. Yo también estaba sorprendido. No podía impedirme el presionarla. Y sin embargo un temor me agarrotaba la garganta mientras imploraba. Mis manos estaban húmedas. ¿Tenía miedo de que dijera no, o miedo de que dijera sí? Si no hubiera roto la tensión hablando, creo que me hubiera desvanecido.

—De acuerdo, Charlie. Fuera del laboratorio, fuera de la universidad, pero no solos. No creo que debamos permanecer solos, juntos.

—Donde quiera —dije ansiosamente—. Simplemente para que pueda estar con usted y no pensar más en los tests, en las estadísticas, en las preguntas, en las respuestas...

Frunció el ceño por un instante.

—Bueno, hay unos conciertos gratuitos de primavera en el Central Park. La semana próxima podemos ir uno de esos conciertos.

Cuando llegamos ante la puerta de su casa, se giró bruscamente y me besó en la mejilla.

—Buenas noches, Charlie. Estoy contenta de que me hayas llamado. Hasta mañana en el laboratorio.

Cerró tras ella la puerta y permanecí ante su casa, mirando la luz de la ventana de su apartamento, hasta que se apagó.

Ahora ya no tengo ninguna duda. Estoy enamorado.

11 de mayo. Tras tantas reflexiones y torturas, acabo de darme cuenta de que Alice tenía razón. Tengo que confiar en mi intuición. En la panadería, observé a Gimpy de muy cerca. Hoy le he visto contar tres veces de menos a los clientes y embolsarse su parte de la diferencia cuando estos le daban alguna moneda. No lo hacía más que con algunos clientes regulares, y se me ocurrió pensar que esas personas eran tan culpables como él. Ese compromiso no hubiera existido sin su acuerdo. ¿Por qué tenía que ser Gimpy el chivo expiatorio?

Así que me decidí por un compromiso. Quizá no fuera la decisión ideal pero era la mía, y me pareció ser la mejor solución dadas las circunstancias. Le diría a Gimpy lo que sabía y le aconsejaría que dejara de hacerlo.

Lo encontré a solas cerca de los lavabos y, cuando me vio acercarme, quiso irse por el otro lado.

—Quisiera hablarle de un serio problema sobre el que querría saber su opinión —le dije—. Un amigo mío ha descubierto que uno de sus compañeros de trabajo le roba a su patrón. La idea de denunciarlo y crearle problemas no le gusta, pero no quiere quedarse quieto viendo como su patrón, que ha sido muy bueno con ambos, es robado.

Gimpy me miró escrutadoramente.

—¿Y qué es lo que piensa hacer tu amigo?

—Esta es la dificultad. No siente deseos de hacer nada. Se dice a sí mismo que, si los robos cesan, no va a ganar nada haga lo que haga, así que lo olvidará todo.

—Tu amigo haría mejor ocupándose de sus propios asuntos —dijo Gimpy, cambiando su pie malo de posición—. Sería mejor que mantuviera los ojos cerrados sobre este tipo de cosas y supiera donde están sus verdaderos amigos. Un patrón es un patrón, y la gente que trabaja debe ganarse la vida.

—Mi amigo no comparte este sentimiento.

—Nada de eso le incumbe.

—Pero piensa que, puesto que sabe, es parcialmente responsable. Así que ha decidido que, si la cosa se detiene, no tendrá nada más que decir. Si no, lo dirá todo. Quisiera pedirle su opinión. ¿Cree que, en esas condiciones, cesarán los robos?

Le costaba dominar su cólera. Me daba cuenta de que deseaba golpearme, pero se contentó con apretar los puños.

—Dile a tu amigo que el otro no parece tener otra elección.

—Estupendo —dije—. Esto le dará mucha alegría.

Gimpy se giró para irse, pero se detuvo y me miró.

—Tu amigo... ¿acaso no deseará también tener su parte? ¿Es esa la razón?

—No. Sólo quiere que todo ese asunto se acabe.

Me echó una furiosa mirada.

—Te lo digo, te arrepentirás de haber metido tus narices en esto. Siempre te he defendido. Tendría que hacerme mirar la cabeza... —y se alejó cojeando.

Quizá debiera habérselo dicho todo a Donner y hacer despedir a Gimpy... no lo sé. Actué como creí mejor. Ahora todo ha terminado. ¿Pero cuanta gente hay que como Gimpy, se aprovecha de los demás?

15 de mayo. Mis estudios van bien. La biblioteca de la universidad es ahora mi segunda casa. Han tenido que buscarme una sala especial porque necesito tan sólo un segundo para absorber toda una página, y algunos estudiantes curiosos vienen infaliblemente a reunirse a mi alrededor mientras yo giro rápidamente las páginas de mis libros.

Los temas que más me absorben en este momento son la etimología y las lenguas antiguas, las obras más recientes sobre el cálculo de variaciones y la historia hindú. Es sorprendente el modo como cosas sin relación aparente se encadenan. He alcanzado otra meseta y ahora las corrientes de las distintas disciplinas parecen acercarse entre sí como si surgieran de una única fuente.

Es extraño, pero cuando estoy en la cafetería de la universidad y oigo a los estudiantes discutir de historia, de política o de religión, todo aquello me parece terriblemente pueril.

No siento ningún placer en discutir a un nivel tan elemental. La gente se estremece cuando les muestro que no abordan las complejidades del problema, no saben lo que existe más allá de las apariencias superficiales. Lo mismo ocurre a niveles superiores, y he renunciado á toda tentativa de discutir con los profesores de Beekman.

En la cafetería de la facultad, Burt me presentó a un profesor de economía muy conocido por sus trabajos sobre los factores económicos que afectan las tasa de interés. Desde hacía tiempo quería hablar con un economista de algunas ideas que había encontrado en mis lecturas. El aspecto moral del bloqueo militar utilizado como arma en tiempo de paz me había turbado. Le pregunté qué pensaba de la sugestión de algunos senadores que apoyaban la utilización de medios tácticos tales como la "lista negra" o el refuerzo del control de los certificados de navegación, como habíamos hecho durante la primera y segunda guerras mundiales con algunas de las pequeñas naciones que ahora se nos oponen.

Escuchó en silencio, la mirada ausente, y supuse que reunía sus ideas para responder; pero algunos minutos más tarde carraspeó y sacudió la cabeza. Esa cuestión, explicó, escapaba de su competencia. El se había especializado en las tasas de interés, y apenas se había interesado en los problemas económico-militares. Me sugirió que viera al doctor Wessey, que había publicado un artículo sobre los Acuerdos Comerciales durante la segunda guerra mundial. Probablemente él podría informarme.

Antes de que pudiera responder nada, me cogió la mano y me la estrechó. Estaba contento de haber hablado conmigo pero tenía que reunir las notas para una Conferencia. Y se fue.

Lo mismo ocurrió cuando intenté discutir de Chaucer con un especialista en literatura americana, cuando le pregunté a un orientalista sobre los habitantes de las islas Trobiand o cuando intenté aclarar algunas ideas respecto a los problemas del desempleo provocado por la automatización con un sociólogo especializado en los sondeos de opinión sobre el comportamiento de los adolescentes. Siempre encontraron pretextos para esquivarme, temerosos de revelar la estrechez de sus conocimientos.

Qué distintos me parecen ahora. Y había sido tan estúpido como para pensar que los profesores eran unos gigantes intelectuales. Son gente como los demás, y tienen miedo de que el resto del mundo se dé cuenta de ello. Y Alice es también una mujer, no una diosa... mañana por la noche la llevo al concierto.

17 de mayo. Es casi de día y no consigo dormir. Debo comprender lo que me ocurrió ayer noche en el concierto.

La velada empezó bien. El Mall, en el Central Park se había llenado temprano, y Alice y yo habíamos tenido que abrirnos camino entre las parejas echadas en la hierba. Finalmente, a un lado del camino, encontramos un árbol aislado, sin nadie; fuera de las zonas iluminadas, la presencia de otras parejas no se evidenciaba más que por risas femeninas de protesta y el relumbre de los cigarrillos encendidos.

Aquí estaremos bien —dijo ella—. No hay razón para echarnos encima de la orquesta.  
—¿Qué es lo que interpretan ahora? —pregunté.

—La mer, de Debussy. ¿Te gusta?

Me instalé a su lado.

—No conozco mucho de este tipo de música. Debo pensarlo.

—No lo pienses —cuchicheó ella—. Siéntela. Déjate llevar como el mar, sin intentar comprender.

Se echó en la hierba y volvió su rostro hacia la música.

No tenía ningún medio de saber lo que estaba esperando de mí. Estaba lejos de los claros métodos de solución de un problema y la adquisición sistemática de conocimientos. Me repetía que mis manos húmedas, mi estómago apretujado, el deseo de tomarla entre mis brazos, no eran más que simples reacciones bioquímicas. Seguí incluso el modelo del proceso de estímulo-reacción que provocaba mi nerviosismo y mi excitación. Sin embargo, todo era confuso y desconcertante. ¿Debía tomarla o no entre mis brazos? ¿Estaba esperando ella que lo hiciera? ¿Se sentiría enojada? Me di cuenta de que me estaba comportando todavía como un adolescente y esto me encolerizó.

—Bueno —dije con voz estrangulada—, ¿por qué no se pone más cómoda? Apoye su cabeza en mi hombro. Estará mucho mejor.

Me dejó pasar mi brazo alrededor de ella, pero no me miró. Parecía demasiado absorbida por la música como para darse cuenta de lo que yo hacía. ¿Deseaba que la tuviera así o simplemente lo toleraba? Cuando dejé deslizar mi brazo hasta su cintura la sentí estremecerse pero continuó mirando en dirección a la orquesta. Hacía como si no pensara más que en la música a fin de no tener que responder a mi gesto. No quería saber lo que ocurría. Mirando a lo lejos y escuchando podía hacer ver que no sentía aquel apretado contacto, mi brazo a su alrededor, ni el haber consentido en ello. Deseaba que yo acariciara su cuerpo, pero manteniendo su mente en cosas más abstractas. La tomé por la barbilla e hice girar su rostro.

—¿Por qué no me mira? ¿Pretende que yo no existo?

—No, Charlie —murmuró—. Pretendo que yo no existo.

Cuando la tomé por los hombros se envaró y se estremeció, pero la atraje hacia mí. Fue entonces cuando se produjo. Comenzó con un zumbido sordo en mis oídos... un ruido de sierra mecánica... muy lejano. Después una sensación de frío: escozor en mis brazos y piernas, mis dedos entumecidos. De pronto, tuve la sensación de ser observado.

Un brusco cambio de percepción. Oculto en la oscuridad, tras un árbol, nos veía a ambos tendidos en la hierba, abrazados.

Levanté los ojos y vi a un chico de quince o dieciséis años, al acecho a poca distancia.

—¡Hey! —grité. Cuando se levantó, vi la bragueta de su pantalón abierta y algo que abultaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alice.

Me puse en pie de un salto, pero se había hundido en la oscuridad.

—¿Lo ha visto?

—No —dijo, alisándose nerviosamente su falda— No he visto a nadie.

—Estaba allá. Mirándonos. Tan cerca que casi lo podía tocar.

—Charlie, ¿dónde vas?

—No puede estar muy lejos.

—Déjale, Charlie. No tiene importancia.

Tenía importancia para mí. Corrí hacia la oscuridad tropezando con parejas asustadas, pero era imposible saber hacia dónde había ido.

Cuanto más pensaba en él, mayor se hacía aquella sensación de náusea que siente uno antes de desvanecerse Perdido y solo en un enorme desierto. Me serené y volví donde estaba sentada Alice.

—¿Lo has encontrado?

—No, pero estaba ahí. Lo he visto.

Me miró de un modo extraño.

—¿Te encuentras bien?

—Estaré bien... dentro de un minuto... Solo ese maldito zumbido en mis oídos.

—Quizá será mejor que nos vayamos.

Durante todo el camino hasta su casa no dejé de pensar en aquel chico que había estado espiándonos en la oscuridad, y también en que, por un segundo, había entrevisto aquello que él veía... nosotros dos tendidos en la hierba, abrazados.

—¿Quieres entrar? Prepararé algo de café.

Sentía deseos de hacerlo, pero algo me retuvo.

—Será mejor que no. Esta noche tengo aún mucho trabajo.

—Charlie, ¿es por algo que he dicho o hecho?

—Por supuesto que no. Sólo que ese chico que nos miraba me ha trastornado.

Estaba muy cerca de mí, esperando que la besara. La rodeé con mis brazos, pero volvió a ocurrir. Si no me alejaba rápidamente, iba a desvanecerme.

—Charlie, pareces enfermo.

—¿Lo ha visto, Alice? Dígame la verdad...

Sacudió la cabeza.

—No. Estaba demasiado oscuro. Pero estoy segura de que...

—Debo irme. La llamaré.

Antes de que pudiera retenerme me separé de sus brazos. Debía salir de aquella casa antes de que todo se hundiera a mi alrededor.

Reflexionando ahora en ello, estoy seguro de que fue una alucinación. El doctor Strauss estima que, emocionalmente, me hallo aún en ese estadio de la adolescencia en el que el hecho de estar cerca de una mujer, de pensar en el amor sexual, provoca ansiedad, pánico e incluso alucinaciones. Cree que mi rápido desarrollo intelectual me ha hecho creer que podía tener una vida emocional normal. Debo resignarme a aceptar este hecho: los temores y los bloqueos desencadenados en situaciones eróticas revelan que, emocionalmente, soy todavía un adolescente... sexualmente retardado. Supongo que eso quiere decir que todavía no estoy preparado para sostener relaciones sexuales con una mujer como Alice Kinnian. Aún no.

20 de mayo. He sido despedido de mi trabajo en la panadería. Sé que es estúpido agarrarse al pasado, pero me sentía muy ligado a ese lugar, con sus paredes de ladrillo blanco oscurecidas por el calor del horno... Allí estaba como en mi casa. ¿Qué he podido hacer para que me odien tanto?

No acuso a Donner. Debe pensar en su negocio y en sus otros empleados. Y, sin embargo, ha estado más cerca de mí que un padre.

Me llamó a su despacho, quitó el montón de papeles y de facturas que ocupaban la única silla junto al escritorio y dijo, sin levantar los ojos:

—Quería hablarte. Este momento es tan bueno como cualquier otro.

Ahora parece estúpido pero, mientras estaba sentado allá, mirándolo con ojos sorprendidos —pequeño, grueso, con un bigote mal cortado que colgaba cómicamente de su labio superior—, podría decirse que éramos dos, el antiguo Charlie y el nuevo, quienes

estábamos sentados en aquella silla, inquietos por lo que el viejo señor Donner tenía que decirnos.

—Charlie, tu tío Herman era un excelente amigo para mí. He mantenido la promesa que le hice de tenerte trabajando aquí, fueran bien o mal los negocios, a fin de que tuvieras siempre un dólar en tu bolsillo, un lugar donde dormir, y que no tuvieras que volver a ese asilo.

—En la panadería me siento como en casa...

—Y te he tratado como a mi hijo que dio su vida por su patria. Y cuando Herman murió —¿qué edad tendrías tú? ¿diecisiete años?; tenías más bien el aspecto de un chico de seis— me juré a mi mismo...me dije: Arthur Donner, mientras tengas una panadería y un negocio propio, te ocuparás de Charlie. Tendrá un lugar para trabajar, una cama para dormir y un pan para comer. Cuando te enviaron a ese lugar Warren, les dije que trabajarías aquí y que yo velaría por ti. Ni siquiera pasaste una noche ahí dentro. Te encontré una habitación y me ocupé de ti. ¿He mantenido esa solemne promesa?

Incliné la cabeza, pero me daba cuenta por el modo en que doblaba y desdoblaba sus papeles que estaba avergonzado. Y aunque no quisiera saber lo que me tenía que decir... lo sabía.

—He hecho mi trabajo lo mejor que he podido. He trabajado duro...

—Lo sé, Charlie. No tengo nada que reprocharte al respecto. Pero no sé lo que te ha ocurrido y no comprendo lo que significa. No sólo yo. Todo el mundo me ha hablado de ello. Esas últimas semanas han venido una docena de veces. Todos están alterados. Charlie, tengo que pedirte que te vayas.

Intenté detenerlo pero sacudió la cabeza.

—Ayer por la noche vino a verme una delegación. Debo pensar en la buena marcha de mi negocio.

Miré sus manos doblar y desdoblarse un papel, como si esperara descubrir en él algo que se le hubiera escapado al principio.

—Lo siento, Charlie.

—Pero ¿dónde voy a ir?

Levantó los ojos hacia mí por primera vez desde que entramos en el despachito.

—Sabes tan bien como yo que ya no necesitas trabajar aquí.

—Nunca he trabajado en otra parte, señor Donner.

—Hablemos francamente. Tu ya no eres el Charlie que llegó aquí hace diecisiete años... ni siquiera el Charlie de hace cuatro meses. No nos has dicho nada. Es asunto tuyo. Quizá una especie de milagro, quién sabe. Pero te has transformado en un joven muy listo. Y hacer andar una amasadora mecánica y llevar paquetes no es el trabajo para un joven listo.

Tenía razón, por supuesto, pero todo en mí me empujaba a hacerle variar su decisión.

—Déjeme quedarme, señor Donner. Deme otra oportunidad. Usted mismo ha dicho que prometió a mi tío Herman que tendría trabajo mientras tuviera necesidad de él. Todavía tengo necesidad de él, señor Donner.

—No, Charlie. Si lo necesitaras realmente, les diría que me importan un pepino sus delegaciones y sus peticiones, y me pondría de tu parte contra todos ellos. Pero tal como están las cosas ahora, tienen un pánico de muerte hacia ti. Y yo también tengo que pensar en mi familia.

—Pero ¿y si cambiaran de actitud? Déjeme intentar convencerles. —Se lo estaba haciendo más difícil de lo que había supuesto. Sabía que tenía que haberme callado, pero no podía—. Les explicaré todo —insistí.

—Bueno —suspiró finalmente—. Anda, inténtalo. Pero sólo conseguirás hacerte daño a ti mismo.

Cuando salí de su despacho, Frank Reilly y Joe Carp pasaron por mi lado, y supe que lo que había dicho el señor Donner era cierto. Simplemente el verme ya era demasiado para ellos. Les incomodaba.

Frank acababa de tomar una bandeja de panecillos y él y Joe se volvieron al unísono cuando los llamé.

—Escucha, Charlie, tengo trabajo. Quizá más tarde...

—No —insistí—. Ahora... inmediatamente. Desde hace tiempo ambos me evitan. ¿Por qué?

Frank, el dicharachero, el mujeriego, el componelo-todo, me estudió por un instante y después volvió a dejar la bandeja sobre la mesa.

—¿Por qué? Te lo voy a decir. Porque, de golpe, te has convertido en un hombre importante, un tipo sabelotodo, ¡un cerebro! Ahora eres un sabihondo, un cabezón. Siempre con un libro... siempre con respuestas para todo. Bueno, voy a decirte algo. Te crees superior a todos nosotros aquí, ¿no? Okay. Entonces lárgate.

—¿Pero qué es lo que os he hecho?

—¿Que qué has hecho? ¿Oyes eso, Joe? Voy a decirle lo que ha hecho, señor Gordon. Has venido aquí a trastornarlo todo con tus ideas y tus sugerencias y, por tu culpa, todos nosotros tenemos el aspecto de un hatajo de imbéciles. Pero voy a decirte algo más. Para mí, sigues siendo un idiota. Quizá no comprenda algunas de tus doctas palabras o el título de tus libros, pero valgo tanto como tú... y más.

—Sí —dijo Joe, girándose hacia Gimpy, que acababa de llegar tras él, para apoyar la argumentación.

—No os pido que seáis mis amigos —dije—, ni que os ocupéis de mi. Sólo que me permitáis conservar mi trabajo. El señor Donner dice que es a vosotros a quien toca decidir.

Gimpy me lanzó una aviesa mirada y sacudió disgustado la cabeza.

—No te falta descaro —farfulló—. ¡Vete al diablo! —dijo media vuelta y se fue cojeando pesadamente.

Lo mismo ocurrió con los demás. La mayor parte compartían los sentimientos de Joe, Frank y Gimpy. Todo había ido muy bien mientras podían reírse de mí y jugar a ser listos a mis expensas, pero ahora se sentían inferiores al idiota. Comenzaba a darme cuenta de que, con mi sorprendente desarrollo intelectual, les había rebajado, había subrayado sus ineptitudes, les había traicionado, y por eso me odiaban.

Fanny Birden era la única que no creía que se me tuviera que echar y, a pesar de su insistencia y sus amenazas, había sido la única que no había firmado la petición.

—Lo cual no quiere decir —observó— que no te hayas vuelto muy extraño, Charlie. ¡Lo que has cambiado! No sé... eras un buen chico, en quien se podía confiar... normal, no demasiado listo quizá, pero honesto... quién sabe lo que habrás hecho para volverte de pronto tan inteligente. Como dice todo el mundo... no es normal.

—¿Pero qué hay de malo en que uno quiera volverse inteligente, adquirir conocimientos, comprenderse a sí mismo y comprender lo que le rodea?

—Si hubieras leído tu Biblia, Charlie, sabrías que el hombre no debe buscar conocer más de lo que Dios, al crearle, le ha permitido conocer. El fruto del árbol de la ciencia le fue prohibido. Charlie, si has hecho algo que no debieras haber hecho... ya sabes, con el diablo o no importa con quién... quizá aún no sea demasiado tarde para salirte. Tal vez puedas volver a ser el buen chico simple que eras antes.

—No puedo volver atrás, Fanny. No he hecho nada malo. Soy como un hombre que hubiera nacido ciego y a quien le han dado una oportunidad de ver la luz. Esto no puede ser un pecado. Muy pronto habrá millones de hombres como yo en el mundo entero. La ciencia puede hacerlo, Fanny.

Bajó sus ojos hacia la pareja de desposados que había en la cúspide del pastel de bodas que decoraba y vi como sus labios apenas se movían cuando dijo en voz muy baja:

—Fue un pecado cuando Adán y Eva comieron el fruto del árbol de la ciencia. Fue un pecado cuando vieron que estaban desnudos y conocieron la lujuria y la vergüenza. Y fueron arrojados del Paraíso y las puertas fueron cerradas para ellos. Si no hubiera sido por esto, ninguno de nosotros envejecería ni se pondría enfermo ni moriría.

No tenía nada que decirles, ni a ella ni a los demás. Ninguno quería mirarme a los ojos. Aún siento su hostilidad. Antes se reían de mí, me despreciaban por mi ignorancia y por mi torpeza; ahora me odian por mi saber y mi facilidad de comprensión. ¿Por qué todo esto, Dios mío? ¿Qué hubieran querido que hiciera?

Mi inteligencia ha cavado como un foso entre yo y todos aquellos a quienes conocía y quería, y he sido echado de la panadería. Ahora estoy más solo de lo que nunca antes había estado. Me pregunto qué ocurriría si metieran a Algernon en la gran jaula con algunos de los otros ratones. ¿Acaso se echarían sobre él?

25 de mayo. Así es pues como una persona puede llegar a despreciarse a sí misma... sabiendo que está haciendo lo que no debería hacer y siendo sin embargo incapaz de abstenerse. Contra mi voluntad, me he sentido atraído hacia el apartamento de Alice.

Se mostró sorprendida, pero me hizo entrar.

—Estás empapado. El agua chorrea por tu cara.

—Está lloviendo. Es bueno para las flores.

—Entra. Voy a buscarte una toalla. Vas a pillar una neumonía.

—Usted es la única con quien puedo hablar —dije—. Déjeme quedarme.

—Estoy calentando un poco de café. Primero sécate, y luego hablaremos.

Miré a mi alrededor mientras ella iba a buscar el café. Era la primera vez que entraba en su casa. Me sentía a gusto, pero había algo que me turbaba.

Todo estaba en su sitio. Las estatuillas de porcelana estaban alineadas en el alféizar de la ventana, todas vueltas hacia el mismo lado. Y los almohadones del sofá no habían sido dejador al azar, sino colocados en un orden regular sobre las fundas de plástico transparentes que protegían la tapicería. Sobre dos pequeñas mesillas, a cada extremo, las revistas estaban bien colocadas de modo que sus títulos fueran bien visibles. En una: The Reporter, The Saturday Review, The New Yorker; en la otra Mademoiselle, House Beautiful y el Reader's Digest.

En la pared, frente al sofá, había colgada una reproducción lujosamente enmarcada del cuadro de Picasso "Madre y Niño", y en la opuesta, encima del sofá, el retrato de un arrogante cortesano de la época del Renacimiento, enmascarado, la espada en la mano, protegiendo a una asustada joven de sonrosadas mejillas. Los dos cuadros no encajaban. Como si Alice no hubiera decidido aún quién era ni en qué mundo quería vivir.

—No has venido al laboratorio desde hace días —dijo desde la cocina—. El profesor Nemur está inquieto por ti.

—No tenía valor para enfrentarme con ellos —dije—. Ya sé que no existe ninguna razón para tener vergüenza, siento como una sensación de vacío al no ir todos los días a trabajar... no ver la tienda, el horno, la gente, No consigo hacerme a la idea. Esta noche y la pasada he tenido pesadillas, soñaba que me ahogaba.

Colocó el servicio en el centro de la mesilla, las servilletitas dobladas en triángulo, los pastelillos dispuestos a un lado en una bandeja circular.

—No deberías tomártelo tan a pecho, Charlie. No es culpa tuya.

—No sirve de nada el que me repita esto. Esas personas, después de tantos años, eran mi familia. Es como si me hubieran echado de casa.

—Eso es exactamente —dijo—. Es como la repetición simbólica de lo que te ocurrió cuando eras niño. Ser rechazado por tus padres... echado de tu casa...

—¡Oh, Cristo! No sirve de nada el pegarle una hermosa y limpia etiqueta. Lo que importa es que antes de ser arrastrado a ese experimento tenía amigos, gente que se interesaba por mí. Ahora, tengo miedo de que...

—Siempre has tenido amigos.

—No es lo mismo.

—Tu miedo es una reacción normal.

—Es más que eso. Ya he tenido miedo en otras ocasiones. Miedo de ser castigado por no dar la razón a Norma, miedo de pasar por Howells Street donde la pandilla tenía la costumbre de burlarse de mi y de zarandearme. Tenía miedo de la maestra, la señora Libby, que me ataba las manos para que no removiera constantemente todo lo que había en mi pupitre. Pero eso eran realidades... y tenía buenas razones para sentir miedo. El miedo que he experimentado al ser echado de la panadería es vago, no puedo comprenderlo.

—Vamos, tranquilízate.

—Usted no puede sentir mi pánico.

—Pero Charlie, era de esperar. Eres un nadador novato al que han empujado del trampolín y está aterrorizado porque ya no siente la madera bajo sus pies. El señor Donner fue bueno contigo y tu te sentiste protegido durante todos esos años. Ser echado de esta manera de la panadería ha sido un shock mayor del que presentías.

—No sirve de nada el tener consciencia intelectual de ello. Ya no puedo permanecer más tiempo sentado solo en mi habitación. Vago por las calles a todas las horas del día y de la noche, sin saber lo que busco ando hasta que me pierdo... y me encuentro delante de la panadería. La última noche anduve desde Washington Square hasta el Central Park y dormí allí. ¿Pero qué infiernos estoy buscando?

Cuanto más hablaba, más emocionada se mostraba ella.

—¿Qué podría hacer por ti, Charlie?

—No lo sé. Soy un animal que ha sido echado de su pequeña, hermosa y segura jaula. Se sentó a mi lado en el sofá.

—Te hacen ir demasiado aprisa. Ya no sabes donde te encuentras. Quieres ser un adulto pero aún queda un chiquillo en ti. Solo, y que tiene miedo.

Puso mi cabeza sobre su hombro, intentando reconfortarme, pero mientras acariciaba mis cabellos me di cuenta de que ella necesitaba de mí del mismo modo como yo necesitaba de ella.

—Charlie —murmuró al cabo de un momento—, haz lo que quieras... no tengas miedo de mí...

Hubiera querido decirle que el pánico estaba acechándome.

Un día, al entregar un encargo, Charlie había estado a punto de ponerse enfermo cuando una mujer de mediana edad, que salía del baño, se había divertido abriendo su bata ante él y mostrándosele desnuda. ¿Había visto ya una mujer desnuda? ¿Sabía hacer el amor? Su terror —sus gemidos— debieron asustarla, ya que cerró precipitadamente su bata y le dio una moneda de veinticinco centavos para que olvidara lo que había pasado. No había hecho más que probarlo, le dijo, para ver si realmente era un buen hombrecito. Lo intentaba, respondió él, y evitaba mirar a las mujeres, ya que su madre le pegaba cada vez que encontraba manchados sus calzoncillos...

Ahora había una imagen clara de la madre de Charlie sobre él, con un cinturón de cuero en la mano, y de su padre que intentaba contenerla.

—¡Basta ya, Rose! ¡Vas a matarlo! ¡Déjalo!

y su madre que intenta aún pegarle, incluso ahora que ya está fuera de su alcance y que el cinturón pasa silbando cerca de sus hombros mientras él se aparta arrastrándose por el suelo.

—¡Míralo! —grita Rose—. ¡No puede aprender a leer ni a escribir, pero sabe lo bastante como para mirar a una chica y pensar en eso! ¡Le voy a quitar todas esas suciedades de la cabeza!

—No puede hacer nada si eso le produce erecciones. Es normal. No es culpa suya.

—No tiene que pensar en eso cuando mire a una chica. ¡En cuanto una amiga de su hermana viene a casa ya está pensando en eso! ¡Se lo voy a enseñar, y no lo olvidará jamás ¿Oyes? Si alguna vez tocas a una chica, te meteré en una jaula como a un animal por todo el resto de tu vida, ¿entiendes?...

Todavía sigo oyéndolo. Pero quizá lo hubiera superado. Quizá el miedo y la náusea ya no fueran un mar donde uno podía ahogarse, sino un simple charco de agua que reflejaba aún el pasado y lo trasladaba al presente. ¿Estaría libre?

Si podía tomar a Alice entre mis brazos a tiempo —antes de pensar en ello, antes de que me trastornara— quizá el pánico no me dominaría. Si tan solo pudiera hacer el vacío en mi cabeza. Conseguí balbucear:

—¡Hágalo... hágalo usted! ¡Abrácame! —y antes de que supiera que lo estaba haciendo me abrazó, me apretó contra ella, más fuerte que nadie me hubiera apretado nunca entre sus brazos. Pero en el momento en que creía que todo había pasado y podría continuar por mí mismo Comenzó: el zumbido, el escalofrío y la náusea. Me aparté.

Ella intentó calmarme, decirme que no tenía importancia que no tenía ningún motivo para hacerme reproches. Pero avergonzado, incapaz de contener mi frustración me eché a llorar. Y allí, entre sus brazos, lloré hasta quedarme dormido, y soñé en el cortesano y la joven de las mejillas sonrosadas. Pero en mi sueño era la joven quien sostenía la espada.

## INFORME DE PROGRESOS 12

5 de junio. El profesor Nemur está disgustado Por que en quince días no le he entregado ningún Informe de Progresos (y tiene razón puesto que la Fundación Welberg ha empezado a pagarme un sueldo a fin de que no tenga que buscar un empleo). La convención Internacional de Psicología de Chicago tendrá lugar dentro le apenas una semana. El profesor quiere que su informe preliminar sea tan completo como sea posible, ya que Algernon y yo somos las piezas fundamentales de su exposición.

Nuestras relaciones se están haciendo cada vez mas tensas. La forma constante que tiene de hablar de mi como si fuera un animal de laboratorio me desagrada. Me da la sensación de que, antes de la experiencia, no era realmente un ser humano.

Le dije a Strauss que estaba demasiado ocupado pensar, leer y hurgar en mí mismo para comprender que soy realmente, y que escribir era un proceso tan lento que me impacientaba ante la necesidad de expresar mis ideas de este modo. Seguí su consejo de aprender a escribir a máquina y ahora que puedo escribir a cuatrocientas pulsaciones por minuto me es más fácil trasladar mis ideas al papel.

Strauss ha llamado de nuevo mi atención sobre la necesidad de hablar y escribir sencilla y claramente a fin de que todo el mundo pueda comprenderme. Me ha recordado que a veces el lenguaje es un obstáculo en lugar de un medio de comunicación. Es irónico que me encuentre así al otro lado de la barrera intelectual.

Veo ocasionalmente a Alice, pero no hablamos de que pasó. Nuestras relaciones siguen siendo platónicas. Pero durante tres noches desde que dejé la panadería tuve pesadillas. Es difícil creer que hace ya dos semanas de eso.

Me veo perseguido durante la noche por formas fantasmales a través de las calles desiertas. Y aunque corro en dirección a la panadería la puerta está cerrada, y los que están dentro ni siquiera me miran. En el escaparte, los novios del pastel de bodas me señalan con el dedo y se ríen, y el aire se llena de risas hasta tal punto que no puedo soportarlo, y los dos cupiditos agitan sus flechas encendidas. Grito. Golpeo la puerta, pero no se produce ningún ruido. Veo a Charlie mirándome, con los ojos desorbitados, desde

dentro de la panadería. ¿o será mi propio reflejo? Cosas inconcretas se agarran a mis piernas y me arrastran hacia las sombras de un callejón y, cuando empiezan a extenderse como lodo sobre mí, me despierto.

En otras ocasiones el escaparate de la panadería se abre sobre el pasado y, mirando a su través, veo otras cosas y otras gentes.

Es extraordinario como se desarrolla mi facultad memorística. Aún no puedo controlarla enteramente pero a veces, cuando leo o trabajo en un problema, siento una intensa sensación de claridad.

Sé que es una especie de señal de alerta subconsciente y ahora, en vez de esperar a que el recuerdo acuda a mí, cierro los ojos y voy en su busca. Eventualmente, terminaré por conseguir controlar por completo mi memoria, y podré explorar no solamente el conjunto de mis experiencias pasadas sino también todos los poderes no utilizados de la mente.

Incluso ahora, cuando pienso en ello, logro oír el más intenso silencio. Veo el escaparate de la panadería... tiendo la mano para tocarlo... está frío, vibra y el cristal se vuelve caliente... arde... me quema los dedos. El escaparate que refleja mi imagen cambia de tonalidad y, cuando se convierte en un espejo, veo al pequeño Charlie Gordon —tiene catorce o quince años— que me mira a través de la ventana de su casa, y es doblemente extraño darme cuenta de lo distinto que era...

Ha esperado a su hermana al salir de la escuela y, cuando la ve llegar por la esquina de Marks Street le hace un gesto, la llama y se precipita a su encuentro.

Norma agita un papel.

—He tenido una A en mi examen de historia. Me sabía todas las respuestas. La señora Baffin ha dicho que era el mejor examen de toda la clase.

Era una chica guapa, con sus cabellos castaños cuidadosamente trenzados y enrollados alrededor de su cabeza como una corona, y cuando mira a su hermano mayor, su sonrisa se borra y se aleja dando saltitos, dejándolo atrás mientras sube de un salto los peldaños y entra a la casa.

El la sigue sonriendo.

Su madre y su padre están en la cocina y Charlie, aún excitado por la buena noticia, la proclama antes de que ella tenga posibilidad de hacerlo.

—¡Ha sacado una A! ¡Ha sacado una A!

—¡No! —grita Norma—. Tú no. Tú no tienes que decirlo. Soy yo quien ha tenido la buena nota, y debo decirlo yo misma.

—Espera un momento, querida —Matt deja su periódico y le habla seriamente—. Esta no es manera de hablar a tu hermano.

—¡No tiene ningún derecho a decirlo!

—Es algo que no tiene importancia —Matt agita un dedo ante ella—. No ha querido hacer ningún mal, y no tienes por qué gritarle así.

Ella se vuelve hacia su madre para que la apoye.

—He tenido una A, la mejor nota de la clase. ¿Podré tener un perrito? Me lo prometiste. Me dijiste que, si sacaba buenas notas en los exámenes, lo tendría. He sacado una A. Me gustaría un perrito castaño con manchas blancas. Y lo llamaré Napoleón, pues esta es la pregunta que he respondido mejor en mi examen. Napoleón perdió la batalla de Waterloo.

Rose se levanta.

—Ve a jugar al porche con Charlie. Te ha espera más de una hora para volver contigo del colegio.

—No tengo ganas de jugar con él.

—Ve al porche —dice Matt.

Norma mira a su padre, después a Charlie.

—No tengo ninguna obligación. Mamá dice que estoy obligada a jugar con él y no quiero.

—Cuidado con lo que dices, jovencita —Matt se levanta de su silla y se acerca a ella—. Pídele perdón a tu hermano.

—No tengo por qué hacerlo —gruñe, corriendo detrás de la silla de su madre—. Es como un crío. No sabe jugar al Monopoly, ni a las damas, ni a nada... todo lo entiende al revés. No quiero jugar más con él.

—¡Entonces vete a tu habitación!

—¿Me compraréis un perrito, mamá?

Matt da un puñetazo sobre la mesa.

—No habrá ningún perro en esta casa mientras mantengas esta actitud, jovencita.

—Yo le prometí un perro si sacaba buenas notas en la escuela...

—¡Uno castaño y con manchas blancas! —añade Norma.

Matt señala a Charlie, junto a la pared.

—Tal vez hayas olvidado que le dijiste a tu hijo que no podía tener ningún perro porque no teníamos sitio ni a nadie que se ocupara de él. ¿Recuerdas? Cuando pidió un perro, ¿recuerdas lo que dijiste?

—Pero yo misma me ocuparé de mi perro —insiste Norma—. Le daré de comer, y lo lavaré, y lo sacaré a pasear...

Charlie, que se había mantenido junto a la mesa, jugando con su gran botón rojo atado al extremo de un hilo exclama de pronto:

—¡Yo la ayudaré a cuidar del perro! ¡Yo la ayudaré a darle de comer, y a cepillarlo, y lo defenderé para que los demás perros no lo muerdan!

Pero antes de que Matt o Rose puedan responder, Norma estalla:

—¡No! ¡Será mi perro! ¡Exclusivamente mío!

Matt inclina la cabeza.

—¿Lo ves?

Rose se sienta cerca de su hija y le acaricia las trenzas para calmarla.

—Vamos, hay que compartir las cosas, querida. Charlie puede ayudarte a cuidar...

—¡No! ¡Será mío, sólo mío!... ¡Soy yo quien ha sacado una A en historia, no él! El no ha conseguido nunca buenas notas como yo. ¿Por qué tiene que ayudarme a cuidar de mi perro? Luego el perro lo querrá a él más que a mí y ya no será mi perro sino su perro. ¡No! Si no puedo tener un perro para mí sola no lo quiero.

—Bueno, ya está todo solucionado —dice Matt, volviendo a tomar su periódico y sentándose—. No habrá perro.

Bruscamente, Norma salta del sofá, toma la prueba de historia que ha traído tan orgullosamente a casa hace apenas unos instantes, la rompe en mil pedazos y arroja estos a la cara de Charlie.

—¡Te odio! ¡Te odio!

—¡Norma, quieta ahora mismo! —Rose la sujeta, pero ella se libra de sus manos.

—¡Y odio la escuela! ¡La odio! No estudiaré más, me volveré tan estúpida como él. Olvidaré todo lo que he aprendido y seré exactamente como él. —Se precipita fuera de la habitación gritando—: ¡Comienzo desde ahora mismo: lo olvido todo... todo... ya no recuerdo nada de lo que he aprendido!

Rose, asustada, corre tras ella. Matt se queda sentado, mirando fijamente el periódico sobre sus rodillas. Charlie, aterrado por aquella crisis de cólera y de gritos, se hunde en una silla y gime suavemente. ¿Qué es lo que ha hecho mal esta vez? Y, sintiendo la humedad en su pantalón y notándola resbalar a lo largo de su pierna, se queda allá, esperando la bofetada que sabe va a recibir cuando vuelva su madre.

La escena se borra pero, a partir de este momento, Norma pasó todos sus ratos libres con sus amigas o jugando sola en su habitación. Tenía siempre la puerta cerrada, y yo tenía prohibido entrar sin su permiso.

Recuerdo haber oído una vez a Norma, que jugaba en su habitación con una de sus amigas, gritar:

—¡No es mi verdadero hermano! Es un chico al que recogimos porque sentimos lástima de él. Mamá me lo ha dicho y me ha dicho que podía decirle a todo el mundo que no es en absoluto mi hermano.

Quisiera que este recuerdo fuera una fotografía para poder romperla en mil pedazos y arrojárselos a la cara.

Querría poder llamarla a través de los años y decirle que nunca tuve intención de privarla de su perro. Hubiera podido tenerlo solo para ella y yo no le hubiera dado de comer, no lo hubiera cepillado, no hubiera jugado con él... no hubiera hecho nada que pudiera conseguir que me quisiera más que a ella. Solo quería que ella continuara jugando conmigo como antes. Nunca se me hubiera ocurrido pensar nada que pudiera causarle la más pequeña pena.

6 de junio. Hoy he tenido mi primera disputa seria con Alice. Ha sido culpa mía. Quería verla. A menudo, después de un recuerdo o un sueño que me ha alterado, me siento mejor si hablo con ella... o simplemente estoy cerca de ella. Pero me he equivocado, yéndola a buscar a su Centro.

No había vuelto al Centro de Adultos Retrasados desde mi operación, y sentía grandes deseos de volver a verlo. Está situado en la calle 23, al este de la Quinta Avenida, en una vieja escuela que es utilizada desde hace cinco años por la Clínica de la Universidad Beekman como centro experimental de educación, y donde se dan cursos especiales para retrasados. A la entrada, una brillante placa de bronce, enmarcada en la vieja verja de puntas, dice: C.A.R anexo a la Universidad Beekman.

Su clase terminaba a las ocho, pero quería ver el aula donde —no hace tanto tiempo— me esforzaba dificultosamente ante lecturas sencillas, o escribiendo, o devolviendo el cambio de un dólar.

Entré, fui hasta la puerta y, desde fuera, miré por los cristales. Alice estaba en su mesa; en una silla, cerca de ella, había una mujer de rostro delgado a quien no reconocí. Tenía el ceño fruncido por una evidente incompreensión, y me pregunté qué era lo que Alice intentaba explicarle.

Mike Dorni estaba en su silla giratoria junto a la pizarra y Lester Braun estaba sentado en primera fila, como siempre. Alice decía que era el más inteligente de la clase. Lester había aprendido fácilmente lo que a mí me había costado tanto esfuerzo, pero no venía más que cuando tenía ganas y muchas veces prefería no venir para poder ganar algo de dinero encerando suelos. Pienso que si hubiera demostrado más interés —si hubiera sido tan importante para él como lo había sido para mí— lo hubieran elegido a él para la experiencia. Había también rostros nuevos, gente a la que no conocía.

Finalmente, tuve el valor de entrar.

—¡Es Charlie! —exclamó Mike, haciendo girar su silla.

Le hice un gesto con la mano.

Bernice, la guapa rubia de mirada vacía, levantó sus ojos y sonrió vagamente.

—¿Dónde estabas, Charlie? Llevas un bonito traje.

Los que me recordaban me saludaron muy efusivamente, y yo les respondía. De pronto, por la expresión de Alice, supe que estaba disgustada.

—Son casi las ocho —anunció—. Es hora de recoger.

Cada uno de ellos tenía su tarea asignada, recoger la tiza, los borradores, los papeles, los libros, los lápices, los cuadernos, los tubos de pintura, el material escolar. Cada cual

conocía su trabajo y estaba orgulloso de hacerlo bien. Todos se pusieron manos a la obra menos Bernice. Me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué Charlie ya no viene a la escuela? —preguntó—. ¿Qué es lo que ocurre, Charlie? ¿Vas a volver a venir?

Los otros me miraron. Miré a Alice, esperando que ella respondiera por mí, y hubo un largo silencio. ¿Qué podía decirles que no les lastimara?

—Solo he venido a haceros una visita —dije.

Una de las chicas soltó una risita sorda... Francine, que siempre le daba preocupaciones a Alice. Había tenido tres niños antes de cumplir los dieciocho años y que sus padres se decidieran por una histerectomía. No era bonita —mucho menos atractiva que Bernice—, pero había sido un juguete fácil para montones de hombres que le pagaban cualquier chuchería o una sesión de cine.

Vivía en una pensión reconocida por el asilo Warren para los que trabajaban fuera, y tenía permiso para salir por la noche a fin de venir a la clase. Por dos veces no había acudido, se había dejado convencer por algún hombre en el camino, y ahora no podía salir más que acompañada.

—Ahora habla como un señor importante —cloqueó.

—Ya basta —interrumpió Alice—. La clase ha terminado. Hasta mañana a las seis.

Cuando todos se hubieron ido vi, por la manera como metía bruscamente sus cosas en el cajón, que estaba enfadada.

—Lo siento —dije—. Había pensado esperarla abajo pero he sentido deseos de ver mi vieja aula. Mi alma mater. Quería simplemente mirar a través de los cristales. Pero, sin darme cuenta, he entrado. ¿Qué es lo que la molesta?

—Nada... no hay nada que me moleste.

—Vamos. Su disgusto es desproporcionado con lo que ha pasado.

Dejó violentamente sobre la mesa el libro que tenía en las manos.

—De acuerdo; ¿Quieres saberlo? Ya no eres el mismo. Has cambiado. Y no hablo de tu C.I. Hablo de tu actitud hacia la gente... ya no eres el mismo tipo de ser humano.

—¡Oh, vamos! No...

—¡No me interrumpas! —la cólera de su voz me hizo retroceder—. Te estoy diciendo lo que pienso. Antes había en ti algo... no se... un calor, una franqueza, una bondad, que hacía que todo el mundo te quisiera y le gustara que estuvieras con ellos. Ahora, con toda tu inteligencia y toda tu ciencia, hay diferencias que...

Ya no pude oír más.

—¿Pero qué esperaba usted? ¿Había creído que seguiría siendo un muñeco dócil, haciendo el tonto y lamiendo el pie que lo golpea? Claro que todo esto ha cambiado en mí, y también la manera en que me veo a mi mismo. Ya no estoy obligado a aceptar las tonterías me han hecho tragar toda mi vida.

—La gente no ha sido mala contigo.

—¿Qué sabe usted? Escuche, los mejores de entre ellos no eran más que condescendientes, desdeñosos... se servían de mí para creerse superiores y seguros de sí mismos dentro de sus propios límites. Cualquiera puede sentirse inteligente junto a un débil mental.

Desde el momento en que dije esto supe que no le iba a gustar.

—A mi también me incluyes en esta categoría, supongo.

—No sea absurda. Sabe muy bien que...

—De acuerdo que, en un cierto sentido, creo que tienes razón. A tu lado me siento más bien obtusa. Ahora cada vez que nos vemos, cuando me separo de ti vuelvo a mi casa con la miserable sensación de ser lenta comprensión con respecto a todo. Pienso en todo lo que he dicho y descubro todas las cosas brillantes y espirituales que hubiera debido decir, y siento deseos de abofetearme por no haberlas expresado cuando estaba contigo.

—Eso le ocurre a todo el mundo.

—Me doy cuenta de que deseo causarte buena impresión, mientras que nunca antes había sentido esta necesidad. Estar ahora contigo me quita toda confianza a mi misma. Busco constantemente motivos a cada uno de mis actos.

Intenté apartarla de este tema, pero volvía sin cesar a él.

—Escuche —dije finalmente—, no he venido aquí para pelearnos. ¿Me permite que la acompañe hasta casa? Necesito a alguien a quien hablar.

—Yo también. Pero ahora ya no puedo hablarte. Todo lo que puedo hacer es escuchar y mover la cabeza y pretender que lo comprendo todo sobre las variaciones culturales, las matemáticas neobooleanas y la lógica post-simbólica, y cada vez me siento más estúpida. Cuando vas de mi casa, me miro al espejo y me grito: "¡No es que te vuelvas más estúpida cada día! ¡No pierdes inteligencia! ¡No te vuelves senil o idiota! Es Charlie, la rapidez con que evoluciona, lo que hace creer en tu regresión." Eso es lo que me digo, Charlie, pero cada vez que nos vemos y me hablas mirándome con este aire impaciente, sé que te estás burlando.

"Y cuando me explicas cosas y no puedo retenerlas, crees que es porque no me interesan y no quiero molestarme en ello. Pero no sabes cómo me torturo cuando te has ido. No sabes los libros sobre los que me he esforzado, las conferencias a las que he asistido en la universidad, y sin embargo, cada vez que hablo, veo tu impaciencia, como si todo lo que digo no fueran más que futilidades. Quise que fueras inteligente. Quería ayudarte y compartirlo contigo... y ahora me has relegado de tu vida.

Mientras escuchaba lo que me decía comencé a descubrir la enormidad de la situación. Había de tal modo estado absorbido en mí mismo y en todo lo que me pasaba que nunca se me había ocurrido pensar en lo que le pasaba a ella.

Alice lloraba en silencio cuando abandonamos la escuela, y yo no sabía qué decirle. A lo largo de todo el trayecto en el autobús reflexioné acerca del cambio que se había producido en la situación. Ella tenía pánico de mí. El puente se había hundido bajo nuestros pies y el abismo se abría bajo nosotros, y la corriente de mi inteligencia me arrastraba rápidamente hacia el fondo.

Ella tenía razón en rehusar estar conmigo y torturarse. Ya no teníamos nada en común. La más sencilla conversación se había vuelto dificultosa. Y todo lo que quedaba ahora entre nosotros era un silencio forzado y un ardiente deseo insatisfecho, en una habitación con las cortinas echadas.

—Tienes un aspecto muy serio —dijo, saliendo de su mutismo y mirándome.

—Estoy pensando en nosotros.

—Esto no tiene que ponerte tan serio. No quiero atormentarte. Estás atravesando una gran prueba —se esforzaba en sonreír.

—Pero me atormento. Y no sé qué hacer.

En el camino entre la parada del autobús y su casa, me dijo:

—No iré a la Convención contigo. He telefoneado al profesor Nemur esta mañana y se lo he dicho. Tendrás mucho que hacer allí. Encontrar a gente interesante, el placer de ser por un momento el centro de la atención... no quiero ser un estorbo.

—Alice...

—...y pese a lo que puedas decirme ahora, sé lo que sentiría si fuera; así que, si me lo permites, me agarraré a lo que me queda de personalidad... Gracias.

—Está dando a las cosas una importancia que no tienen. Estoy seguro de que, si quisiera...

—¿Sabes? ¿Estás seguro? —se giró junto a la escalinata de su casa y me echó una mirada furiosa—. ¡Oh, te has vuelto insoportable! ¿Cómo puedes tú saber lo que yo siento? Te tomas demasiadas libertades con las mentes de los demás. No puedes decir qué siento, cómo ni por qué.

Tuvo un sobresalto, y después me miró de nuevo y dijo con voz temblorosa:

—Estaré aquí cuando vuelvas. Estoy muy nerviosa, eso es todo, y querría que ambos tuviéramos ocasión de reflexionar durante el tiempo que estemos lejos el uno del otro.

Por primera vez desde hacía semanas, no me invitó a entrar. Miré la puerta cerrada y sentí cómo la cólera subía en mi interior. Hubiera querido hacer una escena, golpear la puerta, hundirla. Hubiera querido que mi cólera prendiera fuego a la casa.

Pero, mientras me alejaba, sentí una especie de apaciguamiento, luego la vuelta a la calma y finalmente un alivio. Andaba tan aprisa que parecía que lo arrastraba todo a mi paso a lo largo de las calles, y la sensación que golpeaba mis mejillas era la de la fresca brisa de un día de verano. De pronto era libre.

Me di cuenta de que mis sentimientos por Alice habían retrocedido ante el torrente de mi adquisición de conocimientos, había pasado de la adoración al amor, al afecto, a un sentimiento de gratitud y responsabilidad. Lo que sentía confusamente por ella me había retenido hacia atrás, y me había agarrado a ella por miedo a encontrarme libre y solo, a la deriva.

Pero con la libertad nacía una tristeza. Deseaba amarla.

Quería dominar mis pánicos emocionales y sexuales. casarme, tener hijos, fundar un hogar.

Ahora es imposible. Estoy tan lejos de Alice, con mi C.I. de 185, como lo estaba cuando tenía un C.I. de 70. Y, esta vez, ambos lo sabemos.

8 de junio. ¿Qué es lo que me hace salir de mi apartamento para errar a través de la ciudad? Voy a la ventura por las calles... no como si me paseara para despejarme en la noche de verano sino con una prisa ansiosa de ir... ¿dónde? Me meto por callejuelas, miro las entradas de las casas, las ventanas de persianas medio bajadas, quisiera encontrar a alguien con quién hablar, y sin embargo tengo miedo de tropezarme con alguien. Subo por una calle, bajo por otra, a través de un laberinto sin fin, golpeando una y otra vez contra los barrotos de neón de esa jaula que es la ciudad. Estoy buscando... ¿qué? Encontré a una mujer en el Central Park. Estaba sentada en un banco, cerca del lago, con un abrigo apretado a su alrededor pese al calor. Me sonrió y me hizo señas para que me sentara a su lado. Contemplamos en la noche la brillante silueta del Central Park Sur, las hileras e hileras de luces, y yo hubiera querido que me impregnaran totalmente.

Sí, le dije, vivía en Nueva York. No, nunca había ido a Newport News, Virginia. Ella era de allá, allá se había casado con un marino que en estos momentos estaba en alta mar y al que no había visto desde hacía dos años.

Retorcía y anudaba su pañuelo, del que se servía de tanto en tanto para enjugar las gotas de sudor de su frente. Incluso en la difusa luz reflejada por el lago podía ver que iba muy maquillada, pero era atractiva, con su cabello lacio y oscuro suelto sobre sus hombros... excepto por su rostro un poco abotagado, como si apenas acabara de levantarse. Tenía ganas de hablar, y yo tenía ganas de escuchar.

Su padre le había dado un nombre honorable, un hogar acogedor, una buena educación, todo lo que un patrón de astillero le puede dar a una hija única, pero no la había perdonado nunca. Nunca le perdonaría el que se hubiera fugado con aquel marino.

Tomó mi mano mientras hablaba, y posó su cabeza en mi hombro.

—La noche de mi boda con Gary —murmuró—, yo no era más que una pobre chica virgen aterrorizada. Esto lo volvió literalmente loco. Primero me abofeteó y me pegó y luego me tomó sin siquiera hacer el amor. Fue la única vez. Nunca más le he dejado tocarme.

Probablemente se dio cuenta por el temblor de mi mano que yo estaba asustado. Era demasiado brutal, demasiado íntimo para mí. Al sentir el estremecimiento de mi mano, ella la apretó más fuerte, como si necesitara terminar su historia antes de poder dejarme marchar. Era importante para ella, y yo me quedé allí sin moverme, como se queda uno sentado ante un pajarito que viene a comer a tu mano.

—No es que no me gusten los hombres —dijo, mirándome con ojos muy abiertos—. Me he acostado con otros hombres después. No con él, pero con muchos otros. La mayoría de ellos son atentos y delicados con una mujer. Hacen el amor suavemente, con besos y caricias primero. —Me echó una elocuente mirada, y su mano erró sobre la mía.

Era aquello lo que había oído decir, lo que había leído, en lo que había soñado. No sabía su nombre y ella no me preguntaba el mío. Quería simplemente que la llevara a alguna parte donde estuviéramos solos. Me pregunté qué pensaría Alice de aquello.

La acaricié torpemente y la besé aún más torpemente. Me miró.

—¿Qué ocurre? —murmuró—. ¿En qué estás pensando?

—En ti.

—¿Tienes algún lugar donde podamos ir?

Cada paso adelante debía ser prudente. ¿En qué momento se hundiría el suelo bajo mis pies y me sumergiría en la ansiedad? Sin embargo, el instinto me empujaba a avanzar para tantear el terreno.

—Si no tienes ningún lugar, el Mansion Hotel, en la calle 53, no es muy caro. No hay problemas con no llevar equipaje si pagas por anticipado.

—Tengo habitación propia...

Me miró con un nuevo respeto.

—Oh, entonces todo va bien.

Aún nada. Y era algo curioso. ¿Hasta dónde podría ir sin sentirme invadido por los síntomas del pánico? ¿Cuando estuviéramos solos en la habitación? ¿Cuando la viera desnuda? ¿Cuando estuviéramos acostados juntos?

De pronto fue importante para mí el saber si podía ser como los demás hombres, si alguna vez le podría pedir a una mujer que compartiera mi vida. Tener la inteligencia y el saber ya no era suficiente. También quería aquello. Mi sentimiento de liberación y de relajamiento se veían ahora reforzados por la sensación de si era posible. La excitación que me invadió cuando la besé de nuevo produjo su efecto, estuve seguro de poder actuar normalmente con ella. Era distinta de Alice. Era una mujer que había vivido.

Entonces el tono de su voz cambió, inseguro.

—Antes de que vayamos allí... hay algo...

Se levantó, avanzó un paso en la difusa luz, abrió su abrigo y pude ver que la forma de su cuerpo no era la que había imaginado mientras estuvimos sentados uno al lado del otro en la oscuridad.

—Solo es el quinto mes —dijo—. No impide nada. No le ves ningún inconveniente, ¿verdad?

Allí de pie, con su abrigo abierto, parecía como una doble exposición sobre la imagen de una mujer de mediana edad que salía del baño y abría su bata para mostrarse a Charlie. Me quedé paralizado, como un blasfemo esperando el rayo que va a golpearle. Desvié la vista. Era lo último que hubiera podido esperar, pero el abrigo apretado en torno a su cuerpo en una noche tan cálida hubiera debido hacerme suponer algo.

—No es de mi marido —dijo—. No te he mentado. Hace años que no lo he visto. Es de un viajante de comercio que conocí hace ocho meses. Vivía con él. No volveré a verlo, pero quiero el niño. Lo único que debemos hacer es ir con cuidado, nada de violencias ni nada parecido pero excepto esto no tienes por qué preocuparte.

Su voz se apagó cuando vio mi cólera.

—¡Es asqueroso! —murmuré—. Debería sentir vergüenza de sí misma.

Se apartó, apretando rápidamente su abrigo en torno suyo para proteger lo que recubría.

Cuando hizo este gesto de protección, una segunda doble imagen apareció: mi madre, encinta de mi hermana, cuando ya no me tomaba en sus brazos, me mimaba menos con su voz, con sus manos, me defendía menos contra cualquiera que se atreviera a decir que yo no era normal.

Creo que la cogí por los hombros, no lo sé, no estoy seguro, y entonces ella gritó y volví bruscamente a la realidad con un sentimiento de peligro. Quise decirle que no había tenido intención de hacerle daño, ni a ella ni a nadie.

—¡Por el amor de Dios, no grite!

Pero ella seguía gritando, y oí pasos precipitados sonando en la oscuridad del sendero. Nadie entendería. Huí en la noche, en busca de una salida del parque, zigzagueando a través de un sendero, cambiando después a otro. No conocía el parque y de pronto golpeé contra una verja que me echó hacia atrás... un callejón sin salida. Después vi los columpios y los toboganes y me di cuenta de que era un parque infantil que estaba cerrado por la noche. Seguí la verja continuando mi huida, a medias corriendo, tropezando contra las raíces que surgían del suelo. Al llegar al lago, que penetraba en el parque infantil, tuve que volver hacia atrás, encontré otro sendero, pasé un puentecillo y descendí hasta llegar debajo de él. No había salida.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido, señora?

—¿Un maníaco?

—¿Se encuentra usted bien?

—¿Por qué lado ha huido?

Había vuelto al sitio de donde había partido. Me deslicé tras un promontorio de roca, hasta un seto, y me eché boca abajo en el suelo.

—Llaman a un policía. Nunca hay ningún policía cuando se le necesita.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un degenerado. Ha intentado violarla.

—¡Hey, ahí hay unos que lo persiguen! ¡Ahí, miren como corre!

—¡Vamos! ¡Atrapemos a ese bastardo antes de que salga del parque!

—Cuidado. Lleva un cuchillo y un revólver... —Era evidente que los gritos habían hecho huir a los merodeadores nocturnos, pues el grito de "¡Ahí está!" se repitió como un eco a mis espaldas y, al mirar a través del seto, vi a un solitario fugitivo, perseguido por el camino iluminado, perderse en la oscuridad. Un instante después otro pasó ante las rocas y desapareció en la noche. Me vi cogido por aquella multitud hostil, molido a palos. Me lo merecía. Casi lo deseaba.

Me levanté, me sacudí las hojas y el polvo de mis ropas y me fui lentamente, siguiendo el camino por el que había venido. A cada segundo esperaba ser cogido por la espalda y arrojado al suelo en el polvo y la oscuridad, de pronto pude ver las brillantes luces de la calle 59 y la Quinta Avenida.

Al pensar ahora en ello, en la seguridad de mi habitación me siento estremecido por la estupidez que llegué a imaginar. El hecho de haber recordado a mi madre antes del nacimiento de mi hermana es ya horrible, pero el sentimiento de haber deseado que aquella gente me atraparan y me molieran a golpes lo es aún más. ¿Por qué quería ser castigado? De mi pasado surgen sombras y se agarran a mis piernas y siento que resbalo y me hundo. Abro la boca para gritar pero no tengo voz. Mis manos tiemblan, estoy helado y hay un zumbido lejano en mis oídos.

## INFORME DE PROGRESOS 13

10 de junio. Estamos en un Stratojet que va a volar hacia Chicago. Debo este Informe de Progresos a Burt que ha tenido la luminosa idea de hacérmelo dictar a un magnetófono, del que después los pasará a máquina una secretaria en Chicago. Nemur considera la idea excelente. De hecho, quiere que utilice el magnetófono hasta el último minuto. Estima que el hecho de hacer escuchar la cinta más reciente al final de su reunión aportará un nuevo elemento a su informe.

Aquí estoy pues, sentado solo en nuestro compartimento privado en un Jet en vuelo hacia Chicago, intentando acostumbrarme a pensar en voz alta, habituarme al sonido de mi voz. Supongo que la secretaria mecanógrafa podrá eliminar todos los hum, eh y ah y darle al conjunto un aspecto natural en el papel. (No puedo impedir el sentirme como paralizado cuando pienso en centenares de personas que van a escuchar las palabras que estoy pronunciando ahora.)

Mi mente está vacía. En este instante lo que experimento es más importante que todo lo demás.

La idea de volar me aterrera.

Por lo que sé, nunca antes de la operación llegué a comprender realmente lo que es un avión. Nunca llegué a relacionar las imágenes del cine o los primeros planos de aviones en la televisión con aquellos aparatos que veía cruzar el cielo. Ahora que vamos a despegar no puedo hacer más que pensar en lo que ocurrirá si caemos. Esto me produce escalofríos y me digo que no quiero morir. Y vuelven a mi mente todas esas discusiones respecto a Dios.

A menudo he meditado en la muerte durante estas últimas semanas, pero nunca realmente en Dios. Mi madre me llevaba alguna vez a la iglesia... pero no recuerdo haber relacionado nunca ésta con la idea de Dios. Mi madre hablaba a menudo de El, y yo debía rezarle oración todas las noches, pero nunca le di excesiva importancia. Lo recuerdo como un tío lejano con una larga barba, sentado en un trono (algo así como el Papá Noel de unos grandes almacenes, sentado en su hermoso sillón y que te pone sobre sus rodillas, te pregunta si has sido bueno y qué quieres que te traiga). Mi madre temía, pero también le pedía favores. Mi padre no hablaba nunca de El... era como si Dios fuera un pariente de Rose al que no quisiera frecuentar.

—Vamos a despegar, señor. ¿Le ayudo a atarse el cinturón?

—¿Es obligatorio? No me gusta estar atado.

—Sólo mientras despegamos.

—Preferiría no hacerlo si no es indispensable. Tengo fobia a estar atado. Quizá me ponga enfermo.

—Es el reglamento, señor. Déjeme ayudarle.

—¡No! Ya lo haré yo mismo.

—No... ese extremo pasa por ahí.

—Veamos, hum... ya está.

Ridículo. No hay razón para tener miedo. La cintura está demasiado apretada... no hace daño. ¿Por qué que ser tan terrible el atarse esa condenada cintura? Eso y las vibraciones del aparato al despegar. La ansiedad es desproporcionada con la situación... hay que hallar otra explicación... ¿cuál?... volar a través de nubes oscuras, atravesándolas... átese los cinturones... ser atado... la tensión... el olor del cuero impregnado de sudor... las vibraciones, y un rugido en mis oídos.

Por la ventanilla, entre las nubes, veo a Charlie. Es difícil decir su edad, unos cinco años. Antes de Norma...

—¿Estáis listos los dos? —su padre se asoma a la puerta. Parece abotagado, principalmente debido a las bolsas de carne que cuelgan en su cara y cuello. Tiene aspecto de estar cansado—. He dicho: ¿ya estáis listos?

—Sólo un minuto —responde Rose—. Ponerme el sombrero. Mira si lleva abotonada la camisa y atados los cordones de los zapatos.

—Vamos, ven a que termine de arreglarte.

—¿Dónde? —pregunta Charlie—. ¿Charlie... va... dónde?

Su padre le mira y frunce el ceño. Matt Gordon nunca sabe cómo reaccionar a las preguntas de su hijo. Rose aparece en la puerta de su habitación, arreglándose el velo de su sombrero. Parece un pájaro, y sus brazos —levantados, con los codos separados— se asemejan a alas.

—Vamos a ver al doctor que te ayudará a ser listo. Tras su velo, parece como si le mirara a través de la tela metálica. Siempre se siente asustado cuando se visten así para salir, ya que sabe que va a encontrar a otras personas y a su madre no le gusta y se enfadará. Siente deseos de echar a correr, pero no hay ningún lugar donde pueda ir a esconderse.

—¿Por qué le has dicho esto? —dice Matt.

—Porque es la verdad. El doctor Guarino puede ayudarle.

Matt va y viene como un hombre que ha abandonado toda esperanza, pero que intenta aún razonar por última vez.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué sabes de él? Si pudiera hacerse algo, los doctores nos lo hubieran dicho hace ya mucho tiempo.

—¡No digas eso! —grita ella—. No me digas que no puede hacerse nada —coge a Charlie y aprieta su cabeza contra su pecho—. Será normal, haremos todo lo que sea necesario, cueste lo que cueste.

—Eso no se compra con dinero.

—Se trata de Charlie. Tu hijo... tu hijo único —lo acuna de un lado para otro, próxima ya a la crisis nerviosa—. No quiero oírte hablar así. Los médicos no saben nada y por eso dicen que no se puede hacer nada. El doctor Guarino me lo ha explicado todo. No quiero prestar oídos a su invento, dice, porque saben que va a probar que estaban en un error. Les ha ocurrido lo mismo a otros genios. Pasteur, Jennings y los demás. Me lo ha explicado todo sobre esos médicos distinguidos que le tienen miedo al progreso.

Replicarle así a Matt la tranquiliza y le devuelve confianza. Cuando deja a Charlie, éste se va a un rincón y se aprieta contra la pared, temblando.

—Míralo —dice ella—, lo has asustado.

—¿Yo?

—Siempre te pones a discutir de esto ante él.

—¡Oh, Cristo! Anda, ven a que termine de arreglarte.

Por el camino, evitan hablarse. Silencio en el autobús y silencio mientras andan, tras la parada del autobús hasta el gran inmueble en el centro de la ciudad donde se encuentra la consulta del doctor Guarino. Al cabo de un cuarto de hora éste entra en la sala de espera para recibirles. Es gordo y casi calvo, parece que esté a punto de estallar bajo su bata blanca. Charlie se siente fascinado por sus enormes cejas y su bigote blanco que remueve de tanto en tanto. Algunas veces es el bigote que se agita primero, y luego se elevan las dos cejas, pero a veces son las cejas las que se levantan primero, mientras el bigote se retuerce a continuación.

La gran habitación blanca en la que les hace entrar Guarino huele aún a pintura fresca. Está casi vacía, dos mesas a un lado y, al otro, una enorme máquina con hileras de indicadores y cuatro largos brazos como los de sillones de dentista. Junto a ella una mesa de examen forrada de cuero negro, con gruesas correas de fijación.

—Bien, bien, bien —dice Guarino, haciendo ascender sus cejas—, aquí tenemos a Charlie —lo toma del hombro—. Vamos a ser buenos amigos.

—¿Puede hacer realmente algo por él, doctor Guarino? —pregunta Matt—. ¿Ha tratado ya usted a pacientes como él? No tenemos mucho dinero.

Las cejas descienden como persianas cuando Guarino frunce el ceño.

—¿Señor Gordon, ¿le he hablado en algún momento de lo que puedo hacer? ¿No cree que debo examinarlo primero? Quizá podamos hacer algo, quizá no. Primero hay que efectuar algunos tests físicos y mentales para determinar las causas de la encefalopatía.

Después ya tendremos tiempo para hablar de pronósticos. De hecho, en estos momentos estoy muy ocupado. He aceptado examinar su caso únicamente porque actualmente estoy haciendo un estudio especial sobre este tipo de retraso mental. Claro que, si ustedes tienen alguna duda, entonces...

Su voz se pierde con un asomo de tristeza y hace gesto de irse, pero Rose le da un codazo a Matt..

—Mi marido no quería decir esto en absoluto, doctor. Verá, siempre habla demasiado.  
—Le echa una mirada a Matt invitándolo a disculparse.

Matt suspira.

—Si existe algún modo de ayudar a Charlie, haremos todo lo que usted diga. Los negocios no van bien en estos momentos. Soy vendedor de artículos de peluquería, pero todo lo que tengo lo daría gustoso si...

—Hay un punto sobre el que debo insistir —dice Guarino, pellizcándose el labio como si tomara una decisión—. Una vez hayamos comenzado, el tratamiento debe seguir hasta el final. En este tipo de casos los resultados se producen a menudo bruscamente, después de muchos meses sin el menor signo de mejoría. Eso no quiere decir que les prometa tener éxito, compréndanme. Nunca puede garantizarse nada. Pero deben darle ustedes al tratamiento la oportunidad de actuar, ya que de otro modo es mejor no comenzar.

Los observa con mirada severa para que su advertencia penetre bien en sus cabezas, y las cejas fruncidas forman como unos aleros blancos bajo los cuales brillan sus ojos azules.

—Ahora, si quieren dejarnos solos para que pueda examinar al niño.

Matt vacila en dejar a Charlie solo con él, pero Guarino hace un gesto con la cabeza.

—Por aquí —dice, haciéndoles pasar a la sala de espera. Los resultados son siempre mejores cuando el paciente está solo conmigo en los psicotests. Las distracciones externas suelen perturbar la cadena de respuestas.

Rose sonríe triunfante a su marido y Matt sale dócilmente tras ella.

Solo con Charlie, el doctor Guarino le palmea la cabeza con una benevolente sonrisa.

—Vamos, chico, tiéndete en la mesa.

Como Charlie no reacciona, lo levanta y lo acuesta suavemente sobre el mullido cuero de la mesa, y después lo ata sólidamente con las correas. La mesa huele a cuero impregnado de sudor.

—¡Mamaaaaa!

—Está aquí al lado. No tengas miedo, Charlie. No voy a hacerte ningún daño.

—¡Quiero a mamá!

Charlie se muestra inquieto, atado de este modo. No tiene la menor idea de lo que le están haciendo, pero otros doctores no eran tan amables después de que su padres abandonaran la habitación.

Guarino intenta calmarle:

—Vamos, chico, no te inquietes. No tienes ningún motivo para tener miedo. ¿Ves esa maquinota? ¿Sabes que voy a hacer con ella?

Charlie se encoge, luego recuerda las palabras de madre.

—Hacerme listo.

—Ajá. Al menos, tú sabes por qué estás aquí. Ahora cierra los ojos y relájate mientras giro estos botones. Van a hacer mucho ruido, como un avión, pero no te harán ningún daño. Y veremos si podemos hacerte un poco más listo de lo que eres ahora.

Guarino da el contacto y la gran máquina empieza a zumbear con luces rojas y azules parpadeando. Charlie está aterrado. Se estremece, se debate en las correas que lo sujetan a la mesa.

Va a gritar, pero Guarino le coloca rápidamente un paño en la boca.

—Vamos, vamos, Charlie. Así no. Has de ser buen chico. Ya te he dicho que no voy a hacerte daño.

Charlie intenta todavía gritar, pero todo lo que puede emitir es un grito sordo, ahogado, que le da deseos de vomitar. Siente la humedad viscosa y cálida deslizarse a lo largo de sus muslos, y el olor le dice que su madre va a darle una paliza y castigarle en un rincón por habérselo hecho en los pantalones. No ha podido contenerse. Cada vez que se siente preso en una trampa y el pánico se apodera de él, no puede contenerse y se ensucia... se ahoga... se pone enfermo... siente náuseas... todo se vuelve negro...

No sabe cuanto tiempo ha pasado, pero cuando Charlie vuelve a abrir los ojos el paño ya no está en su boca, las correas han sido retiradas. El doctor Guarino hace como si no notara el olor.

—No te he hecho ningún daño, ¿verdad?

—N...no.

—Bueno, entonces ¿por qué tiembles así? Todo lo que hecho ha sido utilizar esta máquina para hacerte más listo ¿Qué efecto te produce el sentirte más listo ahora de lo que eras antes?

Olvidando su pánico, Charlie mira la máquina con ojos muy abiertos.

—¿Me he vuelto listo?

—Oh, sí, por supuesto. Esto, retrocede un poco. ¿Cómo te encuentras?

—Mal. Me he ensuciado.

—Si, bueno... hum... la próxima vez no lo harás, ¿verdad? Ya no tendrás miedo porque sabes que no hace daño. Ahora quiero que le digas a tu mamá lo listo que te notas. Te traerá aquí dos veces por semana para este tratamiento de regeneración encefálica por ondas cortas y cada vez te sentirás más listo, y más listo, y más listo.

Charlie sonríe.

—Puedo andar hacia atrás.

—¿Puedes? Veámoslo —dice Guarino, cerrando excitadamente su carpeta—. Déjame verlo.

Lentamente, con mucho trabajo, Charlie da varios pasos hacia atrás, tropezando contra la mesa de exámenes Guarino sonríe y aprueba con la cabeza.

—Bueno, esto es un éxito. La cosa marcha. Serás el chico más listo de tu barrio antes de que hayamos terminado contigo.

Charlie enrojece de satisfacción ante estos cumplidos. No ocurre a menudo que la gente le sonría y le diga que ha conseguido hacer algo determinado. Incluso su miedo a la máquina y a estar atado en la mesa comienza a esfumarse.

—¿De todo el barrio? —Este pensamiento lo hincha hasta tal punto que ya no puede aspirar más aire en los pulmones—. ¿Más listo que Hymie?

Guarino sonríe otra vez y asiente.

—Más listo que Hymie.

Charlie observa la máquina con una admiración y un respeto nuevos. La máquina lo hará más listo que Hymie, que vive dos casas más allá y que sabe leer y escribir como un boyscout.

—¿Esa máquina es suya?

—Todavía no. Pertenece al banco. Pero muy pronto será mía, y entonces podré hacer listos a montones de chicos como tú. —Acaricia la cabeza de Charlie y añade—: Eres mucho más simpático que la mayoría de los chicos normales que traen aquí sus madres esperando que los convierta en genios elevándoles su C.I.

—¿Serán ji-nios si esa máquina les eleva su...? —vuelve sus ojos hacia la máquina para ver si realmente puede hacer lo que el doctor dice—. ¿Usted hará de mí un ji-nio?

Con una risa cordial, Guarino lo coge por los hombros.

—No, Charlie. No tienes que preocuparte por esto. Solo los asnos pueden convertirse en genios. Tu seguirás siendo lo que eres... un buen chico. —Reflexiona un momento y añade—: Por supuesto, un poco más listo lo que eres ahora.

Abre la puerta y lleva a Charlie hacia sus padres. Aquí está, intacto. No le ha ocurrido nada. Es un chico. Creo que nos haremos grandes amigos, ¿no así, Charlie?

Charlie baja la cabeza. Desea que el doctor Guarino le quiera y se asusta cuando ve la expresión en el rostro su madre.

—¡Charlie! ¿Qué ha ocurrido?

—Tan solo un accidente, señora Gordon. Ha tenido miedo la primera vez, pero no le riña, no le castigue. No quisiera que estableciera una relación entre el castigo y hecho de venir aquí.

Pero Rose Gordon se siente enferma de vergüenza.

—Es horrible. Ya no sé qué hacer, doctor. Incluso en casa... incluso cuando tenemos gente en casa. Y me siento tan avergonzada cuando lo hace.

Ante el disgusto que refleja el rostro de su madre, Charlie empieza a temblar. Durante un momento había olvidado lo mal chico que es, hasta qué punto hace sufrir a sus padres. No sabe por qué, pero cuando ella dice que la hace sufrir y llora y le grita se asusta, se vuelve contra la pared y se pone a gemir suavemente.

—Vamos, señora Gordon, no lo altere así y no se preocupe. Tráigamelo todas las semanas, los martes y jueves, a la misma hora.

—¿Pero esto le irá realmente bien? —pregunta Matt—. Diez dólares es mucho dinero, y...

—¡Matt! —Rose le tira de la manga—. ¡Este no es el momento de hablar de eso! ¡Es tu propio hijo, quizá el doctor Guarino pueda hacer que sea como los otros niños, con la ayuda del buen Dios, y tú hablas de dinero!

Matt querría defenderse, pero reflexiona y saca su cartera.

—Por favor... —murmura Guarino, como si la visión del dinero lo molestara—. Mi enfermera, a la entrada, se ocupará de todos los asuntos financieros. Muchas gracias. — Se inclina ligeramente ante Rose, estrecha la mano de Matt y le da unas palmadas en el hombro a Charlie—. Un buen muchacho. Sí señor —y, sonriendo aún, desaparece tras la puerta de su consulta.

Matt y Rose discuten durante todo el camino de vuelta. El se queja de que los artículos de peluquería se venden mal y que sus ahorros disminuyen. Rose replica gritando que volver a Charlie normal es más importante que todo lo demás.

Asustado de oírles discutir, Charlie llora muy bajito. El tono encolerizado de sus voces le hace daño. Tan pronto entran en el apartamento corre a un rincón de la cocina, tras la puerta, con la frente pegada a la pared embaldosada, temblando y gimiendo.

No le prestan atención. Nadie se preocupa de que tiene necesidad de ser lavado y cambiado.

—No estoy histérica. Simplemente, ya estoy harta de oírte lamentar cada vez que intento que curen a tu hijo. No te importa. Sí, no te importa en absoluto.

—Eso no es cierto. Pero me doy cuenta de que no se puede hacer nada. Cuando se tiene un hijo como el nuestro es una cruz que hay que soportar sin lamentarse. Yo puedo soportarla, lo que no puedo soportar son tus locuras. Has gastado casi todos nuestros ahorros con charlatanes y engañabobos... un dinero que hubiera podido emplear en montarme un pequeño negocio propio. Si, no me mires de este modo. Con todo el dinero que has tirado por la ventana para conseguir algo imposible, hubiera podido tener una peluquería propia en lugar de deslomarme haciendo de representante diez horas al día. ¡Un negocio propio, con gente que trabajara para mi!

—Deja de gritar. Míralo, tiene miedo.

—Vete al diablo. Ahora ya sé quien es el idiota aquí. ¡Yo!. Porque te dejo hacer. — Salió, dando un furioso portazo.

—Lamento interrumpirle, señor, pero vamos a aterrizar dentro de unos minutos. Tiene que atarse de nuevo su cinturón... Oh, no se lo había desatado. Lo ha llevado atado desde Nueva York. Casi dos horas...

—Lo olvidé. Lo dejaré así hasta que hayamos aterrizado. Parece que ya no me molesta.

Ahora comprendo de dónde saqué esta poco usual motivación para volverme listo que tanto sorprendió a todo el mundo al principio. Era un deseo que angustiaba Rose Gordon de día y de noche. Su miedo, su culpabilidad, su vergüenza de que Charlie fuera un idiota. Su sueño de que pudiera curarse. La pregunta más inmediata era: ¿de quién era la culpa, de ella o de Matt? No fue hasta que Norma le probó que ella podía tener niños normales, y que yo simplemente era anormal, que dejó de querer cambiarme. Pero pienso que yo nunca he dejado de desear ser el chico inteligente de su sueño para que ella me quisiera.

A propósito de Guarino ocurre algo divertido. Tendría que odiarle por lo que me hizo y por haber explotado a Rose y a Matt, pero no puedo, y no sé por qué. Tras la primera visita, siempre fue amable conmigo. Siempre la palmadita en la espalda, la sonrisa, la palabra animosa que yo casi nunca recibía.

Me trataba —incluso entonces— como a un ser humano. Puede tacharse de ingratitud, pero esta es una de las cosas que me desagradan aquí, esa manera de tratarme como a un cobayo. Las constantes referencias de Nemur de haberme hecho lo que soy o de que algún día habrá otros como yo que llegarán a ser realmente seres humanos.

¿Cómo puedo hacerle comprender que él no me ha creado?

Comete el mismo error que los demás cuando ven a una persona débil mental y se ríen de ella porque no comprenden que pese a todo hay unos sentimientos buenos que hay que tener en cuenta. No comprende que era ya un ser humano antes de venir aquí.

Aprendo a contener mi resentimiento, a no ser tan impaciente, a esperar... Supongo que estoy madurando. Cada día aprendo más y más cosas sobre mí mismo, y los recuerdos que han comenzado a surgir como la resaca, me sumergen ahora ola tras ola...

11 de junio. Los problemas comenzaron desde el momento en que llegamos al Chalmers Hotel de Chicago y descubrimos que nuestras habitaciones no quedarían libres hasta la noche siguiente y que, hasta entonces, tendríamos que instalarnos en el Independence Hotel, cerca de allí. Nemur estaba furioso. Tomó aquello como una afrenta personal y se peleó con todo el mundo del hotel, desde el mozo hasta el director. Tuvimos que esperar en el vestíbulo mientras cada uno de los empleados del hotel iba a buscar a su superior a fin de ver qué podía hacerse.

En medio de todo aquel movimiento —equipajes llegando y apilándose en el vestíbulo, mozos yendo y viniendo con sus carretillas, participantes en la Convención que llevaban un año sin verse, se reconocían y se felicitaban—, nos sentíamos más y más incómodos mientras Nemur intentaba localizar a los dirigentes de la International Psychological Association.

Finalmente, cuando se hizo evidente que no se podía cambiar nada, admitió el hecho de que deberíamos pasar en el Independence nuestra primera noche en Chicago.

Resultó que la mayor parte de los psicólogos jóvenes estaban instalados en el Independence, y que era allí donde tendrían lugar las primeras grandes recepciones nocturnas. La gente había oído hablar del experimento y la mayor parte de ellos sabían quién era yo. Por todas partes donde íbamos siempre venía alguien a preguntarme mi opinión sobre cualquier cosa, desde las consecuencias de los nuevos impuestos hasta los últimos descubrimientos arqueológicos en Finlandia. Era una especie de desafío, y el conjunto de mis conocimientos generales me permitía discutir sin apuros de casi todo.

Pero, al cabo de un momento, pude ver que Nemur se sentía molesto de que toda la atención se concentrara en mí.

Cuando una joven y hermosa médico del Falmouth College me preguntó si podía explicar las causas de mi propio retraso mental, le dije que el profesor Nemur era el único hombre que podía responderle a eso.

Era la ocasión que él esperaba para mostrar su autoridad en la materia y, por primera vez desde que nos conocimos, puso su mano en mi hombro.

—No sabemos exactamente lo que causó el tipo de fenilcetonuria que padecía Charlie desde su infancia... algún tipo de reacción bioquímica o genética poco usual, causada tal vez por radiaciones ionizantes o radiaciones naturales, o incluso el ataque de un virus en el feto. Sea cual sea el origen, el resultado es un gene aberrante que produce una enzima, digamos deficiente, la cual provoca acciones bioquímicas viciadas. Y, por supuesto, los aminoácidos así creados entran en competencia con las enzimas normales, lo que trae consigo lesiones cerebrales.

La joven disimuló una mueca. No esperaba una lección magistral, pero Nemur había tomado la palabra y prosiguió en el mismo tono:

—Yo llamo a esto Inhibición competitiva de enzimas. Déjeme darle un ejemplo de cómo funciona: compare la enzima producida por el gene anormal con una llave defectuosa que entra en la cerradura química del sistema nervioso central, pero que no gira. Y, como esta llave está ahí, la llave verdadera —la enzima normal correcta— puede ni siquiera entrar en la cerradura. Está bloqueada. ¿El resultado? Una destrucción irreversible de proteínas en el tejido cerebral.

—Pero, si es irreversible —replicó uno de los psicólogos que se habían unido al grupito—, ¿cómo es posible que el señor Gordon, aquí presente, ya no sea un retrasado?

—¡Ah! —exclamó Nemur—. He dicho que la destrucción operada en el tejido era irreversible, pero no el proceso mismo. Muchos investigadores han podido revertirlo mediante la inyección de sustancias químicas que se combinan con las enzimas deficientes y cambiar la forma molecular de esta molesta llave, si puede decirse de este modo. Este es también el principio de nuestra propia técnica. Pero nosotros retiramos primero la parte dañada del cerebro, y permitimos así al tejido cerebral implantado, que ha sido revitalizado químicamente, producir proteínas cerebrales en cantidad muy superior la normal...

—Un momento, profesor Nemur —dije, interrumpiéndole en mitad mismo de su perorata—. ¿Y los trabajos de Rahajamati en este campo?

Me miró desconcertado.

—¿De quién?

—Rahajamati. Su estudio ataca la teoría de la fusión de enzimas de Tanida. el concepto de cambiar la estructura química de la enzima que bloquea la marcha del proceso metabólico.

Frunció el ceño.

—¿Dónde ha sido traducido este artículo?

—Aun no lo ha sido. Lo leí hace unos días en la Revista Hindú de Psicopatología.

Miró a su auditorio e intentó eludir la cuestión.

—Bueno, creo que no tenemos por qué preocuparnos por esas cosas. Nuestros resultados hablan por sí mismos.

—Pero el propio Tanida había propuesto al principio la teoría del bloqueo de la enzima deficiente por combinación, mientras que ahora hace notar que...

—Oh, vamos, Charlie. El hecho de que alguien sea el primero en avanzar una teoría no le da la última palabra en el desarrollo experimental. Creo que todos los que estamos aquí convendrán en que las investigaciones efectuadas en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña eclipsan de lejos los trabajos realizados en la India y en el Japón. Hemos tenido siempre los mejores laboratorios y el mejor equipo del mundo.

—Pero esto no responde al argumento de Rahajamati, según el cual...

—Aquí no es ni el lugar ni el momento de discutir esto. Estoy seguro de que todos estos detalles serán tratados en la forma más adecuada en la sesión de mañana.

—Me dio la espalda para decirle algo a un antiguo compañero de universidad, cortándome bruscamente y dejándome allá, estupefacto.

Conseguí llevar a Strauss a un rincón, y le pregunté sobre aquello.

—¿Y ahora qué? Usted siempre ha dicho que me dejaba impresionar demasiado por él. ¿Qué le he hecho para que se ofenda de este modo?

—Le has creado un sentimiento de inferioridad, y no puede admitirlo.

—Por Dios, estoy hablando en serio. Dígame, la verdad.

—Charlie, tienes que dejar de pensar que todo el mundo se burla de ti. Nemur no podía discutir de estos estudios porque no los ha leído. No puede leer ninguna de estas lenguas.

—¿Ni el hindú ni el japonés? Oh, no puede ser.

—Charlie, no todo el mundo posee tu don de lenguas.

—Pero entonces, ¿cómo puede refutar el ataque de Rahajamati contra su método, y la objeción de Tanida sobre la validez de este tipo de técnica? Tiene que conocer estos...

—No —dijo Strauss, pensativo—. Estos estudios deben ser recientes. Aún no ha habido tiempo de traducirlos.

—¿Quiere decir que usted tampoco los ha leído?

Se encogió de hombros.

—Soy aún peor lingüista que él. Pero estoy seguro de que, antes de que sean establecidos los informes definitivos, serán repasadas a fondo todas las revistas médicas a fin de extraer las informaciones más recientes.

No sabía qué decir. Oírle admitir que ambos ignoraban por completo sectores enteros de su propia especialidad era algo terrible.

—¿Qué lenguas conoce? —le pregunté.

—Francés, alemán, español, italiano, y el suficiente sueco como para defenderme.

—¿Ni el ruso, ni el chino, ni el portugués?

Me recordó que su trabajo de psiquiatra y de cirujano neurólogo le dejaba poco tiempo para las lenguas. Y que las únicas lenguas antiguas que podía leer eran el latín y el griego. Ninguna lengua oriental.

Vi que hubiera querido terminar ahí la discusión, pero yo no podía renunciar. Debía saber exactamente la extensión de sus conocimientos.

La descubrí.

Física: nada más allá de la teoría cuántica de los campos. Geología: nada sobre la geomorfología o la estratigrafía o siquiera sobre la petrología. Nada sobre la micro o la macroteoría económica. Poco sobre las matemáticas más allá del nivel elemental del cálculo de variaciones, y nada absolutamente sobre el álgebra de Boole o las multiplicidades vectoriales de Riemann. Era la primera muestra de las revelaciones que me reservaba aquel fin de semana.

No pude permanecer más tiempo en la reunión. Salí discretamente para andar un poco y reflexionar sobre todo aquello. Ambos eran unos impostores. Habían pretendido ser genios. No eran más que hombres vulgares trabajando a ciegas, pretendiendo poder hacer la luz en las tinieblas. ¿Por qué miente todo el mundo? Nadie que conozca es lo que parece ser.

Daba la vuelta a la esquina de la calle cuando vi a Burt que llegaba tras de mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando me alcanzó—. ¿Me seguía?

Se encogió de hombros y sonrió nerviosamente.

—Eres la gran vedette, la estrella del espectáculo. No queremos dejar que esos cowboys motorizados de Chicago te aplasten, ni que te asalten en State Street.

—No me gusta que me aten con una cuerda.

Evitó mi mirada mientras andaba a mi lado, con las manos profundamente hundidas en sus bolsillos.

—No te lo tomes a mal Charlie. El viejo está que se muerde las uñas. La Convención tiene una gran importancia para él. Está en juego su reputación.

—No sabía que fueran ustedes tan amigos —dije sarcásticamente, recordando las veces que Burt se había quejado de la estrechez de miras y el arribismo del profesor.

—No soy en absoluto amigo suyo —me miró desafiante—. Pero ha puesto toda su vida en este asunto. No es ni Freud, ni Jung, ni Pavlov, ni Watson, pero lo que hace es importante y respeto la manera en que se consagra a ello... y quizá más aún porque no es más que un hombre vulgar que intenta hacer la obra de un gran hombre, mientras los grandes hombres están todos ellos ocupados fabricando bombas.

—Me gustaría oírle, frente a él, tratándole de hombre vulgar.

—Lo que él piense de sí mismo no tiene importancia. De acuerdo, es un egoísta. ¿Y qué? Hay que tener un carácter así para que un hombre haga lo que él está haciendo. He visto a demasiada gente como él para saber que esta solemnidad y esta suficiencia están mezcladas con una condenada buena dosis de incertidumbre y de temor.

—Y de impostura y de superficialidad —añadí—. Ahora los veo como son en realidad: unos impostores. Lo sospechaba de Nemur. Siempre parecía tener miedo de algo. Pero me ha sorprendido de Strauss.

Burt se detuvo y soltó un largo bufido. Entramos en un bar para tomar un café. No veía su rostro, pero su modo de respirar traicionaba su exasperación.

—Cree que estoy equivocado.

—Simplemente que has llegado muy lejos demasiado aprisa —dijo—. Ahora tienes un cerebro formidable, una inteligencia que no puede ser calculada, has absorbido ya más conocimientos de los que pueden reunir la mayoría de la gente a lo largo de toda su vida. Pero estás.. como falto de equilibrio. Sabes cosas. Ves cosas. Pero aún no has alcanzado la comprensión o, mejor, la tolerancia. Les tratas de impostores, pero ¿cuándo has oído a alguno de ellos pretender ser perfecto o sobrehumano? Son gente vulgar. Tú eres el genio.

Se interrumpió bruscamente, dándose cuenta de pronto de que estaba sermoneándome.

—Continúe.

—¿Has conocido a la mujer de Nemur?

—No.

—Si quieres comprender por qué siempre está como presionado, incluso cuando las cosas van bien en el laboratorio y con sus conferencias, tendrías que conocer a Bertha Nemur. ¿Sabes que es ella quien le consiguió su cátedra? ¿Sabes que fue ella quien se sirvió de la influencia de su padre para que le dieran esta subvención de la Fundación Welberg? Bueno, pues ahora es ella quien lo ha empujado a esta prematura presentación en la Convención. Mientras no tengas a tu lado una mujer como ella, que te domine, no pretendas comprender a quien tenga una.

No respondí nada, y vi que él tenía ganas de volver al hotel. Permanecimos silenciosos a todo lo largo del camino de regreso.

¿Soy un genio? No lo creo. Aún no. Como diría Burt, parodiando los eufemismos de la jerga de los educadores, soy excepcional... un término democrático utilizado para evitar las infamantes etiquetas de dotado o de débil (usados como sinónimos de brillante o retrasado), y cuando excepcional comience a tener algún significado para alguien lo cambiarán. Parece que la regla es utilizar una expresión en tanto no signifique nada para nadie. Excepcional significa lo mismo en un extremo como en el otro, de modo que yo he sido excepcional toda mi vida.

Lo más extraño en la adquisición del saber es que, cuanto más avanzo, más me doy cuenta de que ni siquiera sabía que lo que no conocía existía pese a todo. Hace poco

tiempo pensaba tontamente que podía aprenderlo todo... adquirir todo el saber del mundo. Ahora espero solamente llegar a saber la existencia de lo que no sé, e intentar comprenderla algo.

¿Tendré tiempo para ello?

Burt está descontento de mí. Me encuentra impaciente, y los demás deben compartir este sentimiento. Pero me empujan e intentan mantenerme en mi lugar. ¿Cuál es mi lugar? ¿Quién y qué soy yo ahora? ¿Soy el producto de toda mi vida o solamente de los últimos meses? Oh, como se impacientan cuando intento discutir con ellos. No les gusta admitir que hay cosas que no saben. Es paradójico ver a un hombre vulgar como Nemur consagrarse a transformar en genios a otros seres humanos. Querría que lo consideraran como el descubridor de nuevas leyes en el arte de enseñar, el Einstein de la psicología. Tiene el temor propio del maestro de ser superado por su alumno, el terror del maestro de ver a su discípulo desacreditar su obra. (Pese a que yo no sea realmente el discípulo de Nemur como pueda serlo Burt).

Considero que el miedo de Nemur de ser catalogado como un hombre que avanza sobre zancos entre gigantes es comprensible. Un fracaso en el punto donde hemos llegado, lo destrozaría. Y es demasiado viejo para volver a empezar.

Por chocante que sea descubrir la verdad acerca de los hombres que respetaba y en quienes tenía confianza, creo que Burt tiene razón. No debo ser demasiado impaciente con respecto a ellos. Sus ideas y sus brillantes trabajos han hecho posible el experimento. Debo evitar la tendencia natural de mirarlos desde lo alto, ahora que les he superado.

Debo comprender que cuando me repitan sin cesar que debo expresarme y escribir de forma sencilla, a fin de que la gente que lee mis informes de Progresos pueda comprenderme, se refiere también a ellos. Sin embargo, resulta aterrador pensar que mi destino está en manos de hombres que no son los gigantes que creía antes, sino simplemente hombres que no conocen la solución de todos los problemas.

13 de junio. Dicto esto sujeto a una gran tensión emocional. Me he marchado, abandonando todo el asunto. Estoy en un avión que me lleva de regreso, solo, a Nueva York, y no tengo la menor idea de lo que voy a hacer una vez llegue allí.

Primero debo confesar que estaba enormemente impresionado ante el pensamiento de una Convención Internacional de sabios y de investigadores reunidos para tener un intercambio de ideas. Era allí, pensaba, donde pasaba realmente todo. Allí sería otra cosa que las estériles discusiones de la universidad, porque los participantes pertenecen a los más altos niveles de la investigación y de la enseñanza en psicología, sabios que escriben libros y que dan conferencias, autoridades a quienes la gente menciona. Si Nemur y Strauss eran hombres vulgares que obraban más allá de sus capacidades, estaba convencido de que con los demás sería distinto.

Cuando llegó la hora de la sesión, Nemur nos guió a través del gigantesco vestíbulo, con su recargada decoración barroca y sus enormes escaleras de mármol. Avanzamos en medio de una creciente multitud de gente que estrechaba manos, cambiaba saludos con la cabeza o sonrisas. Otros dos profesores de Beekman, llegados a Chicago aquella misma mañana, se unieron a nosotros. Los profesores White y Clinger nos precedían un poco a la derecha, uno o dos pasos tras Nemur y Strauss, mientras Burt y yo cerrábamos la marcha.

Las gentes que se apretujaban en la gran sala se apartaron para dejarnos pasar, y Nemur saludó con la mano a los periodistas y fotógrafos que habían venido para oír en directo los sensacionales resultados obtenidos con un adulto retrasado en tan solo poco más de tres meses.

Evidentemente, Nemur había enviado por anticipado comunicados a la prensa.

Algunas de las comunicaciones hechas a la Convención fueron notables. Un grupo de investigadores venidos de Alaska mostró cómo la estimulación de ciertas zonas del

cerebro determinaba un significativo desarrollo de la facultad de aprender y otro grupo de Nueva Zelanda, había establecido el mapa de las regiones del cerebro que controlan la percepción y la retención de los estímulos.

Pero hubo también otras comunicaciones, como el estudio de P. T. Zimmeman sobre la distinta duración del tiempo tomado por los ratones para avanzar en un laberinto cuando los ángulos están redondeados en vez de ser angulares, o la exposición de Woffel respecto al efecto del nivel de inteligencia sobre el tiempo de reacción de los monos rhesus. Este tipo de comunicaciones me puso furioso. Tanto dinero, tiempo y energías malgastados en el análisis detallado de temas sin el menos interés. Burt tenía razón cuando elogiaba a Nemur y Strauss por consagrarse a investigaciones importantes e inseguras en lugar de dedicarse a otras, insignificantes pero sin ningún riesgo.

Si tan solo Nemur quisiera considerarme como un ser humano.

Cuando el presidente de la sesión anunció la comunicación de la Universidad Beekman, ocupamos nuestro lugar tras la larga mesa del estrado. Algernon en su jaula, entre Burt y yo. Eramos el cierre de la sesión y, cuando nos hubimos instalado, el presidente hizo su presentación. Esperaba casi oír algo así como: ¡Señoooooras y señooooores! ¡Ocupen sus asientos y vean a nuestros fenómenos! ¡El mejor acto que hayan visto nunca en el mundo científico! ¡Una rata y un idiota transformados en genios bajo sus propios ojos!

Admito que había venido con una cierta idea preconcebida.

Se limitó a decir:

—La comunicación que van a escuchar no necesita ser presentada. Todos hemos oído hablar de las extraordinarias investigaciones realizadas en la Universidad Beekman, gracias al apoyo de la Fundación Welberg, y conducidas por el director del departamento de psicología, profesor Nemur, en colaboración con el doctor Strauss del Centro Neuropsiquiátrico Beekman. Es inútil añadir que se trata de una comunicación que todos esperábamos con el más vivo interés. Paso la palabra al profesor Nemur y al doctor Strauss.

Nemur inclinó amablemente la cabeza ante los elogios introductivos del presidente y dirigió a Strauss un guiño de triunfo.

El primer orador de la Universidad Beekman fue el profesor Clinger.

Comenzaba a ponerme nervioso, y vi que Algernon, molesto por el humo, el ruido y lo inhabitual del lugar, daba vueltas nerviosamente en su jaula. Sentí un extraño deseo de abrirle la jaula y dejarle salir. Era una idea absurda —más bien un sentimiento que una idea— e intenté olvidarla. Pero, mientras escuchaba el estereotipado informe del profesor Clinger sobre «Los efectos de los alojamientos de llegada hacia la izquierda en un laberinto en T comparados a los de los alojamientos de llegada hacia la derecha en un laberinto en T», me descubrí jugueteando con el mecanismo de cerradura de la jaula de Algernon.

Dentro de un momento (antes de que Strauss y Nemur desvelaran su supremo logro), Burt leería un informe describiendo los métodos y los resultados en la puesta en práctica de los tests de inteligencia y educación que había imaginado para Algernon. Esta lectura sería seguida de una demostración en la que Algernon debería pasar sus pruebas y resolver un problema para tener derecho a su comida... ¡lo cual nunca he dejado de odiar!

No tenía nada que reprocharle a Burt. Siempre había sido sincero conmigo —mucho más que la mayoría de los otros— pero cuando describió al ratoncito blanco al que se le había dado la inteligencia fue tan pomposo y artificial como los demás. Como si intentara ponerse el mismo traje que sus profesores. Me retuve en aquel momento, más por amistad con Burt que por otra razón. Dejar salir a Algernon de su jaula crearía el caos en la sesión y, después de todo, era el primer contacto de Burt con aquel plantel de envidiosos universitarios.

Tenía el dedo en la cerradura de la puerta de la jaula y, mientras Algernon seguía con sus rosados ojos el movimiento de mi mano, estoy seguro de que sabía lo que yo estaba pensando. En aquel momento, Burt tomó la jaula para su demostración. Explicó la complejidad de la cerradura con combinación, y la dificultad del problema planteado cada vez que la cerradura debía ser abierta (con sus pequeños pestillos de plástico que se cerraban según combinaciones distintas y debían ser abiertos por la rata accionando una serie de palancas en el mismo orden). A medida que se acrecentaba la inteligencia de Algernon, la rapidez en resolver el problema había aumentado, por supuesto. Pero Burt reveló algo que yo no había sabido.

En el apogeo de su inteligencia, el modo de actuar de Algernon se había vuelto variable. Algunas veces, según el informe de Burt, Algernon rehusaba absolutamente trabajar, aunque aparentemente tuviera hambre, mientras que en otras ocasiones resolvía el problema, pero en lugar de aprovechar su recompensa de comida se arrojaba contra las paredes de la jaula.

Cuando alguien de los asistentes le preguntó a Burt si con esto quería dar a entender que la inteligencia incrementada era directamente la causa de su desordenado comportamiento, Burt eludió la cuestión.

—En lo que a mi concierne —dijo—, no hay pruebas suficientes para justificar esta conclusión. Existen otras hipótesis. Es posible que, a este nivel, la inteligencia incrementada y el comportamiento desordenado sean resultado de esta operación quirúrgica en particular en lugar de ser lo uno función de la otra. Es también posible que este comportamiento desordenado sea exclusivo de Algernon. No lo hemos registrado en ninguno de los demás ratones tratados, pero ninguno de ellos ha alcanzado un grado de inteligencia tan elevado como el de Algernon, ni lo ha conservado tanto tiempo como ella.

Comprendí inmediatamente que esta información me había sido ocultada. Sospeché la razón y me sentí irritado pero eso no fue nada comparado con la cólera que me invadió cuando proyectaron los films.

No sabía que mis primeros tests en el laboratorio habían sido filmados. Y allí estaba yo, cerca de Burt, en la mesa, intimidado, con la boca abierta, mientras intentaba recorrer el laberinto con el lápiz eléctrico. Cada vez que recibía una descarga mi rostro traducía un terror estúpido, abría mucho los ojos, y después volvía a mí aquella sonrisa ausente. Cada vez que ocurría esto la concurrencia estallaba en risas. Carrera tras carrera, esto se repetía a cada vez, y la gente lo encontraba aún más divertido.

Me dije que aquellos no eran bromistas, sino sabios reunidos para perfeccionar sus conocimientos. No podían impedir el que aquellas imágenes les resultaran hilarantes. Sin embargo, cuando Burt se unió a los demás e hizo comentarios cómicos sobre las películas, me sentí empujado a divertirme también. Podríamos reír todavía más viendo a Algernon escaparse de su jaula y toda aquella gente desbandarse y ponerse a cuatro patas para intentar atrapar a un ratoncito blanco, un pequeño genio intentando huir.

Pero me contuve y cuando Strauss tomó la palabra, este impulso me había abandonado.

Strauss se extendió en la teoría y en las técnicas de neurocirugía, exponiendo detalladamente cómo los primeros estudios sobre la localización de los centros de control de hormonas le habían permitido aislar y excitar esos centros, retirando al mismo tiempo la parte del córtex productora de inhibidores de hormonas. Explicó la teoría del bloqueo de hormonas y prosiguió describiendo mi estado físico antes y después de la intervención quirúrgica. Algunas fotografías (que no sabía hubieran sido tomadas) fueron distribuidas y pasaron de mano en mano mientras eran comentadas. Vi por los asentimientos de las cabezas y las sonrisas que la mayor parte de los presentes estaban de acuerdo con él en el hecho de que «la expresión pasiva y vacía del rostro», había sido transformada en «una apariencia viva e inteligente». Se explayó también en algunos aspectos de nuestras

sesiones de psicoterapia especialmente en las modificaciones de mi comportamiento en relación con la libre asociación de ideas.

Había acudido allí como un elemento que formaba parte de una comunicación científica, y esperaba ser parte del espectáculo, pero todo el mundo continuaba hablando de mí como si fuera una especie de objeto creado recientemente y que era presentado al mundo científico. Nadie en aquella sala me consideraba como un ser humano. La constante yuxtaposición «Algernon y Charlie» y «Charlie y Algernon» mostraba claramente que nos consideraban a ambos como un par de animales de experiencia, sin ninguna entidad fuera del laboratorio. Pero, dejando aparte mi sentimiento de cólera, no podía impedir que algo zumbara en mi cabeza.

Finalmente le llegó a Nemur el turno de hablar —como director de la experiencia hizo la recapitulación final— y de convertirse en el centro de atracción como autor de un brillante éxito. Era el día tan esperado por él.

Daba impresión, de pie en el estrado, y mientras hablaba me di cuenta de que yo asentía también con la cabeza, dando mi conformidad a hechos que sabía eran ciertos. Los tests, el experimento, la intervención quirúrgica y el desarrollo mental que siguió, fueron descritos detalladamente, y su discurso fue subrayado por citas de mis Informes de Progresos. Más de una vez tuve que oír reflexiones íntimas o estúpidas, leídas ante toda la asistencia. A Dios gracias, había tenido la precaución de guardar la mayor parte de los detalles concernientes a Alice y a mí en mi dossier personal.

Después, en un punto de su resumen, dijo:

—Nosotros, que hemos trabajado en esta experiencia en la Universidad Beekman, tenemos la satisfacción de saber que hemos tomado un error de la naturaleza y que, gracias a nuestras nuevas técnicas, lo hemos convertido en un ser humano superior. Cuando Charlie vino a nosotros estaba fuera de la sociedad, solo en una gran ciudad, sin amigos ni parientes que se ocuparan de él, sin el equipo mental necesario para una vida normal. Sin pasado, sin contacto con el presente, sin esperanza hacia el futuro. Podríamos decir que Charlie Gordon no existía realmente antes de este experimento...

No sé por qué me irritó tan intensamente oírles hablar de mí como de un artículo recién fabricado en una factoría cualquiera; quizá fueran los ecos —estoy seguro— de esa idea que había resonado en las cavidades de mi cerebro desde el momento en que habíamos llegado a Chicago. Quería levantarme, mostrar a todos lo imbécil que era Nemur y gritarle: ¡Soy un ser humano, una persona, con padres y recuerdos y una historia, y lo era antes de que vosotros me metiérais en esa sala de operaciones!

Al mismo tiempo, en el calor de mi cólera, nació la anonadante comprensión de lo que me había conturbado mientras hablaba Strauss, y otra vez cuando Nemur había ampliado sus datos. ¡Por supuesto, habían cometido un error! La evaluación estadística del período de espera necesario para probar la permanencia de la transformación había sido fundada en experiencias anteriores en el campo del desarrollo mental y de la facultad de aprender, en períodos de espera relativos a animales normalmente estúpidos o normalmente inteligentes. ¡Pero era evidente que el período de espera debía ser prolongado en los casos en que la inteligencia del animal había sido doblada o triplicada!

Las conclusiones de Nemur eran, pues, prematuras. Ya que, tanto para Algernon como para mí, se necesitaría bastante tiempo más para saber si la modificación persistiría. Los profesores habían cometido un error, y nadie se había dado cuenta de ello. Quería levantarme y decírselo, pero no podía moverme. Como Algernon, me hallaba encerrado tras las rejas de la jaula que ellos habían construido a mi alrededor.

Ahora iban a pasar a las preguntas del auditorio y, antes de que me permitieran comer, tendría que hacer mi número ante aquella distinguida asamblea. No. Tenía que irme.

«...en un cierto sentido, es el producto de la experimentación psicológica moderna. En lugar de una cascara vacía desprovista de mente, un peso para la sociedad que no puede más que lamentar su irresponsable comportamiento, tenemos ahora ante nosotros a un hombre digno y sensible, dispuesto a tomar su lugar de miembro activo de la comunidad. Quisiera que oyeran todos ustedes algunas palabras de Charlie Gordon.

Al diablo con él. No sabía de qué estaba hablando. En aquel momento, la tentación fue más fuerte que yo. Fascinado, vi a mi mano moverse independientemente de mi voluntad y hacer saltar el cerrojo de la jaula de Algernon. Cuando la abrí, me miró un momento e hizo una pausa. Después, dio media vuelta, salió de su jaula como una flecha y se lanzó al galope a lo largo de la enorme mesa.

Al principio apenas la vi sobre el tapete que cubría la mesa, una imprecisa mancha blanca, hasta que una mujer gritó, saltando de su silla y poniéndose en pie. Alrededor de ella se volcaron algunas botellas de agua, y después Burt gritó:

—¡Algernon se ha escapado! —y Algernon saltó de la mesa al estrado y del estrado al suelo.

—¡Atrápenla! ¡Atrápenla! —gemía Nemur, mientras la asistencia, dividida en sus intenciones, formaba un inextricable amasijo de brazos y piernas. Algunas mujeres (¿antiexperimentalistas?) intentaron subirse a inestables sillas que otros, en su afán de atrapar a Algernon volcaron.

—¡Cierren las puertas del fondo! —clamaba Burt, que se daba cuenta de que Algernon era lo bastante inteligente como para ir en aquella dirección.

—¡Corre, corre! —me oí gritar—. ¡Por la puerta lateral!

—¡Escapa por la puerta lateral! —hizo eco alguien.

—¡Atrápenla! ¡Atrápenla! —imploraba Nemur.

La multitud salió del salón y se esparció por los pasillos mientras Algernon, galopando por la moqueta marrón del vestíbulo, les hacía correr cómicamente. Bajo las mesas Luis XIV, alrededor de las macetas con palmeras, metiéndose por los recodos, subiendo por las escaleras del gran vestíbulo, alborotando a otras gentes a su paso. Verlos a todos correr de derecha a izquierda en el vestíbulo, persiguiendo a una ratita blanca mucho más inteligente que muchos de ellos, era el espectáculo más divertido que había visto desde hacía mucho.

—¡Puedes reírte! —gruñó Nemur, a punto de pegarme—. ¡Si no la recuperamos toda la experiencia se va a ir al traste!

Yo hacía como si buscara a Algernon bajo una papelerera.

—¿Qué sabe usted? —dije—. Han cometido un error. Y, a partir de hoy, puede que esto ya no tenga la menor importancia.

Algunos segundos después, media docena de mujeres salieron gritando de los lavabos de señoras apretando frenéticamente sus faldas alrededor de sus piernas.

—¡Allá está! —gritó alguien.

Durante un instante, la multitud de perseguidores fue detenida por la inscripción en la puerta: Señoras. Yo fui el primero en franquear aquella barrera invisible y entrar en el sacrosanto lugar.

Algernon estaba subido a uno de los lavabos, con los ojos fijos en su imagen en el espejo.

—Anda, ven —dije—. Vamos a irnos los dos de aquí.

Se dejó coger, y lo metí en el bolsillo de mi chaqueta.

—Quédate aquí tranquilo hasta que te lo diga.

Entraron otros, sacudiendo las puertas batientes con aire culpable, como si esperaran ver mujeres desnudas a punto de gritar. Salí mientras registraban el recinto y oí la voz de Burt diciendo:

—Aquí hay un conducto de aireación. Quizá haya trepado hasta ahí.

—Busquen donde conduce —dijo Strauss.

—Suban al segundo —dijo Nemur, haciendo una seña a Strauss—. Yo bajaré al sótano.

En aquel momento salieron fuera de los lavabos de señoras, y las fuerzas se dividieron. Seguí al contingente de Strauss al segundo piso, donde intentaron descubrir donde terminaba el conducto de ventilación. Cuando Strauss, White y su media docena de acompañantes giraron a la derecha por el corredor B, yo giré a la izquierda por el corredor C y subí al ascensor para ir a mi habitación.

Cerré la puerta a mis espaldas y palmée mi bolsillo. Un hocico sonrosado y un copo de pelos blancos aparecieron y echaron una ojeada a los alrededores.

—Voy a hacer mis maletas —le dije—, y nos iremos, solos tú y yo, un par de genios fabricados por el hombre, donde no puedan encontrarnos.

Hice meter mis maletas y el magnetófono en un taxi, pagué mi cuenta del hotel y salí por la puerta giratoria con el objeto de la persecución metido en mi bolsillo. Utilicé mi billete de vuelta para regresar a Nueva York.

En lugar de volver a mi apartamento, tengo intención de instalarme en un hotel por una o dos noches. Lo utilizaremos como base de operaciones mientras busco un apartamento amueblado en algún lugar por los alrededores de Times Square.

Hablando de todo esto me siento un poco mejor... y también un poco tonto. No sé realmente por qué me he alterado tanto, ni qué hago en este Jet que vuela hacia Nueva York, con Algernon en una caja de zapatos bajo mi asiento. No debo asustarme. El error no significa que se trate de algo grave. Simplemente, que los resultados no son tan seguros como creía Nemur. ¿Pero dónde voy ahora?

Lo primero que he de hacer es ir a ver a mis padres. En el momento mismo en que me sea posible.

Quizá no tenga tanto tiempo como pensaba tener.

## INFORME DE PROGRESOS 14

15 de junio. Nuestra fuga apareció en los periódicos de ayer, y la prensa sensacionalista aprovechó la noticia. En la segunda página del Daily Press aparecía una antigua fotografía mía y el dibujo de un ratón blanco. El título decía: El idiota genial y la rata se enfadan. Nemur y Strauss eran citados y, según ellos, yo estaba en un estado de tensión terrible y volvería sin duda muy pronto. Ofrecían una recompensa de quinientos dólares por Algernon, no dudando que estábamos juntos.

Cuando pasé a la página cinco, donde continuaba la historia, me quedé aturdido al encontrar una foto de mi madre y mi hermana. El periodista había hecho bien su trabajo.

Su hermana no sabe donde puede estar el idiota genial. (exclusiva para el Daily Press)

Brooklyn, N. Y., 14 de junio. La señorita Norma Gordon, que vive con su madre, la señora Rose Gordon, en el número 4136 de Marks Street, Brooklyn, N. Y., ha declarado no tener la menor noticia del lugar donde pueda encontrarse su hermano. La señorita Gordon ha añadido: «No lo hemos visto y no hemos tenido noticias tuyas desde hace más de diecisiete años».

La señorita Gordon dice que había creído que su hermano estaba muerto hasta el marzo pasado, cuando el director del departamento de psicología de la Universidad Beekman entró en contacto con ella para obtener autorización a fin de utilizar a Charlie para un experimento.

«Mi madre me dijo que lo había enviado al Asilo Warren» (Asilo-Escuela del Estado Warren, en Warren, Long Island), dijo la señorita Gordon, y que murió pocos años después. No tenía la menor idea de que aún estuviera vivo.

La señorita Gordon pide a cualquier persona que posea alguna información sobre el lugar donde se encuentra su hermano se ponga en contacto con la familia en la dirección indicada.

El padre, Matthew Gordon, que no vive con su mujer y su hija, posee actualmente una peluquería en el Bronx.

Permanecí un momento con los ojos fijos en aquellas noticias. Después miré de nuevo la foto. ¿Cómo podría describirlas?

No puedo decir que recuerdo el rostro de Rose. Aunque esta foto reciente sea muy clara, yo la veo aún a través de la neblina de la infancia. La conocía y no la conocía. Si la hubiera encontrado en la calle no la hubiera reconocido, pero ahora, sabiendo que es mi madre, puedo distinguir los más pequeños detalles, ¡sí!

Delgada, de rasgos angulosos. La nariz y el mentón puntiagudos. Y casi puedo oír su charla y sus grititos de pájaro. Sus cabellos recogidos en un austero moño. Traspasándome con sus ojos negros. Quisiera que me tomara en sus brazos y me dijera que soy un buen chico, y al mismo tiempo querría apartarme para evitar una bofetada. Su retrato hace que me estremezca.

Y Norma... también de rostro delgado. Los rasgos menos angulosos, bonita, pero pareciéndose mucho a su madre. Sus cabellos caídos sobre sus hombros suavizan sus rasgos. Ambas se hallan sentadas en el sofá de la sala de estar.

Es el rostro de Rose el que hace resurgir esos horribles recuerdos. Era para mí dos personas a la vez, y nunca he hallado el medio de saber cual de las dos iba a ser. Quizá para otros lo revelara con un gesto de la mano, una ceja levantada, una arruga en la frente —mi hermana conocía esos signos de tormenta y estaba siempre fuera de su alcance cuando mi madre estallaba—, pero a mí me tomaba siempre por sorpresa. Iba hacia ella para encontrar consuelo, y su cólera caía sobre mí.

Y otras veces era la ternura y un abrazo cálido como un baño, y sus manos que me acariciaban los cabellos y la frente, y esas palabras grabadas en la cúspide de la catedral de mi infancia:

Es como todos los demás niños.

Es un buen chico.

Vuelvo a vernos, más allá de la foto que se difumina, a mi padre y a mí, inclinados sobre una cuna. El me coge por la mano y me dice:

—Aquí está. No debes tocarla porque es muy pequeña, pero cuando sea mayor tendrás una hermanita para jugar contigo.

Veo a mi madre en la gran cama cercana, el rostro pálido y terroso, los brazos apoyados blandamente sobre el cubrecama de flores estampadas, que levanta ansiosamente la cabeza:

—Despiértala Matt...

Era antes de que hubiera cambiado con respecto a mí, y ahora me doy cuenta de que era porque no tenía ningún medio de saber si Norma sería o no como yo. Fue más tarde, cuando estuvo segura de que sus plegarias habían sido oídas y de que Norma mostraba todos los indicios de una inteligencia normal, que la voz de mi madre comenzó a adquirir otro tono distinto. No sólo su voz sino también sus gestos, su actitud, todo cambió. Como si sus polos magnéticos se hubieran invertido y rechazaran ahora lo que antes habían atraído. Hoy veo que, a medida que Norma iba creciendo en el jardín familiar, yo me convertía en una mala hierba que sólo se deja subsistir allí donde no es vista, en los rincones y en los lugares oscuros.

Al ver su rostro en el periódico, he empezado de pronto a odiarla. Hubiera sido mejor que no hubiera hecho tanto caso a los médicos y a las maestras y a tantos otros que se

habían apresurado a convencerla de que yo era un idiota, desviándola de mí de tal modo que me mostraba menos amor cuando en realidad era esto lo que más necesitaba.

¿Para qué serviría que yo la viera ahora? ¿Qué podría ver en mí? Y sin embargo, siento curiosidad. ¿Cómo reaccionaría?

¿Volver a verla y regresar hacia atrás para saber quién era yo? ¿U olvidarla? ¿Vale la pena conocer el pasado? ¿Por qué es tan importante para mí decirle:

—Mamá, mírame. Ya no soy un retrasado. Soy normal. Más que normal. ¡Soy un genio!

Pero, incluso mientras intento arrojarla de mi mente, los recuerdos continúan fluyendo del pasado y contaminando el presente. Otro recuerdo... cuando yo era ya mucho mayor.

Una disputa.

Charlie está acostado en su cama, con las mantas apretadas en torno a él. La habitación está oscura, salvo la línea de luz que entra por la puerta entreabierta y que penetra en la oscuridad como para unir dos mundos.

Y oye voces: no las comprende, pero las siente porque su tono indica que se refieren a él. Cada día, cada vez más, asocia ese tono con una irritación que se refiere a él.

Está casi dormido cuando, en el fragmento de luz, las sordas voces se han elevado hasta un tono de disputa... la voz de su madre, con aquel acre acento de alguien que tiene la costumbre de obtener lo que quiere a través de la histeria.

—Tenemos que enviarlo a algún lado. No lo quiero más en esta casa, con ella. Llama al doctor Portman y dile que queremos enviar a Charlie al Asilo Warren.

La voz de su padre es firme, sensata.

—Pero tu sabes bien que Charlie no le hará ningún daño. Esto no puede tener ninguna importancia a esta edad.

—¿Y cómo lo sabemos? Ser educado al lado de... de alguien como él, en la casa, puede tener efectos perniciosos.

—El doctor Portman dice...

—¡Portman dice! ¡Portman dice! ¡No me importa lo que dice! Piensa en lo que representará para ella el tener un hermano así. Me he equivocado creyendo durante tanto tiempo que podría ser como los otros niños cuando creciera. Ahora lo confieso. Y será mejor para él que lo metamos en un asilo.

—Ahora que ya tienes a tu hija, has decidido que ya no lo quieres más.

—¿Crees que esto no me importa? ¿Por qué me haces las cosas aún más difíciles? Durante años todo el mundo me ha dicho que tendríamos que llevarlo a un asilo. Quizá allí, con todos los que son como él, se encontrará mejor. Ya no sé lo que está bien ni mal. Lo único que sé es que, ahora, no tengo intención de sacrificar a mi hija por él.

Aunque Charlie no comprenda lo que está pasando entre ellos, está asustado y se hunde bajo sus mantas, con los ojos muy abiertos, intentando taladrar las tinieblas que lo rodean.

Tal como lo veo ahora no está realmente asustado, sino que se repliega en si mismo, como un pájaro o una ardilla que retrocede ante un gesto brusco de quien le está dando de comer.. involuntariamente, instintivamente. La luz que entra por aquella puerta entreabierta me envía una visión muy nítida. Viendo a Charlie hundido entre sus mantas, quisiera poder reconfortarlo, explicarle que no ha hecho nada malo, que está fuera de su alcance el hacer volver a su madre a la actitud que tenía para con él antes de que naciera su hermana. Allí, en su cama, Charlie no comprendía lo que decían, pero ahora esto hace daño. Si pudiera actuar en el pasado de mis recuerdos, le haría ver a ella cuánto me hacía sufrir.

Aún no es el momento de ir a verla. No antes de que tenga tiempo de reflexionar acerca de hacia dónde me va a conducir todo esto.

Afortunadamente, tomé la precaución de retirar mis ahorros del banco apenas llegué a Nueva York. Ochocientos ochenta y seis dólares no van a durar mucho, pero tendré tiempo para pensar algo.

Me he instalado en el Camden Hotel, en la Calle 41, en un bloque de Times Square. ¡Nueva York! ¡Todo lo que he leído sobre esta ciudad! Gotham... encrucijada de ratas... Bagdag-sobre-el-Hudson. La ciudad de las luces y los colores. Es increíble que haya vivido y trabajado toda mi vida a tan sólo algunas estaciones de metro de allí y que solo una vez haya venido a Times Square... con Alice.

Me cuesta contenerme y no llamarla por teléfono. Varias veces he comenzado a marcar su número y he colgado después. Debo mantenerme alejado de ella.

Hay tantos embrollados pensamientos que debo poner en claro. Me digo que, mientras continúe grabando mis Informes de Progresos en el magnetófono no se habrá perdido nada: el dossier estará completo. Que los demás se queden en la sombra por el momento; yo he estado en la sombra durante más de treinta años. Pero ahora estoy cansado. No he podido dormir en el avión y no puedo mantener los ojos abiertos. Mañana seguiré.

16 de junio. He llamado a Alice, pero he colgado antes de que responda. Hoy he encontrado un apartamento amueblado. Noventa y cinco dólares mensuales es más de lo que pensaba gastar, pero está en la esquina de la Calle 43 con la Décima Avenida, y puedo ir en diez minutos a la biblioteca a proseguir mis lecturas y mis estudios. El apartamento está en el cuarto piso y comprende cuatro habitaciones; una de ellas con un piano de alquiler. La propietaria dice que un día de esos la casa que lo ha alquilado vendrá a buscarlo. Pero de aquí a entonces quizá pueda aprender a tocarlo.

Algernon es un compañero agradable. En las comidas, ocupa su lugar en la mesita plegable. Le gustan las rosquillas, y hoy ha bebido un poco de cerveza mientras veíamos un partido de béisbol en la televisión. Creo que era partidario de los Yankees.

Voy a quitar la casi totalidad de los muebles de la segunda habitación y utilizarla para Algernon. Tengo el proyecto de construirle un laberinto en tres dimensiones con piezas de plástico que puedo comprar baratas en el centro. Hay algunas variaciones complejas del laberinto que me gustaría enseñarle para asegurarme de que sigue estando en forma. Pero voy a ver si puedo hallarle otra motivación que no sea la comida. Debe haber otras recompensas que lo inciten a resolver los problemas.

La soledad me da ocasión de leer y de reflexionar y, ahora, los recuerdos vuelven de nuevo... para redescubrir mi pasado, para saber quién soy realmente. Si las cosas deben ir mal, al menos me quedará esto.

19 de junio. He conocido a Fay Lillman, mi vecina de rellano. Volvía del colmado cargado de compras cuando descubrí que me había dejado la llave dentro. Recordé que la escalera de incendios enlazaba mi apartamento con el vecino.

La radio aullaba, así que llamé a la puerta de al lado, primero suavemente, después más fuerte.

—¡Entre! ¡La puerta está abierta!

Empujé la puerta y me quedé inmóvil en el umbral: de pie ante un caballete, pintando, había una esbelta rubia sin otra cosa encima que un sujetador y unas braguitas rosa.

—¡Perdón! —jadeé, cortada la respiración. Cerré la puerta, y luego grité desde fuera—: Soy su vecino de al lado. Me he quedado encerrado fuera y desearía utilizar la escalera de incendios para entrar en mi casa por la ventana.

La puerta se abrió y ella se me quedó mirando, vestida tan sucintamente como antes, con un pincel en cada mano y éstas en las caderas.

—¿No ha oído que le he dicho que entrara? —me hizo pasar apartando una caja de cartón llena de basura—: Cuidado con esa pila de trastos.

Imaginé que había olvidado —o no se había dado cuenta— que iba medio desnuda y no sabía dónde mirar. Me esforcé en poner mis ojos en todos lados, en las paredes, en el techo, no importaba donde, menos hacia ella.

La habitación estaba indescriptiblemente desordenada. Con docenas de mesillas plegables, todas cubiertas de tubos de pintura retorcidos, la mayoría de los cuales se parecían a serpientes disecadas, con su costra de pintura seca, pero algunos todavía vivos, babeando tiras de color. Tubos, pinceles, lápices, gomas, trozos de cuadros y telas estaban esparcidos un poco por todos lados. Un olor denso a pintura, a aceite de linaza y a trementina flotaba en la habitación, mezclado al cabo de un momento con un ligero perfume a cerveza pasada. Tres enormes sillones repletos y un sofá verde, miserable, desaparecían bajo pilas de vestidos revueltos, y por el suelo se arrastraban zapatos, medias y ropa interior, como si ella tuviera la costumbre de desnudarse andando y fuera arrojando sus cosas al paso. Todo estaba recubierto por una delgada capa de polvo.

—Así que usted es el señor Gordon —dijo, mirándome—. Tenía unos deseos locos de echarle una ojeada desde que alquiló el apartamento. Vamos, siéntese —Tomó un montón de vestidos de uno de los sillones y lo dejó caer sobre el atestado sofá—. Así que al fin se ha decidido a hacer una visita a sus vecinos. ¿Le traigo algo de beber?

—Así que usted pinta —balbuceé, sin saber qué decir. Estaba completamente aturdido por la idea de que, de un momento a otro, ella se daría cuenta de que estaba medio desnuda, lanzaría un grito y se precipitaría a su habitación. Intentaba mirar a cualquier cosa menos a ella.

—¿Cerveza blanca o negra? No tengo otra cosa aquí, excepto un poco de jerez para cocinar. ¿No querrá un poco de jerez?

—No puedo quedarme —dije recuperándome un poco y fijando mi mirada en una peca en el lado derecho de su mentón—. Me he quedado encerrado fuera de mi apartamento. Quería volver a entrar por la escalera de incendios. Une nuestras ventanas.

—Cuando quiera —dijo ella—. Esas malditas cerraduras de seguridad son absolutamente locas. Yo misma me quedé encerrada fuera tres veces en la primera semana... y una vez tuve que quedarme en el vestíbulo como media hora completamente desnuda. Había salido a coger mi leche, y esa maldita puerta se cerró tras de mí. Hice saltar esa maldita cerradura, y no he vuelto a poner otra.

Yo debía tener una expresión divertida, pues se echó a reír.

—Bien, ya ve para que sirven esas malditas cerraduras. Lo dejan a uno en la puerta y en cambio no lo protegen mucho, ¿no? Quince robos ha habido en ese maldito inmueble, y todos en apartamentos cerrados a cal y canto. Y nadie en cambio ha forzado mi puerta por error, y eso que siempre está abierta. Claro que tendrían mucho trabajo para encontrar aquí algún objeto de valor.

Como insistió una vez más en que bebiera una cerveza con ella, acepté. Mientras iba a buscarla a la cocina, miré de nuevo a mi alrededor. En lo que aún no había reparado era en que la pared a mis espaldas había sido despejada y todos los muebles puestos a un lado de la habitación o en medio, a fin de que esta pared (cuyo rebozado había sido arrancado para dejar ver los ladrillos) sirviera como galería de arte. Había pinturas colgadas hasta el techo, y otras apiladas unas contra las otras en el suelo. Varias eran autorretratos, entre las cuales dos desnudos. El cuadro en el que trabajaba cuando entré, el del caballete, era también un busto desnudo de ella misma, con los cabellos largos. No estaban peinados como los llevaba ahora, enrollados alrededor de la cabeza como una corona, sino que caían sobre sus hombros y una parte de ellos ondulaban entre sus senos. Los había pintado insolentemente firmes y erectos, con los pezones de un increíble color rojo caramelo. Cuando la oí llegar con la cerveza me aparté rápidamente

del caballete, no sin tropezar con algunos libros, y fingí interesarme en un pequeño paisaje otoñal colgado de la pared.

Me sentí aliviado al ver que se había echado por encima una gastada bata, y aunque esta tenía algunos agujeros donde no hubiera debido tenerlos pude mirarla cara a cara por primera vez. No era exactamente bonita, pero sus ojos azules y su naricita respingona le daban un aspecto felino que contrastaba con sus movimientos enérgicos, atléticos. Tendría unos treinta y cinco años, delgada y bien proporcionada. Dejó las latas de cerveza en el suelo de madera y se sentó al lado, apoyada contra el sofá, invitándome a hacer lo mismo.

—Encuentro el suelo más confortable que esos sillones —dijo, bebiendo directamente de la lata—. ¿Y usted?

Le dije que nunca había pensado en ello, y se rió y dijo que era sensato. Tenía deseos de hablar de sí misma. Prefería evitar Greenwich Village, dijo, porque allí, en lugar de pintar, pasaría todo su tiempo en los bares y en los cafés.

—Aquí se está mejor, lejos de los emborronatelas y los aficionados. Aquí puedo hacer lo que quiera y nadie viene a burlarse de lo que hago. Usted no se burlará, ¿verdad?

Me encogí de hombros intentando no ver el polvo que ensuciaba mis pantalones y mis manos.

—Creo que todos nos burlamos de algo. Usted bien se burla de los emborronatelas y los aficionados ¿no?

Al cabo de un momento dije que sería mejor que pasara a mi casa. Apartó una pila de libros de delante la ventana y yo retiré un montón de periódicos y de bolsas de papel llenas de botellas de cerveza vacías.

—Uno de esos días —suspiró— tendré que llevarlas para que me devuelvan el dinero.

Subí al alféizar de la ventana y pasé a la escalera de incendios. Cuando hube abierto mi ventana volví a buscar mis cosas, pero antes de que pudiera decirle gracias y adiós ella pasó a la escalera y me siguió.

—Vamos a ver su apartamento. Nunca he estado en él. Antes que usted había dos viejecitas, las hermanas Wagner, que ni siquiera me hubieran dado los buenos días.

Se deslizó por la ventana después de mí y se sentó en el alféizar.

—Entre —dije, depositando mis provisiones sobre la mesa—. No tengo cerveza, pero puedo ofrecerle una taza de café.

Pero ella miraba más allá de mí, con los ojos incrédulamente abiertos.

—¡Dios mío! Nunca había visto un lugar tan bien ordenado como éste. ¿Quién podría imaginar que un hombre que vive solo pueda tener su casa tan ordenada?

—No siempre he sido así —me disculpé—. Todo estaba ordenado cuando me instalé aquí, y esto me ha empujado a mantenerlo así. Ahora ha llegado un momento en que el desorden me molesta.

Abandonó la ventana para explorar el apartamento.

—¡Hey! —dijo de pronto—, ¿le gusta bailar? Ya sabe —apartó los brazos y ejecutó un complicado paso mientras tarareaba una melodía sudamericana—. Dígame que baila, y saltaré de alegría.

—Solo el fox-trot —dije—, y no muy bien.

Se encogió de hombros.

—Me gusta con locura bailar, pero nadie que conozca —y que me guste— baila bien. Debo emperifollarme de tanto en tanto e ir a bailar al Stardust Ballroom. La mayoría de los tipos que hay allí son horribles, pero saben bailar.

Suspiró, mirando a su alrededor.

—Le confieso que no me gustan los lugares tan ordenados como este. Como artista... le diré, me molestan las líneas. Todas esas líneas rectas en las paredes, en el suelo, en los rincones, formando como cajas... como sepulcros. El único medio que tengo de liberarme de esas cajas es beber algunos tragos. Entonces todas las líneas empiezan a

ondular y a retorcerse, y para mí ya todo va mucho mejor en el mundo. Cuando todo está bien alineado y dispuesto como aquí me pongo enferma. ¡Uf! Si viviera aquí, necesitaría estar curda todo el tiempo.

De pronto se giró hacia mí.

—Dígame, ¿puede prestarme cinco dólares hasta el 20? Es el día en que llega mi pensión alimenticia. No suelo quedarme nunca sin dinero, pero tuve un problema la semana pasada.

Antes de que yo pudiera responder, lanzó un grito y se lanzó hacia el piano instalado en un ángulo de la habitación.

—Yo sabía tocar el piano. Le he oído tocar algunas veces, y me he dicho: ese tipo es condenadamente bueno. Ahora sé que es por eso por lo que quería conocerlo, incluso antes de haberlo visto. Hace tanto tiempo que no he tocado.

Ya estaba dándole a las teclas, mientras yo iba a la cocina a hacer el café.

—Puede venir a tocar cuando quiera —dije. No sé por qué me sentía de pronto tan amigable, pero toda ella llamaba a la generosidad—. Aún no dejo mi puerta abierta, pero la ventana nunca está cerrada y, si yo no estoy, todo lo que tiene que hacer es pasar por la escalera de escape. ¿Azúcar y crema en su café?

Como no respondía, miré en el salón. Ya no estaba, y mientras iba hacia la ventana oí su voz en la habitación de Algernon.

—¡Hey!, ¿qué es esto? —estaba examinando el laberinto en tres dimensiones que había construido. Lo estudió, y después soltó otro gritito—. ¡Escultura moderna! ¡Todo cajas y líneas rectas!

—Es un laberinto especial —expliqué—. Un dispositivo complejo de enseñanza para Algernon.

Pero ella miraba a su alrededor, muy excitada.

—¡En el Museo de Arte Moderno se volverían locos por esto!

—No es escultura —insistí. Abrí la puerta de la jaula-habitación que estaba conectada al laberinto.

—¡Gran Dios! —resopló ella—. Escultura con un elemento vivo. ¡Charlie, es el hallazgo más formidable desde los móviles hechos con chatarra y latas de conserva!

Intenté explicárselo, pero ella mantenía que el elemento vivo haría historia en la escultura. No fue hasta que vi el destello de malicia en sus alegres ojos que me di cuenta de que me estaba tomando el pelo.

—Incluso podría convertirse en arte reproductor —continuó— una experiencia creativa para el auténtico amante del arte. Se mete otro ratón y, cuando tienen ratoncitos, se guarda uno para perpetuar el elemento vivo. Su obra alcanzará la inmortalidad, y todo el mundo comprará reproducciones como objeto de arte. ¿Cómo piensa llamarla?

—De acuerdo —suspiré—. Renuncio...

—¡No! —gritó, golpeando el domo de plástico bajo el cual Algernon había encontrado ya su camino hasta la llegada—. Renuncio es demasiado cliché. ¿Qué le parece este otro nombre: La vida es un laberinto?

—¿Está usted loca? —dije.

—¡Naturalmente! —giró sobre sí misma e hizo una reverencia—. Me preguntaba cuándo se daría cuenta.

En aquel momento, el café empezó a hervir.

Había bebido la mitad de su taza cuando dio un brinco y declaró que tenía que irse porque llevaba ya media hora de retraso para una cita que tenía con alguien que había encontrado en una exposición de cuadros.

—Necesitaba algo de dinero —dijo.

Hundió su mano en mi cartera entreabierta y extrajo un billete de cinco dólares.

—Solo hasta la semana próxima, cuando reciba mi cheque. Gracias mil veces —arrugó el billete, envió un beso a Algernon y, antes de que yo pudiera decir una palabra, había

pasado por la ventana a la escalera de escape y había desaparecido. Me quedé allí, mirando alhelado el lugar por donde se había ido.

Es tan condenadamente atractiva. Tan llena de vida y excitante. Su voz, sus ojos, todo en ella es una incitación. Y no vive más que a algunos pasos, por la ventana y la escalera de incendios.

20 de junio. Quizá debiera esperar antes de ir a ver a Matt, o no ir en absoluto. No lo sé. Nada pasa como yo espero que pase. Sabiendo que Matt había abierto una barbería en el Bronx, no me fue difícil hallarla. Recordaba que había sido representante de una casa de artículos para barberías de Nueva York. Esto me llevó a la Metro Barber Shop Supplies, donde había una cuenta a nombre de Gordon's Barber Shop en Wentworth Street, en el Bronx.

Matt había hablado a menudo de tener una barbería propia. Tenía horror a trabajar de representante. ¡Cuántas peleas habían tenido entre ellos! Rose gritaba que ser representante era al menos una situación digna, pero que no querría tener nunca a un barbero por marido. Oh, lo que se reiría Margaret Phinney de la "mujer de un barbero". ¿Y Lois Meiner, cuyo marido era experto de seguros en la Alarm Casualty Company? ¡Ni siquiera la mirarían a la cara!

Durante todos los años en que trabajó como representante, tomándose su trabajo cada vez con mayor prevención (sobre todo después de haber visto la versión cinematográfica de Muerte de un viajante), Matt había soñado con ser un día su propio patrón. Eso es lo que debía tener siempre en la cabeza cuando hablaba de hacer economías y me cortaba los cabellos en el sótano. Un excelente corte de pelo, se vanagloriaba, mucho mejor del que me hubieran hecho en cualquier barbería barata del barrio. Cuando abandonó a Rose abandonó también la representación, y yo lo admiraba por eso.

Estaba emocionado ante la idea de verle. Mis recuerdos de él eran cálidos. Matt me había aceptado tal como era. Antes de Norma: tras las discusiones sobre el dinero o el efecto que yo podía causar en los vecinos, sabía afirmar que tenían que dejarme tranquilo en lugar de empujarme a que hiciera lo que hacían los otros niños. Y después de Norma: que tenía derecho a tener una vida propia, incluso si no era como los demás. Siempre me había defendido. Estaba ansioso por ver la expresión de su rostro. Era alguien a quien podía asociar con mi vida anterior.

Wentworth Street estaba en un barrio destartado del Bronx. Muchas tiendas de la calle tenían el cartel de «Se alquila» a la puerta, y otras estaban cerradas por el día. Pero a poca distancia de la parada del autobús el cono luminoso de una insignia de barbero se erguía como un cucurucho de helado, rojo y blanco.

No había nadie en la tienda salvo el barbero, que leía una revista en el sillón más próximo a la puerta. Cuando levantó los ojos hacia mí reconocí a Matt... barrigudo, congestionado, envejecido, casi calvo, con tan solo una franja de cabellos grises alrededor de la cabeza. Al verme entrar dejó a un lado su revista.

—No tiene que esperar. Le toca a usted.

Vacilé, y él imaginó de otro modo mis dudas.

—Habitualmente no tengo abierto a estas horas, señor. Hoy tenía una cita con un cliente regular, pero no ha venido. Es una suerte para usted que me haya sentado un rato para descansar mis pies. Le voy a hacer el mejor corte de pelo y le voy a afeitar mejor que en cualquier barbería del Bronx.

Cuando me dejé arrastrar dentro de la tienda, se afaná a mi alrededor, sacó tijeras, peines y un paño limpio.

—Como puede ver, todo es higiénico, y no se puede decir lo mismo de la mayoría de las barberías de los alrededores. ¿El pelo y afeitar?

Me instalé en el sillón. Era increíble que no me reconociera, cuando yo lo había reconocido tan bien. Tuve que recordar que hacía más de quince años que no me había

visto, y que mi aspecto había cambiado aún más en los últimos meses. Ahora me estaba mirando a través del espejo, mientras me anudaba el gran paño a rayas, y una vaga luz de reconocimiento frunció su frente.

—El servicio completo —dije, leyéndole la tarifa del sindicato—: pelo, afeitado, bronceado, loción...

Sus cejas se elevaron.

—Tengo que encontrarme con alguien a quien no he visto desde hace tiempo —expliqué—, y quiero causarle la mejor impresión posible.

Era una sensación estremecedora sentirle cortar mis cabellos de nuevo. Poco después, cuando suavizó su navaja en el cuero, el chirrido me crispó un poco. Incliné la cabeza bajo la ligera presión de su mano y sentí la hoja raspar minuciosamente mi nuca. Cerré los ojos y esperé. Era como si volviera a la mesa de operaciones. Los músculos de mi garganta se anudaron y se contrajeron bruscamente. La hoja me hizo una ligera incisión justo por debajo de la nuez de Adán.

—¡Hey! —exclamó—. Dios mío... se ha movido. Hey. Lo siento tanto.

Se precipitó a humedecer una toallita en el lavabo.

Fui siguiendo en el espejo la brillante gota roja que se deslizaba lentamente a lo largo de mi cuello. Nervioso y excusándose, la limpió antes de que alcanzara el paño a rayas.

Mirándolo ir y venir, con una agilidad inesperada en un hombre tan pesado, me sentí culpable de mi falta de franqueza. Hubiera querido decirle quién era yo y que pasara su brazo alrededor de mis hombros para que habláramos como antes, pero aguardé mientras cubría el corte con polvos sépticos.

Terminó de afeitarme en silencio, y acercó la lámpara solar a mi sillón, puso sobre mis ojos dos tampones frescos de algodón embebido. Entonces, en aquella oscuridad teñida de rojo, vi lo que había pasado la tarde en que me había llevado de casa por última vez.

Charlie se ha dormido en su habitación, pero se despierta al oír a su madre gritar. Ha aprendido a dormir pese a sus discusiones... las hay cada noche en aquella casa. Pero esta noche hay un acento terriblemente falso en aquella histeria. Se aprieta contra su almohada y escucha.

—¡Ya no puedo más ¡Tiene que irse! Tenemos que pensar en ella. No quiero que vuelva todos los días a casa llorando porque los demás se han burlado de ella. No podemos quitarle su oportunidad de vivir una vida normal a causa de él.

—¿Qué quieres hacer? ¿Echarlo a la calle?

—Llevarlo a otro sitio. Enviarlo al Asilo Warren.

—Tendremos tiempo de hablar de ello mañana por la mañana.

—No. Todo lo que tú sabes hacer es hablar, hablar, y no actúas. No lo quiero más aquí, ni un día más. Hoy... esta noche...

—Vamos, sé razonable, Rose. Es demasiado tarde para hacer nada... esta noche. Gritas tan fuerte que todos los vecinos van a oírte.

—No me importa. Se irá esta noche. Ya no puedo verlo más.

—Te estás volviendo imposible, Rose. ¿Qué estás haciendo?

—Te prevengo... Llévatelo de aquí.

—Deja ese cuchillo.

—No soportaré que la vida de mi hija sea un infierno.

—Estás loca. Deja ese cuchillo.

—Más valdrá muerto. Nunca será capaz de llevar una vida normal. Más valdrá...

—Has perdido completamente la cabeza. ¡Por el amor de Dios, contrólate!

—Entonces llévatelo. Ahora... esta noche.

—Bien. Me lo llevaré esta noche a casa de Herman, y mañana ya veremos como lo hacemos admitir en el Asilo Warren.

Un silencio. En la oscuridad, siento un estremecimiento recorrer la casa, y después la voz de Matt, más calmada que la de ella.

—Sé lo que has pasado con él, y no puedo culparte por tener miedo. Lo único que te pido es que te controles. Voy a llevármelo a casa de Herman. ¿Esto te satisfecerá?

—Es todo lo que te pido. Mi hija también tiene derecho a vivir.

Matt viene a la habitación de Charlie y viste a su hijo, y aunque el niño no comprende nada de lo que pasa tiene miedo. Cuando pasan por la puerta, ella mira hacia otro lado. Quizá intenta convencerse de que él ya ha salido de su vida... que no existe. Al pasar, Charlie ve, sobre la mesa de la cocina, el gran cuchillo con el que corta el asado, y vagamente siente que quería hacerle daño. Quería quitarle algo para dárselo a Norma.

Cuando se vuelve para mirarla, ella ha tomado un trapo para limpiar el fregadero...

Cuando el corte de pelo, el afeitado, el bronceado y lo demás estuvieron terminados, me entretuve en el sillón, sintiéndome ligero, limpio y aseado. Matt me quitó rápidamente el paño y tomó un espejo para que pudiera ver mi nuca. Mientras me veía, en el espejo ante mí, mirándome al espejo que mantenía él tras mi cabeza, este se inclinó en un ángulo que daba una ilusión de profundidad: hileras indefinidas de yos mirándose a sí mismos.. —mirándose a sí mismos... mirándose... ¿Cuál de ellos era yo? ¿Cuál de ellos?

Sentí deseos de no decirle nada. ¿Qué bien le haría saberlo? Haría mejor yéndome simplemente, sin revelar quién era. Después recordé que quería que él lo supiera. Tenía que saber que yo estaba vivo, que era alguien. Quería que mañana se enorgulleciera de mí con sus clientes cuando les cortara los cabellos o les afeitara. Aquello daría a todo esto una realidad. Cuando supiera que soy su hijo, entonces yo sería una persona.

—Ahora que me has quitado todos esos pelos de la cara, quizá me reconozcas —dije, levantándome y esperando un signo de reconocimiento.

Frunció el ceño.

—¿De qué se trata? ¿Alguna broma?

Le aseguré que no se trataba de ninguna broma y que, si me miraba y reflexionaba bien, me reconocería. Se encogió de hombros y se giró para arreglar sus peines y sus tijeras.

—No tengo tiempo de jugar a las adivinanzas. Tengo que cerrar. Son tres dólares y medio.

Pero ¿y si no se acordaba de mí? ¿Y si todo no era más que un sueño absurdo? Tendió la mano, pero no hice el gesto de sacar mi cartera. Tenía que recordarme. Tenía que reconocerme.

Pero no —por supuesto que no—, y cuando sentí aquel gusto amargo en la boca y aquella humedad en la palma de mis manos supe que, en un instante, me pondría enfermo. Pero no quería que aquello ocurriera delante de él.

—Hey, ¿hay algo que no marcha?

—Sí. —un minuto... —me desplomé en uno de los sillones cromados y me incliné hacia adelante para recuperar la respiración para que la sangre volviera a mi cabeza. Todo me daba vueltas en el estómago. Oh, Dios, no dejes que me desvanezca ahora. Haz que no quede en ridículo ante él.

—Agua... un poco de agua... por favor... —no para beber, sino para que él se fuera. No quería que me viera así después de tantos años. Cuando volvió con un vaso ya me sentía un poco mejor.

—Tome, beba esto. Descanse un minuto. Le pasará.

Me miró muy atentamente mientras bebía el agua fresca, y vi que hurgaba en sus medio olvidados recuerdos.

—¿De veras que nos hemos conocido en alguna parte?

—No... Ya me siento bien. Puedo irme.

¿Cómo podría decírselo? ¿Qué debía decirle? ¿Vamos, mírame, soy Charlie, el hijo que borraste de tu vida? No vengo a reprochártelo, pero mírame, estoy aquí, mejor que nunca. Ponme a prueba. Hazme preguntas. Hablo veinte lenguas vivas y muertas; soy un genio matemático, y estoy componiendo un concierto para piano que la gente recordará mucho después de que yo haya muerto.

¿Cómo podía decírselo?

Era absurdo estar sentado en su tienda y esperar a que él me acariciara la cabeza y dijera: "Eres un buen chico". Quería su aprobación, el viejo destello de satisfacción que pasaba por su rostro cuando yo aprendía a anudarme los cordones de mis zapatos o abotonarme mi sueter. Había venido para esto, pero sabía que no iba a obtenerlo.

—¿Quiere que llame a un médico?

Yo no era su hijo. Era otro Charlie. La inteligencia y el saber me habían cambiado y me odiaría —como me odiaban los de la panadería— porque mi progreso lo humillaría. No quería que ocurriera eso.

—Me siento mejor —dije—. Perdóneme por haberle molestado. —Me levante, asegurándome de que mis piernas eran firmes—. Debe haber sido lo que he comido. Ya le dejo cerrar.

Me dirigí hacia la puerta, pero su voz me detuvo en seco:

—¡Hey, un momento! —sus ojos me miraron suspicazmente—. ¿Qué es lo que pretende?

—No le comprendo.

—Me debe tres dólares y medio.

Le pedí perdón mientras pagaba, pero me di cuenta de que no me creía. Le di cinco dólares y le dije que se quedara el cambio, y salí a toda prisa de la tienda sin mirar tras de mí.

21 de junio. He añadido secuencias de tiempo de creciente complejidad a mi laberinto tridimensional y Algernon las aprende fácilmente. Es inútil recompensarlo con comida o agua. Parece aprender por el simple placer de resolver el problema... el éxito parece ser suficiente recompensa.

Pero, como hizo notar Burt en el Congreso, su comportamiento es desordenado. A veces, después de un recorrido o en su transcurso, se irrita, se arroja contra las paredes del laberinto, o se encoge sobre sí mismo formando una bola y se niega absolutamente a trabajar. ¿Es frustración? ¿O es algo más profundo?

5:30 P.M. Esta loca de Fay ha llegado por la escalera de escape, esta tarde, trayendo una ratita blanca —casi dos veces más pequeña que Algernon— para que le haga compañía. Ha destruido en seguida mis objeciones y me ha convencido de que le haría bien a Algernon el tener compañía. Después de asegurarme por mí mismo de que la pequeña «Minnie» tenía buena salud y era educada, cedí. Sentía curiosidad por ver lo que haría Algernon en presencia de una compañera. Pero apenas hubimos puesto a Minnie en la jaula de Algernon, Fay me cogió del brazo y me arrastró fuera de la habitación.

—¿Es esta tu idea de un romance? —exclamó. Conectó la radio y se acercó a mi con aire amenazador—. Voy a enseñarte los últimos bailes de moda.

¿Cómo puede enfadarse uno con una chica como Fay?

De todos modos, estoy contento de que Algernon ya no esté solo.

23 de junio. La noche pasada, ya tarde, oí risas en el vestíbulo y llamar a mi puerta. Eran Fay y un hombre.

—Hey, Charlie —hipó al verme—. Leroy, te presento a Charlie, mi vecino de al lado. Un maravilloso artista. Hace escultura con un elemento vivo.

Leroy la tomó del brazo para evitar que diera de bruces contra la pared. Me miró, incómodo, y murmuró algunas cosas inconcretas.

—Encontré a Leroy en el Stardust Ballroom —explicó—. Es un bailarín formidable. —Hizo ademán de entrar en su casa, y después apartó al hombre—. Hey —exclamó—, ¿por qué no invitamos a Charlie a que beba con nosotros? Será una pequeña fiesta.

Leroy no encontró acertada la idea.

Formulé una vaga excusa y les dejé. Tras la puerta cerrada, les oí reír mientras entraban en su casa y, cuando intenté leer, las imágenes no dejaron de asaltar mi mente: una gran cama blanca... sábanas limpias, y los dos uno en brazos del otro.

Hubiera querido telefonar a Alice, pero no lo hice. ¿Por qué torturarme? Ni siquiera podía representarme el rostro de Alice. Podía imaginar a Fay, vestida o desnuda, a voluntad, con sus brillantes ojos azules y sus cabellos rubios trenzados y arrollados alrededor de su cabeza como si fueran una corona. Fay era nítida, mientras que Alice estaba envuelta en bruma.

Una hora después sonaron gritos en el apartamento de Fay y luego el ruido de objetos rotos. Pero en el mismo momento en que me levantaba para acudir por si necesitaba mi ayuda se oyó un portazo y Leroy se marchó lanzando juramentos. Unos minutos más tarde oí golpear suavemente la ventana de mi salón. Estaba abierta, y Fay se deslizó al interior y se sentó en el alféizar, con su kimono de seda negra dejando ver sus esbeltas piernas.

—Hola —musitó—. ¿Tienes un cigarrillo?

Le tendí uno y descendió de la ventana al sofá.

—¡Huau! —resopló—. Generalmente puedo defenderme sola, pero hay tipos tan insistentes que lo único que puedo hacer con ellos es mantenerlos a distancia.

—¡Oh! —dije—, así que lo habías traído aquí para mantenerlo a distancia.

Notó el tono de mi voz, y me echó una penetrante mirada.

—¿No lo apruebas?

—No tengo el menor derecho a desaprobalo. Pero si pescas a un tipo en un baile, lo menos que puedes esperar es que te haga proposiciones. Tiene derecho a probar también su suerte.

Sacudió la cabeza.

—Voy al Stardust Ballroom porque me gusta bailar, y no veo por qué, si dejo a algún chico acompañarme hasta casa, tengo que acostarme con él. Supongo que no pensarás que me he acostado con él, ¿no?

La imagen que me había formado de ellos dos abrazados subió a la superficie como una pompa de jabón.

—Pero si el chico hubieras sido tú —añadió—, la cosa hubiera sido distinta.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo lo que he dicho. Si me lo pidieras, tendría mucho gusto en irme a la cama contigo.

Intenté mantener mi compostura.

—Gracias —dije—. Lo tendré en cuenta. ¿Te apetece un poco de café?

—Charlie, no acabo de comprenderte. La mayoría de los hombres me encuentran deseable o no, y yo lo sé en seguida. Pero me atrevería a decir que tú tienes miedo de mí. No serás homosexual, ¿verdad?

—¡Infiernos, no!

—Quiero decir que si lo eres no tienes por qué ocultármelo, porque entonces simplemente seríamos buenos amigos. Pero tendría que saberlo.

—No soy homosexual. Esta noche, cuando has entrado en tu apartamento con aquel tipo, me hubiera gustado ser yo.

Se inclinó hacia adelante, y el escote de su kimono dejó ver sus senos. Me rodeó el cuello con los brazos, esperando a que yo hiciera algo. Sabía lo que estaba esperando de

mí, y me dije que no había ninguna razón para no hacerlo. Tenía la sensación de que esta vez no habría pánico... no con ella. Después de todo, no era yo quien tomaba la iniciativa. Y ella era distinta de todas las mujeres que había encontrado antes. Quizá estuviera en el lugar preciso dentro de mi nivel emocional.

La rodeé con mis brazos.

—Así es mejor —arrulló ella—. Empezaba a creer que no te gustaba.

—Me gustas —murmuré, besándole el cuello. Pero, al hacerlo, nos vi a ambos, como si yo fuera una tercera persona situada en la puerta de la habitación. Estaba mirando a un hombre y a una mujer abrazados. Verme así, a distancia, cortó mi iniciativa. No hubo pánico, es cierto, pero tampoco ninguna excitación, ningún deseo.

—¿Tu apartamento o el mío? —preguntó.

—Espera un momento.

—¿Qué ocurre?

—Quizá fuera mejor dejarlo. No me encuentro bien esta noche.

Me miró interrogadora.

—¿Acaso hay alguna otra cosa?... ¿Algo que querrías que te hiciese?... Ya sabes, yo estoy dispuesta...

—No, no es eso —dije precipitadamente—. Simplemente es que no me encuentro bien esta noche. —Sentía curiosidad por saber los medios que poseía ella para excitar a un hombre, pero aquél no era el momento de intentar la experiencia. La solución de mi problema estaba en otra parte.

Ya no sabía qué más decirle. Hubiera querido que se fuera, y al mismo tiempo no quería que se marchara.

Ella me estudió largamente y al final dijo:

—Mira, ¿no te molesta que pase la noche aquí?

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Me gustas. No sé. Leroy puede volver. Hay montones de razones. Si no quieres...

De nuevo me había tomado por sorpresa. Hubiera podido encontrar miles de excusas para librarme de ella, pero cedí.

—¿Tienes ginebra? —preguntó.

—No, bebo muy poco.

—Tengo un poco en mi apartamento. Voy a buscarla. Antes de que pudiera hacer nada había saltado por la ventana y pocos minutos después, volvía con una botella llena en sus tres cuartas partes y un limón. Tomó dos vasos de la cocina y echó un poco de ginebra en cada uno.

—Ajá —dijo—. Esto te hará bien. Ablandará todas estas líneas rectas. Esto es lo que te atormenta. Todo está demasiado ordenado, rectilíneo, y te sientes literalmente como en una jaula. Como Algernon en su escultura, allí.

Al principio no quería, pero me sentía tan ridículo que me dije que por qué no. La situación no podía ser peor, y quizá esto pudiera atenuar un poco aquella sensación de verme con unos ojos que no comprendían lo que estaba haciendo.

Me emborraché.

Recuerdo el primer vaso, y haberme acostado, y que ella se metió en la cama a mi lado, con la botella en la mano. Y eso es todo hasta este mediodía, cuando me levanté con la boca pastosa y un horrible dolor de cabeza.

Ella dormía aún, vuelta contra la pared, con la almohada apilonada bajo su nuca. En la mesilla de noche, al lado del cenicero repleto de colillas aplastadas, se erguía la botella vacía, pero la última imagen que recordaba antes de que cayera el telón era que había bebido el segundo vaso.

Ella se desperezó y rodó hacia mí... desnuda. Retrocedí y caí de la cama. Cogí una manta para enrollármela a mi cuerpo.

—Hey —dijo, bostezando—. ¿Sabes qué es lo que tengo ganas de hacer un día de estos?

—¿Qué?

—Pintarte desnudo. Como el David de Miguel Angel. Te verás hermoso. ¿Te encuentras bien?

Sacudí la cabeza.

—Aparte la migraña. ¿Bebí... esto... demasiado ayer noche?

Se echó a reír y se apoyó en un codo.

—Agarraste una buena. Y no veas cómo te portaste entonces... no quiero decir como un hombre ni nada parecido, sino extraño.

—¿Cómo? —dije, esforzándome en colocar bien la manta para poder andar—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué hice?

—He visto a otros hombres ponerse tristes, o alegres, o dormirse, o excitarse, pero nunca había visto a nadie actuar como tú. Menos mal que no bebes a menudo. Oh, Dios mío, si hubiera tenido una fumadora. Qué tema para un cortometraje hubieras sido.

—¡Pero, por Dios, ¿qué he hecho?!

—No lo que yo esperaba. Ni el amor, ni nada parecido. Pero has sido fenomenal. ¡Qué número! El más fantástico de todos. Serías formidable en un escenario. Los volverías locos en el Palace. Te pusiste tonto e infantil. Ya sabes, como cuando un adulto quiere imitar a un crío. Decías que querías ir a la escuela y aprender a leer y a escribir para volverte tan listo como todo el mundo. Locuras así. Eras otra persona, como los actores cuando se caracterizan para adoptar otra personalidad, y decías a cada momento que no querías jugar conmigo porque tu madre te quitaría los cacahuets y te metería en una jaula.

—¿Cacahuets?

—¡Sí, palabra! —se rió, rascándose la cabeza—. Y también decías que no me darías tus cacahuets. Algo increíble. ¡Si hubieras visto cómo hablabas.! Como esos pobres idiotas en las esquinas de las calles, excitándose con sólo ver una chica. Eras completamente distinto. Primero creí que sólo hacías comedia, pero ahora pienso que eres un compulsivo o algo así. Con toda esa necesidad de orden y esa inquietud hacia todo.

Esto no me asustó, aunque hubiera podido esperarlo. De uno u otro modo, el haberme emborrachado había derribado las barreras conscientes que encerraban al antiguo Charlie en lo más profundo de mi mente. Tal como había supuesto siempre, no había desaparecido del todo. Nada desaparece nunca realmente de nuestra mente. La operación lo había recubierto de un barniz de educación y de cultura, pero emocionalmente seguía estando allí. —observando y esperando.

¿Esperando qué?

—¿Te encuentras bien ahora?

Le respondí que todo iba bien.

Cogió la manta en la que me había enrollado y me arrastró a la cama. Antes de que pudiera impedirlo, me había abrazado y besado.

—Ayer noche tuve miedo, Charlie. Pensé que ibas a perder la cabeza. He oído hablar de tipos que son impotentes, y esto les llega al cerebro y de pronto se vuelven maniáticos.

—¿Por qué te quedaste?

Se encogió de hombros.

—Bueno, eras como un niño asustado. Estaba segura de que no me harías ningún daño, pero tenía miedo que te lo hicieras a ti mismo. Así que pensé que era mejor que me quedara. Me daba tanta pena. De todos modos tomé esto, para el caso en que... —extrajo un grueso libro que había tenido entre la cama y la pared.

—Espero que no hayas tenido que utilizarlo.

Sacudió la cabeza.

—Muchacho, lo que debían gustarte los cacahuets cuando eras niño.

Saltó de la cama y empezó a vestirse. Permanecí un momento acostado, mirándola. Iba y venía ante mí sin ninguna vergüenza ni inhibición. Sus senos eran firmes y redondos como los había pintado en sus autorretratos. Sentía unos deseos locos de atraerla y apretarla contra mí, pero sabía que era inútil. Pese a la operación, Charlie estaba aún conmigo.

Y Charlie tenía miedo de perder sus cacahuets.

24 de junio. Hoy me he corrido una extraña juerga anti-intelectual. Si me hubiera atrevido me hubiera emborrachado, pero después de la experiencia con Fay sabía que sería peligroso. En lugar de eso me fui a Times Square, de cine en cine, para ahogarme en westerns y films de horror... exactamente igual a como hacía antes. Cada vez, viendo el film, me sentía vencido por la culpabilidad, salía a media película y me arrastraba hasta otro cine. Me decía que buscaba en los mundos imaginarios de la pantalla lo que me faltaba en mi nueva vida.

Y entonces, justamente ante el Keno Amusement Center, tuve una repentina intuición: supe que no eran los films lo que buscaba, sino el público. Quería a gente a mi alrededor en la oscuridad.

Las barreras entre la gente son aquí muy delgadas, y si escucho bien siempre oigo pasar algo. Ocurre lo mismo que en Greenwich Village. Y no es solamente porque me sienta cerca de los demás, ya que no siento lo mismo en un ascensor atiborrado o en el metro a la hora punta. Pero, en una noche calurosa, cuando todo el mundo se pasea por las calles o cuando estoy sentado en un cine, hay como un zumbido, y por un momento rozo a alguien y siento la profunda relación entre los individuos y la masa. En estos momentos, todo mi ser está sensitivo y tenso, y una irresistible necesidad de participar me empuja a hurgar en los rincones oscuros y los callejones de la noche.

Habitualmente, cuando me siento cansado de andar, vuelvo a mi apartamento y me sumerjo en un sueño pesado, pero esta noche, en lugar de volver a mi casa, fui a un pequeño restaurante. Había un nuevo lavaplatos, un chico de unos dieciséis años, y había algo familiar en él, sus gestos, la expresión de sus ojos. Y cuando, retirando una mesa a mis espaldas, dejó caer algunos platos.

Se rompieron contra el suelo, enviando trozos de loza blanca hacia las otras mesas. El chico se quedó allá, alhelado, horrorizado, con la bandeja vacía en la mano. Las exclamaciones y bromas de los clientes (gritos de «¡Hey, ahí van las ganancias!»... «¡Mazel tov!»... «¡Bueno, no va a trabajar mucho tiempo!»... que invariablemente parecen seguir al ruido de una vajilla al romperse en un restaurante) me confundieron.

Cuando el dueño vino a ver lo que provocaba esta excitación, el chico se encogió y levantó los brazos como para parar un golpe.

—¡Vamos, vamos, estúpido! —gritó el patrón—, ¡no te quedes ahí como un pasmarote! Toma una escoba y barre todo esto. Una escoba... ¡Una escoba, idiota! En la cocina. Y recoge todos los pedazos.

Cuando el chico vio que no iba a ser castigado, su expresión asustada desapareció, y cuando volvió con su escoba canturreaba, sonriente. Algunos de los clientes más bulliciosos siguieron sus bromas para divertirse a su costa.

—Por aquí, hijito, por aquí. Detrás mismo tuyo hay un trocito precioso...

—Vamos, vamos, hazlo otra vez...

—No es tan tonto como parece. Es menos cansado romperlos que lavarlos...

Mientras los vacuos ojos del chico vagaban entre aquella gente que se divertía, a su costa, empezó a sonreír poco a poco, y finalmente apuntó una risita insegura cuando alguien le hizo una broma que no comprendió.

Me sentía interiormente enfermo viendo su sonrisa absurda, vacía, sus enormes ojos de niño, vacuos pero ávidos de complacer, y me di cuenta de lo que me era familiar en él. Se burlaban de él porque era retrasado.

Y, al principio, yo me había reído con los demás.

De pronto me sentí furioso contra mí mismo y contra todos aquellos que se reían. Sentía deseos de tomar los platos y tirárselos a la cabeza, de partirlas sus sonrientes caras. Me levanté y grité:

—¡Cállense! ¡Déjenlo tranquilo! No puede comprender. No es culpa suya si es así... ¡pero por el amor de Dios, ténganle un poco de respeto! ¡Es un ser humano!

El silencio se adueñó del restaurante. Me maldije por haber perdido mi sangre fría y armado un escándalo, y me esforcé en no mirar al chico cuando pagué mi cuenta y salí sin haber comido nada. Me sentía avergonzado por los dos.

Es extraño que personas que tienen sentimientos honestos y una sensibilidad, que ni siquiera pensarían en burlarse de un desgraciado nacido sin brazos, sin piernas o ciego, no sientan el menor escrúpulo en poner en ridículo a otro desgraciado nacido con poca inteligencia. Me enfurecía al recordar que, hasta hacía muy poco, yo mismo había hecho —como aquel chico— el payaso.

Y casi lo había olvidado.

Sólo después había sabido que la gente se burlaba de mí. Y ahora me daba cuenta de que, sin quererlo, me había unido a ellos para reírme de mí mismo. Esto me hacía más daño que todo lo demás.

He releído a menudo mis primeros Informes de Progresos y visto la ignorancia, la pueril ingenuidad, la poca inteligencia de una mente que, metida en una habitación oscura, miraba por el agujero de la cerradura la cegadora luz del exterior. En mis sueños y recuerdos he visto a Charlie sonreír con aire feliz y vacilante ante lo que decía la gente a su alrededor. Incluso en mi idiotez, sabía que era inferior. Los demás tenían algo que a mí me faltaba... que me había sido negado. En mi ceguera mental, había creído que de un modo u otro esto estaba relacionado con la aptitud de leer y escribir, y estaba persuadido de que, si podía adquirir estos talentos, adquiriría igualmente la inteligencia.

Incluso un débil mental desea ser como los demás.

Un niño puede no saber cómo comer o qué comer, pero conoce el hambre.

Este día fue útil para mí. Tengo que desembarazarme de esa inquietud infantil centrada en mí mismo... en mí pasado y mi futuro. Debo utilizar mis conocimientos y mis aptitudes en estudiar los medios de aumentar la inteligencia humana. ¿Quién puede hacerlo mejor? ¿Quién aparte yo ha tenido esa experiencia de vivir en los dos mundos?

Mañana voy a ponerme en contacto con el comité directivo de la Fundación Welberg y pedirles su autorización para realizar algunas investigaciones independientes sobre este proyecto. Si lo aceptan, quizá pueda serles útil. Tengo algunas ideas.

Se podrían hacer muchas cosas con esta técnica perfeccionándola. Si ha conseguido hacer de mí un genio, ¿qué sería capaz de hacer para los más de cinco millones de retrasados mentales en los Estados Unidos? ¿Y los incontables millones de todo el mundo, y todos los que aún no han nacido y que nacerán disminuidos mentalmente? ¿Qué fantásticos niveles de inteligencia podrían alcanzarse utilizando esta técnica en gente normal? ¿Y aplicándola a genios?

Hay tantas puertas por abrir que estoy impaciente por aplicar mis propios conocimientos y mis aptitudes al problema. Tengo que hacerles comprender a todos que es una tarea muy importante para mí. Estoy seguro de que la Fundación me concederá su autorización.

Pero ya no puedo seguir solo. Tengo que hablar con Alice.

25 de junio. Hoy he llamado a Alice. Estaba nervioso y he debido parecer incoherente, pero me ha hecho bien oír su voz, y me ha parecido feliz de oírme. Aceptó que nos viéramos, y tomé un taxi, impaciente por la lentitud con que avanzábamos.

Antes incluso de llamar abrió la puerta y me echó los brazos al cuello.

—Charlie, estábamos tan inquietos por ti. He tenido horribles pesadillas en las que te veía muerto en el fondo de un callejón o vagando, amnésico, entre los vagabundos. ¿Por qué no nos has hecho saber que estabas bien? Podrías haberlo hecho.

—No me regañe. Necesitaba estar un tiempo solo para buscar algunas respuestas.

—Ven a la cocina, prepararé un poco de café. ¿Qué es lo que has hecho?

—Durante los días reflexionaba, leía y escribía; por las noches vagabundeaba en busca de mí mismo. Y he descubierto que Charlie me observa.

—No hables así —dijo, estremeciéndose—. Esta idea de ser observado no tiene ningún fundamento real. Ha sido tu mente quien la ha edificado.

—No puedo impedir el sentir que no soy yo. He usurpado su lugar y lo he echado a la calle, como ellos me echaron de la panadería. Quiero decir que Charlie Gordon existe en el pasado, y este pasado es real. Uno no puede construir un nuevo edificio sin destruir antes el que se alzaba allí, y Charlie Gordon no puede ser destruido. Existe. Primero fui en su busca: fui a ver a su... a mi... padre. Todo lo que quería era probar que Charlie existía como persona en el pasado, de modo que pudiera justificar mi propia existencia. Me había sentido insultado cuando Nemur pretendía que él me había creado. Pero he descubierto que Charlie no sólo existe en el pasado, sino que existe ahora. En mí y a mi alrededor. Se ha interpuesto sin cesar entre nosotros. He pensado que era mi inteligencia la que creaba esta barrera... mi pretencioso, estúpido orgullo, la sensación de que ya no teníamos nada en común porque yo estaba ahora por encima de usted. Fue usted quien me metió esta idea en la cabeza. Pero no se trata de eso. Es Charlie, el chiquillo que tiene miedo de las mujeres debido a todo lo que le ha hecho su madre. ¿Comprende? Durante estos últimos meses, mientras me desarrollaba intelectualmente, he seguido conservando siempre la estructura emocional del Charlie niño. Y cada vez que me acercaba a usted, o que soñaba con hacer el amor con usted, se producía un cortocircuito.

Estaba excitado, y mis palabras la golpeaban hasta hacerla temblar. Enrojeció.

—Charlie —murmuró—, ¿puedo hacer algo? ¿Puedo ayudarte?

—Creo que he cambiado durante esas semanas lejos del laboratorio —dije—. Primero no llegaba a ver cómo hacerlo, pero esta noche, vagando por la ciudad, me ha venido a la mente. La estupidez era intentar resolver el problema yo solo. Cuanto más me sumerjo en la masa de mis sueños y mis recuerdos, más me doy cuenta de que los problemas emocionales no pueden ser resueltos como los problemas intelectuales. Esto es lo que descubrí la otra noche acerca de mí mismo. Me dije que erraba como un alma en pena, y después vi que era un alma en pena.

»Sin saber por qué, me había despegado emocionalmente de todo, de los seres y de las cosas. Y lo que realmente buscaba por la noche, en las callejas oscuras —el último lugar donde podría nunca encontrarlo— era un medio de acercarme de nuevo emocionalmente a las personas, formar parte de la multitud, sin perder mi independencia intelectual. Tengo que madurar. Para mí esto es de la máxima importancia...

Hablaba y hablaba, proyectando fuera de mí todas las dudas y temores que ascendían como burbujas a la superficie del hervidero de mi mente. Ella era mi caja de resonancia y permanecía sentada allá, hipnotizada. Noté como mi temperatura subía, me enfebrecía, hasta que tuve la impresión de estar ardiendo. Estaba quemando la infección ante alguien a quien amaba, y eso era lo importante.

Pero era demasiado para ella. Lo que había comenzado con un estremecimiento se convirtió en llanto. El cuadro encima del sofá atrajo mi atención —la asustada joven de rojas mejillas— y me pregunté qué pensaba Alice en aquel momento. Sabía que estaba dispuesta a entregárame, y yo la deseaba, pero ¿qué haría Charlie?

Charlie quizá no interfiriera si hacia el amor con Fay. Probablemente se contentaría con mirar desde la puerta. Pero desde el mismo momento en que me acercaba a Alice era presa del pánico. ¿Por qué tenía miedo de dejarme hacer el amor con Alice?

Estaba sentada en el sofá, mirándome, esperando ver lo que yo hacía. ¿Y qué podía hacer? Quería tomarla entre mis brazos y...

En el mismo momento en que pensé en ello, sonó la alarma.

—¿No te sientes bien, Charlie? Estás pálido.

Me senté en el sofá, cerca de ella.

—Solo es un pequeño mareo. Pasará —pero sabía que no haría más que empeorar en tanto que Charlie presintiera el peligro de que yo podía hacer el amor con ella.

Entonces tuve una idea. Al principio me disgustó, pero pronto me di cuenta de que el único medio de superar aquella parálisis era engañarla. Si, por la razón que fuera, Charlie le temía a Alice pero no a Fay, no tenía más que apagar la luz e imaginar hacer el amor con Fay. El no se daría cuenta de la diferencia.

Era odioso... repugnante... pero, si funcionaba, rompería el asfixiante lazo que Charlie mantenía apretado sobre mis emociones. Sabría en seguida que había hecho el amor con Alice, y ésta sería la única solución.

—Ya me siento mejor. Quedémonos un rato sentados en la oscuridad —dije, apagando las luces mientras recuperaba mi sangre fría. No iba a ser fácil. Tenía que hipnotizarme representándome a Fay, y persuadirme de que la mujer sentada a mi lado era Fay. E incluso si Charlie se separaba de mí para observar desde lejos, no le serviría de nada ya que la habitación estaba a oscuras.

Esperaba algún indicio de sospecha por su parte... los síntomas de advertencia del pánico. Pero no hubo nada. Me sentía alerta y tranquilo. Pasé mi brazo a su alrededor.

—Charlie, yo...

—¡No hable! —grité bruscamente, y ella inició un movimiento de retroceso—. Déjeme tenerla entre mis brazos, en silencio, en la oscuridad.

La apreté contra mí y allá, al abrigo de mis cerrados párpados, evoqué la imagen de Fay, con sus largos cabellos rubios y su piel tan blanca. Fay, tal como la había visto desnuda, a mi lado. Besé los cabellos de Fay, la garganta de Fay, y finalmente mi boca se posó en los labios de Fay. Sentí las manos de Fay que acariciaban los músculos de mi espalda, de mis hombros, y la tensión creció en mí como nunca antes lo había hecho por una mujer. La acaricé, primero lentamente, luego con impaciencia, sintiendo como la excitación iba aumentando en mi interior.

Un hormigueo comenzó a correr por mi piel. Alguien estaba al acecho en la habitación, esforzándose en ver en la oscuridad. Me concentré febrilmente, con todas mis fuerzas, en un nombre. ¡Fay! ¡Fay! ¡FAY! Me representé claramente, nítidamente, su rostro, a fin de que nadie pudiera interponerse entre nosotros. Pero cuando me atrajo más fuerte hacia ella dejé escapar un grito inarticulado y la rechacé.

—¡Charlie! —no podía ver el rostro de Alice, pero su grito evidenciaba el sobresalto.

—¡No, Alice! No puedo. Es difícil de explicar.

Salté del sofá y encendí las luces. Casi esperaba verlo allá. Pero, por supuesto, no estaba. Alice seguía echada en el sofá, con la blusa desabrochada, la falda arrugada, las mejillas enrojecidas, los ojos incrédulamente abiertos.

—La quiero —las palabras surgieron estrangulada mente de mi boca—, pero no puedo... No puedo explicarlo, pero si no me hubiera detenido me hubiera odiado a mí mismo toda la vida. No me pida que se lo explique o también usted me odiará. Es a causa de Charlie. No sé por qué razón, pero no quiere dejarme hacer el amor con usted.

Desvió la vista y puso en orden sus ropas.

—Sin embargo —dijo—, esta noche fue diferente. No has sentido náuseas, ni pánico, ni nada de esto. Me deseabas.

—Sí, la deseaba, pero en realidad no hacía el amor con usted. En cierto sentido me servía de usted, pero no puedo explicárselo. Ni siquiera lo comprendo yo mismo. Digamos simplemente que aún no estoy a punto. Y no puedo engañar ni pretender que todo va bien cuando sé que no va. No es más que otro callejón sin salida.

Me levanté para irme.

—Charlie, no te vayas de nuevo.

—He terminado de huir. Tengo un trabajo que hacer. Dígales que volveré al laboratorio dentro de algunos días. En cuanto haya recuperado el control de mí mismo.

Abandoné el apartamento, loco de rabia. Abajo, frente al edificio, me quedé indeciso, sin saber qué dirección tomar. Fuera cual fuese el camino que eligiera, recibiría un shock que significaría un nuevo error. Todos los caminos estaban bloqueados. Pero, buen Dios... hiciera lo que hiciera, fuera donde fuera, las puertas se cerraban ante mí.

No había ningún sitio donde pudiera entrar. Ninguna calle, ninguna habitación... ninguna mujer.

Finalmente, desemboqué en el metro y lo tomé hasta la Calle 49. Había poca gente, pero había una rubia con los cabellos largos que me recordó a Fay. Dirigiéndome hacia la parada de una línea transversal de autobuses, pasé ante una licorería. Sin reflexionar sobre ello, entré y compré una botella de ginebra. Mientras esperaba el autobús la descorché en su bolsa, como había visto hacer a los vagabundos, y bebí un buen trago. Ardí a través de mi garganta mientras bajaba hasta el estómago, pero esto me hizo bien. Bebí otro —apenas una gota— y, cuando el autobús llegó a su destino, flotaba en una intensa euforia. No bebí más. No quería emborracharme ahora.

—Cuando llegué al apartamento, llamé a la puerta de Fay. No respondió. Abrí la puerta y eché una ojeada al interior. Todavía no había vuelto, pero todas las luces estaban encendidas. Todas las cosas le importaban un mismísimo pimiento. ¿Por qué yo no podía ser como ella?

Fui a mi apartamento para esperar. Me desvestí, tomé una ducha y me puse ropa de casa. Hice votos para que aquella noche no fuera una de las que llevaba a alguien a casa.

Hacia las dos y media de la madrugada la oí subir las escaleras. Tomé mi botella, pasé por la escalera de incendios y llegué a su ventana justo en el momento en que abría la puerta. No tenía intención de espiarla, iba a golpear en los cristales, pero cuando levantaba la mano para hacer saber mi presencia la vi tirar sus zapatos al aire y dar vueltas alegremente. Fue hasta el espejo y lentamente, pieza a pieza, empezó a quitarse su ropa, como en un strip-tease para sí misma. Bebí otro trago. Pero ya no podía llamar sin que ella supiese que la había estado espiando.

Volví a mi apartamento sin encender las luces. Mi primera idea era invitarla a mi casa, pero todo estaba demasiado limpio y ordenado —había demasiadas líneas rectas que ablandar— y sabía que aquí la cosa no marcharía. Salí pues al vestíbulo. Llamé a su puerta, primero suavemente, después más fuerte.

—¡La puerta está abierta! —gritó ella.

Llevaba una sucinta ropa interior, y estaba tendida en el suelo, los brazos en cruz y las piernas en el aire, apoyadas en el sofá. Inclino la cabeza hacia atrás y me miró al revés.

—¡Charlie, querido! ¿Por qué andas sobre tu cabeza?

—No tiene importancia —dije, sacando la botella de su bolsa de papel—. Las líneas y los ángulos son demasiado rectos, y he pensado que te gustaría unirme a mi para ablandar algunos.

—Esto es lo mejor del mundo para ello —dijo—. Si te concentras en el calor que te sube desde lo más profundo del estómago, todas las líneas empezarán a ablandarse.

—Eso es lo que está ocurriendo.

—¡Magnífico! —saltó sobre sus pies—. A mí también me ocurre. He bailado con demasiados tipos esta noche. Hagamos que se ablande todo —tomó un vaso, y lo llené.

Mientras bebía, pasé un brazo a su alrededor y acaricié la piel de su desnuda espalda.

—¡Hey, muchacho! ¡Tranquilo! ¿Qué te bulle?

—Yo. Estaba esperando a que volvieras.

Se apartó.

Oh, espera un minuto, Charlie, muchacho. Ya hemos intentado todo esto. Sabes que no ha dado resultado. Quiero decir que ya sabes que me gustas mucho y que te arrastraría hasta la cama ahora mismo si creyera que hay alguna oportunidad. Pero no quiero tomarme todo este trabajo por nada. Esto no es un juego, Charlie.

—Esta noche será muy distinto. Te lo prometo —antes de que pudiera protestar la había abrazado, la besaba, la acariciaba, excitándola bajo la presión de mi deseo a punto de estallar. Intenté soltar su sujetador, pero tiré demasiado fuerte e hice saltar el cierre.

—Cuidado, Charlie, mi suj...

—No te preocupes por tu suj... —jadeé, ayudándola a quitárselo—. Te compraré otro. Voy a recuperar todo el tiempo perdido las otras veces. Voy a hacerte el amor toda la noche.

Me apartó de ella.

—Charlie, nunca te había oído hablar así. Y deja de mirarme como si quisieras tragarme entera —tomó una blusa de sobre una silla y se cubrió con ella—. Me das la sensación de estar desnuda.

—Quiero hacer el amor contigo. Esta noche puedo. Lo sé... lo siento. No me rechaces, Fay.

—Vamos —murmuró—, bebe otro trago.

Tomé uno, le llené otro a ella, y mientras lo bebía cubrí sus hombros y su cuello de besos. Su respiración se hizo jadeante a medida que mi excitación la ganaba.

—Por Dios, Charlie, si me pones en este estado y luego me decepcionas otra vez no sé lo que voy a hacer. Yo también soy un ser humano, ¿sabes?

La atraje hacia el sofá, sobre el montón de vestidos y ropa interior.

—Aquí en el sofá, no Charlie —dijo, debatiéndose para ponerse en pie—. Vamos a la cama.

—Aquí —insistí, arrancando la blusa de sus manos.

Me miró, puso su vaso en el suelo, se despojó del resto de su ropa, y estuvo completamente desnuda ante mi.

—Voy a apagar la luz —murmuró.

—No, dije, atrayéndola de nuevo sobre el diván—. Quiero mirarte.

Me besó largamente y me apretó muy fuerte entre sus brazos.

No me decepciones esta vez, Charlie. No debes hacerlo.

Su cuerpo se relajó lentamente, acercándose al mío, y supe que esta vez nada vendría a paralizarme. Sabía qué hacer y cómo hacerlo. Gimíó y jadeó y pronunció mi nombre.

Por un momento tuve la glacial sensación de que él estaba observándome. Por encima del brazo del sofá percibí un rostro que me miraba desde la oscuridad, más allá de la ventana... allá donde, pocos minutos antes, me había acurrucado yo. Un cambio de percepción, y me encontré en la escalera de incendios, mirando a un hombre y a una mujer juntos, haciendo el amor en un sofá.

Con un violento esfuerzo de voluntad volví al sofá, con ella, consciente de su cuerpo desnudo y cálido contra el mío, de mi propia fiebre y de mi urgencia. Vi de nuevo el rostro contra los cristales, observando ávidamente. Y me dije a mi mismo, anda, pobre bastardo... mira. Me da lo mismo.

Y sus ojos se abrieron enormemente cuando lo vio.

29 de junio. Antes de volver al laboratorio voy a terminar las investigaciones que inicié después de mi huida del Congreso. He llamado a Landsdorff al New Institute for Advanced Study sobre la posibilidad de utilizar pares de iones producidos por efecto fotonuclear, para investigaciones exploratorias en biofísica. Al principio creyó que yo era

un desequilibrado, pero después que le señalé los fallos de su artículo en el New Institute Journal me habló durante casi una hora por teléfono. Quiere que vaya a su Instituto para discutir mis ideas con su grupo de investigación. Quizá lo haga cuando haya terminado mi trabajo en el laboratorio... si me queda tiempo. Esta es la cuestión, naturalmente. No sé de cuanto tiempo dispongo. ¿Un mes? ¿Un año? ¿El resto de mi vida? Depende de lo que descubra sobre los efectos psicofísicos secundarios del experimento.

30 de junio. He dejado de vagar por las calles ahora que tengo a Fay. Le he dado la llave de mi apartamento. Ella se ríe de esa necesidad que tengo de cerrar la puerta con llave, y yo me río del desorden que reina en su apartamento. Me ha advertido que no intente cambiarla. Su marido se divorció de ella, hace cinco años, porque no aceptaba que la molestara pidiéndole que guardara las cosas y mantuviera la casa en orden.

Así es como se enfrenta a todos los detalles de la vida que le parecen sin importancia. No quiere preocuparse por ellos. El otro día descubrí un montón de multas de estacionamiento en un rincón, tras un sillón... habría unas cuarenta o cincuenta. Cuando entró con la cerveza le pregunté por qué las coleccionaba.

—¡Oh, esto! —exclamó ella—. Cuando mi marido me envíe su maldito cheque tendré que pagar algunas. No sabes lo que me preocupan esas multas. Tengo que esconderlas tras este sillón, si no tendría una crisis de culpabilidad cada vez que las viera. ¿Pero qué quieres que haga una chica como yo? Vaya donde vaya, siempre encuentro algún disco. ¡Prohibido estacionar! ¡Prohibido estacionar!... No puedo entretenerme leyendo todos los discos cada vez que siento deseos de bajar del coche.

Así que le prometí que no intentaría cambiarla. Uno no se aburre con ella. Tiene un sentido del humor maravilloso. Pero, sobre todo, un carácter abierto e independiente. Lo único que puede llegar a cansar en ella a la larga es su loca pasión por el baile. Esta semana hemos salido todas las noches, hasta las dos o las tres de la madrugada. No tengo tanta energía como para mantener este ritmo.

No estoy enamorado... pero ella es importante para mí. Ha llegado un momento en que espío el ruido de sus pasos en el vestíbulo, cada vez que sale.

Charlie ha dejado de observarnos.

5 de julio. He dedicado mi primer concierto para piano a Fay. Primero se mostró entusiasmada con la idea de tener una obra dedicada a ella, pero no creo que le haya gustado realmente. Lo cual demuestra simplemente que no se puede tener todo lo que uno busca en una sola mujer. Un argumento más para la poligamia.

Lo importante es que Fay es brillante y atrevida. Hoy he sabido por qué le faltó tan pronto dinero este mes. Algunos días antes de que nos conociéramos había simpatizado con una chica que encontró en el Stardust Ballroom. Cuando le dijo que no tenía familia en la ciudad, que estaba en las últimas y que no tenía ni un lugar donde ir a dormir, Fay la invitó a instalarse en su apartamento. Dos días después la chica descubrió los doscientos treinta y dos dólares que Fay había puesto en el cajón de su tocador y desapareció con ellos. Fay no había presentado ninguna denuncia a la policía... y, por otro lado, ni siquiera sabía el nombre de la chica.

—¿Que hubiera conseguido con ir a contarle todo esto a la policía? —me dijo al contármelo—. Supongo que la pobre chica debía tener malditamente necesidad de dinero para hacer algo así. No voy a amargar su vida por un puñado de dólares. No soy rica ni nada de eso, pero no puede hacerle una cosa así... comprende lo que quiero decir.

Comprendía muy bien lo que quería decir.

Nunca había encontrado a alguien tan abierto y tan fiado como Fay. Ella es lo que más necesito actualmente. Estoy hambriento de un contacto humano.

8 de julio. No tengo mucho tiempo para trabajar, tras todas esas noches de club en club y con la boca hecha madera todas las mañanas. Solo gracias a las aspirinas y a un mejunje que me ha preparado Fay he podido terminar mi análisis lingüístico de las formas verbales del urdu y enviar mi artículo al International Linguistics Bulletin. Lo siento por los lingüistas de la India con sus magnetófonos, pues hundo toda la estructura de su metodología.

No puedo dejar de admirar a los lingüistas estructuralistas, que se han construido un método lingüístico fundado en la deterioración del lenguaje escrito. Son otro ejemplo de esos tipos que consagran su vida a estudiar más y más sobre cosas más y más pequeñas... llenando volúmenes y bibliotecas con el sutil análisis lingüístico del gruñido. No tengo nada en contra de esto, pero no es necesario buscar una excusa para destruir la estabilidad del lenguaje.

Alice llamó hoy para saber cuando volvería al laboratorio. Le he dicho que quería terminar los trabajos que había comenzado y que esperaba a obtener la autorización de la Fundación Welberg para mis investigaciones personales. Sin embargo, ella no deja de tener razón... debo tomar en cuenta el tiempo.

Fay continúa queriendo ir a bailar a toda hora. La última noche comenzamos a beber y a bailar en el White Horse Club, y de allí al Benny's Hideaway, y de allí al Pink Slipper... y después de este ya no recuerdo los lugares, pero bailamos hasta que ya casi no me tenía en pie. Mi capacidad de beber debe haber aumentado, ya que estaba casi borracho cuando Charlie hizo su aparición. No puedo recordarlo haciendo un absurdo número de zapateado en el escenario del Allakazam Club. Fue muy aplaudido antes de que el director nos echara, y Fay dice que todo el mundo pensó que yo era un maravilloso actor y que gustó mucho mi imitación del idiota.

¿Qué diablos pasó entonces? Sé que me dolieron mucho los riñones. Creía que era por haber bailado tanto, pero Fay dice que me caí de ese maldito sofá.

El comportamiento de Algernon se ha vuelto errático. Minnie parece tener miedo de su compañero.

9 de julio. Hoy ha ocurrido algo terrible. Algernon ha mordido a Fay. La había prevenido que no jugara con él, pero ella quería pese a todo darle de comer. Habitualmente, cuando ella entra en la habitación, Algernon levantaba la cabeza y corría hacia Fay. Hoy ha sido distinto. Estaba al otro lado de la jaula, hecho una pelota de pelos blancos. Cuando Fay pasó su mano por la puerta de la parte superior de la caja, Algernon tuvo un movimiento temeroso y se apretujó en su rincón. Intentó atraerlo abriendo la barrera del laberinto y, antes de que pudiera decirle que lo dejara tranquilo, cometió la equivocación de intentar cogerlo. Le mordió el pulgar. Después nos miró, furioso, y huyó por el laberinto.

Encontramos a Minnie al otro lado, en el departamento de llegada. Tenía una sangrante herida en el cuello, pero estaba viva. En el momento en que iba a sacarla de allá llegó Algernon y quiso morderme. Sus dientes se cerraron al extremo de mi manga y se agarró a ella hasta que le hice soltar su presa sacudiéndola.

Se calmó poco después. Lo estuve observando durante casi una hora. Parece apático y confundido, y aunque sigue resolviendo nuevos problemas sin recompensa, su modo de actuar es extraño. En lugar de movimientos prudentes, determinados, a lo largo de los corredores del laberinto, sus actos son precipitados y desordenados. Muchas veces toma un recodo demasiado aprisa y se da de hocicos contra una barrera. Da la extraña sensación de que está dominado por la urgencia.

Dudo en formular un juicio precipitado. Todo esto puede deberse a muchas razones. Pero ahora debo llevarlo de nuevo al laboratorio. Reciba o no la autorización de la Fundación Welberg para mis investigaciones particulares, mañana por la mañana iré a ver a Nemur.

## INFORME DE PROGRESOS 15

12 de julio. Nemur, Strauss, Burt y algunos otros me esperaban en el despacho de psíquica. Intentaron darme la impresión de que era bienvenido, pero vi lo ansioso que estaba Burt por tomar de nuevo a Algernon y se lo di. Nadie dijo nada, pero sabía que Nemur no me perdonarla en mucho tiempo el haber pasado por encima de él y haberme puesto directamente en contacto con la Fundación. Sin embargo, era algo necesario. Antes de volver a Beekman tenía que asegurarme de que me permitirían dedicarme a un estudio independiente del experimento. Se perdería demasiado tiempo si tenía que dar cuenta a Nemur de todo lo que hiciera.

Había sido avisado de la decisión de la Fundación, y su acogida fue fría y forzada. Me tendió la mano, pero sin ninguna sonrisa.

—Charlie —dijo— todos estamos contentos de que hayas vuelto y trabajes con nosotros. Jayson me ha llamado y me ha dicho que la Fundación te encargaba que trabajaras en este proyecto. Nuestro grupo y el laboratorio están a tu disposición. El Centro de Informática nos ha asegurado que tus trabajos tendrán prioridad... y, por supuesto, si puedo ayudarte en algo...

Hacía lo posible por mostrarse cordial, pero podía leer en su rostro que se sentía escéptico. Después de todo, ¿qué experiencia tenía yo en psicología experimental? ¿Qué sabía de las técnicas que a él le había costado tantos años poner a punto? Bueno, como decía, parecía cordial y dispuesto a dejar en suspenso su juicio. De todos modos, no podía hacer otra cosa de momento. Si no consigo encontrar una explicación al comportamiento de Algernon, todos sus trabajos se irán a pique, pero si resuelvo el problema todo el equipo se beneficiará tanto como yo.

Fui al laboratorio, donde Burt observaba a Algernon en una de las cajas de problemas múltiples. Suspiró y agitó la cabeza.

—Ha olvidado muchas cosas. La mayor parte de sus reacciones complejas parecen haber sido borradas. Resuelve los problemas a un nivel mucho más elemental del que me hubiera esperado.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Bueno, antes podía resolver sistemas simples... en este laberinto de puertas falsas, por ejemplo: una de cada dos, una de cada tres, solo las puertas rojas, o solo las puertas verdes... Pero ahora ha hecho tres veces este recorrido y continúa procediendo por tanteos positivos o negativos.

—¿No se deberá tal vez a que ha estado ausente tanto tiempo del laboratorio?

—Podría ser. Vamos a dejarlo habituarse de nuevo a las cosas, y mañana veremos cómo se desenvuelve.

Había venido muchas veces antes al laboratorio, pero ahora estaba allí para aprender todo lo que me pudiera ofrecer. Tengo que asimilar en algunos días lo que a otros les ha costado años enteros aprender. Burt y yo pasamos cuatro horas inspeccionando el laboratorio sección por sección, e intenté familiarizarme con el conjunto de su funcionamiento. Cuando hubimos terminado observé una puerta que no habíamos abierto.

—¿Qué hay ahí?

—El congelador y el incinerador —abrió la pesada puerta y dio la luz—. Congelamos los especímenes antes de meterlos en el incinerador. Al detener la descomposición, conseguimos eliminar los olores —se giró para irse, pero yo me quedé un instante ahí.

—Algernon no —dije—. Escuche... si y... cuando... quiero decir que no quiero que lo echen ahí. Dénmelo. Yo mismo me ocuparé de él.

No se rió. Se limitó a inclinar la cabeza. Nemur le había dicho que, desde este momento, me concediera todo lo que deseara.

Mi enemigo era el tiempo. Si tenía que encontrar las respuestas por mí mismo, tenía que ponerme inmediatamente al trabajo. Obtuve de Burt listas de obras y las notas de Strauss y de Nemur. Luego, al salir, se me ocurrió una extraña idea.

—Dígame —le pregunté a Nemur—, acabo de echar una ojeada al incinerador del que se sirven para eliminar los animales de experimentación. ¿Qué han previsto para mí?

—Mi pregunta lo anonadó.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy seguro de que, desde el principio, previeron todas las posibilidades. Así que ¿qué me ocurrirá?

Como seguía en silencio, insistí:

—Tengo derecho a conocer todo lo que se relaciona con el experimento, y mi futuro se encuentra incluido en él.

—No hay ninguna razón para que no lo sepas —hizo una pausa, y encendió un cigarrillo ya encendido—. Ya sabes que, por supuesto, teníamos desde el principio grandes esperanzas de permanencia, y las tenemos aun... las tenemos de un modo absoluto.

—Estoy seguro de ello —dije.

—Tomarte para esta experiencia era, naturalmente, una grave responsabilidad. No sé qué recuerdas ni lo que has podido reconstruir de los inicios de este proyecto, pero nos hemos esforzado siempre en hacerte comprender que había un gran riesgo de que todo esto no fuera más que temporal.

—En aquel tiempo anoté todo esto en mis Informes de Progresos, aunque por aquel entonces no comprendiera gran cosa de lo que querían decir con ello. Pero esto es marginal, puesto que ahora sí estoy consciente.

—Bien, decidimos correr este riesgo contigo —prosiguió—, porque estimamos que había muy poco peligro de causarte un daño serio, mientras que estábamos seguros de tener muchas posibilidades de hacerte un cierto bien.

—No tiene que justificar eso.

—Pero comprenderás que teníamos que obtener la autorización de una persona de tu familia más próxima. Tu no estabas en situación de dar por ti mismo tu conformidad.

—Sé todo esto. Está hablando usted de mi hermana Norma. Lo leí en los periódicos. Por lo que recuerdo de ella, hubiera dado su conformidad a mi ejecución.

Enarcó las cejas, pero no insistió.

—Bien, pues como le dijimos, en el caso de que el experimento fracasara, no podríamos devolverte a la panadería o a la habitación que ocupabas antes.

—¿Por qué no?

—Por un lado porque podía ocurrir que ya no fueras el mismo. La operación quirúrgica y las inyecciones de hormonas podían tener efectos que no fueran evidentes de inmediato. Las experiencias personales que hayas tenido desde la operación pueden haber dejado su huella en ti. Quiero decir perturbaciones emocionales que complicarían el atraso mental; era posible que no volvieras a ser la misma persona...

—Hubiera tenido gracia. Como si no fuera suficiente la cruz que llevaba encima...

—Y, por otra parte, no había ningún medio de saber si regresarías al mismo nivel mental. Podría haber una regresión hasta niveles de funcionamiento aún más primitivos.

Me estaba diciendo lo peor... liberando su conciencia de aquel tremendo peso.

—Necesito saberlo todo —dije— ahora que aún soy capaz de dar mi opinión al respecto. ¿Qué han previsto para mí?

Se encogió de hombros.

—La Fundación ha hecho todo lo necesario para devolverte al Asilo-Escuela Warren.

—¿Qué infiernos...!

—Una de las cláusulas del acuerdo con tu hermana fue que todos los gastos de hospitalización correrían a cargo de la Fundación, y que recibirías una pensión mensual destinada a cubrir tus necesidades personales por el resto de tu vida.

—¿Pero por qué esto? Siempre me las he arreglado solo fuera del Asilo, incluso cuando me enviaron allá tras la muerte de tío Herman. Donner consiguió hacerme salir inmediatamente para trabajar y vivir fuera. ¿Por qué tendría que volver?

—Si puedes arreglártelas solo afuera, no tendrás por qué permanecer en Warren. Los casos no graves tienen permiso para vivir en el exterior. Pero hemos tenido que tomar esas disposiciones... por si acaso.

Tenía razón. No podía protestar. Habían pensado en todo.

Warren era el lugar más lógico... el enorme congelador donde podría ser puesto de lado durante el resto de mis días.

—Al menos, esto no es el incinerador —dije.

—¿Qué?

—Nada. Una broma personal. —Entonces se me ocurrió una cosa—: Dígame, ¿es posible visitar Warren? Quiero decir, recorrer el lugar viéndolo todo como un visitante.

—Sí, creo que reciben constantemente visitas organizadas... algo así como una especie de relaciones públicas. ¿Por qué?

—Querría verlo. Tengo que saber lo que me puede ocurrir ahora que todavía tengo suficiente influencia como para hacer algo. Mire si puede conseguírmelo... lo antes posible.

Me di cuenta de que no le gustaba mi idea de visitar Warren. Como si hubiera encargado mi ataúd para probarlo antes de morirme. Sin embargo, no puedo censurarlo por no comprender que, para descubrir quién soy realmente, el sentido de toda mi existencia, tengo que conocer las posibilidades de mi futuro tanto como mi pasado, saber dónde voy tanto como de dónde he venido. Aunque todos sepamos que al final del laberinto se encuentra la muerte (y hubo un tiempo en que yo no lo sabía... No hace tanto, el adolescente que había en mí pensaba que la muerte solo podía ocurrirles a los otros), veo ahora que el camino que he elegido en este laberinto me ha hecho lo que soy. No soy solamente un ser, sino también una manera de ser —una entre muchas otras—, y el tomar consciencia de los corredores que he seguido y de los que me falta recorrer me ayudará a comprender en qué me voy convirtiendo.

Aquella noche y durante los días siguientes me sumergí en manuales de psicología: clínica, personalidad, psicometría, educación, psicología experimental, behaviorista, gestaltista, analítica funcional, dinámica, organicista y todas las demás escuelas, grupos, sistemas de pensamiento antiguos y modernos. Lo más deprimente es descubrir hasta qué punto, formulando las ideas sobre las cuales se fundan sus conceptos de la inteligencia humana, de la memoria y de la facultad de aprender, nuestros psicólogos toman sus deseos por realidades.

Fay quiere venir a visitar el laboratorio pero le he dicho no. No tengo ningún deseo de que Alice y Fay se encuentren ahora. Ya tengo bastantes problemas sin eso.

## INFORME DE PROGRESOS 16

14 de julio. Era un mal día para ir a Warren —gris brumoso—, y esto explica quizá la depresión que me invade cuando pienso en ello. O quizá, sin que quiera confesarlo, es la idea de ser enviado allí la que me altera. He cogido el coche de Burt. Alice quería venir conmigo, pero tenía que ir solo. Le he ocultado a Fay esta visita. Hay media hora en coche hasta el pueblecito agrícola de Warren, en Long Island, y no he tenido ninguna dificultad en encontrar el lugar: un inmenso conjunto de edificaciones grisáceas, conectado al mundo exterior por una entrada enmarcada en dos columnas de hormigón,

al final de un camino estrecho y una placa de cobre muy pulido donde se puede leer: Warren State Home and Training School.

Un disco limitaba la velocidad a 30 kilómetros, así que pasé lentamente ante los enormes bloques de edificios, en busca de la Administración.

Un tractor venía en mi dirección a través de la pradera, y además del hombre del volante había otros dos sentados detrás. Saqué la cabeza por la ventanilla y pregunté:

—¿Pueden indicarme donde está el despacho del señor Winslow?

El conductor detuvo el tractor e hizo un gesto hacia la izquierda.

—En el Hospital Principal. Gire a la izquierda y luego a la derecha.

No pude impedir observar el chico de aire ausente que se sujetaba a la parte trasera del tractor. No iba afeitado y tenía una vaga sonrisa vacía. Llevaba un sombrero de marino con el borde infantilmente echado para abajo para proteger sus ojos, pese a que no hacía sol. Sus ojos fijos, interrogantes, se cruzaron por un instante con los míos, y tuve que desviar la vista. Cuando el tractor volvió a ponerse en marcha vi por el retrovisor que continuaba mirándome con curiosidad. Esto me perturbó... porque me recordaba a Charlie.

Me sorprendí al descubrir que el psicólogo jefe era muy joven, un hombre alto y delgado de rostro cansado. Pero la tranquila calma de sus ojos azules revelaba una fuerza de carácter que iba más allá de su expresión juvenil.

Dimos la vuelta a todo el recinto en su propio coche, y luego me mostró la sala de recreos, el hospital, la escuela, la parte administrativa y los pabellones de dos plantas construidos en ladrillo que él llamaba cottages y donde vivían los pacientes.

—No he visto ninguna cerca alrededor de Warren —dije.

—No, sólo una verja en la entrada y setos para evitar la mirada de los curiosos.

—¿Pero cómo impide que sus... esto... pensionistas... se vayan?

Se encogió de hombros y sonrió.

—De hecho, no podemos. Algunos se van, pero la mayoría vuelven.

—¿No intentan perseguirlos?

Me miró como si quisiera adivinar lo que podía haber oculto tras mi pregunta.

—No. Si crean problemas lo sabemos rápidamente por las gentes del pueblo... o bien nos los trae la policía de vuelta.

—¿Y si no ocurre así?

—Si no oímos hablar más de ellos o no nos dan noticias tuyas, presumimos que han podido adaptarse de alguna manera satisfactoria al mundo exterior. Comprenda, señor Gordon, que esto no es una prisión. El Estado exige, en principio, que hagamos todo lo que esté en nuestras manos para recuperar a nuestros pacientes, pero no estamos equipados para vigilar estrecha y permanentemente a cuatro mil personas. Los que se las componen para escapar son todos retrasados superiores... aunque no acojamos a muchos de este tipo. Actualmente lo que más recibimos son casos de lesiones cerebrales que exigen una vigilancia constante. Los retrasados superiores pueden ir y venir más fácilmente, y generalmente al cabo de una semana la mayor parte de ellos vuelven, cuando descubren que fuera de aquí nada ha sido hecho para ellos. El mundo no los quiere, y en seguida se dan cuenta de ello.

Bajamos del coche y fuimos hasta uno de los cottages. Dentro, las paredes estaban embaldosadas en blanco y un olor a desinfectante flotaba por el edificio. El vestíbulo de la planta baja se abría sobre una sala de recreo donde estaban sentados unos setenta y cinco chicos, esperando a que sonara la campana del almuerzo. Lo que llamó inmediatamente mi atención fue uno de los mayores, sentado en una silla, en un rincón, que acunaba en sus brazos a otro chico de catorce o quince años. Todos se volvieron para mirarnos cuando entramos, y algunos de los más atrevidos se acercaron y me examinaron.

—No se asuste —dijo, viendo mi expresión—. No le harán ningún daño.

La encargada de la planta, una alta y robusta mujer, con la blusa arremangada y un delantal de algodón sobre su almidonada falda, avanzó hacia nosotros. De su cintura pendía un manojo de llaves que entrechocaban al andar, y sólo cuando giró la cabeza vi que la parte izquierda de su rostro estaba cubierta por una gran mancha color vino.

—Hoy no esperábamos a nadie, Ray —dijo—. Nunca me trae visitantes los jueves.

—Thelma, le presento al señor Gordon, de la Universidad Beekman. Sólo quiere echar una ojeada para hacerse una idea del trabajo que hacemos aquí. Sabía que para usted no tenía ninguna importancia, Thelma. Todo está bien arreglado aquí, sea cual sea el día.

—Oh, sí —dijo ella riendo—, pero los miércoles les damos la vuelta a los colchones. Huele mejor aquí los jueves.

Observé que se mantenía a mi izquierda, de modo que la mancha de su rostro quedara oculta. Me hizo visitar el dormitorio, la lavandería, la despensa y el comedor, donde estaban puestos los cubiertos, no esperando más que los platos que traerían desde la cocina central. Sonreía al hablar y su expresión, su peinado con un moño en la parte superior de la cabeza, hacían que se pareciera a una bailarina de Lautrec, pero nunca me miraba de frente. Me pregunté qué representaría para mí vivir allí bajo su vigilancia.

—Son bastante manejables en este edificio —dijo—, pero ya sabe lo que es esto. Trescientos chicos, setenta y cinco por planta, y sólo somos cinco para cuidar de ellos. No es fácil tenerlos bajo control. Claro que es mejor que en los cottages sucios. El personal no dura mucho allí. Con los bebés no hay mucho problema, pero cuando se trata de adultos y todavía no pueden cuidar de sí mismos, la cosa se vuelve de una suciedad inaudita.

—Usted me parece una persona excelente —dijo—. Los chicos son afortunados teniéndola como encargada de este pabellón.

Rió francamente, mirando siempre frente a ella y mostrando sus blancos dientes.

—No son ni mejores ni peores que los otros. Me gustan mis chicos. No es un trabajo fácil, pero una se siente recompensada cuando sabe la necesidad que tienen de ti. —Su sonrisa se borró un momento—. Los niños normales crecen demasiado aprisa, dejan de necesitarla a una... se van de tu lado... olvidan a quien les ha querido y cuidado. Pero estos tienen necesidad de todo lo que puedas darles... durante toda su vida. —Rió de nuevo, dándose cuenta de que se había puesto demasiado seria—. El trabajo es duro aquí, pero vale la pena.

Cuando volvimos abajo, donde nos esperaba Winslow, sonó la campana del almuerzo y todos los chicos se dirigieron en fila al comedor. Observé que el muchacho que acunaba al más pequeño antes lo llevaba ahora a la mesa cogido de la mano.

—Es sorprendente —dijo, mostrándolos con un gesto de la cabeza.

Winslow inclinó también la cabeza.

—El mayor es Jerry, y el otro es Dusty. Esto lo vemos muy a menudo aquí. Cuando nadie tiene tiempo de ocuparse de ellos, a veces se las arreglan para buscar algún Contacto humano, un afecto entre ellos mismos.

Mientras pasábamos ante uno de los otros cottages en dirección a la escuela, oí un grito seguido de un gemido, repetido como un eco por otras dos o tres voces. Había barrotes en las ventanas.

Winslow se mostró incómodo por primera vez aquella mañana.

—Un cottage de seguridad —explicó—. Retardados con alteraciones emocionales. Si encontraran la ocasión se harían daño a sí mismos o se lo harían a los demás. Los tenemos en el cottage K. Siempre encerrados.

—¿Pacientes con alteraciones emocionales aquí? ¿No tendrían que estar en hospitales psiquiátricos?

—Oh, por supuesto —dijo—, pero es difícil controlarlos. Algunos, que son casos límite, no caen en las alteraciones emocionales hasta después de haber estado un tiempo aquí. Otros nos son enviados por los tribunales, y no podemos hacer otra cosa que admitirlos,

incluso si no tenemos plaza para ellos. El verdadero problema es que no hay plaza para nadie en ninguna parte. ¿Sabe cuántos tenemos en nuestra lista de espera? Mil cuatrocientos. Y quizá tengamos plaza para veinticinco o treinta de ellos de aquí a final de año.

—¿Dónde están esos mil cuatrocientos ahora?

—Con sus familias. En alguna parte afuera, esperando una plaza aquí o en alguna otra institución. Comprenda, nuestro problema de espacio no es el mismo que el de los hospitales repletos. Nuestros pacientes vienen generalmente para quedarse el resto de su vida.

Mientras llegábamos al edificio nuevo de la escuela, una construcción de una sola planta de cristal y cemento con grandes ventanas, intenté imaginarme lo que sería encontrarme como paciente entre aquellos largos corredores. Me vi en medio de una hilera de hombres y muchachos esperando entrar en un aula. Quizá fuera uno de aquellos que empujaban a otro chico en una silla de ruedas, o que guiaban a uno por la mano, o que tenían a otro más joven entre sus brazos.

En una de las clases de carpintería, donde un grupo de los mayores fabricaban bancos bajo la dirección de un profesor, se reunieron todos alrededor nuestro, mirándome con curiosidad. El profesor dejó su sierra y vino hacia nosotros.

—Le presento al señor Gordon, de la Universidad Beekman —dijo Winslow—. Quiere echar una ojeada a algunos de nuestros pacientes. Piensa comprar el lugar.

El profesor se rió y mostró a sus alumnos.

—B-bueno, si p-piensa com-mprar ten-tendrá que comprarlo con nos-otros den-dentro. Y ten-drá que comp-prar más ma-madera para tra-bajar.

Me enseñó el taller. Observé lo tranquilos que estaban todos los chicos. Se afanaban en su trabajo, lijando o barnizando los bancos terminados, pero ninguno hablaba.

—Son m-mis chicos si-silenciosos, ¿sa-sabe? —dijo, como comprendiendo mi muda pregunta—. Sor-sordomudos.

—Tenemos más de un centenar aquí —explicó Winslow— como parte de un estudio especial financiado por el Gobierno Federal.

¡Era increíble! Qué desprotegidos estaban, desarmados en relación con los demás seres humanos. Retrasados mentales, sordomudos... y sin embargo lijaban ardientemente los bancos.

Uno de los chicos que estaba aserrando un tablón de madera en su banco de trabajo detuvo lo que hacía, tocó el brazo de Winslow, y señaló un rincón donde se secaban en estantes numerosos objetos ya terminados. Mostró un pie de lámpara en el segundo estante, después se señaló a sí mismo. Era un trabajo mal acabado, basto, con las pastas mal dadas y el barniz demasiado espeso y desigual. Winslow y el profesor se lo alabaron entusiásticamente, y el chico sonrió orgulloso y me miró, esperando también mis elogios.

—Oh, sí —dije, pronunciando exageradamente las palabras—, es muy bueno... muy bonito. —Lo dije porque él necesitaba oírlo, pero sonaba vacío en mí. El chico me sonrió y, cuando ya nos íbamos, se acercó y me tocó el brazo para decirme adiós. Sentí que las lágrimas acudían a mis ojos y tuve que esforzarme para dominar mi emoción hasta que estuvimos, de nuevo en el corredor.

La directora de la escuela era una pequeña dama rolliza, maternal, que me hizo sentar ante un gran gráfico con indicaciones caligrafiadas, mostrando los distintos tipos de pacientes, el número de maestros que prestaban sus servicios en cada categoría y los temas que se estudiaban.

—Por supuesto —explicó—, ya no recibimos pacientes cuyo C.I. sea relativamente elevado. Los C.I. de sesenta a setenta van cada vez más a las clases especiales de las

escuelas comunales, o a establecimientos particulares que se ocupan de ellos. La mayor parte de los que recibimos son capaces de vivir fuera, en pensiones o casas de familia, y trabajan en tareas sencillas en granjas, talleres o lavanderías...

—O en panaderías —sugerí.

Frunció el ceño.

—Sí, creo que podrían. Así que clasificamos a nuestros niños (yo los llamo a todos niños; sea cual sea su edad, todos son niños aquí), los clasificamos como limpios o sucios. Esto hace la administración de sus cottages más fácil, dividiéndolos de esta manera. Algunos de los sucios son casos graves de lesiones cerebrales, los mantenemos en camas especiales, y allí estarán hasta el fin de sus días...

—O hasta que la ciencia encuentre un medio de acudir en su ayuda.

—Oh —dijo, mirándome con una sonrisa—, temo que estén ya más allá de toda ayuda.

—Nadie está más allá de toda ayuda.

Me miró, insegura.

—No, no, claro, tiene usted razón. Hay que tener siempre esperanza.

La había puesto nerviosa. Sonreí interiormente al pensar en su reacción si me traían allí para ser uno de sus niños. ¿Sería limpio o no?

De regreso al despacho de Winslow, tomamos café mientras charlábamos de su trabajo.

—Es un buen lugar —dijo—. No tenemos psiquiatra fijo, sino tan solo un consultor que viene una vez cada dos semanas. Pero es suficiente. Todos los componentes del personal psiquiátrico se dedican por entero a su trabajo. Hubiera podido contratar a un psiquiatra, pero con el sueldo que hubiera tenido que pagarle puedo contratar a dos psicólogos... gente que no duda en convertir a esos pobres seres en parte de sí mismos.

—¿Qué quiere decir con "parte de sí mismos"?

Me estudió un instante, y en su tranquilidad hubo un asomo de cólera.

—Hay montones de gentes que darían dinero o cosas así, pero muy pocas que estén dispuestas a dar parte de su tiempo o de su afecto. Eso es lo que quiero decir.

Su voz se hizo áspera, y me señaló un biberón vacío en uno de los estantes de la biblioteca, al otro lado de la habitación.

—¿Ve ese biberón?

Le dije que al entrar en su despacho me había preguntado qué hacía allí.

—Bueno, ¿cuántas personas conoce usted que estuvieran dispuestas a coger entre sus brazos a un hombre adulto y darle el biberón? ¿Con el riesgo de que el pobre se le orine o haga sus necesidades encima suyo? Parece usted sorprendido. Desde la cúspide de su torre de marfil de investigador no puede comprender esto, ¿verdad? ¿Qué sabe usted lo que significa ser excluido de toda experiencia humana como lo han sido nuestros pacientes?

No pude reprimir una sonrisa, y eso al parecer lo irritó, pues se puso en pie y cortó bruscamente nuestra conversación. Si vuelvo aquí para quedarme y descubre mi historia, estoy seguro de que comprenderá. Es un hombre que puede hacerlo.

En el coche, alejándome de Warren, no sabía qué pensar. Una sensación gris y helada giraba a mi alrededor... una especie de resignación. No era cuestión de rehabilitación, de curación, de conseguir que aquellos desgraciados recuperaran un día su lugar en el mundo. Nadie había hablado de esperanza. Era una sensación de muerte en vida... o incluso peor, de no haber vivido nunca realmente. Seres vacíos desde su origen y condenados a permanecer marginados en el tiempo y en el espacio durante cada uno de sus días.

Me pregunté acerca de la encargada del cottage con su rostro manchado de vino, y el profesor tartamudo del taller, y la maternal directora, y el joven psicólogo de aspecto cansado, y hubiera querido saber qué los había conducido hasta allá, para trabajar y dedicarse a aquellos seres rudimentarios. Como aquel chico que tenía a uno de sus

compañeros más pequeños entre sus brazos, cada uno de ellos había encontrado una profunda satisfacción haciendo donación de una parte de sí mismos a aquéllos que estaban tan indefensos.

¿Pero qué era de aquéllos que no me habían mostrado?

Quizá muy pronto venga a Warren para pasar aquí el resto de mis días con los demás... esperando.

15 de julio. Cada día voy dejando para mañana el visitar a mi madre. Quiero ir a verla y no quiero. No antes de estar seguro de lo que va a ocurrirme. Veamos primero como va mi trabajo y lo que descubro.

Algernon se niega ahora a recorrer el laberinto, su motivación general ha menguado. Fui a verlo hoy, y Strauss estaba también allí. Nemur y él tenían un aspecto preocupado mientras miraban a Burt dándole de comer a la fuerza. Es extraño ver a esa bolita de pelusa blanca atada a la mesa de trabajo y a Burt embutiéndole la comida con ayuda de un cuentagotas.

Si esto continúa tendrán que terminar alimentándolo por vía intravenosa. Esta tarde, viendo a Algernon debatirse en sus minúsculas ataduras, casi las sentía en torno a mis brazos y piernas, me ahogaba, y he tenido que salir del laboratorio para respirar un poco de aire. Tengo que dejar de identificarme con él.

Fui al Murray's Bar y bebí unos tragos, después llamé a Fay e hicimos el circuito de los clubs. Fay está disgustada porque ya no la llevo a bailar, ayer se enfadó conmigo y me dejó plantado. No tiene la menor idea de mi trabajo y no se interesa por él en absoluto, y cuando intento hablarle de él no hace el menor esfuerzo por ocultar su fastidio. No quiere preocupaciones, y no puedo reprochárselo. Por lo que puedo juzgar, solo hay tres cosas que le interesan: el baile, la pintura, y el sexo. Y lo único que de hecho tenemos en común es el sexo. Es estúpido por mi parte querer interesarla en mi trabajo. Así que se va a bailar sin mí. Me ha dicho que la otra noche soñó que entraba en mi apartamento, prendía fuego a todos mis libros y papeles, y que los dos bailábamos alrededor de las llamas. Tengo que ir con cuidado. Se está volviendo posesiva. Esta noche acabo de darme cuenta de que mi apartamento comienza a parecerse al suyo... un amasijo de cosas. Tengo que dejar de beber.

16 de julio. Alice conoció ayer a Fay. Estaba preocupado por lo que pasaría cuando se encontraran frente a frente. Alice vino a verme después de saber, por Burt, el estado de Algernon. Sabe lo que esto puede significar y sigue sintiéndose responsable por haberme animado al principio.

Tomamos café y charlamos hasta tarde. Sabía que Fay había ido a bailar al Stardust Ballroom y no esperaba que volviera tan pronto a casa. Pero a las dos menos cuarto de la madrugada la repentina aparición de Fay en la escalera de incendios nos sobresaltó. Llamó, empujó la ventana entreabierta y saltó valseando al interior con una botella en la mano.

—Me invito a vuestra fiesta —dijo—. Traigo bebida.

Le había dicho que Alice colaboraba en el proyecto de la universidad y, al principio, le había hablado a Alice de Fay, así que no se sorprendieron al encontrarse. Y después de estudiarse algunos segundos empezaron a hablar de arte y de mí, y todo ello como si olvidaran que yo estaba allí, a su lado. Se habían caído bien mutuamente.

—Voy a hacer café —dije, y huí a la cocina para dejarlas solas.

Cuando volví, Fay, que se había quitado los zapatos, estaba sentada en el suelo y bebía ginebra directamente de la botella. Estaba explicándole a Alice que, para ella, no había nada mejor que los baños de sol para el cuerpo humano, y que las colonias de nudistas eran la solución a los problemas morales del mundo.

Alice reía nerviosamente ante la proposición de Fay, que quería que nos inscribiéramos los tres en una colonia de nudistas, y se inclinó hacia adelante para aceptar el vaso de ginebra que le había llenado Fay.

Nos sentamos a charlar hasta el alba, e insistí en acompañar a Alice a su casa. Cuando protestó diciendo que no era necesario, Fay me apoyó declarando que ella enloquecería si tuviera que ir sola por las calles a estas horas. Así que bajé con ella y llamé un taxi.

—Tiene un algo —dijo Alice por el camino—, y no sé qué es. Su franqueza, su confiado candor, su desinteresada generosidad...

Asentí.

—Y te quiere —dijo Alice.

—No. Quiere a todo el mundo —insistí—. Yo no soy más que el vecino de al lado.

—¿No estás enamorado de ella?

Sacudí la cabeza.

—Usted es la única mujer a quien he amado.

—No hablemos de esto.

—Entonces me corta un gran tema de conversación.

—Sólo hay una cosa que me preocupa, Charlie. Que bebas tanto. He oído hablar de lo que viene a veces a continuación.

—Dígale a Burt que limite sus observaciones y sus informes a los datos experimentales. No quiero que la preocupe con respecto a mí. Puedo arreglármelas por mí mismo en lo que se refiere a la bebida.

—Ya he oído decir esto antes.

—Pero nunca en lo que a mi respecta.

—Esa es la única objeción que tengo contra ella —dijo—. Te ha arrastrado a la bebida y te ha impedido llevar a cabo tu trabajo.

—Puedo arreglármelas también con esto.

—Ese trabajo es ahora muy importante, Charlie. No sólo para el mundo y millones de seres desconocidos, sino también para ti. Charlie, tienes que encontrar la solución de este problema para ti mismo. No dejes que nadie te ate las manos.

—Así que esa es la razón —interrumpí—. Querría que la viera menos a menudo.

—No he dicho eso.

—Pero es lo que ha querido decir. Si me impide llevar a cabo mi trabajo, tengo que borrarla de mi vida.

—No, no creo que tengas que borrarla de tu vida. La necesitas. Necesitas una mujer que conozca la vida como la conoce ella.

—También la necesito a usted.

Desvió la mirada.

—No de la misma manera que ella. —Me miró de nuevo a la cara—: Esta noche he venido a tu apartamento dispuesta a odiarla. No quería verla más que como una chica despreciable y estúpida que te llenaba los sesos, y tenía grandes planes para interponerme entre vosotros y salvarte de sus garras aunque no quisieras. Pero ahora que la he conocido me doy cuenta de que no puedo juzgar su conducta. Creo que la necesitas. Y esto me desarma. Siento simpatía hacia ella, aunque desaprobe lo que hace. Pero pese a ello, si tienes que pasarte la vida bebiendo con ella y perdiendo el tiempo yendo a bailar con ella a los clubs y a los cabarets, entonces es un obstáculo en tu camino. Y es un problema que sólo tú puedes resolver.

—¿Otro más? —sonreí.

—¿Eres capaz? Estás muy ligado a ella. Me doy cuenta.

—No tan ligado.

—¿Le has dicho la verdad acerca de ti?

—No.

La vi relajarse imperceptiblemente. Al guardar mi secreto para mí no me había entregado enteramente a Fay. Por maravillosa que fuera, nunca lo hubiera entendido: Alice y yo lo sabíamos.

—Tenía necesidad de ella —dije— y, en cierto modo, ella tenía necesidad de mí, de modo que vivir uno junto al otro era llamémosle cómodo, y eso es todo. Pero nunca le llamaría a eso amor... y no es lo mismo que existe entre nosotros.

Bajó los ojos y miró sus manos, con el ceño fruncido.

—No estoy segura de saber lo que existe entre nosotros.

—Un sentimiento tan profundo y absoluto que el Charlie que aún vive en mí se horroriza cada vez que parece que haya la menor oportunidad de que haga el amor con usted.

—¿Y no con ella?

Me encogí de hombros.

—Por eso sé que con ella no es importante. No lo es tanto como para que Charlie se asuste.

—¡Magnífico! —exclamó—. E infernalmente irónico. Cuando hablas así de él lo odio por interponerse entre nosotros. Estás convencido de que no te dejará nunca... no nos dejará nunca...

—No lo sé. Espero que lo haga algún día.

La dejé en su puerta. Nos estrechamos la mano y sin embargo, extrañamente, fue algo mucho más definitivo, más íntimo que un beso.

Volví a casa e hice el amor con Fay, pero mientras lo hacíamos no pude dejar de pensar en Alice.

27 de julio. Trabajo sin parar. Pese a las protestas de Fay, me he hecho instalar una cama en el laboratorio. Se está volviendo demasiado posesiva y demasiado celosa de mi trabajo. Creo que podría tolerar a otra mujer, pero no esta dedicación completa a una actividad que no puede seguir. Temía que eso iba a ocurrir, pero ya no tengo ninguna paciencia con ella. Necesito todos los momentos para mi trabajo... y me irrito con cualquiera que intente robarme algo de mi tiempo.

Aunque la mayor parte de los momentos que dedico a escribir están consagrados a las notas que guardo en un dossier aparte, de tanto en tanto debo pasar al papel mis pensamientos y mis estados de ánimo, aunque sólo sea por puro hábito.

El análisis de la inteligencia es un estudio apasionante. En cierto modo, es el problema que más me ha interesado en toda mi vida. A ello es a lo que debo aplicar todos los conocimientos que he acumulado.

El tiempo ha adquirido ahora una nueva dimensión: el trabajo y la concentración para la búsqueda de una solución. El mundo a mi alrededor y mi pasado parecen lejanos y deformados, como si el tiempo y el espacio fueran una pasta de modelar que se puede alargar, redondear, retorcer y deformar hasta que no pueda ser reconocida. Los únicos objetos reales son las jaulas y los ratones y el instrumental de este laboratorio, en el cuarto piso del edificio principal.

Ya no existen ni día ni noche. Debo llevar a cabo toda una vida de investigación en algunas semanas. Sé que debería descansar, pero no puedo hacerlo hasta que no sepa la verdad sobre lo que va a ocurrir.

Alice representa ahora una gran ayuda para mí. Me trae bocadillos y café, pero no me pregunta nada.

Acerca de mi percepción: todo es nítido y claro, cada sensación es excitada y avivada hasta tal punto que los rojos, los amarillos y los azules resplandecen. Dormir aquí produce un extraño efecto. El olor de los animales de laboratorio, perros, monos, ratones, me arrastra en un torbellino de recuerdos, y me es difícil saber si experimento una nueva sensación o si vuelve a mí una sensación antigua. Es imposible descifrar la proporción de

recuerdos y lo que existe en el presente, ya que se forma una extraña mezcla de recuerdos y realidad, de pasado y presente, de reacción a los estímulos almacenados en mis centros cerebrales y de reacción a los estímulos provenientes de esta sala. Es como si todo lo que he aprendido se hubiera fundido en un universo de cristal que gira ante mí de tal modo que puedo ver brillar todas sus facetas en espléndidos estallidos de luz...

Un mono sentado en medio de su jaula me observa con sus ojos indolentes, se frota las mejillas con sus pequeñas manos de viejo... chi... chii... chiii... y salta a los barrotes de su jaula, trepa para balancearse encima del otro mono sentado que mira al vacío. Se orina, defeca, suelta un pedo, me mira y ríe...chiii... chiiii... chiii...

Y salta, da una voltereta, salta por el aire, vuelve a caer, se columpia, intenta pillar la cola del otro mono, pero este, sentado en la barra, lo rechaza sin miramientos fuera de su alcance. Gentil mono... hermoso mono... de ojos vivaces y cola ágil. ¿Puedo darle un cacahuete? ¡No!, grita el guardián. El cartel dice que no hay que darles comida a los animales. Es un chimpancé. ¿Puedo acariciarlo? No. Quiero acariciar al chin-pan-zé. No hay nada que hacer, así que vamos a ver a los elefantes.

Afuera, una multitud se pasea al sol con ropa de primavera.

Algernon está acostado entre sus excrementos, inmóvil, y el olor es más fuerte que nunca. ¿Qué va a ser de mí?

28 de julio. Fay tiene un nuevo amigo. Ayer volví a casa deseoso de reunirme con ella. Pasé primero por mi apartamento y tomé una botella, después salí a la escalera de incendios. Pero afortunadamente miré antes de entrar. Estaban en el sofá. Es extraño, pero no me hizo ningún efecto. Casi fue un alivio.

Volví al laboratorio, para trabajar con Algernon. Hay momentos en que sale de su letargo. De tanto en tanto recorre el laberinto transformable, pero si se equivoca y se encuentra con el camino bloqueado reacciona violentamente. Cuando llegué al laboratorio fui a verlo. Estaba despierto y vino hacia mí como si me reconociera. Tenía ganas de trabajar y cuando lo hice pasar por la puertecilla corredera al laberinto de techo enrejado corrió rápidamente por los pasillos hasta alcanzar la llegada. Por dos veces recorrió con éxito el laberinto. A la tercera vez hizo la mitad del recorrido, se detuvo en un cruce, y con un movimiento de duda, tomó el pasillo erróneo. Vi lo que iba a pasar y hubiera querido inclinarme y cogerlo antes de que llegara a la barrera que bloqueaba el camino, pero me contuve y lo observé.

Cuando se dio cuenta de que seguía un recorrido que no reconocía, refrenó su marcha y sus actos se hicieron desordenados: avanzar, detenerse, volver hacia atrás, dar media vuelta, avanzar de nuevo, hasta alcanzar finalmente el callejón sin salida que, con una pequeña descarga eléctrica, le advertía que se había equivocado. En aquel momento, en lugar de volver atrás para seguir el otro camino, empezó a girar en círculos, chillando como una aguja de tocadiscos mal reglada. Se arrojaba contra las paredes del laberinto, caía, y volvía a arrojarse de nuevo. Por dos veces se colgó de la tela metálica del techo, chillando muy fuerte, después se soltó y lo intentó de nuevo, desesperadamente. Por fin, se acurrucó hasta formar una apretada pelotita.

Cuando la tomé no ofreció ninguna resistencia, pero permaneció en una especie de estupor cataléptico. Cuando yo movía su cabeza o sus patas se quedaban como las había dejado, como si fueran de cera. La puse en su jaula y la observé hasta que pasó el estupor, en cuyo momento empezó a comportarse normalmente.

Lo que se me escapa es la razón de su regresión. ¿Es un caso especial? ¿Una reacción aislada? ¿O hay un principio general de fracaso común a todo el proceso? Tengo que encontrar el motivo.

Si lo descubro, si añado aunque sólo sea una mota de información a lo que ya puede haber sido hallado respecto al retraso mental y la posibilidad de acudir en ayuda de otros

como yo, me sentiré satisfecho. Ocurra lo que me ocurra, habré vivido millones de vidas con lo que pueda aportar a todos aquellos que aún no han nacido.

No pido más.

31 de julio. Estoy a punto de descubrirlo. Lo presiento. Todos creen que me mato trabajando a este ritmo, pero lo que no comprenden es que vivo en la cúspide de una lucidez y una belleza cuya existencia ignoraba hasta ahora. Cada parte de mí mismo está en perfecta armonía con este trabajo. Durante el día me impregno de él por todos los poros y, por la noche —en los instantes que preceden al sueño— las ideas estallan en mi cabeza como fuegos artificiales. No hay mayor alegría que el estallido de la solución de un problema.

Es increíble que esta bullente energía, este entusiasmo que anima todo lo que hago, me pueda ser quitado. Es como si todos los conocimientos que he absorbido en el transcurso de los últimos meses se combinaran para elevarme hacia un apogeo de luz y de comprensión. Es la belleza, el amor y la verdad reunidos. Es la alegría. Y ahora que he encontrado todo esto, ¿cómo puedo abandonarlo? La vida y el trabajo es lo más maravilloso que puede tener un ser humano. Estoy apasionado por lo que hago ya que la solución del problema está en mi cerebro y pronto —muy pronto— estallará en mi mente. Ruego a Dios que me deje resolver este único problema, es su solución lo que deseo, no quiero nada más, y aunque no lo consiga intentaré estarle reconocido por todo lo que me ha dado.

El nuevo amigo de Fay es un profesor de baile del Stardust Ballroom. No puedo odiarle porque tengo tan poco tiempo para dedicarlo a ella.

11 de agosto. Hace dos días que estoy en un callejón sin salida. Nada. En algún lugar me he equivocado de camino, puesto que encuentro respuestas a montones de preguntas, pero no a la más importante de todas: ¿en qué afecta la regresión de Algernon a la hipótesis básica de todo el experimento?

Afortunadamente, sé lo suficiente sobre los procesos mentales como para que este bloqueo no me preocupe demasiado. Antes que desanimarme y abandonar (o, lo que sería peor, encegarme buscando respuestas que no acuden), debo arrojar el problema de mi cabeza durante un tiempo y dejarlo madurar. He ido tan lejos como he podido a nivel consciente, y ahora se trata de afrontar esas misteriosas operaciones que se desarrollan por debajo del nivel de la consciencia. Es algo inexplicable constatar hasta qué punto todo lo que he aprendido me conduce hasta este problema. Encegarse demasiado en él no hace más que bloquearlo. ¿Cuántos grandes problemas han quedado irresueltos porque los investigadores no sabían lo suficiente acerca de ellos, o no tenían bastante confianza en el proceso de creatividad ni en sí mismos como para dejar que todo su cerebro trabajara en ellos?

Así pues, ayer decidí dejar a un lado el trabajo por un momento y acudir al cóctel que daba la señora Nemur en honor de los dos miembros del consejo de la Fundación Welberg que contribuyeron a que su marido obtuviera la subvención. Tenía intención de llevar a Fay, pero pretextó que tenía una cita y prefería ir a bailar.

Fui a la velada con la firme intención de ser amable y hacer amigos. Pero desde hace un tiempo tengo dificultades en comunicar con la gente. No sé si es culpa mía o de ellos, pero todo intento de conversación se desvanece siempre al cabo de uno o dos minutos y en su lugar se levanta una barrera. ¿Acaso tienen miedo de mí? ¿O tal vez simplemente no les interesa lo que yo digo, y lo mismo ocurre a la recíproca?

Bebí un trago y vagué por el salón. Se habían formado pequeños grupos de gente sentada que conversaba sobre temas en los que considero imposible mezclarme. Finalmente, la señora Nemur me tomó de la mano y me presentó a Hiram Harvey, uno de los miembros del consejo de la Fundación. La señora Nemur es una mujer seductora,

rozando la cuarentena, cabellos rubios, muy maquillada, con grandes uñas lacadas en rojo. Pasó su brazo bajo el de Harvey.

—¿Cómo va esa investigación? —indagó.

—Tan bien como puede esperarse. En estos momentos intento resolver un problema difícil.

Encendió un cigarrillo y me sonrió.

—Sé que todos los que trabajan en este proyecto le están reconocidos por haberse integrado en él y ayudarles a llegar a buen fin. Pero imagino que usted preferiría trabajar en investigaciones personales. Debe ser un poco aburrido reemprender el trabajo de alguien, en lugar de otro que uno haya concebido y creado por sí mismo.

Era inteligente, no cabía duda. No quería que Harvey olvidara que el mérito era de su marido. No pude impedir el devolverle la pelota.

—Nadie emprende nunca algo nuevo, señora Nemur. Todo el mundo edifica sobre los fracasos de los demás. No hay nada realmente original en ciencia. Lo que cuenta es lo que cada uno aporta al total de conocimientos.

—Por supuesto —dijo ella, dirigiéndose a su invitado de mayor edad antes que a mí—. Es lamentable que el señor Gordon no hubiera estado allí un poco antes para ayudar a resolver esos últimos pequeños problemas —se rió—. Pero... oh, lo olvidaba, usted no estaba en condiciones de llevar a cabo experimentaciones psicológicas.

Harvey se rió a su vez, y pensé que era mejor que me callase. Bertha Nemur no me dejaría decir la última palabra y, si íbamos más lejos, la cosa podría convertirse en desagradable.

Vi al doctor Strauss y a Burt que hablaban con el otro miembro de la Fundación Welberg, George Raynor. Strauss estaba diciendo:

—El problema, señor Raynor, es obtener medios financieros suficientes para trabajar en proyectos como éste, sin verse frenados por obstáculos relacionados con el empleo del dinero. Cuando las cantidades están afectas a propósitos muy específicos, no se puede realmente trabajar.

Raynor asintió con la cabeza y agitó su grueso cigarro hacia el grupito que lo rodeaba.

—El verdadero problema es convencer al consejo que este tipo de investigaciones tienen un valor práctico.

Strauss asintió a su vez con la cabeza.

—El punto sobre el cual querría insistir es que este dinero va destinado a la investigación. Nadie puede saber jamás si un proyecto cristalizará en un resultado útil. Los resultados son a menudo negativos. Aprendemos que algunas cosas no son ciertas... y esto es tan importante como un descubrimiento positivo para aquel que reemprenda la investigación a partir de allí. Al menos, sabrá lo que no tiene que hacer.

Al acercarme a su grupo, vi a la esposa de Raynor, a la que ya había sido presentado. Era una hermosa morena de unos treinta años. Me miraba con ojos muy abiertos, o mejor dicho miraba por encima de mi cabeza como si esperara a que surgiera algo de allí. La miré a mi vez, y se sintió incómoda. Se volvió hacia el doctor Strauss.

—¿Y cómo va el proyecto en curso? ¿Preven poder utilizar esas técnicas sobre otros retrasados mentales? ¿Podrán ser utilizadas en el mundo entero?

Strauss se encogió de hombros y me señaló con la cabeza.

—Es aún demasiado pronto para decirlo. Su marido nos ayudó a incluir a Charlie en el proyecto, y depende mucho de lo que él encuentre.

—Por supuesto —intervino el señor Raynor—, todos comprendemos la necesidad de la investigación pura en un campo como el suyo. Pero será una bendición para nuestro prestigio si podemos presentar un método verdaderamente aplicable para obtener resultados permanentes fuera del laboratorio, y si podemos mostrar al mundo que de todo ello resulta un bien tangible.

Fui a decir algo, pero Strauss, que sin duda presentía lo que yo iba a decir, se levantó y pasó su brazo por mis hombros.

—Todos en Beekman sabemos que el trabajo que realiza Charlie es de la máxima importancia. Su papel es ahora descubrir la verdad, sea cual sea su resultado. Dejamos a la Fundación las relaciones públicas y la educación de la sociedad.

Sonrió a los Raynor y me arrastró por el brazo.

—No es eso lo que iba a decir —exclamé.

—Me he dado cuenta —murmuró, apretándome el codo—. He visto en tus ojos una luz que me ha indicado que ibas a echarme sobre ellos. Y no podía dejar que lo hicieras, ¿no crees?

—Es verdad —admití, tomando otro martini.

—¿Es bueno para ti beber tanto?

—No, pero intento distraerme un poco y creo que he escogido mal el lugar.

—Bueno, tómatelo con tranquilidad —dijo—, y no te busques complicaciones esta noche. Esa gente no son imbéciles. Saben lo que puedes pensar de ellos y, aunque tú no los necesites, nosotros sí.

Le hice un saludo.

—Lo intentaré, pero procure tener a la señora Raynor un poco apartada de mí. Voy a decirle algo si continúa mirándome de este modo.

—¡Chiiiiist! —murmuró—. Va a oírte.

—¡Chiiiiist! —hice eco—. Lo siento. Voy a ir a sentarme a un rincón y mantenerme alejado de todo el mundo.

La neblina me rodeaba, pero a su través podía ver a la gente que me miraba. Supongo que debía estarme hablando a mí mismo... demasiado audiblemente. No recuerdo lo que decía. Un poco después tuve la sensación de que la gente se iba anormalmente pronto, pero no le presté demasiada atención hasta que Nemur se me acercó y se plantó ante mí.

—¿Quién crees que eres para comportarte de este modo? Nunca vi una grosería tan insoportable en mi vida.

Conseguí levantarme.

—Veamos, ¿qué es lo que le hace decir esto?

Strauss intentó contenerlo, pero Nemur se aclaró la garganta y farfulló:

—Lo digo porque no sientes ninguna gratitud ni tienes ninguna consideración hacia las circunstancias. Después de todo les debes mucho a esa gente, si no a nosotros... y desde varios puntos de vista.

—¿Desde cuándo un cobayo tiene que mostrar reconocimiento? —grité—. He servido a sus fines y ahora intento rectificar sus errores, así que ¿qué infiernos le debo a quién?

Strauss hizo un movimiento para hacerme callar pero Nemur lo detuvo.

—Espera un momento. Quiero oír eso. Creo que ya es tiempo de que lo suelte.

—Ha bebido demasiado —dijo su mujer.

—No tanto como eso —gruñó Nemur—. Se le entiende bien. He aguantado muchas cosas de él. Ha puesto en peligro —si es que no destruido— nuestra obra, y ahora quiero oír de su boca lo que para él es su justificación.

—Oh, vamos —dije—. Usted no siente el menor deseo de oír la verdad.

—Pero díla, Charlie. Al menos tu versión de la verdad. Quiero saber si sientes alguna especie de gratitud por todo lo que se te ha dado... las facultades que has adquirido, las cosas que has aprendido, las experiencias que has tenido. ¿O tal vez piensas que estabas mejor antes?

—En algunos aspectos, sí.

Esto lo sorprendió.

—He aprendido mucho en estos últimos meses —dije—. No solamente sobre Charlie Gordon, sino también sobre la vida y la gente, y he descubierto que nadie se interesa

realmente por Charlie Gordon, sea un retrasado o un genio. Entonces, ¿qué diferencia hay?

—Oh —dijo Nemur—, te lamentas por ti mismo. ¿Pero qué es lo que esperabas? Este experimento estaba calculado para aumentar tu inteligencia, no para que todo el mundo te quisiera. Nosotros no teníamos ningún control sobre lo que le ocurriría a tu personalidad, y así, de un joven retrasado pero simpático, te has convertido en un bastardo arrogante, egocéntrico y antisocial.

—El problema, mi querido profesor, es que usted quería a alguien a quien pudiera volver inteligente, pero que pudiera ser mantenido en una jaula y exhibido cuando fuera necesario para que usted pudiera recoger los honores que andaba buscando. Lástima que yo soy una persona.

Estaba furioso, y veía que dudaba entre la idea de terminar con aquello y la de intentar aún otra vez hundirme.

—Eres injusto, como siempre. Sabes que siempre te hemos tratado bien, que hemos hecho por ti todo lo que hemos podido.

—Todo, salvo tratarme como un ser humano. Cuantas veces se ha vanagloriado de que yo no era nada antes del experimento, y sé el porqué. Porque, si yo no era nada, usted me habría creado, y así se convertiría en mi dueño y señor. Se irrita porque no hago testimonio público de mi gratitud a todas las horas del día. Pues bien, créalo o no, le estoy reconocido. Pero lo que usted ha hecho por mí —por maravilloso que pueda ser— no le da derecho a tratarme como a un animal de experimentación. Soy un individuo ahora, y Charlie también lo era antes de que entrara por primera vez al laboratorio. ¡Parece sorprendido! Sí, de pronto acabamos de descubrir que siempre he sido una persona —incluso antes— y esto desafía su creencia según la cual una persona que tenga un C.I. inferior a 100 no es digno de consideración. Profesor Nemur, creo que, cuando me mira, su conciencia lo atormenta.

—Ya he oído bastante —exclamó— Estás borracho.

—No —repliqué—. Porque, si lo estuviera, vería otro Charlie Gordon distinto al que conoce ahora. Sí, al otro Charlie Gordon, el que desapareció en las sombras, está siempre aquí, entre nosotros. En mi.

—Ha perdido la cabeza —dijo la señora Nemur—. Habla como si existieran dos Charlie Gordon. Será mejor que lo examine, doctor.

El doctor Strauss agitó la cabeza.

—No. Sé lo que quiere decir. Se manifestó recientemente en las sesiones de psicoterapia. Desde hace aproximadamente un mes se ha evidenciado una extraña disociación. Ha experimentado varias veces la sensación de verse a sí mismo como era antes de la experiencia —en tanto que individuo distinto y separado que tiene aún una existencia real al nivel de su consciente—, como si el antiguo Charlie Gordon luchara por tomar de nuevo posesión de su cuerpo.

—¡No! ¡Yo no he dicho nunca esto! No lucha por tomar de nuevo posesión de su cuerpo. Charlie está ahí, de acuerdo, pero no lucha conmigo. Simplemente espera. Nunca ha intentado dirigir mis actos ni impedirme hacer lo que yo quería hacer —después, recordando a Alice, rectifiqué—: Bien, casi nunca. El Charlie humilde, discreto, del que hablaban hace un momento, espera pacientemente. Confieso que lo aprecio por muchas razones, pero no por su humildad ni por su discreción. He aprendido lo que esto degrada a una persona en nuestro mundo.

—Te has vuelto cínico —dijo Nemur—. Esto es todo lo que te ha dado esta oportunidad. Tu genio ha destruido tu fe en el mundo y en tu prójimo.

—Esto no es totalmente cierto —dije suavemente—. Pero he aprendido que la inteligencia por sí sola no significa gran cosa. Aquí, en su Universidad, la inteligencia, la educación, el saber, se han convertido en grandes ídolos. Pero ahora sé que hay un

detalle que han olvidado: la inteligencia y la educación que no han sido templadas en el afecto humano no valen gran cosa.

Tomé otro martini del bar y proseguí mi sermón.

—Entiéndanme bien —dije—. La inteligencia es uno de los mayores dones del hombre. Pero demasiado a menudo la búsqueda del saber oculta la búsqueda del amor. Esta es otra de las cosas que he descubierto por mí mismo recientemente. Se la ofrezco en forma de hipótesis:

la inteligencia sin la capacidad de dar y recibir un afecto conduce al derrumbe mental y moral, a la neurosis e incluso a la psicosis. Y digo que la mente absorbida en un interés egoísta tomado como un fin en sí mismo, con exclusión de toda relación humana, no puede conducir más que a la violencia y al dolor.

«Cuando era un retrasado tenía montones de amigos. Ahora no tengo ninguno. Oh, conozco a mucha gente. Montones y montones de gente. Pero no tengo verdaderos amigos. No como los tenía en la panadería. No hay en el mundo un amigo que signifique algo para mí, y nadie para quien yo signifique algo. —Me di cuenta de que mi lengua se volvía estropajosa y mi cabeza giraba—. Esto no puede ser justo, ¿no creen? —insistí—. Quiero decir, ¿qué piensan sobre esto? ¿Piensan que esto... es... justo?

Strauss se acercó y me tomó del brazo.

—Charlie, será mejor que te echés un rato. Has bebido demasiado.

—¿Por qué me miran todos así? ¿Qué he dicho mal? ¿He dicho algo que no sea cierto? Nunca he querido decir nada que no fuera cierto.

Me daba cuenta de que las palabras se volvían pastosas en mi boca, como si me hubieran inyectado novocaína en el rostro. Estaba borracho... había perdido todo control sobre mí mismo. En aquel momento, casi como si apretara un botón, estuve contemplando la escena desde la puerta del comedor, y me vi como si fuera otro Charlie... allá junto al bar, con un vaso en la mano y enormes ojos asustados.

—Siempre intento hacerlo todo lo mejor que puedo. Mi madre me enseñó a ser siempre amable con la gente porque, decía, así nunca te crearás enemistades y tendrás siempre muchos amigos.

Podía ver, por el modo como se balanceaba y se retorció, que tenía imperiosa necesidad de ir al lavabo. Oh, Dios mío, no delante de ellos.

—Excúsenme, por favor —dije—. Tengo que irme... —no sé cómo, en aquel estado de embriaguez conseguí alejarlo de ellos y llevarlo hasta los servicios.

Llegó a tiempo y, al cabo de un momento, recobré el control. Apoyé mi mejilla contra las baldosas de la pared y después me refresqué la cara con agua fría. Vacilaba aún un poco, pero podía dominarme.

Entonces vi a Charlie que me miraba desde el espejo encima del lavabo. No sé como supe que era él y no yo. Quizá por la expresión ausente e inquieta de su rostro. Sus ojos redondos y asustados como si, a mi primera palabra, fuera a huir y hundirse en las profundidades del mundo del espejo. Pero no huía. Me miraba fijamente, con la boca abierta, la mandíbula caída.

—Hola —dije—. Así que finalmente has venido a enfrentarte conmigo.

Frunció ligeramente el ceño, como si no comprendiera lo que quería decirle, como si quisiera una explicación, pero no sabía cómo pedírmela. Después renunció, y sus labios se curvaron en una sonrisita forzada.

—Quédate aquí, frente a mí —grité—. Ya estoy harto de que me espíes desde las puertas y los rincones oscuros donde no puedo cogerte.

Continué mirándome.

—¿Quién eres, Charlie?

Ninguna respuesta salvo su sonrisa.

Sacudí la cabeza y él sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Oh, vamos —dije—. Has de querer algo. Me sigues siempre...

Bajó la vista, y yo miré mis manos para ver lo que miraba.

Quieres que te las devuelva, ¿no? Quieres que me vaya para poder regresar y empezar desde el punto donde te quedaste. No te lo reprocho. Después de todo es tu cuerpo y tu cerebro... y tu vida, incluso aunque no fueras capaz de hacer gran uso de ella. No tengo derecho a quitarte todo esto. Ni nadie. ¿Quién puede decir que mi luz vale más que tu oscuridad? ¿Quién puede decir que la muerte es mejor que tu oscuridad? ¿Quién soy yo para permitirme decirlo?...

"Pero voy a decirte algo más, Charlie —me erguí y me aparté del espejo—. Yo no soy tu amigo. Soy tu enemigo. No abandonaré mi inteligencia sin luchar. No voy a volver a bajar a esa caverna. No hay ningún lugar donde yo pueda ir ahora, Charlie. Así que es preciso que tú no vuelvas. Quédate en mi inconsciente, ese es tu lugar, y deja de seguirme por todas partes. No voy a abandonar... pese a lo que puedan pensar los demás. Por solitario que pueda ser mi combate. Quiero conservar lo que me han dado, y hacer grandes cosas para el mundo y para aquellos que son como tú.

Al girarme hacia la puerta, tuve la impresión de que me tendía la mano. Pero todo aquello era ridículo. Sencillamente estaba borracho, y él no era más que mi propia imagen en el espejo.

Cuando salí Strauss quiso meterme en un taxi, pero le aseguré que me encontraba perfectamente y que podía volver solo a casa. No necesitaba más que un poco de aire y no quería que nadie me acompañara. Quería volver a pie, solo.

Me veía tal y como me había vuelto realmente: Nemur lo había dicho. Era un bastardo arrogante y egocéntrico. Al revés de Charlie, era incapaz de hacer amigos o de pensar en los demás y en sus problemas. No me preocupaba más que de mí y solamente de mí. Durante un momento, en el espejo, me había visto con los ojos de Charlie... me había observado y había visto en qué me había convertido. Y sentía vergüenza.

Dos horas más tarde me hallé ante la casa de apartamentos. Subí la escalera y tomé el pasillo débilmente iluminado. Al pasar delante del apartamento de Fay vi luz y me giré hacia la puerta. Pero en el momento en que iba a llamar oí su voz y la risa de un hombre en respuesta.

Llegaba demasiado tarde.

Entré despacio en mi apartamento y me quedé allí un momento, en la oscuridad, sin atreverme a dar un paso, sin atreverme a encender la luz. Me quedé simplemente allí, y sentí un torbellino en mis ojos.

¿Qué me ha ocurrido? ¿Por qué estoy tan solo en el mundo?

4:30 A.M. La solución ha llegado hasta mí justo en el momento en que me dormía. ¡Iluminación! Todo encaja, y ahora veo lo que tendría que haber sabido desde el principio. No puedo dormir más. Debo volver al laboratorio y verificarlo todo con los resultados del ordenador. Ahí está por fin el fallo del experimento. Lo he encontrado.

¿Qué va a ser ahora de mí?

26 de agosto. Carta al profesor Nemur (copia).

Querido profesor Nemur:

En sobre aparte le envió un ejemplar de mi informe titulado «El efecto Algernon-Gordon: un estudio sobre la estructura y el funcionamiento de la inteligencia incrementada», que puede usted publicar si lo considera oportuno.

Como usted sabe, mis investigaciones han terminado. He incluido en mi informe todas mis fórmulas, así como los análisis matemáticos de los datos señalados en el índice. Por supuesto, tienen que ser verificados.

Los resultados son claros. Los aspectos más espectaculares de mi rápida ascensión no pueden disimular los hechos. Las técnicas de cirugía y de quimioterapia desarrolladas por

usted y el doctor Strauss deben ser consideradas —en el momento presente— como carentes de toda aplicación práctica para el incremento de la inteligencia humana.

Tomemos el caso de Algernon: aunque sea todavía físicamente joven, mentalmente ha sufrido una regresión. Actividad motriz debilitada, reducción general de las funciones glandulares, pérdida acelerada de coordinación, y fuerte indicación de amnesia progresiva.

Tal como demuestro en mi informe, esos síndromes de deterioro físico y mental, y otros, pueden ser predichos con resultados estadísticamente significativos, por la aplicación de mi nueva fórmula. Aunque el estímulo quirúrgico al que ambos hemos sido sometidos haya producido una intensificación y una aceleración de todos los procesos mentales, el fallo, que me he permitido llamar el "Efecto Algernon-Gordon", es la consecuencia lógica de toda esta estimulación de la inteligencia. La hipótesis aquí demostrada puede ser definida sencillamente en los siguientes términos:

LA INTELIGENCIA INCREMENTADA ARTIFICIALMENTE SE DETERIORA EN EL TIEMPO A UN RITMO DIRECTAMENTE PROPORCIONAL A LA AMPLITUD DEL INCREMENTO.

Mientras sea capaz de escribir continuaré anotando mis pensamientos y mis ideas en mis Informes de Progresos. Es uno de mis pocos placeres solitarios, y estoy seguro de que servirán para redondear esta investigación. De todos modos, según todas las indicaciones, mi propia deterioración mental será muy rápida.

He controlado y vuelto a controlar diez veces mis datos, con la esperanza de encontrar un error en ellos, pero lamento tener que decir que los resultados deben ser mantenidos. Sin embargo, estoy satisfecho de la pequeña contribución que apporto aquí al conocimiento del funcionamiento de la mente humana y de las leyes que gobiernan el incremento artificial de la inteligencia humana.

La otra noche, el doctor Strauss decía que el fracaso de un experimento, la refutación de una teoría, eran tan importantes para el avance del conocimiento como pueda serlo un éxito. Ahora sé que esto es cierto.

Sin embargo, lamento que mi propia contribución en este campo tenga que apoyarse en las cenizas del trabajo de su grupo, y especialmente del de aquellos que tanto han hecho por mí.

Anexo: informe.

Con copia a: Doctor Strauss.

Fundación Welberg.

Sinceramente, Charlie Gordon.

1 de setiembre. No debo dejarme ganar por el pánico. Pronto aparecerán los síntomas de inestabilidad emocional y de pérdida de memoria, los primeros síntomas del fin. ¿Podré reconocerlos en mí mismo? Todo lo que puedo hacer ahora es continuar anotando mi estado mental tan objetivamente como me sea posible, recordando que este diario psicológico será el primero en su género, y tal vez el último.

Esta mañana Nemur envió a Burt con mi informe y los datos estadísticos a la Universidad Hallston, a fin de que las mayores autoridades en este campo verifiquen mis resultados y la aplicación de mis fórmulas. Durante la pasada semana, Burt fue encargado de examinar minuciosamente mis experimentos y mis gráficos metodológicos. No tendría que extrañarme de sus precauciones. Después de todo, yo soy solamente Charlie-el-neófito, y le es difícil a Nemur admitir que mis trabajos pasen por encima de los suyos. Ha llegado a creer en el mito de su propia autoridad y, después de todo, yo no soy más que un intruso.

Ya no me preocupa lo que él piense, ni tampoco lo que piense cualquier otro de entre ellos. Ya no tengo tiempo. El trabajo está hecho, los datos han quedado establecidos, y lo único que queda por ver es si he proyectado con la suficiente exactitud la curva sobre los elementos relativos al caso Algernon para predecir lo que va a ocurrirme a mí.

Alice lloró cuando le comuniqué esas noticias. Después se marchó corriendo. Tengo que convencerla de que no hay ninguna razón para que se sienta culpable.

2 de setiembre. Todavía no se produce nada definido. Me muevo en un silencio de deslumbrante luz blanca. Todo a mi alrededor está a la espera. Sueño que estoy solo en la cumbre de una montaña, y contemplo el panorama en torno mío, verdes y amarillos... y el sol en su cenit, que reduce mi sombra a una apretada bola bajo mis pies. Cuando el sol descende en el cielo de la tarde, la sombra se estira y se alarga hacia el horizonte, larga y delgada, y muy lejos tras de mí...

Debo repetir aquí lo que ya le he dicho al doctor Strauss. Nadie tiene por qué censurarse por lo que pueda ocurrirme a mí. El experimento fue minuciosamente preparado, ampliamente ensayado en animales y refrendado estadísticamente. Cuando decidieron utilizarme para el primer ensayo humano, estaban razonablemente seguros de que esto no traería consigo ningún peligro físico. No existía ningún medio de prever los riesgos psicológicos. No quiero que nadie sufra por lo que me ocurra a mí.

Ahora sólo queda una única pregunta: ¿qué debo esperar conservar de todo esto?

15 de setiembre. Nemur dice que mis resultados han sido confirmados. Esto significa que el fracaso está en la misma base e invalida toda la hipótesis. Quizá algún día obtengamos el medio de superar este problema, pero este momento no ha llegado aún. He desaconsejado realizar otros ensayos sobre seres humanos antes de que todo sea clarificado mediante investigaciones suplementarias en animales.

Mi idea personal es que el más fructuoso camino se encuentra en las investigaciones que realizan los hombres que estudian los desequilibrios de las enzimas. Como en tantos otros casos, el tiempo es el factor clave: rapidez en el descubrimiento de la deficiencia, rapidez en la administración de sucedáneos hormonales. Quisiera poder colaborar en estos trabajos y en la investigación de radioisótopos que pudieran ser utilizados para el control local al nivel del córtex, pero sé que ya no tengo tiempo.

17 de setiembre. Aparecen lagunas de memoria. Pongo cosas en mi despacho o en los cajones de las mesas del laboratorio, y cuando no puedo encontrarlas me encolerizo y le armo escándalos a todo el mundo. ¿Serán los primeros síntomas?

Algernon murió hace dos días. La encontré, a las cuatro y media de la madrugada, al volver al laboratorio después de haber vagabundado por las calles. Estaba echado sobre un lado, en el rincón de su jaula, con las patas muy tensas. Como si corriera en su sueño.

La autopsia muestra que mis predicciones eran exactas. Comparado a un cerebro normal, el de Algernon había disminuido de peso, y mostraba una desaparición general de las circunvoluciones cerebrales así como un ahondamiento y una ampliación de las hendiduras.

Es horrible pensar que tal vez en estos momentos me esté ocurriendo a mí lo mismo. Haberlo visto producirse en Algernon convierte la amenaza en real. Por primera vez siento pánico ante el futuro.

Puse el cuerpo de Algernon en una cajita de metal y lo llevé conmigo a casa. No iba a dejarles que lo echaran en el incinerador. Es estúpido y sentimental, pero ayer noche, ya de madrugada, lo enterré en el patio trasero. Lloré mientras ponía un ramillete de flores silvestres sobre la tumba.

21 de setiembre. Mañana voy a ir hasta Marks Street a visitar a mi madre. La noche pasada, un sueño desencadenó una serie de recuerdos que iluminaron toda una fracción de mi pasado, y es importante que lo pase al papel antes de que lo olvide, ya que parece que cada vez olvido más aprisa. Este fragmento de pasado concierne a mi madre y, hoy más que nunca, deseo comprenderla, saber cómo era y por qué actuó como lo hizo. No quiero odiarla.

Tengo que llegar a una especie de acuerdo con ella antes de verla, de modo que no me muestre excesivamente duro o incongruente con ella.

27 de setiembre. Tendría que haber escrito todo esto inmediatamente, porque es importante que esta relación sea completa.

Hace tres días que fui a ver a Rose. Finalmente me obligué a pedirle de nuevo el coche a Burt. Estaba inquieto, y sin embargo sabía que tenía que ir.

Cuando llegué a Marks Street creí por un momento que me había equivocado. No correspondía en absoluto al recuerdo que guardaba de ella. Era una calle infecta, con terrenos baldíos cuyas casas habían sido derribadas. Una nevera abandonada bostezaba en la acera con su puerta arrancada, y en medio de la calle un viejo somier destripado ofrecía el triste espectáculo de sus rotas entrañas. Algunas casas tenían sus ventanas clavadas con maderas, otras se parecían más a barracas acondicionadas que a verdaderas casas. Aparqué el coche a una manzana de la casa y fui a pie.

No había niños jugando en Marks Street... no como en la imagen mental que me había llevado conmigo, con niños por todas partes y Charlie que los miraba desde la ventana (es extraño como la mayor parte de mis recuerdos de esta calle están encuadrados por una ventana, con yo siempre en el interior, viendo jugar a los demás). Ahora no quedaban más que personas de edad resguardadas en las sombras de los destartados portales.

Al acercarme a la casa recibí un segundo choque. Mi madre estaba fuera, con un viejo sueter marrón, lavando las ventanas de la planta baja, pese a que hacía un frío viento. Se afanaba como siempre, para mostrar a los vecinos lo buena esposa y buena madre que era.

Lo más importante para ella había sido siempre lo que los demás pensarán; las apariencias pasaban siempre ante ella y su propia familia. Hacía de ello una virtud. Muchas veces Matt había repetido que lo que pudieran pensar los demás no era lo único importante en la vida. Pero no servía de nada. Norma debía ir bien vestida, la casa tenía que estar bien amueblada. Charlie debía quedarse dentro a fin de que los demás no supieran que no era del todo normal.

Me detuve un instante para mirarla mientras ella se enderezaba y recuperaba el aliento. Ver su rostro me hizo temblar, pero no era el rostro que tanto había buscado en mis recuerdos. Sus cabellos se habían vuelto blancos, con mechuras grisáceas, y la piel de sus delgadas mejillas se había agrietado. El sudor brillaba en su frente. Se dio cuenta de mi presencia y me miró.

Hubiera querido girar la vista a otro lado, dar media vuelta y regresar por donde había venido, pero no podía... no después de haber ido tan lejos. Simplemente preguntaría el camino, haciendo ver que me había perdido en un barrio que no conocía. Ya tenía bastante con haberla visto. Pero todo lo que hice fue quedarme allá, esperando a que ella diera el primer paso. Y todo lo que hizo ella fue quedarse allá, mirándome.

—¿Necesita alguna cosa? —su voz, ronca, despertó un claro eco en los corredores de mi memoria.

Abrí la boca, pero nada surgió de ella. Mis labios se movían, me daba cuenta de ello, y luchaban por emitir algún sonido, por hablarle, porque en aquel momento vi una luz de reconocimiento en sus ojos. No era así como quería que me viese. No allí de pie ante ella, con aire estúpido, incapaz de hacerme entender. Pero mi lengua continuaba enredándose como en un enorme nudo, y tenía la boca seca.

Finalmente, surgió un sonido. No el que hubiera querido (había planeado decir algunas palabras tranquilizadoras y animosas a fin de dominar la situación y borrar todo el doloroso pasado), sino que todo lo que surgió de mi reseca garganta fue:

—Maaa...

Con todo lo que había aprendido, todas las lenguas que sabía, todo lo que hubiera podido decirle mientras ella estaba allá en la puerta mirándome, y lo único que salió fue:

—Maaa —como un corderillo recién nacido con los sedientos labios pegados a la ubre.

Se secó la frente con el brazo y frunció el ceño, como si no pudiera ver claramente. Pasé la verja y avancé hacia los peldaños que conducían a la entrada. Retrocedió.

No supe en un primer momento si me había reconocido o no, pero entonces exclamó:

—¡Charlie!... —y no lo gritó, ni siquiera lo murmuró. Simplemente lo dijo, con voz sofocada, como alguien que sale de un sueño.

—Mamá... —jadeé, subiendo los peldaños—. Soy yo...

Mi movimiento la sobresaltó y retrocedió, volcando el cubo de agua jabonosa, y la sucia espuma goteó por los peldaños.

—¿Qué haces aquí?

—Solo quería verte... hablarte...

A causa de mi lengua aún trabada, mi voz surgía diferente de mi garganta, con un tono espeso, como sin duda había hablado en otro tiempo.

—No te vayas —imploré—. No huyas de mí.

Pero había entrado en la casa y cerrado la puerta con llave. Un instante después la vi mirándome con aire aterrorizado tras el fino visillo blanco del cristal de la puerta. Sin que yo pudiera oír, sus labios articulaban:

—¡Vete! ¡Déjame tranquila!

¿Por qué? ¿Quién se creía que era para renegar así de mí? ¿Con qué derecho me daba la espalda?

—¡Déjame entrar! ¡Quiero hablar contigo! ¡Déjame entrar! —golpeé tan fuerte contra el cristal de la puerta que se rompió, y un trozo se me clavó en la mano. Ella debió creer que me había vuelto loco y que había venido para hacerle daño. Se apartó de la puerta y huyó por el vestíbulo que conducía al apartamento.

Empujé de nuevo. El pestillo cedió y, no esperando que se abriera así de repente, perdí el equilibrio y caí en medio del vestíbulo. Mi mano sangraba por la herida causada por el cristal que había roto y, no sabiendo otra cosa que hacer, me la metí en el bolsillo para impedir que la sangre ensuciase el suelo recién fregado.

Avancé, pasando la escalera que tan a menudo había visto en mis pesadillas. Tantas veces había sido perseguido a lo largo de aquella estrecha escalera por demonios que me agarraban por las piernas y me arrastraban al sótano, mientras yo intentaba gritar sin poder hacerlo, sintiendo que la lengua se me trababa y me obstruía la garganta. Como los chicos mudos de Warren.

La gente que vivía en el segundo piso —nuestros caseros, los Meyer— siempre habían sido amables conmigo. Me daban bombones y me dejaban ir a sentarme a su cocina y jugar con su perro. Hubiera querido verlos, pero sin que nadie me lo hubiera dicho sabía que se habían ido de allí y habían muerto, y otra gente vivía ahora arriba. Aquel camino me estaba vedado para siempre. Al final del vestíbulo estaba la puerta por la cual Rose había huido y tras la que se había encerrado, y por un momento me quedé allí, indeciso.

—Abre la puerta.

Me respondió un agudo lloriqueo de perrito, tomándome por sorpresa.

—Vamos —dije—. No tengo intención de hacerte daño ni nada parecido, pero he venido de muy lejos y no me iré sin hablar contigo. Si no abres la puerta, voy a echarla abajo.

—Chissst, Nappie... —la oí decir—. Aquí, vete a la habitación. —Un momento después sonó el click de la cerradura, la puerta se abrió, y estuvo delante mío, mirándome fijamente.

—Mamá —murmuré—. No voy a hacerte nada sólo quiero hablar contigo. Quiero que comprendas que ya no soy el mismo. He cambiado. Ahora soy normal. ¿No lo entiendes? Ya no soy un retrasado. Ya no soy un idiota. Soy como todo el mundo. Soy normal, como tú, como Matt, como Norma.

Proseguí hablando, pronunciando palabras que impidieran que ella cerrara la puerta. Intenté explicarle todo de golpe.

—Me han transformado, me han hecho una operación y me han vuelto distinto, como siempre quisiste que fuera. ¿No lo has leído en los periódicos? Un nuevo experimento científico que transforma las facultades de la inteligencia, y yo soy el primero en quien lo han ensayado. ¿No puedes entenderlo? ¿Por qué me miras así? Ahora soy inteligente, más inteligente que Norma o tío Herman o Matt. Poseo conocimientos que ni siquiera los catedráticos universitarios tienen. ¡Háblame! Ahora puedes estar orgullosa de mí y decírselo a los vecinos. Ya no tienes que ocultarme en el sótano cuando vengan visitas. Sólo dime algo. Cuéntame como eran las cosas cuando yo era niño, es todo lo que te pido. No te haré daño. No te odio. Pero tengo que saberlo todo sobre mí, para comprenderme a mí mismo antes de que sea demasiado tarde. Entiéndelo, no puedo ser una persona completa si no puedo comprenderme, y tú eres la única en el mundo que puede ayudarme ahora. Déjame entrar y sentarme solo un momento.

Era mi manera de hablar y no lo que decía lo que la hipnotizada. Permanecía allá en el umbral, mirándome fijamente. Sin darme cuenta, saqué de mi bolsillo mi mano cubierta de sangre y la agité en mi súplica. Cuando la vio, su expresión se ablandó.

—Te has hecho daño... —No era que lo sintiera por mí. Hubiera hecho lo mismo por un perro que se hubiera herido una pata o un gato arañado en una pelea. No era porque yo fuera Charlie, sino a pesar de serlo—. Entra y lávate. Tengo vendas y tintura de yodo.

La seguía hasta el desportillado fregadero con el escurridor ondulado donde tantas veces me había lavado la cara y las manos cuando volvía del patio de atrás o cuando iba a la mesa o a la cama. Me miró mientras me subía las mangas.

—No tenias que haber roto el cristal. El propietario se pondrá furioso, y no tengo con qué pagarle.

Después, impacientándose al verme en apuros con una sola mano, me cogió el jabón y me lavó la herida. Al hacerlo, se concentró de tal modo que permanecí silencioso, temiendo romper el encanto. Ocasionalmente, hacía chasquear su lengua o suspiraba: «Charlie, Charlie, nunca prestas atención. ¿Cuándo aprenderás a ser cuidadoso?» Había vuelto veinticinco años atrás, cuando yo era su pequeño Charlie y ella estaba dispuesta a batirse con quien fuera para que tuviera mi lugar en el mundo.

Cuando la sangre estuvo lavada y hubo secado mis manos con toallitas de papel, levantó los ojos a mi rostro y sus ojos se abrieron asustados.

—Oh, Dios mío —murmuró, echándose atrás.

Empecé a hablar de nuevo, suavemente, con tono persuasivo, para convencerla de que todo iba bien y de que no pensaba hacerle ningún daño. Pero, mientras le hablaba, podía darme cuenta de que su mente iba a la deriva. Miró vagamente a su alrededor, llevó su mano a la boca y gimió, levantando de nuevo su mirada hacia mí.

—La casa está tan desordenada —dijo—. No esperaba visitas. Mira esas baldosas, y esas maderas.

—Todo está bien, mamá. No te preocupes por eso.

—Tengo que encerar de nuevo el suelo. Tendría que brillar. —Vio unas huellas de dedos y, tomando un trapo, las hizo desaparecer. Cuando levantó los ojos y vio que la observaba frunció el ceño—. ¿Ha venido usted por lo de la factura de la luz?

Antes de que yo pudiera decir que no, agitó su dedo como para reñirme.

—Enviaré un cheque a primeros de mes, pero mi marido está de viaje de negocios. Ya les he dicho que no se preocupen por el dinero, mi hija recibirá la paga esta semana y podremos liquidar todas las facturas. No tienen que preocuparse por el dinero.

—¿Es hija única? ¿No tiene usted otros hijos?

Se sobresaltó, luego sus ojos miraron a lo lejos.

—Tenía también un chico. Tan brillante que todas las otras madres estaban celosas. Y le echaron un mal de ojo. Ahora le llaman el C.I., pero era el mal C.I. Hubiera sido un gran hombre de no ser por eso. Era realmente muy brillante... excepcional, decían. Hubiera podido ser un genio...

Tomó un cepillo de limpieza.

—Ahora perdone. Tengo que hacer la casa. Mi hija ha invitado a un joven a cenar y quiero que todo esté limpio. —Se puso de rodillas y comenzó a sacarle brillo al ya reluciente suelo. No volvió a mirarme.

Murmuraba para sí misma, y me senté junto a la mesa de la cocina. Esperaba a que se recuperara, a que me reconociera y comprendiera quién era. No podía irme antes de que supiera que era su Charlie. Era preciso que alguien comprendiera.

Se había puesto a canturrear tristemente, pero se detuvo, con el cepillo a mitad de camino entre el bote de cera y el suelo, como si notara de pronto una presencia tras ella.

Se volvió, con el rostro serio y los ojos brillantes, y levantó la cabeza.

—¿Cómo lo has conseguido? No lo entiendo. Todos me dijeron que no podrían cambiarte nunca.

—Me operaron, y eso me ha cambiado. Ahora soy célebre. Se ha hablado de mí en todo el mundo. Ahora soy inteligente, mamá. Puedo leer, y escribir, y puedo...

—Gracias, Dios mío —murmuró—. Mis plegarias... durante todos estos años creyendo que no eran escuchadas, y sí eran escuchadas. Esperaba Su hora para manifestar Su voluntad.

Se limpió el rostro con el delantal y, cuando la rodeé con mis brazos, lloró abundantemente en mi hombro. Y todas las penalidades habían desaparecido, y me sentía feliz por haber venido.

—Tengo que decírselo a todo mundo —dijo con una sonrisa—, a todas esas maestras de escuela. Oh, espera a ver sus caras cuando se lo diga. Y los vecinos. Y tío Herman... tengo que decírselo a tío Herman. Estará tan contento. ¡Y espera a que papá vuelva a casa, y Norma! Oh, se sentirá tan feliz de verte. No tienes idea.

Me apretaba entre sus brazos, animándose mientras hablaba, haciendo proyectos para la nueva vida que viviríamos juntos. No tenía valor para recordarle que casi todas las maestras de mi infancia se habían ido de aquella escuela, que los vecinos se habían cambiado hacía tiempo, que tío Herman hacía años que había muerto, que mi padre la había abandonado. La pesadilla de todo aquel pasado ya había sido suficientemente dolorosa. Quería verla sonreír y saber que había sido yo quien la había hecho feliz. Por primera vez en mi vida había traído una sonrisa a sus labios.

Después, al cabo de un momento, hizo una pausa pensativa, como si recordara algo. Me di cuenta de que su mente iba a divagar.

—¡No! —exclamé, haciéndola volver a la realidad con un sobresalto—. ¡Espera, mamá! Eso no es todo lo que quiero decirte antes de irme.

—¿Irte? No puedes irte ahora.

—Tengo que irme, mamá. Hay cosas que tengo que hacer. Pero te escribiré y te enviaré dinero.

—¿Pero cuando volverás?

—No lo sé... aún. Pero antes de irme quiero darte esto.

—¿Una revista?

—No es eso exactamente. Es un informe científico que he escrito. Muy técnico. Mira, lo he titulado: El Efecto Algernon-Gordon. Es un descubrimiento que he hecho y que lleva en

parte mi nombre. Quiero que guardes este ejemplar de mi informe de modo que puedas mostrarle a la gente que tu hijo ha sido al final algo muy distinto que un simple de espíritu.

Miró el informe y sacudió la cabeza.

—Es... es tu nombre. Sabía que esto ocurriría. Siempre dije que ocurriría algún día. Intenté todo lo que pude. Tu eras demasiado joven para acordarte de ello, pero lo intenté todo. Les dije a todos que irías al colegio y que serías un hombre de respeto en el mundo. Se reían, pero yo se los dije.

Me sonrió a través de sus lágrimas y, en un momento, su mirada se esfumó. Tomó su trapo y se puso a limpiar el marco de la puerta de la cocina mientras cantaba —más alegremente, me pareció— como en un sueño.

El perro ladró de nuevo. La puerta de entrada se abrió y se cerró.

—Vamos, Nappie, vamos. Soy yo —dijo una voz al perro, que saltaba alegremente golpeando la puerta de la habitación.

Me enfurecí por haber caído en la trampa. No quería ver a Norma. No teníamos nada que decirnos, y no quería que mi visita fuera estropeada. No había puerta trasera. El único medio era saltando por la ventana al patio y pasar por debajo de la cerca. Pero cualquiera que me viera me tomaría por un ladrón.

Cuando oí la llave girar en la cerradura le susurré a mi madre, no sé por qué:

—Norma ha vuelto a casa —le toqué el brazo, pero no me oyó. Estaba demasiado ocupada canturreando mientras limpiaba.

La puerta se abrió. Norma me vio y frunció el ceño. No me reconoció al primer momento, estaba oscuro y no habíamos dado la luz. Dejó la bolsa de provisiones que llevaba y pulsó el conmutador.

—¿Quién es usted...? —pero, antes de que pudiera responder, se llevó la mano a la boca y se apoyó contra la puerta.

—¡Charlie! —dijo en el mismo tono que mi madre, con voz ahogada. Se parecía a lo que había sido mi madre tiempo atrás, delgada, de rasgos angulosos, bonita como un pajarillo. ¡Charlie! ¡Dios mío, qué sorpresa! Podrías haber escrito o telefoneado para avisarme. No sé qué decir... —miró a mi madre, sentada en el suelo, junto al fregadero. ¿Se encuentra bien? No le habrá afectado o...

—Ha salido un momento de este estado. Hemos hablado un rato.

—Me alegro. Desde hace un tiempo no recuerda muchas cosas. Es su edad, la senilidad. El doctor Portman quiere que la lleve a un asilo, pero no acabo de decidirme. No soporto imaginarla en una de esas casas de viejos. —Abrió la puerta de la habitación para dejar salir al perro. Cuando se puso a saltar y a lanzar grititos de alegría, lo cogió y lo abrazó— Realmente, no puedo hacerle esto a mi madre —me miró y me sonrió, vacilante—. Bueno, vaya sorpresa. Nunca lo hubiera soñado. Déjame mirarte. No te hubiera reconocido si nos hubiéramos cruzado en la calle. Eres tan distinto —suspiró—. Estoy contenta de verte, Charlie.

—¿Lo estás realmente? Nunca hubiera creído que sintieras deseos de volver a verme.

—¡Oh, Charlie! —tomó mis manos entre las suyas—. No digas esto. Estoy contenta de verte. Te esperaba. No sabía cuándo, pero estaba segura de que volverías. Desde que leí lo de Chicago, cuando te escapaste —retrocedió para verme mejor—. No sabes cuantas veces he pensado en ti y me he preguntado donde estabas y qué hacías. Hasta que ese profesor vino aquí. ¿Cuánto hace de ello? ¿En marzo pasado? ¿Hace apenas siete meses? No tenía ni idea que estuvieras aún vivo. Ella me dijo que habías muerto en Warren. Cuando me dijeron que estabas vivo y que te necesitaban para este experimento no sabía qué hacer. El profesor Nemur... ¿es este su nombre?... no quiso dejarme verte. Temía trastornarte antes de la operación. Pero cuando vi en los periódicos que había sido un éxito y que te habías vuelto un genio... ¡oh, no sabes lo que representó para mí leer esto!

»Se lo conté a todo el mundo en la oficina, y a las otras chicas del club de bridge. Les mostré tu foto en el periódico y les dije que pronto ibas a venir a vernos. Y lo has hecho. Lo has hecho de verdad. No nos has olvidado.

Me abrazó de nuevo.

—Oh, Charlie, Charlie... es tan maravilloso descubrir de pronto que una tiene un hermano mayor. No puedes tener idea. Siéntate, voy a prepararte algo de comer. Tienes que contármelo todo y decirme cuales son tus proyectos. Yo... no sé qué preguntas hacerte. Debo parecerte ridícula... como una chiquilla que acaba de descubrir que su hermano es un héroe o una estrella de cine o algo así.

Estaba confuso. No había esperado una acogida así por parte de Norma. Nunca se me había ocurrido pensar que todos aquellos años que había pasado sola con mi madre podían haberla cambiado. Y sin embargo era inevitable. Ya no parecía la chiquilla demasiado mimada de mis recuerdos. Había crecido, se había vuelto amable, sensible, afectuosa.

Charlamos. Me producía una extraña sensación el estar sentado junto a mi hermana, hablando con ella de mi madre, que estaba en la habitación, como si no estuviera allí. Cada vez que Norma quería hablar de su vida común me giraba para ver si Rose escuchaba, pero estaba absorbida por su propio universo, como si no comprendiera nuestro lenguaje, como si nada de todo aquello le concerniera. Vagaba por la cocina como un fantasma, recogía los objetos, los guardaba, sin molestarnos para nada. Era horrible.

Miré a Norma mientras daba de comer al perro.

—Al final lo has conseguido. Nappie es un diminutivo de Napoleón, ¿no?

Se enderezó y frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Le expliqué mis recuerdos: aquella vez que trajo su examen a casa esperando conseguir el perro, y cómo Matt se había opuesto. Mientras se lo contaba se formaron arrugas en su frente.

—No recuerdo nada de esto. Oh, Charlie, ¿fui tan mala contigo?

—Hay un recuerdo que excita mi curiosidad. No estoy seguro de que sea un recuerdo, o un sueño, o si simplemente lo he imaginado. Fue la última vez que jugamos juntos como amigos. Estábamos en el sótano y jugábamos a ser chinos, cada uno con una pantalla en la cabeza, y saltábamos sobre un viejo colchón. Tú tenías siete u ocho años, creo, y yo alrededor de trece. Y, al menos en mi recuerdo, tu te caíste fuera del colchón y te golpeaste la cabeza contra la pared. No muy fuerte, sólo un golpe, pero papá y mamá llegaron corriendo porque gritabas y les dijiste que yo había querido matarte.

«Mamá reprochó a Matt que no me vigilara, que nos dejara solos, y me pegó con una correa hasta que casi perdí el sentido. ¿Recuerdas esto? ¿Ocurrió así?

Norma me escuchaba, fascinada por la descripción que yo hacía de mis recuerdos, como si aquello despertara en ella imágenes olvidadas.

—Todo es tan vago. ¿Sabes?, creía que todo fue un sueño. Recuerdo las pantallas y el colchón —miró a lo lejos por la ventana—. Te detestaba porque siempre se ocupaban de ti. Nunca te pegaban por no hacer bien tus deberes o por no haber traído buenas notas a casa. A menudo ni siquiera ibas a la escuela y te quedabas jugando en la calle; yo, en cambio, tenía que aprender cosas difíciles. Oh, cómo te odiaba. En la escuela mis compañeros dibujaban en la pizarra a un chico con un gorro de asno y escribían debajo: El hermano de Norma. Y también escribían cosas en la calle y en el patio: La hermana del idiota, y La familia de Gordon el imbécil. Cuando, un día, no fui invitada a la fiesta de cumpleaños de Emily Raskin, supe que era por tu causa. Y, cuando jugamos en el sótano con las pantallas en la cabeza, tenía que vengarme. —Se echó a llorar—. Así que mentí y dije que me habías hecho daño. Oh, Charlie, que tonta era... que estúpida y malcriada. Siento tanta vergüenza...

—No te lo reproches. Tuvo que ser duro enfrentarte con los otros chicos. Para mí, esta cocina era mi universo, junto con la habitación de al lado. El resto no contaba mientras aquí estuviera seguro. Tú tenías que enfrentarte al mundo exterior.

—¿Pero por qué te enviaron fuera, Charlie? ¿Por qué no podías quedarte aquí y vivir con nosotros? Siempre me lo he preguntado. Cada vez que he querido saberlo, ella me ha respondido siempre que era por tu propio bien.

—Y en cierto modo tenía razón.

Sacudió la cabeza.

—Te envió fuera por mi causa, ¿no? Oh, Charlie, ¿por qué pasó todo esto? ¿Por qué nos pasó a nosotros?

No sabía qué responderle. Hubiera querido poder decirle que, como la dinastía de Atreo o Cadmo, pagábamos por los pecados de nuestros antepasados, cumpliendo un antiguo oráculo griego. Pero no tenía explicación ni para ella ni para mí.

—Todo esto pertenece al pasado —dije—. Estoy contento de haberte encontrado de nuevo. Ahora todo es más fácil.

Me cogió repentinamente por el brazo.

—Charlie, no sabes lo que he tenido que pasar durante todos estos años con ella. Este apartamento. esta calle, mi trabajo. Ha sido una pesadilla, volver cada noche a casa preguntándome si ella estaría aún aquí, si no se habría hecho daño, y sintiéndome culpable por tales pensamientos.

Me levanté y dejé que pusiera su cabeza en mi hombro, y lloró.

—Oh, Charlie, estoy tan contenta de que hayas vuelto. Necesitamos a alguien aquí. Estoy tan cansada...

Había estado soñando en un momento como aquel, pero ahora que lo vivía, ¿a qué me conducía? No podía decirles lo que me esperaba. Y sin embargo, ¿podía aceptar su afecto bajo este engaño? ¿Para qué hacerme ilusiones? Si hubiera sido aún el viejo Charlie débil de espíritu, una carga, no me hubiera hablado del mismo modo. ¿A qué tenía derecho ahora? La máscara me sería arrancada muy pronto.

—No llores, Norma. Todo irá bien —me oí a mí mismo pronunciar palabras tranquilizadoras—. Intentaré ocuparme de vosotras, tengo algunos ahorros y con lo que me paga la Fundación podré enviaros algo de dinero con regularidad... al menos durante algún tiempo.

—¡Pero tu no te irás! Vas a quedarte aquí, con nosotras...

—Tengo que hacer algunos viajes, investigaciones, unas conferencias, pero intentaré volver a veros de nuevo. Cuida bien de ella. Ha sufrido mucho. Te ayudaré tanto como pueda.

—¡Charlie, no te vayas! —se aferraba a mí—. ¡Tengo miedo!

El papel que siempre me había gustado hacer el de hermano mayor.

En aquel momento sentí que Rose, que se había sentado tranquilamente en un rincón, nos miraba fijamente. Su rostro había cambiado. Tenía los ojos muy abiertos y estaba inclinada hacia adelante en su silla. Me hizo pensar en un halcón listo para lanzarse sobre su presa.

Me aparté de Norma pero, antes de que pudiera decir nada, Rose estaba de pie. Había tomado el cuchillo de la cocina de sobre la mesa y lo apuntaba hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? ¡Déjala! ¡Ya te he dicho lo que te haría si te atrevías a tocar a tu hermana! ¡Sucio bastardo! ¡No eres digno de permanecer con la gente normal!

Retrocedimos los dos y, no sé por qué insensata razón, me sentía culpable, como si me hubieran descubierto haciendo algo condenable, y sabía que Norma experimentaba el mismo sentimiento. Era como si la acusación de mi madre fuera cierta y nos hubiera descubierto haciendo algo indecente.

Norma gritó:

—¡Mamá! ¡Deja ese cuchillo!

Ver así a Rose con su cuchillo trajo a mi mente la imagen de la noche en que obligó a Matt a sacarme de casa. Ahora la estaba reviviendo. Yo no podía ni hablar ni moverme. Me estaba invadiendo la náusea, la sensación de ahogo, el zumbido en mis oídos, el estómago retorcido por los espasmos como si quisiera salirse de mi cuerpo.

Tenía un cuchillo, Alice tenía un cuchillo, mi padre tenía un cuchillo y el doctor Strauss tenía un cuchillo... Afortunadamente, Norma tuvo la presencia de ánimo de quitárselo de las manos, pero no pudo borrar el temor que reflejaban los ojos de Rose mientras gritaba:

—¡Hazle salir de aquí! ¡No tiene derecho a mirar a su hermana pensando esas suciedades!

Rose, después de su grito, se derrumbó en su silla, llorando.

No sabía qué decir, y Norma tampoco. Los dos nos sentíamos violentos. Ahora sabía por qué me habían enviado fuera.

Me preguntaba si alguna vez había hecho lo que fuera que hubiera justificado los temores de mi madre. No recordaba nada de ello, pero ¿cómo podía estar seguro de que no había horribles pensamientos reprimidos tras las barreras de mi atormentada consciencia? En los corredores emparedados, más allá de los muros que mi mirada no alcanzaría jamás. Quizá lo ignoraba por siempre. Sea cual sea la verdad, no puedo reprocharle a Rose el haber protegido a Norma, tengo que comprender el modo cómo veía las cosas. Ya que, si no se lo perdono, ya no tendré nada.

Norma temblaba.

—No te preocupes —dije—, No sabe lo que hace. No era contra mi contra quien estaba furiosa. Era contra el viejo Charlie. Tenía miedo de lo que él pudiera hacerte. No puedo reprocharle el haber querido protegerte. Pero no tenemos que pensar más en esto, ya que ha desaparecido para siempre, ¿no?

No me escuchaba. Su rostro había adquirido un aire ausente.

—Acabo de experimentar una de esas extrañas sensaciones que uno tiene por un momento, cuando se produce un acontecimiento y se tiene la sensación de que se sabe que va a venir, como si ya hubiera ocurrido, exactamente del mismo modo, y se le viera pasar de nuevo...

—Es una impresión muy frecuente.

Sacudió la cabeza.

—Por un momento, cuando la he visto con ese cuchillo, ha sido como un sueño que hubiera tenido yo hace mucho tiempo.

Para qué decirle que, siendo niña, seguramente había sido despertada aquella noche por los gritos y había visto toda la escena desde su habitación... arrinconándola en su memoria y deformándola hasta adquirir la consistencia de una ilusión extravagante. No había razón para abrumarla con la verdad. Tendría bastante pena en el futuro con mi madre. Me hubiera gustado poder librarla de ese peso y ese dolor, pero no tenía sentido empezar algo que no podría acabar. Tendría que vivir soportando mi propio peso. No había ningún medio de detener la arena de lo que sabía de mi futuro en el arrenal de mi mente.

—Ahora tengo que irme. Cuida bien de ti y de ella —dije, apretándole las manos. Napoleón lloriqueó tras de mí cuando me fui.

Me contuve tanto como pude, pero cuando llegué a la calle ya no me fue posible. Es difícil escribirlo, pero la gente se giraba hacia mí mientras volvía al coche, llorando como un niño. Ya no podía contenerme, y no me importaba.

Mientras andaba, los ridículos versos resonaban en múltiples ecos en mi cabeza, al ritmo de un zumbido:

Tres ratones ciegos... tres ratones ciegos.

¡Mirad cómo corren! ¡Mirad cómo corren!

Corren tras la mujer del granjero,

que les corta la cola con su gran cuchillo.  
¿Habéis visto nunca algo así en vuestra vida?  
¿algo como tres... ratones... ciegos?

Intenté no oírlos pero fue en vano, y cuando me giré hacia la casa vi el rostro de un chico que me miraba, con la mejilla apretada contra el recuadro de la ventana.

## INFORME DE PROGRESOS 17

3 de octubre. Es el declive. He sentido deseos de suicidarme para terminar de una vez con todo ahora que aún tengo control de mí mismo y consciencia del mundo que me rodea. Pero entonces pienso en Charlie aguardando en la ventana. No tengo derecho a quitarle su vida.

Se la he pedido prestada por un tiempo, y ahora tengo que devolvérsela.

No debo olvidar que soy la única persona a quien le ha ocurrido esto. Debo continuar anotando mis pensamientos y mis sensaciones tanto tiempo como pueda. Estos Informes de Progresos son la contribución de Charlie a la humanidad.

Me he vuelto nervioso e irritable. Discuto con la gente del edificio porque tengo en marcha mi tocadiscos de alta fidelidad durante toda la noche. Hasta mucho después de haber terminado de tocar el piano. Sé que no está bien, pero tengo que hacerlo para mantenerme despierto. Sé también que debería dormir, pero no quiero perder un segundo de mi tiempo de vigilia. No es tan sólo a causa de las pesadillas, sino también porque tengo miedo de perder el dominio de mí mismo.

Me digo que ya tendré tiempo de dormir después, cuando la noche caiga sobre mí.

El señor Vernor, el del apartamento de abajo, nunca se había quejado de nada, pero ahora golpea sin cesar las tuberías de la calefacción o el techo, y oigo sus golpes bajo mis pies. Al principio no hice caso, pero la otra noche subió en pijama. Discutimos, y le cerré la puerta en las narices. Una hora después volvió con un policía que me dijo que no debía poner el tocadiscos tan fuerte a las cuatro de la madrugada. La sonrisa de satisfacción de Vernor me enfureció tanto que apenas pude contenerme para no golpearle. Cuando se fueron, destrocé todos los discos y el propio tocadiscos. De todos modos, me estaba engañando a mí mismo. No me gusta ese tipo de música.

4 de octubre. Esta ha sido la peor sesión de psicoterapia que haya pasado en mí vida. Strauss se ha trastornado. El tampoco esperaba esto.

Lo que ocurrió —no me atrevo a llamarlo un recuerdo— fue un fenómeno psíquico o una alucinación. No intentaré explicarlo ni interpretarlo, sino que describiré sencillamente lo que pasó.

Yo estaba nervioso cuando entré en su despacho, y él hizo como si no se diera cuenta. Me eché inmediatamente en el diván y él, como siempre, se sentó al lado, un poco tras de mí —lo preciso para estar fuera de mi vista— y esperó a que comenzara el ritual de desahogo de todos los venenos acumulados en mi mente.

Eché una ojeada hacia él girando la cabeza. Parecía cansado, lacio, y, no sé por qué, me recordó a Matt sentado en su sillón de barbero, esperando a la clientela. Le hice notar a Strauss la asociación, e inclinó la cabeza sin decir nada.

—¿Está esperando clientes? —pregunté—. Tendría que cambiar este diván por un sillón de barbero. Y cuando quisiera una asociación libre de ideas no tendría que hacer más que echar para atrás el respaldo como hace el barbero para enjabonarle a uno la cara; cuando hubieran pasado los cincuenta minutos, podría volver a echar hacia adelante el respaldo y ofrecerle un espejo para que pudiera ver qué aspecto exterior tiene una vez afeitado su ego.

No dijo nada y, pese a que me sentía avergonzado del modo como le hablaba, no pude detenerme.

—Entonces, su paciente podría venir a cada sesión y decir: «Quíteme un poco de ansiedad, por favor», o «no me corte demasiado el ego, solo arréglemelo», o incluso pedir un poco de champú al huevo... perdón, quise decir champú al ego. ¡Ajá! ¿Ha anotado este lapsus, doctor? Apúntelo. He dicho un champú al huevo en lugar de un champú al ego. Huevo... ego... no hay tanta diferencia, ¿eh? ¿Significa esto que deseo ser lavado de todos mis pecados? ¿Renacer? ¿Es un símbolo bautismal? ¿O estamos apurando demasiado el afeitado? ¿Acaso un idiota tiene un id?

Esperaba alguna reacción, pero se limitó a removerse en su silla.

—¿Está despierto? —pregunté.

—Estoy escuchando, Charlie.

—¿Solo escuchando? ¿Usted nunca se enfada?

—¿Por qué quieres que me enfade contigo?

Suspiré.

—Strauss el impasible, el imperturbable. Tengo que decírselo. Estoy harto de venir aquí. ¿Para qué sirve esa psicoterapia ahora? Usted sabe tan bien como yo lo que va a ocurrir.

—Pero creo que no deseas pararte —dijo—. Quieres continuar hasta el final, ¿no?

—Es estúpido. Una pérdida de tiempo tanto para usted como para mí.

Permanecí echado a la tenue luz del despacho, y contemplé el cuadriculado de las losas insonorizantes del techo... un cuadriculado lleno de miles de agujeritos que absorbían todas las palabras. Emparedadas vivas en los agujeritos del techo.

Sentí que mi cabeza se vaciaba. Mi mente estaba vacía y esto no era normal, pues durante las sesiones de psicoterapia siempre me proporcionaba multitud de elementos de comunicación. Sueños... recuerdos... asociación de ideas... problemas... Pero ahora me sentía aislado y vacío.

Solo el estoico Strauss respirando tras de mí.

—Me siento extraño —dije.

—¿Quieres hablarme de ello?

¡Oh, qué brillante y sutil era! ¿Pero qué diablos estaba haciendo yo allí, consiguiendo tan sólo que mis asociaciones de ideas fueran absorbidas por los agujeritos del techo y los enormes agujeros de mi psicoterapeuta?

—No sé si tengo ganas de hablar de ello —dije—. Hoy siento más hostilidad hacia usted que de costumbre —y le dije todo lo que había pensado.

Aún sin verle, sabía que estaba agitando al cabeza.

—Es difícil de explicar —dije—. Es una sensación que ya he experimentado una o dos veces, justo antes de perder el sentido. Un vacío en la cabeza... todo se intensifica... pero siento mi cuerpo helado y embotado...

—Continúa —había una chispa de excitación en su voz—. ¿Qué más?

—Ya no siento mi cuerpo. Estoy como paralizado. Tengo la sensación de que Charlie está muy cerca. Mis ojos están abiertos, estoy seguro... ¿es así?

—Sí. Muy abiertos.

—Y sin embargo veo una luz blancoazulada que sale de las paredes y del techo y se condensa en una bola cambiante. Ahora está suspendida en el aire. Una luz... penetrando forzosamente en mis ojos... y en mi cerebro... Todo resplandece en la habitación... tengo la sensación de flotar... o mejor de expandirme en todos sentidos... y sin embargo, sin mirar a ningún lado, sé que mi cuerpo sigue tendido en el diván...

—¿Es eso una alucinación?

—Charlie, ¿te encuentras bien?

¿O lo que describen los místicos?

Oigo su voz, pero no quiero responderle. Me fastidia que esté ahí. Tengo que imaginarme que no está. Permanecer pasivo y dejar que esto —sea lo que sea— me llene de luz y me absorba en ella.

—¿Qué es lo que ves, Charlie? ¿Qué ocurre?

Asciendo, como una hoja en una corriente de aire cálido. Rápidamente, los átomos de mi cuerpo se alejan los unos de los Otros, me vuelvo más ligero, menos denso más amplio... amplio... Estallo, precipitándome hacia el sol. Soy un universo en expansión que remonta a la superficie de un océano silencioso. Primero pequeño, engloba mi cuerpo. la habitación, el edificio, la ciudad, el país, hasta que sé que, si miro hacia abajo, veré mi sombra cubrir toda la Tierra.

Ligero y sin sensaciones. Derivando y expandiéndome en el tiempo y en el espacio.

Y entonces siento como si rompiera la cáscara de la existencia como un pez volador surgiendo del mar, y soy atraído hacia abajo.

Esto me molesta. Querría desprenderme de ello. En el momento en que voy a entrar en fusión con el universo oigo murmullos en los límites de la consciencia. Y esa tracción apenas sensible me retiene en el mundo finito y mortal de ahí abajo.

Lentamente, como retroceden las olas, mi mente en expansión se retrae a las dimensiones terrestres... en contra de mi voluntad, ya que yo preferiría perderme en el infinito, pero soy atraído hacia abajo, hacia mi cuerpo, y por un momento vuelvo a encontrarme en el diván, con mi consciente reintegrado al envoltorio de mi carne. Y sé que si quiero puedo mover un dedo o guiñar un ojo. Pero no quiero moverme. ¡No me moveré!

Espero, abierto a todo lo que pueda significar esta experiencia, pasivo. Charlie no quiere que traspase el techo de la mente. Charlie no quiere conocer lo que hay más allá.

¿Tiene miedo de encontrar a Dios?

¿O de no encontrar nada?

Mientras espero allá, relajado, pasa un momento en el que soy yo mismo en yo mismo, y pierdo de nuevo toda consciencia de un cuerpo o de una sensación. Charlie tira de nuevo de mí hacia abajo, hacia mi cuerpo. Miro en mi interior, en el centro de mi ojo ciego, esa mancha roja que se transforma en una flor multipétala... la flor cambiante, girante, luminescente, que se halla en lo más profundo de mi inconsciente.

Me retracto. No como los átomos de mi cuerpo cohesionándose y volviéndose más densos, sino como una fusión... como silos átomos de mi mismo se fundieran en un microcosmos. Va a producirse un enorme calor, una luz insostenible —el infierno de los infiernos—, pero yo no miro la luz, solo una flor que se desmultiplica, se desdivide, para volver de la multiplicidad a la unidad. Y, por un momento, la trémula flor se transforma en un disco dorado girando al extremo de un hilo, después en una bola de girantes arco iris, y finalmente estoy de regreso en la caverna donde todo es oscuridad y silencio, y nado en un laberinto húmedo en busca de algo que me recibe... me abraza... me absorbe... dentro de él.

Para que pueda comenzar.

Al principio veo nuevamente la luz, una abertura en la más oscura de las cavernas, primero minúscula y lejana —como si mirara por el lado contrario de un telescopio—, después brillante, cegadora, cambiante y, de nuevo, una flor multipétala (un loto girante que flota cerca del umbral del inconsciente). A la entrada de la caverna encontraré la respuesta si me atrevo a volver y a sumergirme en la gruta de luz que hay más allá.

¡Aún no!

Tengo miedo. No de la vida, o de la muerte, o de la nada, sino de perderlo todo como si nunca hubiera sido. Y cuando avanzo hacia la abertura siento a mi alrededor la presión propulsándome con violentas ondas de espasmos hacia la boca de la caverna.

Es demasiado pequeña! ¡No podré pasar!

Y de pronto soy proyectado y vuelto a proyectar contra las paredes, y empujado por la fuerza a través de la abertura cuya luz amenaza con hacer estallar mis ojos. Siento de nuevo que voy a romper la cáscara hacia aquella gloriosa luz. Es más de lo que puedo soportar. Un dolor como nunca he conocido, y el frío, y las náusea, y ese gran zumbido encima de mi cabeza, como el batir de miles de alas. Abro los ojos, cegado por la intensa luz. Y aleteo en el aire y tiemblo y grito.

Salí de todo ello gracias a la insistencia de una mano que me sacudía bruscamente. El doctor Strauss.

—Gracias a Dios —dijo, cuando le miré a los ojos—. Me has preocupado.

Sacudí la cabeza.

—Me encuentro bien.

—Creo que es todo por hoy.

Me levanté y me tambaleé, buscando mi equilibrio. La habitación parecía muy pequeña.

—No sólo por hoy —dije—. No creo que necesite otras sesiones. No quiero volver más.

Estaba desconcertado, y no intentó hacerme cambiar de opinión. Tomé mi sombrero y mi abrigo y me fui.

Y ahora... las palabras de Platón se ríen de mí desde las sombras, en la cornisa más allá de las llamas:

«...los hombres de las cavernas dirán de el que ha ascendido y ha vuelto a caer sin sus ojos...

5 de octubre. Me cuesta trabajo escribir a máquina estos Informes de Progresos, y no puedo pensar mientras el magnetófono gira. Voy dejando de un momento para otro este trabajo, durante todo el día, pero sé lo importante que es y tengo que hacerlo. Me he prometido que no cenaré antes de haberme sentado y haber escrito algo.... cualquier cosa.

El profesor me ha mandado buscar esta mañana. Quería que fuera al laboratorio para algunos tests como aquellos que hacía habitualmente. Al principio he pensado que era muy normal, puesto que siguen pagándome, y además es importante que el dossier esté completo. Sin embargo, cuando llegué a Beekman y empecé a trabajar con Burt supe que iba a ser demasiado para mí.

Primero el laberinto en el papel que tenía que seguir con un lápiz. Recordaba cómo lo hacía antes, cuando aprendía a ir rápido y hacía carreras con Algernon. Me daba cuenta de que ahora necesitaba más tiempo para salir del laberinto. Burt tendió la mano para tomar el papel pero lo rompí y tiré los pedazos a la papelera.

—No, ya basta de eso. He terminado de correr por el laberinto. Ahora estoy en un callejón sin salida, y no quiero seguir.

Tenía miedo de que me fuera, y me calmó:

—Todo va bien, Charlie, no te preocupes...

—¿Qué quiere decir con "no te preocupes"? Usted no sabe lo que es esto.

—No, pero puedo imaginármelo. Todos sentimos lo mismo que tú.

—Guárdese su simpatía. Tan sólo déjeme tranquilo.

Se sentía incómodo, y entonces me di cuenta de que no era culpa suya, y que no me había portado correctamente con él.

—Lamento haberme irritado —dije—. ¿Cómo van las cosas aquí? ¿Ha terminado ya su tesis?

Inclinó la cabeza.

—La están pasando en limpio en estos momentos. Obtendré el doctorado en febrero.

—Buen muchacho —le di una palmada en el hombro para demostrarle que no estaba enfadado con él—. Continúe. No hay nada mejor que haber terminado unos estudios.

Escuche, olvide lo que acabo de decir. Haré todo lo que quiera. Pero no más laberintos... es lo único que le pido.

—De acuerdo. Nemur quiere un Rorschach.

—¿Para ver qué ocurre en mis profundidades? ¿Qué espera encontrar?

Debía tener un aspecto muy alterado, ya que hizo marcha atrás.

—No estás obligado. Estás aquí voluntariamente. Si no quieres...

—Está bien. Adelante. Deme las cartas. Pero no me diga lo que descubriría usted.

No tenía necesidad de hacerlo.

Sabía lo suficiente sobre el Rorschach como para saber que lo que cuenta no es lo que uno ve en las cartas, sino su reacción frente a ellas. Tomándolas en conjunto o por bloques, con figuras en movimiento o inmóviles, dedicando una atención especial a las manchas de color o despreciándolas, con muchas ideas o solamente con algunas respuestas estereotipadas.

—Eso no es válido —dije—. Sé lo que busca. Conozco el tipo de reacciones que supuestamente debo expresar a fin de crear una imagen determinada de lo que es mi mente. Todo lo que tengo que hacer es...

Levantó los ojos, esperando.

—Todo lo que he de hacer es...

Me golpeó como un puñetazo en pleno rostro: no recordaba lo que tenía que hacer. Como si lo hubiera visto bien claro en la pizarra de mi mente y, cuando me giraba para leerlo, una parte hubiera sido borrada y el resto ya no tuviera sentido.

M principio me negué a creerlo. Pasé revista a las cartas, nervioso, tan aprisa que las palabras se me estrangulaban. Hubiera querido hacer pedazos las manchas de tinta para que me revelaran su secreto. Las respuestas que había conocido hacía tan poco tiempo tenían que estar en alguna parte dentro de aquellas manchas. No exactamente en las manchas, sino en la parte de mi cerebro que les daba una forma y un significado y proyectaba mi huella en ellas.

Y ya no podía hacerlo. No podía recordar lo que tenía que decir. Lo había olvidado todo.

—Esto es una mujer... —dije—... de rodillas limpiando el suelo. Quiero decir... no... es un hombre sosteniendo un cuchillo —y, diciéndolo, sabía de qué estaba hablando, y quise alejarme y cambiar de dirección—. Dos figuras disputándose una muñeca... quizá... y una de ellas tira tanto que parece que va a romperla... ¡No!... Quiero decir dos rostros que se miran mutuamente a través de una ventana y...

Barrí las cartas de sobre la mesa y me levanté.

—No mas tests. No quiero hacer mas tests.

—Muy bien, Charlie. Vamos a dejarlo por hoy.

—No sólo por hoy. No pienso volver más aquí. Si queda algo útil para ustedes en mí, lo podrán hallar en mis Informes de Progresos. He terminado de correr por el laberinto. Ya no soy un cobayo. Ya he hecho demasiado. Quiero que ahora me dejen tranquilo.

—Muy bien. Charlie. Comprendo.

—No, no lo comprende porque esto no le afecta, y nadie puede comprenderlo excepto yo. No se lo reprocho. Usted tiene un trabajo que hacer, un doctorado que obtener y... oh, sí, no me lo diga, ya sé que se ha dedicado a esto principalmente por amor a la humanidad, pero usted tiene aún una vida por delante y no estamos en el mismo peldaño, subí más arriba que usted y ahora estoy bajando más abajo, y no creo que vuelva a tomar ese ascensor. Digámonos simplemente adiós, ahora.

¿Pero no crees que tendrías que hablar con el doctor?

—Dígale adiós a todo el mundo por mí, ¿quiere? No me siento con ánimos de enfrentarme de nuevo con ellos, ni a unos ni a otros.

Antes de que pudiera decir algo o intentar detenerme había abandonado el laboratorio, tomado el ascensor, y salía de Beekman por última vez.

7 de octubre. Strauss vino de nuevo esta mañana con la intención de verme pero no quise abrirle la puerta. Quiero que me dejen solo.

Es una extraña sensación tomar un libro que uno ha leído y le ha gustado hace apenas unos meses, y descubrir que no se recuerda absolutamente nada de él. Pienso en lo admirable que había encontrado a Milton. Cuando tomé El paraíso perdido lo único que podía recordar era que se trataba de algo sobre Adán y Eva y el Arbol del Conocimiento, pero no podía captar su sentido.

Me levanté, cerré los ojos y vi a Charlie —yo— a los seis o siete años, sentado en la mesa del comedor con un libro de clase, aprendiendo a leer, repitiendo las palabras con su madre muy cerca de él, muy cerca de mí...

—Inténtalo otra vez.

—Mira Jack. Mira Jack corre. Mira Jack mira.

—¡No! ¡No es Mira Jack Mira! ¡Es Corre Jack corre! —me lo señalaba con el dedo.

—Mira Jack. Mira Jack corre. Corre Jack mira.

—¡No! ¡No prestas atención! ¡Inténtalo otra vez!

Inténtalo otra vez... Inténtalo otra vez... Inténtalo otra vez.

—Déjalo tranquilo. Lo aterrorizas.

—Tiene que aprender. Es demasiado perezoso para prestar atención.

Corre Jack corre... corre Jack corre... corre Jack corre...

—Es más lento que los demás niños. Dale tiempo.

—Es normal. No tiene nada. Solo pereza. Le meteré esto en la cabeza hasta que aprenda.

Corre Jack corre... corre Jack corre... corre Jack corre...

Y entonces, levantando los ojos de la mesa, me pareció verme a través de los ojos de Charlie, con El paraíso perdido entre las manos, y me di cuenta de que estaba rompiendo el libro, por pura tensión, tirando con las dos manos, como si quisiera hacerlo pedazos. Arranqué el lomo, un montón de páginas, y las arrojé con el libro a través de la habitación, hacia el rincón donde estaban los discos destrozados. Y allí se quedó yaciendo con sus páginas rotas que parecían burlarse de mí como lengüecitas blancas, porque no podía comprender lo que decían.

Debo esforzarme en guardar dentro de mí algo de lo que he aprendido. Te lo suplico, Dios mío, no me lo quites todo.

10 de octubre. Habitualmente salgo por la noche para pasear a la ventura a través de la ciudad. No sé por qué. Para ver otros rostros, supongo. La otra noche llegué a no recordar dónde vivía. Un agente de policía me condujo a casa. Tengo la extraña sensación de que esto ya me ocurrió otra vez... hace mucho tiempo. Quisiera no escribirlo, pero me digo a cada momento que soy el único en el mundo que puede describir lo que le ocurre a uno en mi situación.

No andaba, flotaba en el espacio, pero en lugar de ser todo claro y nítido las cosas estaban recubiertas como de una capa de grisor. Sé lo que me está sucediendo pero no puedo hacer nada. Ando o me quedo parado en la acera y veo pasar a la gente. Algunos me miran, otros no, pero nadie me dice nada... excepto una noche en que un hombre se me acercó y me preguntó si quería una chica. Me llevó a un sitio. Quería seis dólares por anticipado y se los di, pero no volví.

Y entonces me di cuenta de que yo no era más que un imbécil.

11 de octubre. Cuando he vuelto al apartamento esta mañana he encontrado allí a Alice, dormida en el sofá. Todo estaba limpio y, al primer momento, he creído que me había equivocado de apartamento, luego he visto que no había tocado los discos rotos ni

los libros destrozados ni el tocadiscos hecho pedazos en el rincón. El suelo crujió, se despertó y me miró.

—Hola —sonrió—. Estás hecho una buena lechuza.

—No una lechuza. Más bien un pájaro dodo. Un dodo idiota. ¿Cómo ha entrado aquí?

—Por la escalera de incendios, a través del apartamento de Fay. La llamé para tener noticias tuyas y me dijo que estaba inquieta. Dijo que te comportabas... de un modo extraño... que hacías mucho mido. Decidí que era el momento de hacerte una visita. He puesto un poco de orden. He creído que no te importaría.

—Sí, me importa... mucho. No quiero que venga nadie a lamentarse por mi.

Se dirigió al espejo para arreglarse el pelo.

—No he venido para lamentarme por ti, sino para lamentarme por mi.

—¿Qué quiere decir con esto?

—No quiero decir nada —dijo, encogiéndose de hombros—. Solo es... como un poema. Quería verte.

—¿No tiene bastante con el zoo?

—Oh, ya basta, Charlie. No la emprendas conmigo. He esperado demasiado a que vinieras a mí. Así que he decidido venir yo a ti.

—¿Por qué?

—Porque aún queda tiempo. Y quiero pasarlo contigo.

—¿Eso es una canción?

—Charlie, no te burles de mí.

—No me burlo, pero no puedo pagarme el lujo de compartir mi tiempo con nadie... apenas me queda el suficiente para mí solo.

—No puedo creer que quieras estar completamente solo.

—Sí.

—Pasamos un corto tiempo juntos antes de perder el contacto. Teníamos cosas que decirnos, que hacer juntos. No duró mucho, pero sirvió de algo. Escucha, sabíamos lo que podía ocurrir. No era ningún secreto. No me fui, Charlie, simplemente me quedé esperando. Ahora has vuelto más o menos a mi nivel, ¿no?

Empecé a medir el apartamento con mis pasos.

—Pero eso es una locura. Ya no hay nada que esperar. No me atrevo a pensar en el futuro... sólo en el pasado. Dentro de pocos meses, pocas semanas, pocos días —¿quién diablos lo sabe?— volveré a Warren. No podrá seguirme allí.

—No —admitió—, y sin duda ni siquiera iré a verte. Una vez estés en Warren haré todo lo posible por olvidarte. No pretendo lo contrario. Pero hasta que vayas allí, no hay ninguna razón para que tanto tú como yo estemos solos.

Antes de que pudiera decir nada, me besó. Esperé, sentado junto a ella en el sofá, con su cabeza reclinada contra mi pecho, pero el pánico no acudió. Alice era una mujer, pero quizá Charlie comprendiera ahora que no era ni mi madre ni mi hermana.

Con el alivio de saber que había superado un punto crítico, suspiré, porque ahora ya no había nada que me retuviera. No era tiempo de temer o fingir, ya que no podría ser jamás así con nadie más. Todas las barreras habían caído. Había seguido el hilo que me había dejado y encontrado el camino que conducía fuera del laberinto, allá donde ella me estaba esperando. Y la amé mucho más que sólo con mi cuerpo.

No pretendo comprender el misterio del amor, pero esta vez era mucho más que sexo, que el placer que puede proporcionar el cuerpo de una mujer. Era ser elevado de la tierra, más allá del miedo y la tortura, formar parte de una entidad más grande que uno mismo. Había sido arrancado de la oscura caverna de mi mente, para formar parte de algo mas... exactamente la misma sensación que tuve el otro día en el diván de psicoterapia. Era el primer paso hacia el universo... más allá del universo... en el cual y con el cual nos habíamos unido para recrear y perpetuar el espíritu humano. Expandiéndonos y estallando, retrayéndonos y volviendo a comenzar, era el ritmo de la vida —de la

respiración, de los latidos del corazón, del día y de la noche— y el ritmo de nuestros cuerpos unidos despertaba un eco en mi mente. Así había ocurrido en aquella extraña visión. La densa niebla gris se disipaba en mi mente y la luz penetraba en mi cerebro (¡qué extraño resulta el que la luz pueda cegar!) y mi cuerpo era reabsorbido en un inmenso océano de espacio, purificado por un extraño bautismo. Mi cuerpo vibraba con la felicidad de dar y el suyo con la felicidad de aceptar.

Nos amamos así hasta que la noche dio paso a un día silencioso. Y tendido allá junto a ella veía ahora lo importante que era el amor físico, cuán necesario nos era estar uno en brazos del otro, dar y recibir. El universo estallaba, cada una de sus partículas se apartaba de las demás, lanzándonos a un espacio oscuro y desierto, arrancándonos eternamente el uno del otro... el niño de la matriz, el amante de su amante, el amigo del amigo, alejándose mutuamente, siguiendo cada uno su camino hacia la última jaula de la muerte solitaria.

Pero el acto del amor era la compensación, lo que ataba y retenía. Del mismo modo que los marinos, para no ser arrojados por la borda en la tormenta, se atan entre sí las manos a fin de no ser arrancados los unos de los otros, igual nuestros cuerpos unidos formaban un anillo en la cadena humana que nos preservaba de ser engullidos por la nada.

En el momento de sumergirnos en el sueño recordé cómo había sido entre Fay y yo, y sonreí. No era extraño que hubiera sido fácil. Con ella no había sido más que algo físico. Con Alice, era el misterio.

Me incliné sobre ella y besé sus ojos.

Alice lo sabe ahora todo sobre mí, y acepta el hecho de que no podamos estar juntos más que muy poco tiempo. Ha aceptado irse cuando yo le diga que se vaya. Me duele pensar en esto, pero creo que lo que poseemos es mucho más de lo que la mayor parte de la gente encuentra en toda su vida.

14 de octubre. Me despierto por la mañana y no sé ni dónde estoy ni lo que hago aquí, luego la veo junto a mí y lo recuerdo todo. Ella se da cuenta cuando se producen cambios en mí, y se mueve silenciosamente en el apartamento, preparando el desayuno, arreglando las cosas, o bien sale y me deja solo sin hacer preguntas.

Esta noche hemos ido a un concierto, pero me he aburrido en seguida y nos hemos ido a la mitad. Parece que no puedo estar mucho tiempo atento a algo. Había ido porque sé que me gustaba Stravinsky, pero ya no tengo paciencia para escucharlo.

Sólo hay una cosa mala en la presencia de Alice aquí, y es que ahora siento que debería luchar contra esto. Querría detener el tiempo, inmovilizarme para siempre en este nivel y no separarme nunca de ella.

17 de octubre. ¿Por qué ya no puedo recordar? Debo resistir a esa laxitud. Alice me dice que me quedo en la cama durante días enteros y que parece como si no recordara quién soy ni dónde estoy. Después de todo vuelve, la reconozco y recuerdo lo que está pasando. Crisis de amnesia. Síntomas de un retorno a la infancia... ¿cómo lo llaman?... ¿senilidad? Lo estoy viendo venir.

Todo es tan cruelmente lógico en este resultado de la aceleración de los procesos mentales. He aprendido tantas cosas, tan aprisa, y ahora mi mente se deteriora al mismo ritmo. ¿Y si no quiero que ocurra así? ¿Y si lucho? Pienso en la gente de Warren, con su sonrisa fija, su expresión vacua, con todo el mundo riéndose de ellos.

El pequeño Charlie Gordon me mira desde la ventana... está esperando. No, por favor, que no venga de nuevo.

18 de octubre. Olvido cosas que he aprendido recientemente. Parece que todo siga la evolución clásica, las últimas cosas aprendidas son las primeras que se olvidan. ¿Es realmente así como ocurre todo? Será mejor que lo verifique de nuevo.

He leído de nuevo mi informe sobre El efecto Algernon-Gordon y, aunque sé que lo he escrito yo, tengo la sensación de que lo ha escrito alguna otra persona. Ni siquiera comprendo la mayor parte de lo que dice.

¿Pero por qué soy tan irritable? ¿Especialmente con Alice, que es tan buena conmigo? Mantiene el apartamento limpio y en orden, siempre recogiendo mis cosas, lavando la vajilla y sacándole brillo al suelo. No tenía que haberle gritado así esta mañana, la hice llorar y yo no quería. Pero no tenía que haber recogido los discos rotos y los libros destrozados y colocarlos cuidadosamente en una caja. Esto me encolerizó. No quiero que toquen eso. Quiero verlos amontonarse. Quiero que me recuerden lo que dejo tras de mí. Le di una patada a la caja y lo esparcí todo por el suelo, y le dije que lo dejara todo tal cual estaba.

Loco. No hay ninguna razón para ello. Supongo que me irrité porque sabía que ella pensaba que era estúpido guardar todo esto y no me lo decía. Hacía ver que lo encontraba normal. Quiere complacerme. Y cuando vi esa caja recordé al chico aquel de Warren con la horrible lámpara que había hecho y el modo en que todos quisimos complacerle, fingiendo que había hecho una maravilla cuando no era verdad.

Así es como se comporta ella conmigo, y no puedo tolerarlo.

Cuando se metió en la habitación y se echó a llorar, sentí remordimientos y le dije que todo era culpa mía. No merezco a nadie tan bueno como ella. ¿Por qué no puedo controlarme, aunque sólo sea para continuar amándola? Sólo para esto.

19 de octubre. Actividad motriz deteriorada. No hago más que tropezar y dejar caer las cosas. Primero pensé que no era culpa mía. Creí que ella movía los muebles y las cosas. La papelera se encontraba siempre en mi camino, las sillas también, y pensé que era cosa suya.

Ahora me doy cuenta que mi coordinación es mala. Debo moverme despacio para que las cosas me salgan bien. Cada vez me resulta más difícil escribir a máquina. ¿Por qué siempre le hago reproches a Alice? ¿Por qué ella no discute nunca? Esto me irrita cada vez más, porque leo la piedad en su rostro.

Mi única diversión ahora es el aparato de televisión. Paso la mayor parte del día viendo los concursos, las películas antiguas, las novelas por episodios e incluso las emisiones infantiles y los dibujos animados. Y no puedo decidirme a apagarlo. A última hora hay películas de horror, documentales, el último programa y el último-último programa, e incluso el sermón final antes del cierre de la emisión, con "La bandera estrellada" y el estandarte flotando al fondo, y finalmente la carta de ajuste que me mira con su inmóvil ojo a través de la ventanita cuadrada...

¿Por qué siempre estoy mirando la vida a través de una ventana?

Y cuando todo termina, me siento asqueado de mí mismo, ya que me queda tan poco tiempo para leer, escribir y reflexionar, y no tendría que intoxicarme el cerebro con esas malsanas estupideces dirigidas al niño que hay en mí. Sobre todo cuando el niño que hay en mí está reclamando mi cerebro.

Sé todo esto, pero cuando Alice me dice que no debería perder mi tiempo me enfado y le digo que me deje tranquilo.

Hay una sensación que debo vigilar ya que es importante para mí no pensar, no recordar la panadería, y mi madre y mi padre, y Norma. No quiero recordar más el pasado.

Hoy he sufrido un shock terrible. He tomado un artículo que utilicé en mis investigaciones, Uber Psychische Ganzheit, de Krueger, para ver si podía ayudarme a comprender el informe que he escrito y lo que he hecho. Al principio he creído que me

ocurría algo en la vista. Después me he dado cuenta de que ya no podía leer el alemán. He intentado lo mismo con otras lenguas. Las he olvidado todas.

21 de octubre. Alice se ha ido. Veamos si puedo recordarlo. Comenzó cuando ella dijo que no podíamos vivir así con los libros destrozados y los discos rotos esparcidos por el suelo y el apartamento en un desorden tan absoluto.

—Déjalo todo tal como está —le dije.

—¿Por qué quieres vivir así?

—Quiero que todo se quede donde lo he dejado. Quiero verlo ahí. Tú no sabes lo que es sentir algo que está pasando en ti, que no puedes ver ni controlar, y darte cuenta de que todo se te escapa de entre los dedos.

—Tienes razón. Nunca he dicho que pudiera comprender lo que estaba pasando en ti. Ni cuando te volviste demasiado inteligente para mí, ni ahora. Pero voy a decirte algo. Antes de que te operaran, tú no eras así. No te complacías en tu suciedad ni te lamentabas por ti mismo, no te embrutecías la mente sentado día y noche ante el aparato de televisión, no le gruñías ni le gritabas a todo el mundo. Había algo en ti que hacía que se te respetara... sí, siendo lo que eras. Una cualidad que yo nunca había encontrado antes en una persona retrasada.

—No lamento el experimento.

—Yo tampoco, pero has perdido esa cualidad. Tenías una sonrisa...

—Una sonrisa vacía, estúpida.

—No, una verdadera sonrisa, una sonrisa cálida, porque querías que la gente te quisiera.

—Y me gastaban bromas, y se reían de mi.

—Sí, pero incluso aunque no comprendieras el por qué reían, sentías que, mientras pudieran reírse de ti, te querrían. Y tu querías que te quisieran. Te comportabas como un niño e incluso te unías a ellos para reírte de ti mismo.

—No siento el menor deseo de reírme de mí mismo en este momento, si no te importa.

Se estaba esforzando por no llorar. Creo que yo quería provocar su llanto.

—Quizá esto ocurría porque era tan importante para mí el aprender. Pensaba que, así, la gente me querría. Esperaba que tendría amigos. Es para reírse, ¿no?

—Para esto no basta tener simplemente un C.I. por encima de la media.

Esto me encolerizó. Probablemente porque no acababa de comprender adónde quería ir a parar ella. En estos últimos tiempos, y cada vez más, no decía todo lo que pensaba o todo lo que quería decir. Procedía por alusiones. Evitaba hablar directamente, y esperaba que yo comprendiera lo que ella pensaba. Y yo escuchaba, haciendo como que comprendía, pero en lo más profundo de mi interior tenía miedo de que ella viera que no había captado en absoluto sus intenciones.

—Creo que es el momento de que te vayas.

Su rostro se encendió.

—Aún no, Charlie. Aún no ha llegado el momento. No me eches todavía.

—Me lo haces todo más difícil. Finges continuamente creer que puedo hacer y comprender cosas que ahora están muy por encima de mi alcance. Me empujas. Exactamente igual que mi madre...

—¡Eso no es verdad!

—Todo lo que haces lo demuestra. El modo como lo arreglas y lo limpias todo tras de mí, la manera en que dejas bien visibles los libros que, crees, me animarán a leer de nuevo, el modo en que me hablas de las noticias para hacerme reflexionar. Dices que no tiene importancia pero todo lo que haces demuestra lo contrario. Sigues siendo la maestra de escuela. No quiero ir a escuchar más conciertos, a visitar más museos, a ver más películas extranjeras ni hacer cualquier cosa que pueda empujarme a pensar en la vida o en mi mismo.

—Charlie...

—Simplemente déjame solo. Ya no soy yo mismo. Me desmorono en pedazos, y no quiero que tu estés aquí.

Esto la hizo llorar. Esta tarde hizo sus maletas y se fue. El apartamento parece muy silencioso y vacío ahora.

25 de octubre. El deterioro progresa. He renunciado a la máquina de escribir. Mi coordinación es demasiado mala. A partir de ahora tendré que escribir mis Informes a mano.

He pensado mucho en todo lo que Alice me dijo, y se me ha ocurrido bruscamente que, si continuaba leyendo y aprendiendo nuevas cosas, aunque mientras tanto vaya olvidando las antiguas, tal vez podría conservar un poco de mi inteligencia. Estoy en una escalera mecánica que desciende. Si no me muevo iré hasta abajo, pero si empiezo a subirla corriendo, quizá el menos podré quedarme en el mismo lugar. Lo importante es continuar subiéndola, pase lo que pase.

Así que he ido a la biblioteca y me he traído un montón de libros. He leído mucho. La mayor parte de los libros son demasiado difíciles para mí, pero no me importa. Mientras lea, aprenderé nuevas cosas y continuaré sabiendo leer. Esto es lo más importante. Si no dejo de leer, quizá pueda mantenerme en el punto donde estoy ahora.

El doctor Strauss vino al día siguiente de la marcha de Alice, así que supongo que ella le habló de mí. Pretendió que todo lo que quería eran mis Informes de Progresos pero le dije que se los enviaría. No quiero que venga aquí. Le dije que no se preocupara, que cuando viera que ya no era capaz de ocuparme de mí mismo cogería el tren y me iría a Warren.

Le dije que cuando llegara el momento prefería ir solo.

He intentado hablar con Fay, pero he visto que tiene miedo de mí. Supongo que piensa que he perdido la cabeza. La otra noche volvió a su casa con alguien... se le veía muy joven.

Esta mañana la propietaria, la señora Mooney, ha subido con un tazón de caldo caliente y un poco de pollo. Ha dicho que había subido sólo para ver si me encontraba bien. Le he respondido que tenía montañas de provisiones pero pese a todo ella ha dejado lo que había traído, y estaba bueno. Pretende que hace esto por su propia cuenta, pero aún no soy tan estúpido como para creerlo. Alice o Strauss le deben haber dicho que me eche una ojeada y haga lo que pueda por ayudarme. Bueno, de acuerdo. Es una viejecita encantadora con acento irlandés y le gusta contarle todo acerca de la gente del edificio. Cuando ha visto el desorden en el suelo de mi apartamento no ha dicho nada. Pienso que esto está bien.

1 de noviembre. Ha pasado una semana desde la última vez en que me atreví a escribir. No sé dónde paso el tiempo. Hoy es domingo, lo sé porque veo por la ventana a la gente que va a la iglesia del otro lado de la calle. Creo que me he quedado en la cama toda la semana, pero recuerdo a la señora Mooney trayéndome de tanto en tanto comida y preguntándome si estaba enfermo.

¿Qué voy a hacer de mí mismo? No puedo seguir solo aquí, dando vueltas a lo mismo y mirando por la ventana. Debo hacer algo. Me digo y vuelvo a decirme sin cesar que he de hacer algo, pero lo olvido, o tal vez sea que resulta más fácil no hacer lo que me digo que tengo que hacer.

Tengo todavía algunos libros de la biblioteca pero muchos son demasiado difíciles para mí, ahora leo sobre todo novelas policíacas y libros sobre reyes y reinas del pasado. He leído un libro sobre un hombre que se creía caballero y que partió a lomos de un viejo caballo con su amigo. Pero, hiciera lo que hiciese, siempre terminaba vencido y apaleado. Como cuando creyó que los molinos de viento eran gigantes. Al principio pensé que era

un libro estúpido, ya que si no estaba loco tenía que darse cuenta de que los molinos de viento no eran gigantes y que los magos y los castillos encantados no existen, pero luego recordé que, tras todo esto, se suponía que el libro tenía otro significado... algo que no decía la historia aunque lo sugiriera. Como si pudiera entenderse de varias maneras. Pero no veía cuáles. Esto me encolerizó porque creo que antes lo sabía. Pero continuó leyendo y aprendiendo cosas nuevas todos los días y siento que esto va a ayudarme.

Sé que tendría que haber escrito algunos Informes de Progresos antes de éste de modo que se supiera lo que pasa en mi interior. Pero cada vez me cuesta más escribir. Debo incluso buscar en el diccionario algunas palabras sencillas y esto me irrita contra mi mismo.

2 de noviembre. Olvidé hablar en el informe de ayer de la mujer en el edificio del otro lado del callejón, un piso más abajo del mío. La vi la otra semana por la ventana de mi cocina. No sé su nombre ni a quién se parece, pero todas las noches a las once se mete en su cuarto de baño para tomar un baño. Nunca cierra la persiana y desde mi ventana, apagando la luz, puedo verla desde los hombros hasta abajo cuando sale de la bañera para secarse.

Esto me excita, pero cuando apaga la luz y se va me siento frustrado y solo. Querría ver algún día su rostro, descubrir si es bonita o no. Sé que no está bien espiar a una mujer cuando está desnuda pero no puedo impedirlo. Y además ¿qué importancia tiene para ella si no sabe que la estoy mirando?

Ahora son casi las once. La hora de su baño. Debo ir a ver...

5 de noviembre. La señora Mooney se inquieta mucho por mí. Dice que la forma en que me paso todo el día en la cama, sin hacer nada, le recuerda a su hijo antes de que lo echara de casa. Dice que no le gustan los haraganes. Si estoy enfermo es una cosa, pero si soy un vago es otra, y no quiere verme más. Le he dicho que creía que estaba enfermo.

Intento leer un poco cada día, principalmente historias, pero a menudo tengo que leer varias veces la misma historia porque no comprendo lo que relata. Y me es difícil escribir. Sé que debería buscar todas las palabras en el diccionario pero estoy tan cansado todo el tiempo.

Así que he pensado usar solo palabras fáciles en vez de las largas y difíciles. Así ahorro tiempo. Empieza a hacer frío afuera pero continúo poniendo flores en la pequeña tumba de Algernon. La señora Mooney piensa que soy tonto poniendo flores en la tumba de un ratón pero le he dicho que Algernon era un ratón especial.

Fui a hacer una visita a Fay. Pero me dijo que me fuera y no volviera más. Ha puesto una nueva cerradura a su puerta.

9 de noviembre. Domingo de nuevo. No tengo nada que hacer pues la televisión está estropeada y siempre olvido hacerla arreglar. Creo que e perdido el cheque del colegio de este mes. No me acuerdo.

Tengo terribles dolores de cabeza y la aspirina no me ayuda mucho. La señora Mooney cree ahora que si estoy enfermo y se preocupa por mi. Es una mujer maravillosa cuando uno esta enfermo. Ahora hace tanto frio fuera que tengo que ponerme dos sueters.

La mujer del otro lado baja ahora su persiana, así que no puedo verla cuando esta desnuda. Siempre mi mala suerte.

10 de noviembre. La señora Mooney a hecho venir un extraño doctor a verme. Tiene miedo que me muera. Le e dicho al doctor que no estaba enfermo y que solo a veces no recuerdo. Me a preguntado si tenía amigos o parientes y le e dicho no no tengo. Le e dicho que tenía un amigo que se llamaba Algernon pero que era un raton y que hacíamos carreras. Me a mirado como si pensara que yo estaba loco.

A sonreido cuando le e dicho que yo habia sido un genio. Me hablaba como a un bebe y le giñaba el ojo a la señora Mooney. Me enfade porque se burlaba de mi y lo eche fuera y cerre la puerta con llave.

Creo que se porque no tengo suerte. E perdido mi pata de conejo y mi herradura. Tengo que encontrar otra pata de conejo pronto.

11 de noviembre. El doctor Strauss a venido asta mi puerta hoy y tambien Alice pero no los he dejado entrar. Les e dicho que no quena que me viera nadie. Quiero que me dejen tranquilo. Mas tarde subio la señora Mooney a traerme la comida y me dijo que habian pagado el alquiler y dejado dinero para que me comprara comida y todo lo que necesite. Le e dicho que no quiero dinero. Me dijo el dinero es el dinero y alguien tiene que pagar o tendre que echarlo a la calle. Me dijo porque no busco trabajo en lugar de quedarme asi.

No conozco ninguno oficio solo el trabajo que hacia en la panaderia. No quiero bolver porque todos me conocieron cuando era listo y aora se reirian de mi. Pero no se acer nada mas para tener dinero. Y quiero pagar yo mismo mis cosas. Estoy fuerte y puedo trabajar. Si no puedo ganar para vivir ire a Warren. No qiero recibir caridad de nadie.

15 de noviembre. E mirado algunos de mis viejos Informes de Pogresos pero es raro no puedo leer lo que e escrito. Llego a leer algunas palabras pero no quieren decir nada. Creo que las e escrito pero no lo recuerdo bien. Me canso mui aprisa cuando intento leer los libros que he comprado en el drugstore. Menos aquellos con fotos de guapas chicas desnudas. Me gusta mirarlas pero luego tengo sueños raros. No es bueno. No comprare mas. E visto en una de estas rebistas que tienen un polvo magico que puede bolber a uno listo y acer muchas cosas. Pienso que boi a escribirles y a comprar un poco para mi.

16 de noviembre. Alice a benido de nuevo a la puerta pero le e dicho bete no quiero berte. A llorado y yo tambien e llorado pero no la e querido dejar entrar porqe no quiero que se ria de mi Le e dicho que ya no la queria y que tampoco queria ser ya listo. No es berdad. Todavia la quiero y quiero ser listo pero tenía que decirle esto para que se fuera. La señora Mooney me a dicho que Alice abia traído mas dinero para mi y para el alqiler. No lo quiero. Buscare trabajo.

Por favor... por favor... que no olvide como se lee y se escribe...

18 de noviembre. El señor Donner a sido muy amable cuando e buelto y le e pedido bolber a tabajar en la panaderia. Primero desconfiaba pero le e contado todo lo que me a pasado y se a puesto mui triste y a puesto una mano en mi onbro y a dicho Charlie eres un chico valiente.

Todos me an mirado cuando e bajado abajo y me e puesto a linpiar los lababos como acia antes. Me decia Charlie si se rien de ti te enfadaras porque recuerdas que no son tan listos como tu pensabas antes que eran. Y ademas an sido tus amigos y si se reian de ti no quiere decir nada porque tambien te querian.

Uno de los nuebos que tabajan despues que yo me fuera se yama Meyer Klaus y me a echo una cosa fea. A venido a mi lado mientras yo cargaba sacos de arina y me a dicho ey Charlie dicen que eres un tipo mui listo... un sabe lo todo. Dime algo inteligente. Yo me sentía mal porque veia del modo que lo decia que se burlaba de mi. Y e continuado mi tabajo. Pero entonces se a cercado y me a cogido el brazo mui fuerte y me a gritado cuando te ablo chico es megor que me escuches o te boy a romper una pata. Me torcia tanto el brazo que me acia daño y e tenido miedo que me lo rompa como decia. Y el reia y me torcía el brazo y yo no sabía que acer. Tenía tanto miedo que e creído que iba a yorar despues e tenido unas ganas terribles de ir al lababo. Tenía retortigones en el vientre como si fuera a estallar si no iba en seguida... porque no podia contenerme.

Le e dicho por favor dejeme e de ir al lababo pero el continuaba riendose de mi y ya no sabía que acer. Me e puesto a llorar. Dejeme. Dejeme. Y me e ensuciado. En mi pantalon y olia mal y yo lloraba. El me a dejado entonces y a puesto cara rara como si aora tubiera miedo: Y a dicho Dios mio Charlie no queria acerte daño.

Pero entonces a entrado Joe Carp y a cogido a Klaus por la camisa y le a dicho dejalo tranquilo especie de bastardo o te parto la cara. Charlie es un buen chico y nadie lo tocara sin berselas conmigo. Yo estaba abergonzado y e corrido a los lababos para impiarme y cambiarme de ropa.

Cuando e buelto Frank tambien estaba alla y Joe se lo contaba y despues a benido Gimpy y se lo an contado y el a dicho que ya estaban artos de Klaus. Le pedirian al señor Donner que echara a Klaus. Yo les e dicho que no creia que tubiera que echarlo y que tenga que buscar otro trabajo porque tiene una muger y un niño. Y ademas me abia pedido perdon por lo que abia echo. Y me recordaba de lo triste que estaba yo cuando me echaron de la panaderia y tube que irme. E dicho ay que darle otra oportunidad a Klaus porque aora ya no me ara nada.

Mas tarde Gimpy a benido cojeando con su pie malo y a dicho Charlie si algien te molesta o quiere dejarte en ridiculo llamame o a Joe o a Frank y nos encargaremos de el. Queremos que recuerdes que aqi tienes amigos y no lo olbides. Yo e dicho gracias Gimpy. Esto me a puesto contento.

Es bueno tener amigos...

21 de noviembre. Oy e echo una tontería e olvidado que ya no boi a la clase de adultos de miss Kinnian como acia antes. E entrado y me e sentado en mi antiguo puesto al fondo de la sala y ella me a mirado raro y a dicho Charlie de donde bienes. Yo e dicho ola miss Kinnian e benido por mi lecion de oy pero e perdido el libro.

Ella se a puesto a llorar y a salido corriendo de la clase. Todo el mundo me a mirado y e bisto que muchos ya no eran los mismos de cuando estaba yo.

Despues de golpe me e recordado de algo de la operasion y de aberme buelto listo y e dicho esta bez si as echo el Charlie Gordon. Me e ido antes de que ella huelba a la clase.

Es por eso por lo que me hoy de aqui a la escuela asilo Warren. No quiero que buelba a pasar algo asi. No quiero que miss Kinnian sufra por mi. Se que todo el mundo sufre por mi en la panaderia y no lo quiero tampoco. Asi que me boy a un sitio donde ay montones de gente como yo y donde nadie se peocupara de que Charlie Gordon haya sido un genio y aora no pueda ni leer ni escribir bien.

Me llebo uno o dos libros conmigo y aunque no pueda leer lo intentare mucho y quisas pueda hazerme un poco mas listo de lo que era antes de la operasion sin la operasion. Tengo una nueva pata de conego y una moneda de la suerte. Tambien me queda un poco de ese polbo magico. Quisas todo esto me aiudara.

Si alguna bez lee esto miss Kinnian no sufra por mi. Estoi contento de aber tenido una segunda oportunidad en la bida como dezia usted de aber sido listo porque e aprendido un monton de cosas que no sabía estuvieran en el mundo y estoi contento de aberlas visto un poco. Y estoi contento de aberlo sabido todo de mi familia y yo. Era como si nunca ubiera tenido familia antes que me acordara de ellos y los biera y aora se que tenía una familia y que era una persona como los demas.

No se porque soi tonto de nuevo y que abre echo de malo. Quisas no e echo todo lo que tenía que azer o simplemente algien me a echado un mal de ojo. Pero si pratico duro quisas llegue a ser un poco mas listo y sabre lo que qieren decir todas las palabras. Me acuerdo un poco del placer que e tenido de leer el libro azul con las tapas rotas. Y cuando sierro los ojos pienso en el ombre que rompio el libro y creo que lo conosco pero se be diferente y abla de otra manera. Pienso que no soi yo porque parece que lo beo por la bentana.

De todos modos es por eso que me boi para intentar bolberme listo y sentir otra bez este placer. Es bueno saber cosas y ser listo y querria conocer todo lo que existe en el mundo. Qisiera ser de nuevo listo aora. Si pudiera me sentaria y leeria todo el rato.

De todos modos creo que soi la primera persona tonta en el mundo que a encontrado algo inportante para la siencia. E echo algo pero no recuerdo que. Supongo que es como si lo ubiera echo para todas las gentes tontas corno yo que estan en Warren y en todas partes por la Tierra.

Adios miss Kinnian y doctor Strauss y todo el mundo...

P. S. por favor diganle al profesor Nemur que no sea tan gruñon cuando la gente se ria de el y asi tendra mas amigos. Es fasil tener amigos si dejas a la gente reirse de ti. Boy a tener muchos amigos alli donde boy.

P. S. por favor si pueden pongan algunas flores en la tunba de Algernon en el patio trasero.

**FIN**